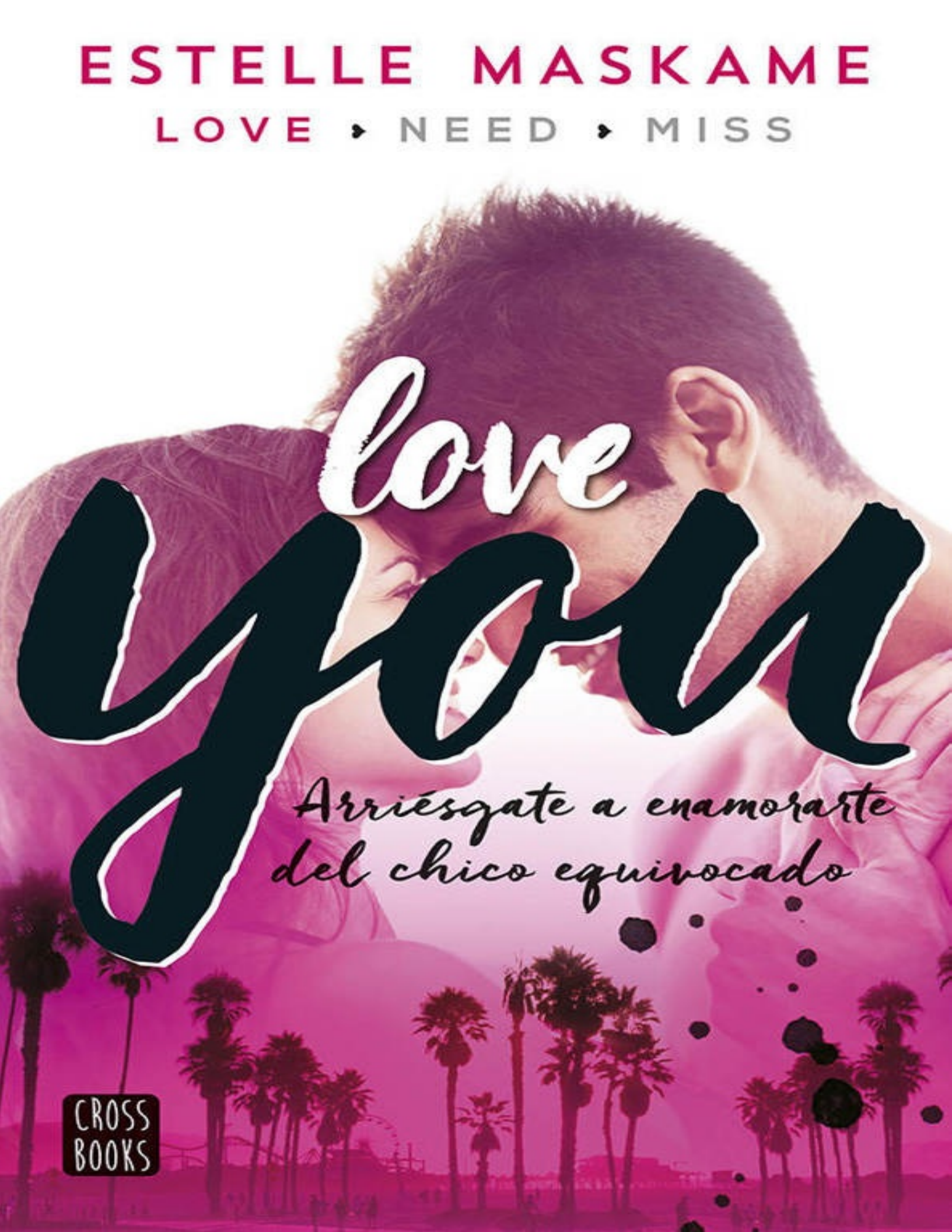
ESTELLE MASKAME

LOVE • NEED • MISS



# love you

Arriésgate a enamorarte del chico equivocado

CROSS BOOKS

# Índice

Portada
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Epílogo
Agradecimientos
Nota
La historia de Eden y Tyler continúa en
Créditos

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:**

*Para mis lectores desde el comienzo,*
*porque este libro no es mío, es nuestro.*

# 1

Si las películas y los libros me han enseñado algo, es que Los Ángeles es la mejor ciudad con la mejor gente y las mejores playas. Así que, como cualquier chica que alguna vez haya pisado la Tierra, yo soñaba con visitar el estado dorado. Quería correr por la arena de Venice Beach, poner las manos sobre las estrellas de mis celebridades favoritas en el Paseo de la Fama, poder contemplar la hermosa ciudad desde el famoso letrero de Hollywood.

Eso y todas las demás visitas obligadas para turistas.

Con un auricular puesto, dividiendo mi atención entre la música que canturrea en mi oído y la cinta transportadora que gira delante de mí, me esfuerzo mucho para ponerme delante, en un espacio que esté lo suficientemente vacío para poder arrastrar y sacar mi maleta. Mientras la gente a mi alrededor empuja y conversa en voz alta con sus parejas, chillándole que su equipaje acaba de pasar y la otra persona respondiéndole también a gritos que en realidad no era el suyo, pongo los ojos en blanco y me concentro en una maleta de color caqui que se aproxima. Puedo discernir que es la mía por las letras que hay pintarrajeadas de cualquier manera en el lateral, así que agarro el asa y la saco lo más rápido posible de la cinta de un tirón.

—¡Por aquí! —grita una voz familiar hacia mi derecha.

La voz increíblemente grave de mi padre queda medio sofocada por la música, pero no importa lo alto que tenga el volumen, probablemente la oiría igual aunque estuviese a un kilómetro y medio de distancia. Es demasiado irritante como para ignorarla.

Cuando mamá me dio la noticia de que papá había pedido que pasara el verano con él, las dos tuvimos un ataque de risa ante la locura de esta idea. Mi madre solía recordarme a diario: «No tienes por qué acercarte a él». ¿Tres años sin saber nada de él y de repente quería que pasase todo un

verano con él? Lo único que tendría que haber hecho, tal vez, era empezar a llamarme de vez en cuando, preguntarme cómo me iba, introducirse suave y gradualmente en mi vida, pero no, en lugar de eso, había decidido hacer de tripas corazón y pedir que yo pasara ocho semanas con él. Mamá estaba totalmente en contra. No creía que él se mereciera ocho semanas conmigo. Dijo que nunca sería suficiente para recuperar todo el tiempo que ya había perdido. Pero papá se puso más insistente, más desesperado por convencerme de que me encantaría el sur de California. No sé por qué decidió ponerse en contacto conmigo de esta manera tan repentina e inesperada. ¿Acaso esperaba arreglar nuestra relación, que rompió el día en que decidió marcharse? Dudaba que eso fuese posible, pero un día cedí y lo llamé para decirle que quería venir. Sin embargo, mi decisión no tenía nada que ver con él. Tenía más que ver con la idea de pasar cálidos días veraniegos y conocer playas espectaculares, y con la posibilidad de enamorarme de un modelo de Abercrombie & Fitch de piel bronceada y abdominales de infarto. Además, yo tenía mis razones por las cuales quería estar a unos mil quinientos kilómetros de Portland.

Así que una vez dicho esto, no me siento particularmente emocionada de ver a la persona que se acerca.

Pueden cambiar muchas cosas en el transcurso de tres años. Hace tres años, medía unos siete centímetros menos. Hace tres años, mi padre no tenía el cabello visiblemente entrecano. Hace tres años, esto no habría sido incómodo.

Me esfuerzo muchísimo por sonreír, por esbozar una sonrisa para no tener que explicar por qué tengo una mueca fruncida permanente en los labios. Siempre es mucho más fácil simplemente sonreír.

—¡Mirad a mi pequeña! —dice papá, abriendo mucho los ojos y moviendo la cabeza con incredulidad al ver que ya no tengo la misma apariencia que cuando tenía trece años.

Qué impactante es darse cuenta de que, de hecho, las chicas de dieciséis años ya no tienen la misma pinta que cuando estaban en segundo de secundaria.

—*Sip* —respondo, mientras me saco el otro auricular de la oreja.

Dejo que los cables cuelguen de mis manos, el leve murmullo de la música vibra casi imperceptiblemente por ellos.

—Te he echado mucho de menos, Eden —me confiesa como si esperara que yo diera saltos de alegría al saber que mi padre, el que nos

abandonó, me echa de menos y que tal vez hasta me arroje a sus brazos y lo perdone allí mismo.

Pero no funciona así. No se debe esperar el perdón: hay que ganárselo.

Sin embargo, si voy a vivir con él durante ocho semanas, probablemente debería *intentar* aparcar la hostilidad.

—Yo también te he echado de menos.

Papá me sonríe, y al hacerlo se le marcan y profundizan los hoyuelos de las mejillas como si un topillo se enterrara en ellas.

—Deja que te coja el equipaje —ofrece, asiendo la maleta y poniéndola recta para que descanse sobre las ruedas.

Lo sigo hasta que salimos del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Mantengo los ojos bien abiertos por si veo a alguna estrella de cine o a algún modelo que por casualidad me roce al pasar, pero no diviso a nadie que reconozca en el camino hacia la salida.

El calor me golpea en la cara mientras avanzamos y cruzamos el extenso aparcamiento, siento el hormigueo del sol en la piel y una suave brisa me mece los cabellos. El cielo está casi totalmente despejado salvo por algunas pequeñas nubes.

—Pensé que haría más calor —comento, mosqueada de que California no sea realmente un estado exento de viento y nubes y lluvia como los estereotipos me han hecho creer. Jamás se me pasó por la cabeza que la aburrida ciudad de Portland sería más calurosa en verano que Los Ángeles. Siento una desilusión tan trágica que preferiría irme a casa, a pesar de lo aburrido que es Oregón.

—Hace bastante calor —replica papá, encogiéndose de hombros casi como si estuviera pidiendo perdón en nombre del tiempo.

Cuando le echo una mirada de soslayo, puedo notar cómo aumenta la tensión en sus mejillas exasperadas mientras se devana los sesos intentando buscar algo que decirme. No hay nada de que hablar aparte de la incómoda y silenciosa realidad de la situación.

Se detiene con mi maleta al lado de un Lexus negro y yo miro fijamente y con recelo su pintura reluciente. Antes del divorcio, mamá y él compartían un Volvo de mierda que se averiaba cada cuatro semanas. Y eso era cuando teníamos suerte. O su nuevo empleo le garantiza un sueldo muy atractivo o sencillamente antes había optado por no derrochar en nosotras. Tal vez no le merecía la pena gastar dinero en nosotras.

—Está abierto —me informa, señalando el coche con la cabeza mientras abre el maletero y tira mi equipaje en su interior.

Entretanto, me dirijo al lado derecho del coche y me descuelgo la mochila del hombro, abro la puerta y me meto dentro. Siento que el cuero arde contra mis muslos desnudos. Espero unos minutos en silencio hasta que papá se sube al coche y se sitúa detrás del volante.

—¿Y bien, has tenido buen vuelo? —pregunta, entablando una conversación mientras pone en marcha el motor y retrocede para salir de la plaza de aparcamiento.

—Sí, estuvo bien. —Estiro el cinturón por encima de mi cuerpo y lo meto en su seguro con un clic, mirando fijamente a través del parabrisas, con la mochila en el regazo.

La claridad es cegadora, así que abro el compartimento delantero de la mochila, extraigo las gafas de sol y me las pongo. Se me escapa un suspiro.

Casi puedo oír a papá tragar saliva y respirar hondo antes de preguntar:

—¿Cómo está tu madre?

—Genial —contesto, con demasiado entusiasmo mientras me esfuerzo en darle énfasis a lo bien que le está yendo sin él.

Aunque esto no sea del todo cierto. Está bien. No está genial, pero tampoco está mal. Mamá se ha pasado los últimos años intentando convencerse de que el divorcio es algo de lo que se puede sacar una moraleja. Opta por pensar que le ha dado un mensaje positivo sobre la vida o que le ha aportado sabiduría, pero en realidad lo único que ha hecho es que deteste a los hombres.

—Nunca ha estado mejor.

Papá asiente con la cabeza, asiendo el volante con firmeza mientras el coche acelera, quemando las llantas al salir de la zona del aeropuerto y coger el bulevar. Hay numerosos carriles y todos están ocupados por coches que circulan a toda prisa; el tráfico es intenso, pero se mueve con rapidez. El paisaje aquí es muy extenso. Los edificios no son rascacielos recargados como los de Nueva York y tampoco hay hileras de árboles como en Portland. Lo único que descubro con satisfacción es que las palmeras realmente existen. Parte de mí siempre se preguntó si eran un mito.

Pasamos por debajo de una colección de señales, una por encima de

cada carril, que indican las ciudades y los barrios de los alrededores. Las palabras no son más que borrones mientras las dejamos atrás a toda velocidad. Se está instalando el silencio de nuevo, así que papá enseguida se aclara la garganta e intenta por segunda vez entablar una conversación conmigo.

—Te va a encantar Santa Mónica —dice, sonriendo fugazmente—. Es una gran ciudad.

—Sí, la he buscado en Internet —comento, apoyando el brazo en la ventanilla y mirando fijamente hacia el bulevar.

Hasta ahora, Los Ángeles no parece ser tan glamurosa como las imágenes que vi en Internet.

—Hay una especie de muelle, ¿no?

—Sí, Pacific Park.

Un fugaz destello del sol se posa sobre una alianza de oro en el dedo de papá, cuando este tiene las manos sobre el volante. Se me escapa un gemido. Él se da cuenta.

—Ella tiene muchas ganas de conocerte —afirma.

—Y yo a ella. —Esto es mentira.

Ella, como me informó papá hace poco, es su nueva esposa. Una sustituta de mamá: algo nuevo, algo mejor. Y no lo puedo comprender. ¿Qué es lo que tiene esta mujer llamada Ella que mi madre no tenga? ¿Una técnica mejor para lavar los platos? ¿Un pastel de carne más sabroso?

—Espero que os llevéis bien —confiesa papá tras un momento de asfixiante silencio. Se cambia de carril hasta llegar al último por la derecha—. De verdad me gustaría que esto funcionase.

Puede que papá quiera que esto vaya bien, pero a mí, por el contrario, esta idea del modelo familiar reconstituido no me convence del todo. La idea de tener una madrastra no me atrae. Quiero una familia nuclear, una familia típica como las que salen en las cajas de cereales y que incluya a mi madre, a mi padre y a mí. No me gustan los ajustes. No me gustan los cambios.

—¿Cuántos hijos dijiste que tenía? —pregunto, con un tono despectivo.

No solo me han bendecido con una encantadora madrastra, también me han honrado con hermanastros.

—Tres —me responde papá con rapidez. Se nota que se está irritando con mi evidente negatividad—. Tyler, Jamie y Chase.

—Bien —digo—. ¿Qué edad tienen?

Él me habla mientras se concentra en la señal de stop unos pocos metros más adelante y reduce la velocidad.

—Tyler acaba de cumplir diecisiete, Jamie tiene catorce y Chase, once. Intenta llevarte bien con ellos, cielo. —Me mira de reojo y me clava una súplica con sus ojos color avellana.

—Ah —exclamo. Hasta ahora, había dado por hecho que me iba a encontrar con un par de niños que estarían aprendiendo a hablar—. Vale.

Treinta minutos más tarde conduce por un camino sinuoso que parece llevarnos por la periferia de la ciudad. Altos árboles decoran la autopista a ambos lados, sus gruesos troncos y ramas torcidas dan sombra para combatir el calor. Las casas aquí son todas más grandes que en la que vivo con mi madre, y tienen un diseño único. Ninguna se parece a otra, ni en forma ni en color ni en tamaño. El Lexus de papá se detiene delante de una casa de piedra blanca.

—¿Vives aquí?

La avenida Deidre me parece demasiado normal, como si estuviera en mitad de Carolina del Norte. Se supone que Los Ángeles no debe ser normal. Se supone que ha ser ostentoso, fuera de este mundo y totalmente surrealista, pero no lo es.

Papá asiente con la cabeza mientras apaga el motor y recoge el parasol.

—¿Ves esa ventana? —me pregunta señalando hacia la segunda planta, justo en el centro de la casa.

—¿Sí?

—Esa es tu habitación.

—Ah —respondo.

No esperaba tener una habitación para mí sola durante las ocho semanas que estaré aquí. Pero desde fuera parece una casa bastante grande, así que estoy segura de que hay muchas habitaciones libres. Me alegra saber que no tendré que dormir en un colchón hinchable en medio del salón.

—Gracias, papá.

Cuando intento levantarme del asiento, me doy cuenta de que llevar pantalones cortos tiene ventajas e inconvenientes. Ventaja: siento las piernas frescas. Inconveniente: ahora tengo los muslos pegados al cuero del Lexus de papá. Así que tardo un minuto largo en salir del coche.

Papá se dirige al maletero, toma mi equipaje y lo pone en la acera.

—Más vale que entremos —dice mientras coge el asa y arrastra la maleta sobre las ruedas.

Doy una zancada para sortear la zona del aparcamiento y sigo a papá por la senda de piedra. Esta conduce a la puerta principal, con paneles de caoba, tal y como deben de ser las puertas de los ricos. Todo el tiempo me voy mirando las Converse, tomándome unos segundos para repasar mi letra garabateada que decora los laterales de goma blanca. Igual que mi maleta, donde tengo canciones escritas con rotulador negro. El acto de mirar fijamente las letras me ayuda a mantener los nervios bajo control: un poco, hasta que llegamos a la puerta principal.

La casa en sí —a pesar de ser un repulsivo símbolo de materialismo — es muy bonita. Comparada con la casa en la que me desperté esta mañana, podría ser considerada como un hotel de cinco estrellas. En el acceso para los coches, hay un Range Rover blanco estacionado. «Qué llamativo», pienso para mis adentros.

—¿Nerviosa? —pregunta papá, vacilando delante de la puerta.

Me sonríe de manera tranquilizadora.

—Más o menos —admito.

He intentado no pensar en la larga lista de cosas que pueden salir mal, pero en algún lugar dentro de mí sí que tengo una sensación de miedo. ¿Qué pasará si todos me odian a rabiar?

—No lo estés.

Abre la puerta y entramos arrastrando la maleta detrás de nosotros, las ruedas arañan el suelo de madera.

El recibidor inmediatamente nos envuelve en un penetrante aroma de lavanda. Delante de mí, hay una escalera que conduce hasta la segunda planta, y a mi derecha hay una puerta, que por lo que puedo vislumbrar lleva hasta el salón. Enfrente, se extiende un amplio pasillo con arcos que dirige a la cocina; una cocina de la que sale una mujer que viene hacia mí.

—¡Eden! —exclama esta mujer.

Me engulle en un abrazo, sus pechos extremadamente grandes estorban un poco, y entonces da un paso hacia atrás para examinarme de pies a cabeza. Le devuelvo el gesto. Su cabello es rubio; su figura, delgada. Por alguna absurda razón esperaba que se pareciera a mamá. Pero según parece papá ha cambiado su gusto en mujeres al igual que su nivel de vida.

—¡Me alegro muchísimo de conocerte al fin!

Doy un leve paso hacia atrás, lucho contra el deseo de poner los ojos en blanco o hacer una mueca. Seguro que papá me sacaría a rastras y me llevaría directamente al aeropuerto si llegara a dar señales de tal falta de respeto.

—Hola —digo, en cambio.

Y entonces ella exclama espontáneamente:

—¡Dios, si tienes los ojos de Dave! —lo cual es posiblemente lo peor que nadie me puede decir, dado que preferiría mucho más tener los ojos de mamá.

Mi madre no fue quien se marchó.

—Los míos son más oscuros —farfullo con desdén.

Ella no profundiza más sobre el tema y cambia el tema de la conversación por completo.

—¡Tienes que conocer al resto de la familia! ¡Jamie, Chase, bajad! —grita hacia arriba antes de darse la vuelta para mirarme—. ¿Te ha comentado Dave la reunión que vamos a tener esta noche?

—¿Reunión? —repito como un eco.

Desde luego que una reunión social no es una de las cosas que había incluido en mi lista de «cosas que hacer en California». Sobre todo cuando se trata de desconocidos.

—¿Papá? —Miro de reojo hacia él, obligándome a no enviar una mirada asesina en su dirección, y enarco las cejas.

—Vamos a encender la barbacoa para los vecinos —me explica—. No hay mejor manera de empezar el verano que con una buena y tradicional barbacoa. —Y yo sinceramente desearía que se callara.

En serio, detesto ambas cosas, grandes grupos de personas y barbacoas.

—Genial —miento.

Se escucha una serie de golpes sordos cuando dos figuras descienden corriendo por las escaleras. Sus pasos resuenan en la madera de caoba mientras las bajan de dos en dos.

—¿Es esta Eden? —el mayor del par le susurra a Ella mientras se acerca, pero de todas formas lo oigo. Debe de ser Jamie.

El más joven, de ojos grandes, debe de ser Chase.

—Hola —saludo.

Mis labios dibujan una gran sonrisa. Por lo que recuerdo de mi

conversación con papá en el coche, Jamie tiene catorce. A pesar de tener dos años menos que yo, somos casi de la misma estatura.

—¿Qué hay?

—Pasando el rato —contesta Jamie.

Es muy evidente que es hijo de Ella. Sus chispeantes ojos azules y su desordenado pelo rubio dejan clara la conexión.

—¿Quieres algo de beber?

—No, gracias —respondo.

A juzgar por su postura recta y por su intento de mostrar buenos modales, parece bastante maduro para su edad. Tal vez nos llevemos bien.

—Chase, ¿no le vas a decir hola a Eden? —Ella lo anima.

Chase da la impresión de ser muy reservado. Él también ha heredado los genes perfectos de Ella.

—Hola —farfulla, sin llegar a mirarme a los ojos—. Mamá, ¿puedo ir a casa de Matt?

—Por supuesto, cielo, pero vuelve a las siete —dice Ella.

Me pregunto si es el tipo de madre que te castiga por dejar caer migas en la alfombra del salón o el tipo a la que no le importa si desapareces dos días.

—Tenemos la barbacoa, ¿recuerdas?

Chase asiente con la cabeza y luego me roza al pasar por mi lado, abre la puerta de un tirón y la vuelve a cerrar con la misma rapidez sin siquiera susurrar un adiós a ninguno de nosotros.

—Mamá, ¿quieres que le muestre la casa? —pregunta Jamie al segundo de que su hermano se haya marchado.

—Sería estupendo —contesto por ella.

La presencia de Jamie es mucho mejor que la de papá o la de Ella o la de la combinación de los dos. De verdad que no veo la necesidad de pasar tiempo con gente de la cual me gustaría estar lo más lejos posible. Así que por ahora me pegaré a mis nuevos y maravillosos hermanastros. Seguro que para ellos todo esto es igual de raro que para mí.

—Eso es muy amable por tu parte, Jay —lo alaba Ella. Parece sentirse agradecida de no tener que ser ella la que me diga dónde está el cuarto de baño—. Deja que vea su habitación.

Papá asiente brevemente con la cabeza y sonríe.

—Estaremos en la cocina si necesitas cualquier cosa.

Intento frenar un bufido de insatisfacción cuando Jamie coge mi

maleta y comienza a subirla por las escaleras. Ahora mismo, lo único que necesito son piernas bronceadas y aire fresco, algo que seguramente no conseguiré si me quedo encerrada dentro de casa con papá.

Cuando me vuelvo para seguir a Jamie escaleras arriba, oigo que papá resopla:

—¿Dónde está Tyler?

—No lo sé —le responde Ella.

Sus voces se van haciendo menos audibles a medida que nos alejamos, pero no lo suficiente como para no alcanzar a escuchar lo que papá le responde:

—¿Y lo dejaste ir así, sin más?

—Sí —contesta Ella, y al alejarnos ya no puedo oír sus voces.

—Estás justo enfrente de mi cuarto —me informa Jamie cuando llegamos al rellano—. Tienes la habitación que más mola. Con las mejores vistas.

—Lo siento.

Me río un poco y mantengo una sonrisa en la cara mientras él se dirige hacia una de las cinco puertas. Pero no puedo resistirme y hago una pausa para mirar hacia el recibidor, y me centro en la parte de atrás del pelo rubio de Ella mientras esta desaparece bajo los arcos que conducen hacia la cocina.

Me imagino que no es el tipo de persona que se molesta si desapareces.

# 2

Si pudiese emplear solo una palabra para describir mi nueva habitación para el verano, usaría «sencilla». No existe otra manera de describir una cama rodeada de paredes pálidas y una simple cómoda. Y nada más. También hace muchísimo calor.

—Me gustan las vistas —le digo a Jamie, a pesar de que ni siquiera estoy cerca de la ventana para saber cuáles son.

Él se ríe.

—Tu papá dijo que puedes decorarla como quieras.

Doy un paseo por ella, por mi habitación, rodeando la alfombra beige, e inspecciono los armarios empotrados. Las puertas correderas están cubiertas de espejos. Mucho más guay que el pequeño armario que tengo en casa. Y también hay un baño privado. Echo una ojeada por la puerta y enarco las cejas con satisfacción. La ducha no parece haber sido estrenada.

—¿Te gusta? —pregunta papá a mis espaldas. Me doy la vuelta ante el sonido de su voz y él me saluda con una sonrisa. No sé cuándo ha entrado en la habitación—. Perdona que haga un poco de calor, pondré el aire acondicionado. Dale cinco minutos.

—Está bien —digo—. Me gusta la habitación.

Es casi dos veces más grande que mi habitación en Portland, así que, a pesar de lo sencilla que sea, definitivamente es imposible que no me guste.

—¿Tienes hambre? —Parece ser que lo único que sabe hacer bien papá es preguntar—. Has estado de viaje toda la tarde; probablemente estés medio famélica. ¿Qué te apetece?

—Estoy bien —respondo—. Creo que saldré a correr un poco. A estirar las piernas, ya sabes. No quiero echar a perder mi programa diario de ejercicio, y un poco de *footing* me parece una buena manera de

explorar el barrio.

Observo la vacilación que se dibuja en el rostro envejecido de papá. Por un momento o dos frunce el ceño y luego deja escapar un suspiro como si yo le hubiera pedido que me comprara hierba.

—Papá —digo con firmeza. Inclino la cabeza y fuerzo una risa fingida—. Tengo dieciséis años; puedo salir. Solo quiero echar un vistazo.

—Por lo menos llévate a Jamie —sugiere. Este enarca las cejas con curiosidad. O con sorpresa. No sé cuál de las dos—. Jamie, a ti también te gusta correr, ¿no? ¿Puedes acompañar a Eden para asegurarte de que no se pierda?

Jamie me echa un vistazo rápido, me ofrece una sonrisa comprensiva y llena de empatía, y luego dice:

—Claro. Voy a cambiarme.

Supongo que entiende la guerra que da tener padres excesivamente sobreprotectores que te tratan como si tuvieras cinco años.

Así que, considerando todo esto, supongo que me espera un gran comienzo aquí en Santa Mónica. Solo es el primer día y la incómoda tensión entre mi padre y yo ya es casi insoportable. Primer día y ya me obligan a participar en una barbacoa con un montón de desconocidos. Primer día y ya me envían a un escolta cuando sencillamente salgo a hacer *footing*.

Primer día y ya me arrepiento de haber venido.

—No vayáis muy lejos —advierte papá, y luego sale de la habitación sin cerrar la puerta, a pesar de que le pido que lo haga.

Jamie se dirige hacia la puerta, se apoya con una mano en el marco y pregunta:

—¿Quieres ir ahora?

Me encojo de hombros.

—Si a ti te viene bien...

Asiente con la cabeza con rapidez y sale de mi cuarto. Se acuerda de cerrar la puerta.

Preferiría no perder demasiado tiempo dentro de casa, especialmente cuando parece que el aire acondicionado no funciona, así que tiro la maleta sobre el blando colchón y abro la cremallera. Me alegra descubrir que mis pertenencias —que van desde mi portátil a mi ropa interior favorita— han llegado bien y están intactas. Normalmente mi maleta llega con la mitad de su contenido desparramado porque los encargados del

equipaje suelen ser desastrosos. Así que meto las manos hasta el fondo de mi sorprendentemente robusta maleta, porque mi ropa para hacer ejercicio fue una de las primeras cosas que metí dentro.

Mientras voy dando saltitos hacia mi espléndido cuarto de baño para refrescarme un poco y cambiarme de ropa, mi móvil vibra para hacerme saber con delicadeza que está a punto de morir. Me acuerdo de que Amelia me pidió que la llamara en cuanto aterrizara. Pongo mis pantalones cortos para correr y mi sujetador deportivo en el lavamanos, me siento en la brillante y limpia taza del inodoro y cruzo las piernas. Tengo el número de mi mejor amiga en los favoritos, así que en cuestión de nanosegundos conectamos.

—Holaaa —contesta Amelia con una voz bobalicona que suena como un cruce entre un personaje de dibujos animados y un comentarista deportivo.

—Holaaa —respondo imitando su tono. Me río, pero luego suspiro —. Este sitio es un coñazo. Déjame ir a pasar el verano contigo.

—¡Me encantaría! Ya parece todo superraro.

—¿Tan raro como conocer a tu nueva madrastra?

—No tan raro —dice Amelia—. ¿Cómo es? No será tan asquerosa como la madrastra de *Cenicienta*, ¿no? Y ¿cómo son tus hermanastros? ¿Ya te han puesto a cumplir tus labores de canguro?

Sacudo la cabeza aunque no pueda verme. Si supiera que es al revés...

—En realidad ni siquiera son niños.

—¿No?

—Son... adolescentes.

—¿Adolescentes? —repite.

Antes de marcharme, me quejé durante dos semanas enteras de lo aterrada que estaba de conocer a mis nuevos hermanastros, porque tengo poca tolerancia con niños menores de seis años. Resulta que son todos mucho mayores.

—Sí —asiento—. No están mal. Uno de ellos es algo tímido, pero lo entiendo, es el menor. El otro es algo mayor y creo que me llevaré bien con él. No lo sé. Se llama Jamie.

—Pensé que tenías tres hermanos —admite Amelia—. Dijiste que tenías tres.

—Bueno, todavía no he conocido al tercero —le explico. Hasta ahora se me había olvidado que en realidad tengo tres nuevos hermanastros para

que me juzguen, en lugar de dos—. Seguramente lo conoceré más tarde. Estoy a punto de salir a correr con Jamie.

—Eden —me dice Amelia, con un tono de voz severo pero al mismo tiempo amable—. Acabas de llegar. Relájate. Te ves bien.

—No —respondo, mientras presiono el teléfono en mi oreja con el hombro y me agacho para quitarme las deportivas—. ¿Han dicho algo más sobre mí? —pregunto lentamente, a pesar de lo mucho que no quiero saberlo.

Pero siempre surge ese interés, esa curiosidad que te carcome; y la incapacidad de poder con ello. Y siempre me doy por vencida.

El silencio se propaga por la línea.

—Eden, no pienses en ello.

—Entonces eso significa que sí —afirmo, sobre todo para mí misma. Es casi un susurro, lo digo tan bajito que no creo que Amelia me haya oído. Mi móvil vuelve a vibrar—. Ey, mira, esto se va a cortar. Tengo que ir a una aburrida barbacoa esta noche. Si todo es un aburrimiento, te enviaré mensajes de texto todo el tiempo para que sepan que tengo amistades de verdad.

Amelia se ríe, y me la imagino poniendo los ojos tan en blanco que le quedan por detrás de la cabeza, como suele hacer.

—Seguro. Mantenme informada.

Mi móvil se apaga antes de que alcance a murmurar un adiós, así que lo tiro sobre el mueble del lavamanos y cojo mi ropa. Correr es estupendo para aclarar la cabeza, y aclarar mi mente es justo lo que quiero hacer ahora. Me pongo la ropa para correr sin ningún esfuerzo, lo hago tan a menudo que probablemente podría hacerlo dormida, y me dirijo hacia abajo para entrar en la cocina por primera vez. Me saludan encimeras negras con acabados brillantes y puertas de armarios blancas y brillantes y un suelo también negro y brillante. Todo es muy muy brillante.

—¡Guau! —exclamo.

Miro la botella de agua que llevo en la mano y luego al inmaculado fregadero al lado de la ventana. Casi me siento aterrada de usarlo.

—¿Te gusta? —pregunta papá, y es solo en ese momento cuando me doy cuenta de que está en la cocina. A cada rato aparece de la nada como si anduviera siguiendo cada movimiento que hago.

—¿Acaso la instalaron ayer, o qué?

Se ríe, sacude la cabeza hacia mí y luego se dirige al fregadero para

abrir el grifo.

—Ten. Jamie te está esperando en la puerta delantera. El chaval está haciendo estiramientos.

Arrastro los pies por la cocina para llenar la botella torpemente hasta que el agua se derrama por el borde, luego enrosco la tapa y salgo pitando antes de que papá tenga la oportunidad de decir nada más. No sé cómo se supone que debo sobrevivir ocho semanas con él.

Jamie está caminando de arriba abajo por la acera cuando por fin salgo para unirme a él. Se detiene y sonríe.

—Estoy calentando —me explica.

—¿Puedo calentar contigo?

Cuando asiente con la cabeza, tomo un rápido sorbo de agua y pongo mi pie paralelo al suyo, y corremos despacio alrededor del césped un par de veces. Y entonces nos ponemos en marcha, abriéndonos camino por el hermoso barrio a una velocidad cómoda.

Es la primera vez en mucho tiempo que corro sin la compañía de mi música, pero solo porque pensé que sería descortés bloquear a Jamie del todo. Entablamos breves conversaciones y el ocasional «vayamos más lento», y eso es todo. Pero no me importa. El sol está pegando fuerte, es como si sus rayos se hubiesen ido fortaleciendo en la última hora, y las calles aquí son muy bonitas, con vecinos que pasean a sus perros, van en bicicleta o empujan cochecitos de bebé. Tal vez me enamore de esta ciudad después de todo.

—¿Odias a papá? —pregunta Jamie repentinamente mientras volvemos sobre nuestros pasos haciendo la misma ruta de vuelta a casa, y me pilla tan desprevenida que casi tropiezo con mis propios pies.

—¿Qué? —es la única respuesta que encuentra su camino hasta mis labios. Reflexiono y fijo la vista en la acera delante de mí—. Es complicado.

—A mí me cae bien —dice Jamie o, mejor dicho, jadea. Me sorprende que todavía pueda seguir mi ritmo.

—Ah.

—Sí, pero parece que la situación es incómoda entre tú y él.

—Sí —digo, mordisqueándome el labio, mientras intento hallar la manera de cambiar de tema—. Ey, cómo mola esa casa de allí.

Jamie me ignora del todo.

—¿Por qué es así?

—Porque es un coñazo —contesto por fin. Esto es verdad: papá es un coñazo—. Es un coñazo por abandonarnos. Es un coñazo por no llamar. Es un coñazo porque es un coñazo.

—Ya te entiendo.

Nuestra conversación concluye y corremos hacia casa, hacemos estiramientos en el césped antes de dirigirnos a la ducha. Papá no se olvida de recordarnos que la barbacoa es dentro de dos horas. Jamie y yo nos separamos y entramos en nuestras habitaciones.

A estas alturas me siento sudorosa y asquerosa, así que, después de enchufar mi móvil para que cargue, lo primero que hago es meterme en la ducha. La sensación del agua es maravillosa, y me quedo treinta minutos, sin hacer nada más que permanecer sentada disfrutando del vapor. Las duchas en casa nunca fueron tan buenas.

Termino empleando la hora y media que queda en prepararme. Si pudiera, me presentaría en el patio con una sudadera y pantalones de chándal. Pero no creo que a Ella le sentara bien, así que hurgo en la maleta y saco un par de pantalones pitillo y un blazer. Elegante e informal. Debería funcionar.

Me visto, me seco el pelo, me lo rizo para que quede con ondas sueltas y luego me aplico una capa de maquillaje. Justo me estoy rociando con desodorante cuando aspiro el olor a..., bueno, a barbacoa. Deben de ser casi las siete.

Me dirijo hacia abajo, siguiendo el aroma hasta la cocina. Las dos puertas correderas que dan al patio están abiertas. Y me doy cuenta de que la reunión ya está en pleno auge. Así que, corrijo, deben de ser más de las siete. Se escucha música por altavoces escondidos en algún sitio, hay grupos de adultos que pululan por el patio, y todos los demás detalles que hacen que las reuniones sociales sean horribles. Diviso a Chase en la piscina con algunos chicos de su edad. También localizo a papá en un rincón volteando hamburguesas en la barbacoa, mientras intenta bailar al ritmo de un éxito de los ochenta. Parece un pringado.

—¡Eden! —exclama una voz. Cuando me vuelvo, me irrita descubrir que es Ella—. ¡Ven aquí!

Tal vez, si finjo un ataque me podré escapar y volver a mi habitación, o, mejor todavía, a casa.

—Perdón por llegar un poco tarde. No me fijé en la hora.

—No, no te preocupes —dice Ella. Se quita las gafas de sol y se las

coloca en la cabeza mientras entra un segundo en la cocina para llevarme hacia el césped—. Espero que tengas hambre.

—Bueno, en realidad, yo…

—Estos son nuestros vecinos de enfrente —me interrumpe, señalando con la cabeza hacia una pareja de mediana edad delante de nosotras—. Dawn y Philip.

—Encantada de conocerte, Eden —saluda Dawn.

Es evidente que mi padre o Ella han estado informando a todo el mundo de que venía. Philip me ofrece una media sonrisa.

—Igualmente —contesto.

No se me ocurre qué más añadir. «¿Contadme vuestra historia? Dawn, Philip, ¿cuáles son vuestros planes para el futuro?» En vez de decir eso, sonrío.

—Nuestra hija debería pasarse por aquí también —continúa Dawn, lo cual enseguida me hace sentir inquieta—. Te hará compañía.

—Ah, guay —digo.

Mis ojos se alejan de la pareja. Hacer buenas migas con otras chicas nunca ha sido uno de mis puntos fuertes. Las chicas son aterradoras. Y conocer a nuevas amigas es incluso peor.

—Encantada de conoceros —me despido con una sonrisa.

Me escapo rápidamente de su lado y del de Ella, con la esperanza de poder evitar más presentaciones incómodas. Funciona durante los primeros cuarenta minutos. Me quedo merodeando por la verja y frunzo el ceño ante la espantosa porquería convencional que emana de los altavoces situados en el lado opuesto del patio. Da hasta vergüenza estar aquí. Por lo menos cuando la comida está lista por fin y todo el mundo comienza a servirse, el ruido de sus voces ayuda a sofocar la horrenda música pop. Picoteo el pan de mi hamburguesa durante unos minutos y luego acabo tirando el plato entero a la basura. Y justo cuando pensaba que había logrado evitar con éxito a Ella para el resto de la noche, decide arrastrarme a conocer a cada individuo o pareja o familia, y presentarme como su nueva hijastra.

—¡Aquí está Rachael! —exclama, mientras me conduce a una nueva tanda de vecinos.

—¿Rachael? —repito.

Si ya me la han presentado, ya no la recuerdo. Me han dicho tantos nombres nuevos para aprender en el espacio de una hora que he optado

por desconectar del todo.

—La hija de Dawn y Philip —me informa Ella.

Asiente con la cabeza por encima de mi hombro, y antes de que yo tenga la oportunidad de darme la vuelta llama a gritos:

—¡Rachael ¡Aquí!

Ufff. Respiro hondo, me convenzo de que será agradable y simpática, y luego pongo la sonrisa más falsa que puedo en mi cara. La chica se une a nosotras y da unos pasos a mi alrededor.

—Ah, eh, hola —digo sin pensar.

Ella nos sonríe a las dos.

—Eden, esta es Rachael.

La chica también sonríe y acabamos pareciendo un trío de asesinas en serie.

—¡Ey!

Le dispara una sonrisa incómoda a Ella, quien capta la indirecta.

—Chicas, os dejo solas. —Se ríe antes de dirigirse a entablar conversaciones aún más aburridas con gente sosa.

—Los padres hacen que todo sea incómodo —comenta Rachael. Inmediatamente me cae bien basándome solo en ese comentario—. ¿Has estado atrapada aquí todo el tiempo?

Me gustaría poder decir que no.

—Desgraciadamente.

Su pelo es largo, rubio y está claro que no es su tono natural. Pero dejaré pasar ese detalle sencillamente porque no parece odiarme todavía.

—Vivo justo en la acera de enfrente, y probablemente no conozcas a nadie aquí, así que si quieres podemos pasar el rato juntas. En serio, ven por mi casa cuando te apetezca.

Me sorprende, pero me siento agradecida por la sugerencia. Ni loca voy a pasar las ocho semanas metida en casa con mi padre y su nueva familia.

—Sí, suena bien... —Mi voz baja de volumen porque algo delante de la casa me llama la atención.

Casi puedo ver la calle por los huecos de la verja que rodean la casa, y miro de reojo a través de ellos. Se oye música. Más bien retumba. La puedo percibir por encima de las canciones cutres que suenan en el patio, y cuando un elegante coche blanco acelera hasta el borde de la acera y derrapa en el bordillo, hago una mueca de asco. La música para en cuanto

se apaga el motor.

—¿Qué miras? —pregunta Rachael, pero estoy demasiado ocupada observando fijamente para intentar darle una respuesta.

La puerta del coche se abre de forma brusca, y me sorprende que no se caiga del todo de sus goznes. Es difícil ver con claridad por entre los huecos de la verja, pero un tío alto sale del vehículo y da un portazo con la misma agresividad con la que había abierto. Titubea un momento, mira fijamente hacia la casa, y luego se pasa la mano por el pelo. Sea quien sea, tiene pinta de estar superfurioso. Como si acabara de perder todos los ahorros de su vida, o se le hubiera muerto el perro. Y entonces se dirige directamente hacia la verja.

—¿Quién es este gilipollas? —le murmuro a Rachael mientras la figura se acerca a nosotras.

Pero antes de que ninguna de las dos pueda decir nada más, el Gilipollas decide abrir la puerta de la verja dándole un golpe con el puño, llamando la atención de todo el mundo. Es como si quisiera que todo el mundo lo odiara. Supongo que probablemente sea ese vecino al que todos desprecian, y ha venido en medio de un ataque de ira por no haber sido invitado a la barbacoa más aburrida que se haya celebrado jamás.

—Siento llegar tarde —dice el Gilipollas de manera sarcástica. Y en voz bien alta, con una sonrisa irónica en los labios. Sus ojos resplandecen como esmeraldas verdes—. ¿Me he perdido algo aparte de la matanza de animales? —Le hace la peineta a, por lo que puedo ver, la barbacoa—. Espero que hayáis disfrutado de la vaca que os acabáis de comer.

Y luego se ríe. Se ríe como si la expresión de indignación en las caras de todo el mundo fuese lo más entretenido que hubiese visto en todo el año.

—¿Más cerveza? —oigo que papá pregunta en voz alta al grupo que ha quedado en silencio, y estos sueltan unas risitas y retoman sus conversaciones.

El Gilipollas entra por las puertas correderas del patio. Las cierra con tanta fuerza que casi puedo ver cómo tiemblan los cristales.

Estoy aturdida. No tengo ni idea de lo que acaba de suceder ni de quién era ese ni de por qué acaba de entrar en la casa. Cuando me doy cuenta de que tengo la boca algo abierta, la cierro y me vuelvo para mirar a Rachael.

Se muerde el labio y se pone las gafas de sol sobre los ojos.

—Me parece que todavía no has conocido a tu hermanastro.

# 3

No sé exactamente lo que esperaba antes de llegar a Los Ángeles, pero sí puedo decir esto: no esperaba tener a un lunático por hermanastro.

—¿Es el tercero? —suelto mientras los invitados a mi alrededor ignoran lo que acaba de suceder.

Yo, sin embargo, sencillamente no puedo quitarme la extraña escena de la cabeza. ¿Quién se cree que es ese tío?

—Pues sí —dice Rachael, y luego se ríe—. Lo siento por ti y, por tu bien, espero que tu habitación esté lo más lejos posible de la suya.

—¿Por qué?

De repente se la ve algo nerviosa, como si yo acabase de poner al descubierto su secreto más oculto y oscuro, y fuera lo más embarazoso del mundo.

—Puede ser terrible tenerlo cerca, pero, ey, yo no debería decir nada. No debería meter las narices donde no me llaman. —Con las mejillas sonrojadas y una sonrisa torcida en los labios, enseguida cambia de tema —. ¿Tienes planes para mañana?

Mi cabeza todavía le está dando vueltas a lo que acaba de decir sobre mi habitación.

—Sí..., espera, no. Perdón, no sé por qué he dicho que sí. Ehhh.

«Qué bien creas situaciones incómodas, Eden.»

Por suerte Rachael no me descarta por ser una completa idiota, por ahora. En vez de eso vuelve a reír.

—¿Quieres que hagamos algo juntas? Podríamos ir al Paseo o algo.

—Suena bien —comento.

Todavía estoy un poco distraída y un poco confundida y un poco irritada por la entrada tan grosera del Gilipollas. ¿Acaso no podría haber entrado, simplemente, por la puerta principal? ¿Era necesario que dijera todo eso?

—¡Es un sitio increíble para ir de compras! —Rachael continúa hablando, echándose el pelo rubio por encima de los hombros de vez en cuando, y azotándome ligeramente con él en la cara cada vez que lo hace. Finalmente deja de parlotear sobre el Paseo y dice—: Tengo un montón de cosas que hacer, así que me voy a ir a casa. Siento no poder quedarme más tiempo. Mamá quería que me pasara a decir hola de camino a casa. Así que hola.

—Hola —respondo.

Me dice que me verá mañana, y luego se marcha con la misma rapidez con la que llegó, dejándome sola con un grupo de adultos semiborrachos. Y Chase.

—Eden —dice al acercarse. Pronuncia mi nombre tan lentamente y con tanto cuidado que es evidente que lo está probando, para ver cómo suena en sus labios—. Eden — repite, esta vez mucho más rápido y contundente—. ¿Dónde está la gaseosa?

Sus amigos se acercan despacio hacia nosotros, con sus inocentes ojos muy abiertos y ansiosos. «Claro —pienso—, porque soy taaan amenazadora...»

—Probablemente en la mesa —sugiero—. Pregúntale a tu madre.

—Está dentro —dice Chase.

Y entonces, uno de sus amigos lo empuja hacia delante, riéndose como si fuese la mejor broma del mundo, y Chase choca conmigo con un golpe suave. Retrocede de inmediato y está, evidentemente, un poco avergonzado. Es entonces cuando me doy cuenta de que mi camiseta sin mangas está mojada.

—Perdón —balbucea.

Echa una mirada hacia abajo, al vaso de plástico vacío en su mano. Hace un segundo estaba lleno a un cuarto de su capacidad.

—No pasa nada —respondo.

De hecho es estupendo. Ahora tengo una excusa para entrar en casa y huir de esa horrible barbacoa mientras me cambio la camiseta. Entonces me escapo, entro en la casa casi haciendo piruetas de alegría. Si tengo suerte papá beberá una cerveza de más y no se percatará si decido no volver durante el resto de la noche. Pasaré el rato en mi sencilla habitación y llamaré a mamá o chatearé por vídeo con Amelia o tal vez me rompa las dos piernas. Cualquiera de esas opciones es mejor que quedarme sola fuera.

Dejo escapar un suspiro exhausto —ha sido un día infernal y agotador— y me dirijo hacia las escaleras. Pero casi ni he pisado el primer escalón cuando escucho unos tremendos gritos explosivos que retumban en las paredes del salón. Y siento demasiada curiosidad, estoy tan intrigada que ni siquiera pienso en ignorarlos. Así que no lo hago. Me acerco sigilosamente al pequeño hueco abierto de la puerta.

Desde mi limitada rendija veo a Ella, que cierra los ojos y hunde su cabeza entre las manos mientras se frota las sienes.

—Ni siquiera he llegado tarde —se excusa una voz masculina desde algún sitio al otro lado de la habitación. Su tono es duro e inmediatamente me doy cuenta de que pertenece al Gilipollas.

—¡Has llegado con dos horas de retraso! —le grita Ella, y yo doy un paso atrás cuando abre los ojos de repente. Tengo miedo de que me vea.

El Gilipollas se ríe.

—¿En serio crees que voy a volver a casa para presenciar una maldita barbacoa?

—¿Qué problema tienes esta vez? Olvídate de la barbacoa —dice Ella, y se pone a caminar de arriba abajo por la alfombra color crema—. Estabas comportándote como un crío incluso antes de bajarte del coche. ¿Qué te pasa?

Él está un poco sin aliento mientras aprieta la mandíbula y ladea la cara.

—Nada —dice, rechinando los dientes.

—Es evidente que no se trata de nada. —El tono de Ella es severo y reprobador, no tiene nada que ver con la voz dulce que empleó conmigo hace tan solo quince minutos—. ¡Otra vez acabas de humillarme, delante de casi la mitad del barrio!

—Lo que tú digas.

—No debería haber dejado que te fueras —dice Ella, con un tono más bajo esta vez, como si estuviera enfadada consigo misma—. Debería haberte obligado a que te quedaras, pero no, por supuesto que no lo hice, porque intenté darte un poco de cancha y, como suele suceder, me explotó en la cara.

—Me habría ido de todas formas —replica el Gilipollas.

Da un paso y entra en mi campo de visión, sacude la cabeza mientras se ríe de Ella. Está de espaldas hacia mí y ahora tengo la oportunidad de poder echarle una mirada medio decente; la primera vez pasó por nuestro

lado tan rápido que casi no tuve la oportunidad de asimilar nada.

—¿Qué vas a hacer? ¿Castigarme sin salir otra vez?

Su voz es grave y ronca, y su cabello es casi de color negro azabache. Lo lleva despeinado pero aseado, y sus hombros son anchos, y es alto. Parece una torre por encima de Ella, la supera por varios centímetros.

—Eres insoportable —murmura, apretando los dientes, pero cuando dice esto sus ojos parpadean por encima de su hombro durante una décima de segundo y fija la mirada directamente en mí.

La respiración se detiene en mi garganta mientras me alejo a toda prisa de la puerta, deseando desesperadamente que no me haya visto, que haya estado mirando hacia la puerta y no hacia la persona que se escondía detrás de ella. Pero mis deseos resultan ser una pérdida de esperanza cuando la puerta se abre de un tirón tras unos segundos, antes de que yo haya tenido la oportunidad de escapar.

—¿Eden?

Ella entra en el recibidor y sus ojos miran hacia abajo hasta que se fijan en los míos, porque yo estoy medio despatarrada en las escaleras. Mi patético intento de escapar hacia arriba no ha funcionado muy bien.

—Esto... —balbuceo.

Si mis brazos no se encontraran totalmente paralizados estaría llevándome las palmas de las manos a la cara con exasperación.

Y entonces, lo peor que puede pasar en el mundo sucede. El Gilipollas asoma la cabeza por el marco de la puerta y sale al recibidor a ponerse a nuestro lado, y es entonces cuando puedo verlo bien, de cerca, por primera vez. Sus ojos son color esmeralda —demasiado brillantes para considerarlos de un simple color verde y demasiado vibrantes para considerarlos normales— y se posan sobre mí de tal manera que un escalofrío me recorre la espalda. Aprieta la mandíbula otra vez, borrando por completo la sonrisa irónica de su cara.

—¿Quién demonios es esta tía? —exige saber, sus ojos parpadean al mirar hacia Ella mientras espera que le explique por qué hay una adolescente con cara de despistada que parece estar haciendo ejercicios aeróbicos en su escalera.

Puedo notar la vacilación en el rostro de Ella mientras considera cuidadosamente cómo responderle. Le toca el brazo con suavidad.

—Tyler —dice—, esta es Eden. La hija de Dave.

El Gilipollas —o, de manera más formal, Tyler— bufa:

—¿La cría de Dave?

Me incorporo un poco y me pongo de pie, pero este sigue mirando hacia otro lado.

—Hola —intento saludar.

Estoy a punto de extenderle la mano, pero entonces me doy cuenta de lo estúpida que me veo, así que en vez de eso entrelazo los dedos.

Sus ojos por fin vuelven a los míos. Se limita a observarme con intensidad. Me mira y me mira. Es como si nunca hubiera visto a otro ser humano hasta ahora, porque en primer lugar, se lo ve confundido, y luego enfadado, y luego perplejo otra vez. Sus ojos agudos me hacen sentir incómoda mientras me estudia, así que bajo la mirada y observo sus botas marrones y sus vaqueros durante un segundo. Cuando lo miro a hurtadillas, traga lentamente y desvía la vista hacia Ella.

—¿La cría de Dave? —repite, esta vez con un tono mucho más suave y con un dejo de incredulidad.

Ella suspira.

—Sí, Tyler. Ya te dije que iba a venir. No te hagas el tonto.

Está delante de Ella, pero con el rabillo del ojo me está mirando de pies a cabeza otra vez.

—¿Qué habitación?

—¿Qué?

—¿En qué habitación la habéis puesto?

Es una extraña sensación oírlo hablar de mí como si yo no estuviera aquí, y a juzgar por su reacción, supongo que desearía que ese fuera el caso.

—La que está al lado de la tuya.

Gime con dramatismo, exagerando su fastidio al saber que estaré cerca de él, y entonces se da la vuelta y me mira fijamente. Ahora me está observando de forma penetrante. ¿Acaso se cree que yo quiero vivir en esta casa con este patético intento de familia? Porque la respuesta es no.

Cuando ya me ha fulminado con la mirada durante un buen rato, como si quisiera hacer algún tipo de declaración de principios, empuja levemente a Ella para apartarla y luego se abre paso por mi lado y sube las escaleras hecho una furia.

Durante los largos segundos que pasan hasta escuchar un portazo, Ella y yo permanecemos en silencio. El hecho de que esperemos a

escuchar cómo él cierra la puerta antes de hablar otra vez debe de ser algo cotidiano en esta casa.

—Lo siento —se disculpa Ella.

Se la ve realmente estresada y avergonzada, y me encuentro sintiendo empatía por ella. Si yo tuviera que tratar con un imbécil tan grande como él todos los días, probablemente tendría tres ataques de nervios cada veinticuatro horas.

—Es solo que él... Mira, volvamos al patio.

No, gracias.

—Chase derramó su bebida sobre mí, así que tengo que cambiarme la camiseta.

—Ah —dice. Enarca las cejas mientras estudia la mancha húmeda en mi camiseta sin mangas con un ligero mohín—. Espero que te haya pedido disculpas.

Mientras Ella se dirige al patio, yo por fin subo las escaleras —esta vez con rapidez, sin parecer deforme— y me derrumbo en mi habitación suspirando aliviada en el instante en que cierro la puerta. Por fin sola, sin que nadie me irrite.

Durante exactamente ocho segundos, hasta que la música comienza a retumbar en la habitación contigua, tan fuerte que temo que se derrumbe la pared. Rachael dijo que esperaba que mi habitación no estuviese cerca de la de Tyler. Y no estoy cerca, estoy al lado. Me quedo sin palabras y molesta y cansada mientras me detengo en el medio de la habitación y miro fijamente hacia la pared. Al otro lado duerme un imbécil.

Por suerte, tras cinco minutos la música se apaga y vuelve el silencio. El único ruido es el de una puerta que se abre. Tal vez mi hermanastro ya se haya calmado. Y es esta esperanza la que provoca que me acerque a mi propia puerta y la abra despacio para encontrarme con los feroces y nada calmados ojos de Tyler.

—Hola —intento saludar otra vez. Si esta persona es un miembro estable de mi nueva «familia», necesito por lo menos hacer un esfuerzo—. ¿Estás bien?

Los ojos color esmeralda de Tyler se ríen de mí.

—Adiós —dice.

Con la misma camisa roja de franela y las botas marrones en los pies, baja las escaleras suavemente y sale por la puerta principal sin que nadie se percate de su huida aparte de mí. Es evidente que está castigado y no

puede salir, pero parece que le importa un pepino.

Yo suspiro y arrastro los pies hacia mi habitación. Por lo menos lo he intentado, que es mucho más de lo que él puede decir. Me quito el blazer y la camiseta, y la dejo caer en el suelo antes de desplomarme encima de mi nueva cama por primera vez. El colchón de espuma traga mi cuerpo, y cuando desarrollo la habilidad para desconectar del ruido de la música entremezclado con las carcajadas borrachas, miro fijamente hacia el techo y solo respiro. Sigo respirando incluso cuando se escucha el rugir de un motor desde afuera y un coche sale catapultado por la calle. Supongo que se trata del de Tyler.

Uso la siguiente hora para llamar a Amelia, hago hincapié en lo insoportable que fue la barbacoa y lo aburrido que es mi padre y lo idiota que es Tyler. A mamá le hago el mismo resumen.

—Eden. —La voz de papá hace eco a través de mi puerta un poco más tarde, cuando ya estoy medio dormida. Abre la puerta y entra incluso antes de que le dé permiso—. Bueno, ya se han ido a casa casi todos los vecinos — dice. Huele a carne quemada y a cerveza—. Nos vamos a meter en la cama. Ya doy el día por acabado.

Le doy unas buenas noches rápidas y me giro hacia la pared, enterrando la cabeza en el edredón cuando él sale. La gente dice que o bien es sumamente fácil dormirse en una cama extraña, o muy muy difícil. Y ahora mismo, a pesar de la fatiga que inunda cada centímetro de mi cuerpo, me doy cuenta de que es lo segundo. Me vuelvo y me presiono la frente con la mano. El calor del día está atrapado en mi nueva habitación, y todavía no han puesto en marcha el aire acondicionado. No puedo decidir si está roto o si papá se ha olvidado por completo de ponerlo. Sea como sea, se lo diré por la mañana.

Paso una hora dando vueltas en la cama hasta que finalmente me duermo. Durante exactamente cuarenta y siete minutos. Parece que nada dura mucho tiempo en esta casa hasta que alguien interrumpe.

Había supuesto que si algo me iba a despertar sería el abrasador calor de mi habitación, no el sonido de gemidos borrachos rebotando en mi ventana abierta. Los murmullos, alaridos y algunas palabrotas me hacen aguzar el oído y abrir los ojos. Me arrastro por el suelo con las rodillas desnudas, despacio y en estado de alerta. Echo un vistazo por encima del alféizar de la ventana. El aire fresco de la noche sobre mi cara me produce una sensación estupenda.

—No —un Tyler borracho le dice al aire—. No. —Su expresión es totalmente solemne. Una de sus manos está apoyada con firmeza en el césped—. ¿Qué está sucediendo? —Dado que está hablando consigo mismo, su voz es un susurro. Me imagino que debe de haber vuelto a casa caminando, ya que su coche no se ve por ningún lado; eso me tranquiliza, porque significa que tiene algo de sentido común. Conducir bajo los efectos del alcohol es una estupidez demasiado grande, hasta para él—. ¿Cuándo pasó la medianoche? —Una tremenda risotada se le escapa de los labios y se pierde en el aire.

—Ey —me hago oír por la ventana mientras me siento y la abro un poco más—. Aquí arriba.

Los ojos en blanco de Tyler tardan varios segundos en localizar mi voz, y cuando me ve en la segunda planta me fulmina con la mirada.

—¿Qué demonios quieres?

—¿Estás bien? —En cuanto las palabras salen de mi boca, me doy cuenta del poco sentido que tiene la pregunta. Es evidente que no lo está.

—Abre la puerta —me ordena.

Pronuncia las palabras con algo de dificultad. Con un movimiento de la cabeza, avanza haciendo eses por debajo del techo inclinado y fuera de mi vista.

Dado que me he desnudado casi del todo, salvo por la ropa interior, para intentar refrescarme, enseguida cojo lo primero que pillo a mano y me lo pongo mientras corro hacia abajo por las escaleras. Tengo cuidado de no hacer ruido. Mantengo la luz apagada y piso con suavidad. El contorno de su figura se trasluce con nitidez por los paneles de cristal de la puerta principal.

—¿Qué estoy haciendo? —susurro mientras toqueteo la cerradura.

El Gilipollas que no ha hecho más que fastidiarme, me pide que lo deje entrar en casa ¿y yo le hago caso? Sin embargo, sin vacilar, abro la puerta en cuanto oigo el clic de la cerradura.

—Te has tomado tu tiempo, ¿eh? —Tyler balbucea mientras se cuela y pasa por mi lado. Emana un encantador aroma a alcohol y tabaco.

Cierro la puerta y le doy la vuelta a la cerradura otra vez.

—¿Estás borracho?

—No —miente. Su amplia sonrisa de inmediato se convierte en una mueca de superioridad—. ¿Ya es por la mañana?

—Son las tres de la madrugada.

Se ríe entre dientes y luego intenta subir por las escaleras, pero no hace más que tropezar y caerse.

—¿Cuándo pusieron estas cosas aquí? —pregunta mientras da golpecitos sobre uno de los escalones—. Antes no estaban.

Lo ignoro.

—¿Quieres agua o algo?

— Otra cerveza —es su respuesta.

En la oscuridad, veo que llega al rellano y luego desaparece en su habitación, por suerte sin dar un portazo esta vez. Seguro que Ella haría que alguien lo asesinara si lo viese ahora mismo, borracho e incapaz de mantenerse en pie durante más de unos segundos.

Enseguida sigo su ejemplo, subo las escaleras sigilosamente y me meto en mi habitación, me quito la ropa otra vez y la tiro descuidadamente en el suelo. En el cuarto sigue haciendo un calor increíble, así que en vez de arrastrarme hacia la cama y morir de una lipotimia, me siento bajo la ventana. Apoyo la cara en el cristal frío y respiro el aire nocturno. Veo una lata de cerveza aplastada al lado del buzón.

Gilipollas.

# 4

Cuando Rachael me dijo que hablaríamos por la mañana, no esperaba que se presentara en la puerta de casa de papá a las 10.04. Despertarse, y mucho menos quedar, antes del mediodía en verano es absurdo. Va en contra de las normas de cualquier sociedad para preservar la cordura de los adolescentes. Fulmino a Rachael con una mirada en el instante que bajo las escaleras.

Papá mantiene la puerta abierta con una mano, una taza de café en la otra y una sonrisa en la cara.

—¡Ahora viene!

—Adiós, papá —me despido con suavidad a la vez que pongo los ojos en blanco.

Él me sigue sonriendo —es como si estuviera en el jardín de infancia y acabara de hacer mi primera amiguita— y entonces por fin arrastra los pies hacia el salón.

—Qué vergüenza.

Rachael se ríe.

—Mi padre es igual. Debe de ser una regla que todos los padres tengan que ser unos plastas.

—Sí —digo. Todavía medio dormida, me sorprende que hasta sea capaz de hilvanar las palabras—. No sabía que saldríamos tan temprano.

Los ojos de Rachael se abren como platos mientras me sonríe como diciendo «esta chica es estúpida».

—¡Es sábado, si vamos a ir al Paseo, tenemos que llegar supertemprano, porque va a estar repleto!

Yo ni siquiera sé lo que es el Paseo.

—Ahhh.

Hago una pausa de un segundo (o cuatro) para echarle un vistazo a la ropa de Rachael. Lleva unos lindos pantalones cortos, una blusa con

botones color crema y gafas de sol de aviadora, y toda una colección de joyas. Y yo llevo una camiseta extragrande con caricaturas de alpacas.

—Voy a cambiarme. ¿Te apetece entrar y esperar, o...?

—Ven a mi casa cuando estés lista —dice, y luego añade para más información—: es esa.

Señala hacia la casa que hay al otro lado de la acera. Antes de ponerse en marcha, me pide educadamente que me dé prisa.

Tardo treinta minutos en estar lista. Me salto el desayuno, paso seis minutos en la ducha, me pongo ropa parecida a la de ella, me dejo el pelo suelto, y me aplico una fina capa de maquillaje. Nada demasiado complicado ni que requiera mucho tiempo.

—Voy a salir —informo a papá, asomando la cabeza por la cocina tras seguir el sonido de su voz.

Se calla a mitad de la conversación que está teniendo con Ella.

—Ten cuidado y no vuelvas muy tarde. ¿Adónde vais?

Me encojo de hombros.

—A un sitio llamado el Paseo o algo así, creo.

—¡Ah!, Tyler también está en el Paseo —comenta Ella. Me había olvidado de ese imbécil hasta ahora.

Papá se vuelve como un resorte para mirarla fijamente.

—¿No está castigado? —pregunta, su tono es algo duro. Parece que él tampoco puede soportar al tío, y la verdad es que no lo culpo. Tyler no es una de las personas más cálidas que haya conocido—. Deja de ser tan tolerante. No deberías dar marcha atrás.

—Diviértete —me dice Ella, y me sonríe, ignorando por completo la expresión de rabia de papá. Es como si sus palabras le entraran por un oído y le salieran por el otro.

La incomodidad aumenta y me escapo de allí lo más rápido posible. No quiero hacer esperar a Rachael. Tocar las narices a mi nueva amiga el día después de haberla conocido no es algo que me apetezca hacer. Por suerte, cuando llego a la entrada de la casa de Rachael, a las 10.37, no parece molesta, a pesar de que es evidente que me ha estado esperando; nadie sale de casa con prisa tan temprano sin una buena razón.

—Hoy va a hacer mucho calor —dice Rachael.

Echa la cabeza hacia atrás para mirar el cielo y suspira. Lo cierto es que sí, el tiempo es mucho más caluroso que ayer. Y todavía no son ni las once.

—Venga, vámonos.

Hay un Escarabajo rojo estacionado a nuestro lado, y ella saca unas llaves y lo abre. Vacilo antes de subir al coche.

—¿Cuándo te sacaste el carnet de conducir?

Rachael enarca una ceja y deja escapar un suspiro, ya que sin querer estoy retrasando su excursión al Paseo.

—En noviembre—responde. La miro fijamente—. Ya sé lo que estás pensando: que todavía no han pasado doce meses. Pero por aquí nadie sigue todas esas restricciones estúpidas, así que venga, súbete.

Ignorando el hecho de que es ilegal que yo me suba al coche con ella sin la presencia de un adulto, al no tener todavía veinte años, me acomodo en el asiento del pasajero. Extremo el cuidado para cerciorarme de que mi cinturón está bien asegurado.

—Así que tienes diecisiete —adivino.

Rachael retrocede y sale a la calle.

—Sí, estoy a punto de empezar segundo de bachillerato —dice, pero su atención está puesta en la calle delante de nosotras y salimos absurdamente rápido—. La misma edad que Tyler. Vamos juntos al instituto. ¿Y tú?

—Estoy en cuarto. Solo me quedan dos años de bachillerato antes de poder, con suerte, hacer las maletas y marcharme a la Universidad de Chicago. La espera está siendo muy larga, y yo ya he empezado a rellenar la Solicitud de Admisión Anticipada, porque estoy desesperada por acceder. He tenido los ojos puestos en Chicago desde el primer año, y aunque mi madre preferiría que ingresara en la Universidad Estatal de Portland, creo que Chicago tiene el mejor programa de psicología, y eso es lo que siempre me ha interesado. Siento curiosidad por la gente.

—El penúltimo año en el instituto es el peor —es el comentario de Rachael—. ¡Lo vas a odiar!

Entonces enciende la radio y el volumen de la música es tan alto que resulta casi ensordecedor mientras nos lanzamos por la avenida Deidre y giramos hacia la izquierda. Rachael canta con la música.

Durante el trayecto de cinco minutos no puedo determinar si siento náuseas por lo mal que conduce Rachael o porque nos dirigimos a un lugar donde acuden hordas de gente. Hordas que incluyen a Tyler.

—Por cierto, Meghan también viene —comenta Rachael bajando el volumen.

Estaciona delante de una casa de ladrillos pálidos en la esquina de la calle y toca el claxon. Yo jugueteo ansiosa con los dedos.

Unos minutos más tarde, una chica de ascendencia asiática, con pelo oscuro y brillante, camina rápido hasta el coche. Se desliza en el asiento detrás de Rachael.

—¡Hola, chicas! —dice con una voz suave.

Rachael pone el motor en marcha.

—Hola, Meg. Esta es Eden, la hermana de Tyler.

—Hermanastra —corrijo. Vuelvo la cabeza por encima de mi hombro para ver sus ojos—. Encantada de conocerte.

—Igualmente —responde Meghan, ofreciéndome una amplia sonrisa mientras se pone el cinturón—. Estás aquí para pasar el verano, ¿verdad?

—Sí.

La música estalla otra vez, y no deja lugar para la conversación, y yo lo agradezco. Pronto salimos de la zona residencial de la ciudad y entramos en el área más industrial, pasamos moteles y cafeterías y edificios de oficinas. Enseguida nos encontramos avanzando a paso de tortuga en medio del tráfico.

—Detesto intentar encontrar un sitio para aparcar —se queja Rachael, a pesar de meterse en un parking, acelerar para subir tres niveles, y luego estacionar en una plaza vacía, en diagonal—. Venga, ¡vámonos a las tiendas!

Todavía no sé lo que es el Paseo.

Nos dirigimos hacia la planta baja mientras yo las sigo un poco rezagada. Rachael y Meghan caminan demasiado rápido, y yo me conformo con avanzar lentamente para apreciar lo que me rodea. Las imito cuando doblan la esquina y continúan por la siguiente calle. Y entonces descubro lo que es el Paseo: se trata de una calle peatonal enorme, abarrotada de tiendas de diseño y de restaurantes caros y de ostentosas salas de cine; es el tipo de complejo de ocio sobrevalorado que por lo general detesto.

—¡Eden, te presento el Paseo de la calle Tres! —dice Rachael, y yo me estremezco—. Mi lugar favorito de todo Los Ángeles. Es insuperable.

—El mío también —añade Meghan.

Las dos tienen o que estar locas o que ser extremadamente convencionales. Por supuesto que les encanta este maravilloso, fantástico paseo, porque son chicas. Chicas bonitas. Es natural que se sientan atraídas

por un sitio como este, que se convierta en su refugio.

—Mola muchísimo —digo. Mi voz suena tan seca que es descaradamente obvio que estoy mintiendo. Intento animarme, así que me aclaro la garganta y sigo—: ¿Hasta dónde se extiende este paseo?

—¡Tres manzanas! —Rachael le echa un vistazo a su reloj y luego agita las manos de manera errática—. ¡Venga, estamos perdiendo tiempo de compras!

Dios, ir de compras es el peor pasatiempo que jamás haya existido, a no ser que eso signifique explorar las estanterías de una librería. No creo que Rachael y Meghan sean aficionadas a este tipo de tiendas. Esto queda confirmado cuando me arrastran a un American Apparel.

—Básicamente tú eres una turista —dice Rachael—, así que deberías comprar lo que te dé la real gana. Yo necesito un par de pantalones, así que voy a ver si los encuentro.

—Yo necesito un sujetador nuevo —comenta Meghan.

Las dos se marchan pavoneándose sin decir otra palabra, dejándome sola en esta enorme tienda para hacer algo que odio: comprar. Lo cierto es que me vendría bien algo de ropa nueva para el verano, así que me armo de valor y me pongo a rebuscar y a cribar en los estantes y en las barras de ropa. Al final encuentro una falda bonita y un top con un diseño azteca que pueden pasar por aceptables. Decido probármelos para ver la talla, y suelto un gemido cuando descubro la cola que hay en los probadores.

—Eden —me llama Rachael saliendo de la nada y acercándose a mí —. Sal de esa cola.

Me la quedo mirando

—¿Qué?

—Porque... —comienza, pero luego se calla cuando la mujer que está delante de mí se da la vuelta para mirarla de pies a cabeza. Rachael me coge del codo y me aleja de allí—. Porque —dice de nuevo— hay unos probadores en la parte de atrás de la tienda que están cerrados, pero nosotras siempre los usamos de todas formas. Es mejor que esperar. Ven, te los mostraré.

Con una pila de pantalones sobre el brazo, me conduce a través de la tienda hasta el rincón más apartado.

—Necesito terminar de mirar, búscanos cuando hayas terminado o lo que sea.

Cuando se gira y se marcha otra vez, me encuentro mirando

fijamente hacia una puerta blanca con un cartel que me informa de que está, en efecto, cerrado para todos los clientes. No sé si Rachael me está gastando una broma o algo igual de cruel, pero echo un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que no haya nadie mirando y me meto dentro. Siento que rompo las reglas. Me probaré las cosas rápidamente y luego saldré lo más rápido posible, antes de que me pillen. Reina el silencio, aparte de la aburrida música de la tienda; entro en el primer cubículo que encuentro. El corazón me late acelerado y no tengo idea del porqué. Cuando estoy a punto de quitarme la camiseta, escucho una risita en el cubículo de al lado, y todo mi cuerpo se paraliza y se me corta el aliento.

—Paraaa —la voz susurra y ríe. Es tan bajita y suave que apenas se oye. Sin duda pertenece a una chica.

—Nena —murmura una voz masculina, bajito y con firmeza.

Se oye el ruido de labios que besan otros labios. O piel y labios. No puedo distinguir la diferencia.

—¿Qué es eso que llevas? —pregunta la chica. Más besos sonoros—. ¿Es Montblanc? Huele como si lo fuera.

—No, es Bentley —contesta el chico. Olfateo. Hay un increíble aroma a colonia en el aire—. Ven aquí.

Aún más besos sonoros. Un cuerpo golpea el tabique de mi cubículo, y yo intento no respirar mientras mantengo las manos quietas en el aire.

La chica se ríe.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué?

—Sea lo que sea lo que estás haciendo ahora, es agradable.

—Por supuesto que es agradable.

Mi rostro se retuerce con asco y me tapo la boca con la mano mientras sacudo la cabeza. Esta es la situación más incómoda que he experimentado en mi vida. Con temor a que esta gente mire hacia abajo y vea mis pies por el hueco del tabique, me subo a la silla en silencio. Intentaría marcharme para que ellos jamás supieran que he estado aquí, pero la idea de hacer un pequeño ruido y de que descubran mi presencia me mantiene pegada en mi sitio. Inclino la cabeza y miro hacia el suelo. Puede que no puedan ver mis pies, pero desde luego que yo sí. Zapatos planos azul cielo y botas marrones.

—Tyler —jadea la chica mientras separa sus labios de los de él—, no

lo vamos a hacer aquí.

No tengo ni idea de lo que no están haciendo ahí, pero sí sé lo que esas botas marrones y la voz y el nombre de Tyler significan. Por favor, Dios, no.

Es entonces cuando casi vomito, y también es en ese momento cuando escucho la voz de Rachael que me llama:

—Eden, ¿sigues aquí?

Sin esperar un segundo más, agarro la ropa de los ganchos de la pared y salto de la silla, abro la cortina y observo a Rachael con una mirada frenética. Me dirijo hacia ella, casi corriendo mientras agito las manos en el aire en un intento de hacerle saber que tenemos que salir de allí pitando.

—Chis —chista la chica con aspereza, y luego dice más fuerte—: ¿Quién está ahí?

Intento empujar a Rachael por la puerta, pero ella se detiene.

—¿Tiffani?

—¿Rachael?

La cortina del cubículo contiguo al mío se abre, y una chica alta, rubia platino, emerge de él. Tiene las mejillas sonrojadas y se mordisquea el labio. La mitad de los botones de su blusa están desabrochados—. Ehhh, no sabía que hubiera nadie aquí.

«Evidentemente», pienso.

—¿Qué haces? —pregunta Rachael, enarcando las cejas con sospecha —. Tyler, ¿estás ahí también?

Esperamos una respuesta.

—Sí, estoy aquí. —Tyler emerge de detrás de la cortina, a la vez que se pone una camiseta gris y desteñida, y luego se pasa la mano por el pelo. Lo cierto es que se ve mucho mejor que esta madrugada—. ¿Has oído hablar de la intimidad?

—¿Y tú habías oído hablar de no follar en medio de un American Apparel? —le suelta Rachael con rapidez, con voz calmada mientras arruga la nariz—. Es asqueroso.

Las perfectamente enarcadas cejas de Tiffani y sus pómulos altos y sus labios gruesos se desploman hacia el suelo. Primero parece estar avergonzada de haber sido descubierta, pero entonces su expresión se endurece mientras se abrocha los botones de la blusa con rapidez. Tengo que apartar la vista.

—De todas maneras, ¿qué hacéis aquí? —pregunta Tyler, clavando sus ojos en mí.

Sus pupilas agudas se mantienen fijas en mí durante varios segundos, y un escalofrío me sube por la espina dorsal mientras temo lo que pueda decir a continuación.

—Nos estamos probando ropa —contesta Rachael seca—; es lo que se hace normalmente en los probadores.

Tiffani le lanza una mirada asesina antes de fijar su vista en mí, con un cabreo evidente.

—¿Y tú quién eres?

—Eden —murmuro. Me esfuerzo por mirarla a los ojos, en parte porque me siento muy pequeña, y en parte porque las circunstancias son muy incómodas. En vez de mirarla a ella, me dirijo a Tyler—. Su hermanastra.

—¿Tienes una hermanastra? —el tono de Tiffani se suaviza durante un segundo mientras frunce el ceño.

Le echa un vistazo a Tyler. Él simplemente se encoge de hombros.

—Eso parece.

Ella lo mira pestañeando durante unos segundos, como si una hermanastra fuera algún tipo de criatura mítica que solo existiese en los cuentos de hadas. Cuando por fin lo entiende, vuelve a fijar su mirada en mí, con los ojos entrecerrados. Su tono es amargo.

—¿Por qué estabas ahí dentro? ¿Acaso nos espiabas?

—Tranqui, nena —le dice Tyler, salvándome de tener que armarme de valor para responderle, y la coge del brazo—. Tampoco es para tanto. Deja de flipar.

Tiffani abre mucho los ojos y separa los labios, horrorizada ante su falta de interés. Se cruza de brazos enfurruñada.

—Solo digo que…

—Ya, vale, pero no —sentencia. Aprieta los labios y se encoge de hombros—. A ella le da igual. Venga, vámonos. Tengo que ir a la tienda Levi’s.

Rodea los hombros de la chica con un brazo, con impaciencia, y la atrae hacia él, pero ella exhala un suspiro y se mantiene firme en su postura, hace una pausa y mira a Rachael a los ojos.

—Te veré el martes —le dice—. Sigue en pie lo de ir a la playa, ¿no?

—Sí —contesta Rachael, y luego me echa una mirada.

En ese instante sé exactamente lo que está pensando, y rezo para que no lo diga en voz alta, pero, por supuesto, lo hace:

—Eden también puede venir, ¿no?

Puf.

Los rasgos de Tiffani se endurecen otra vez y exhala un suspiro lentamente: es evidente que se está debatiendo entre si debería o no permitir que una intrusa invada sus planes playeros. Finalmente simplemente murmura:

—Supongo que sí.

Y entonces permite que Tyler se la lleve consigo, el brazo de él le rodea la parte de atrás de su cuello. Se la ve medio aterrada y medio irritada. Probablemente tendrán que pasar varias horas para que el tono sonrosado abandone sus mejillas.

Miro fijamente a Rachael rodeada del nuevo silencio que se instala cuando se han marchado, enarco una ceja con curiosidad.

—Su novia —me dice—. Llevan saliendo desde primero de secundaria. Probablemente esto te marque de por vida.

Sacudo la cabeza y respiro por primera vez en los últimos diez minutos

—Menudo cabrón.

—Se trata de Tyler Bruce —dice Rachael—. Siempre es un cabrón.

# 5

Para ser sincera, la mañana en el Paseo con Rachael y Meghan no fue tan mal. No pasaron demasiado tiempo en la misma tienda, no se fundieron toda la paga en zapatos, y para mi sorpresa a ambas les encanta el café; lo descubrí cuando paramos en una cafetería pequeña y minimalista justo a la vuelta de la esquina del bulevar de Santa Mónica. Se llamaba la Refinería y servían el mejor *caffelatte* que he probado en mucho tiempo.

—¿Estás segura de que no quieres venir? —pregunta papá por octava vez, asomando la cabeza por mi puerta.

Yo estoy inmersa en el proceso de pintarme las uñas de los pies con un color zafiro radiante, pero hago una pausa para echar un vistazo por encima de mi hombro al irritante ser humano que está detrás de mí.

—Segura —digo—. Aún no me encuentro muy bien.

Y vuelvo a mis uñas y mantengo la cabeza inclinada. Se me da fatal mentir, y antes, cuando era pequeña, papá solía saber si estaba mintiendo con solo mirarme. Con suerte ya no será tan evidente.

—Hay comida en la nevera si te da hambre.

—Vale —digo, y sale de la habitación.

Evitar una comida familiar tal vez sea algo poco sociable, pero solo la idea de tener que pasar la tarde del sábado con mi familia reconstituida es suficiente para provocarme una migraña. En las dos horas desde que he vuelto a casa del Paseo, papá no ha hecho nada más que darme la lata con un evento horrendo al que quiere que vaya. Yo sigo rechazando la oferta de manera persistente.

Tras terminar con las uñas, ordeno todo y camino por la habitación dando saltitos apoyada en los talones, y luego salgo al rellano cuando Ella da voces hacia arriba diciendo que están a punto de marcharse. Apenas he comenzado a bajar por las escaleras cuando Tyler emerge de su

habitación.

Sus ojos se entrecierran en cuanto me ve, y me mira fijamente durante un buen rato. A mí y a mis pantalones de chándal.

—¿No vas?

—¿Y tú? —le disparo como respuesta.

Lleva una sudadera azul marino y tiene la capucha puesta. Un auricular le cuelga de una oreja.

—Estoy castigado —bufa, y se frota la sien—. ¿Cuál es tu excusa?

—Estoy enferma —miento. Me doy la vuelta y me dirijo hacia abajo, al recibidor, pero lo noto cerca, detrás de mí—. Qué extraño: el hecho de que estuvieras castigado no te impidió ir al American Apparel —lanzo por encima de mi hombro en voz baja.

—Cierra el pico —replica.

Cuando llegamos al recibidor, papá está esperando al lado de la puerta junto a Ella. Jamie y Chase se ven aburridos como ostras. Al ser pequeños, debe de ser difícil para ellos escaparse de este tipo de espantosos eventos.

—No llegaremos muy tarde —dice Ella mirando fijamente y con firmeza a Tyler. Es como si estuviese preocupada por dejarlo solo. Debería estarlo—. Ni sueñes con salir.

—Mamá, no me atrevería —dice, pero el sarcasmo es patente en su voz.

Se apoya en la pared y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Podemos irnos ya? —pregunta Chase. Agradezco no tener que pasar por lo mismo que él—. Tengo hambre.

—Sí, sí, vámonos —dice papá. Abre la puerta, les pide a Chase y a Jamie que suban al coche, y me lanza una mirada de simpatía—. Espero que te sientas mejor, Eden.

Yo sencillamente sonrío.

—Adiós.

—Portaos bien —advierte Ella.

Todavía se la ve ansiosa, pero se marchan todos.

Cuando cierran la puerta detrás de ellos y la casa se inunda de un silencio extraño, me doy cuenta de que me he quedado sola con el imbécil a mi lado. Toda la noche. Me vuelvo para mirarlo de frente. Sus ojos ya están sobre mí.

—Ehhh —digo.

—*Ehhh* —me imita con una voz que no se parece en nada a la mía.

—Ehhh —repito.

—Me voy a dar una ducha —me informa—. Si te apartas.

Doy un paso y me pongo a un lado de las escaleras y él pasa por mi lado rozándome con rabia, de la misma manera en que me empujó ayer, como si yo fuera un mero obstáculo en su camino.

—Maleducado —farfullo entre dientes.

En las cuarenta y ocho horas que llevo aquí, no me ha dicho ni una palabra amable. Tampoco parece tener modales. Por suerte no tendré que hablar con él por lo menos durante cinco minutos.

Me aburro al instante, por lo que me dirijo al salón y me acomodo en el sofá. La verdad es que cuando estás en una ciudad nueva y tienes cero amistades, acabas pasando la noche del sábado sola en el inmaculado salón de tu familiastra mirando las reposiciones del *reality* «Las Kardashian», porque lo único que puedes hacer cuando tu vida es un coñazo es mirar la de los demás. Lo cierto es que Amelia me mataría si supiera que estoy viendo este programa. No es que me guste ni nada por el estilo. Bueno, tal vez un poquito, pero jamás se lo diría.

Durante el rato que paso delante de la tele, también bombardeo a mamá con varios mensajes de texto diciendo nada más que pestes de papá. Ella está de acuerdo.

Estoy mirando el teléfono cuando una voz femenina dice «¿Hola?» desde el recibidor. Alguien cierra la puerta principal. Me quedo quieta y le doy al botón de pausa en la tele. Desde luego que no es Ella. Solo han transcurrido treinta minutos, y dudo que hayan tenido tiempo de comer ni los aperitivos todavía.

—¿Hola? —respondo

—¿Quién coño eres? —explota la voz, sorprendiéndome hasta el punto que retrocedo hasta el sofá.

Una figura abre con fuerza la puerta del salón y entra con los labios bien apretados. Es Tiffani. Suspira aliviada cuando ve que soy yo.

—Perdona, pensé que…

—Pensaste ¿qué? —le pregunto, mirándola con cara de póquer.

—Nada —dice enseguida—. ¿Dónde está Tyler?

Ese es el momento en que pierdo el interés. Me vuelvo para mirar la tele, quito la pausa y sigo viendo el episodio.

—No lo he visto desde que se fue a dar una ducha.

—Gracias.

Abandona el salón y yo escucho el sonido de sus pisadas cuando sube las escaleras corriendo como si estuviera en su propia casa. Muy despacio bajo el volumen del televisor y espero, intento escuchar a escondidas.

Durante al menos tres minutos no puedo oír nada, pero entonces sus voces suenan más fuerte cuando bajan juntos las escaleras. Me llevo el dorso de la mano a los labios y miro hacia la puerta con curiosidad.

—Cálmate —dice Tyler—. Iba a ir en una hora, como me dijiste.

—Podrías, por lo menos, haber contestado a mis llamadas —lo reprende Tiffani.

—No las podía oír con la música. —Los dos se detienen en el recibidor, y yo los miro fijamente por la puerta abierta. Tyler se da cuenta —. Y a ti, ¿qué te pasa?

—¡Buf! —exclamo.

Tiffani sacude la cabeza con reprobación. Hace que me plantee cómo es capaz de aguantarlo.

—Cállate, Tyler.

—Como quieras —murmura, dándome la espalda, con una expresión rígida en la cara—. Larguémonos de aquí.

—En realidad...

La voz de Tiffani disminuye de volumen y el labio inferior le sobresale un poco cuando lo mira hacia arriba a través de sus pestañas. Tyler no toma su expresión de arrogancia a la ligera.

—Y ahora ¿qué?

Tiffani entra en la sala y se para delante del televisor. Le diría que se quitara, pero todavía no estoy lo suficientemente cómoda para discutir con estos desconocidos.

—Nuevo plan —dice, y noto cómo nos mira a Tyler y a mí. Me dan ganas de escuchar lo que va a decir. Con derecho, porque lo que propone a continuación nos toma a los dos por sorpresa—. Austin da una fiesta de último minuto y nosotros vamos a ir. Tú también, Eden. —Fija su mirada en mí—. Te llamas Eden, ¿no? No tienes pinta de que te gusten las fiestas, pero Rachael dice que tengo que invitarte. Así que, ven.

—Espera un segundo —ordena Tyler, frunciendo el ceño y andando hasta donde está ella. Le susurra al oído—: Creía que íbamos a tu casa. Ya sabes... —Pero lo oigo todo, y quedan claras las intenciones que tenían.

—Lo dejamos para otro momento —susurra. Uniendo sus manos, lo

rodea y sube la voz otra vez—. Bien, así que tú vienes, Eden. Y tú también, Tyler. Vas a venir y por una vez no te vas a emborrachar.

—¿Qué coño...?

—Rachael y Megs ya están en mi casa preparándose, ¡así que venga, vámonos!

Saca un juego de llaves del bolsillo de atrás de sus pantalones y se dirige hacia la puerta, pero la llamo de inmediato.

—Espera, necesito vestirme —suelto abruptamente. Me levanto y miro hacia el techo. A lo mejor, si tengo suerte, este se derrumbará encima de mí—. Dame cinco minutos para encontrar algo.

Ahora mismo me pregunto por qué siempre me meto en estas horribles situaciones, pero por alguna razón sencillamente soy incapaz de decir que no.

Tiffani se ríe, alcanza mi brazo y me atrae hacia ella. Cuando habla otra vez, su voz es lastimera.

—Puedes coger prestado algo mío. ¡Ahora venga, vámonos! La fiesta es en dos horas.

Me suelta, se vuelve y se dirige hacia fuera. Tyler me empuja y se pone delante de mí y también se dirige hacia la puerta.

—Pensé que estabas castigado —digo.

Dándose la vuelta, me mira directamente sin titubear, sonriendo de una manera que está muy lejos de ser amigable y me replica:

—Pensé que estabas enferma.

Eso me hace callar.

El viaje en coche hasta la casa de Tiffani no es más que una travesía llena de ansiedad. Yo solo puedo pensar en una cosa, solo en una: no me he depilado las piernas. Este hecho me atormenta durante los diez minutos que estoy metida en el deportivo, apretujada en el diminuto asiento de atrás, con las rodillas apretadas contra el pecho porque Tyler, con su egoísmo, decide echar para atrás su asiento hasta el máximo. Ninguno de los dos me incluye en la conversación. Tampoco es que me importe. Solo hablan de los últimos cotilleos y dramas de su instituto. Según parece, Evan Myers y Nicole Martínez han roto, sean quienes sean.

La casa de Tiffani está en la periferia del barrio, en un terreno grande, y es de esa especie de mármol que sugiere que probablemente

tenga un mayordomo para servirla. Pero cuando aparcamos y entramos, no hay ni mayordomos ni sirvientas. Es simplemente una casa normal hecha con materiales caros.

—Tu madre sigue fuera, ¿no? —pregunta Tyler. Sus intenciones anteriores quedan aún más claras ahora.

—Sí —responde Tiffani—. Hay cerveza en la cocina. Relájate aquí abajo mientras nos preparamos, pero tómatelo con calma.

Le lanza una mirada de advertencia. De la planta superior desciende el eco de música a todo volumen. Toma mi mano y comienza a tirotear en dirección a ella. Subimos las escaleras, de mármol, por supuesto.

—¡No tardaremos mucho! —grita Tiffani por encima de la barandilla.

—¿Tiff? —la voz incorpórea de Rachael pregunta desde una habitación al final del largo pasillo. La música se apaga al mismo tiempo —. ¿Tiffani?

—¡Ya estoy aquí! —esta empuja y abre la puerta cerrada, y entra contenta. Yo la sigo.

—¡Eden! —Rachael enseguida se pone de pie, a pesar de estar ayudando a Meghan con el pelo, mueve el rizador en el aire y me sonríe —. ¡Has venido!

«Lo cierto es que no tuve otra opción», pienso.

—¿Seguro que no hay problema en que vaya? —pregunto a nadie en particular.

—No creo —contesta Tiffani.

No suena muy convincente. Se dirige hacia su armario —que es simplemente un arco que conduce a una sección de la habitación rebosante de ropa— y me mira por encima del hombro.

—Rachael dice que solo estás aquí durante el verano, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, así que tienes que aprovecharlo, supongo.

—Tiene razón —dice Meghan desde el suelo, envuelta en una bata de seda con el pelo a medio rizar—. Nos vamos a asegurar de que tu verano no sea un bodrio.

«Demasiado tarde —pienso—, ya lo es.»

—¡Ven y elige un vestido! —chilla Tiffani, pero su entusiasmo suena falso—. Yo creo que deberías elegir uno negro. Negro o rojo. Te quedaría bien. Algo ajustado. Sí. Espera, Meghan, tú vas de rojo, ¿no? Vale, pues

ajustado y negro. Apostemos por eso. —A pesar de que me dijo que veníamos para que yo eligiera un vestido, me pasa uno antes de que yo tenga la oportunidad de mirarlo, pero enseguida lo retira—. En realidad, este te puede quedar demasiado ajustado —murmura, mientras sus ojos recorren mi cuerpo y yo me siento encoger bajo su escrutinio. ¿Acaba de insinuar que estoy un poco gorda?

Me gustaría pensar que no fue intencionado, que no era eso lo que quería decir, pero duele igual. Hago todo lo posible para ignorarlo, pero ya es demasiado tarde. Se repite una y otra vez, de manera infinita y atormentadora, incluso cuando Tiffani está amontonando más vestidos en mis brazos y sonriendo contenta con más del mismo entusiasmo forzado. Intento aguantar la respiración. Intento engañarme para creer que se equivoca.

Con un montón de diferentes opciones de ropa en mis brazos, todos vestidos negros, me deja para que me prepare, y comienzo por soltarme el pelo y pedirle prestada la plancha para estirármelo. Meghan se ofrece a maquillarme. Tiffani encuentra un par de zapatos con plataforma que hacen juego con el vestido que me ha prestado, porque tenemos la misma talla de zapatos. Y cuando llega el momento de cambiarme de ropa le confieso a Rachael que no me he depilado las piernas. Tras un breve momento de risas, me envía al grandioso y glorioso cuarto de baño de Tiffani para arreglarme, dándome claras instrucciones sobre dónde encontrar las maquinillas desechables.

Estoy justo acabando y poniéndome el vestido —muy muy ajustado, que solo hace que me sienta peor— cuando escucho que Tyler entra en la habitación de Tiffani. Vuelvo al cuarto para comprobar que todas estamos vestidas y listas para irnos. Pero aunque los atuendos de Tiffani, Rachael y Meghan se ven igual de ajustados que el mío, yo me siento increíblemente fuera de lugar. Noto cómo la tela se pega a cada centímetro de mi cuerpo.

—Y bien, ¿podemos irnos ya? —pregunta Tyler, claramente aburrido. Ha estado esperando casi dos horas con la cerveza como única compañía, y eso se hace evidente en su equilibro inestable—. Dean y Jake ya están allí.

—¿Me veo bien? —pregunta Tiffani dando una vuelta en círculo con lentitud para asegurarse de que él eche una buena mirada a su cuerpo.

Su vestido es blanco, y a pesar de que es ajustado y corto le da un aire de elegancia.

—Nena, te ves genial —dice arrastrando las palabras. Bebe el último trago de la cerveza antes de dejarla en la cómoda y dar un paso hacia delante—. Supersexy.

La coge por la cintura y acerca su cuerpo hacia él. Y como si no hubiera otras tres personas en la habitación, embiste con sus labios los de ella, de una manera que parece casi dolorosa, y con una mano le roza el culo mientras con la otra presiona la parte baja de su espalda. Ella no se separa.

Le echo una mirada de asco a Rachael, y ella pone los ojos en blanco. Lo único que puedo oír es el repugnante sonido del morreo otra vez. Tyler y Tiffani: la peor pareja del mundo en cuanto a EPA (exhibición pública de afecto).

—¿Siempre están así? —murmuro, porque no quiero interrumpir su momento íntimo por segunda vez.

Rachael simplemente sacude la cabeza. Creo que como señal de compasión.

—Todo el tiempo.

Echo una mirada a la pareja. No parece que tengan intenciones de parar en un rato, incluso cuando Meghan les da un empujoncito apartándolos para poder pasar al recibidor. Parece que no se hayan visto en tres años de tan volcados como están el uno en el otro.

Y Tyler puede ser irritante, y Tiffani maleducada sin darse cuenta, y yo algo gorda, pero por lo menos mi vestido no se pega tanto como esos dos.

# 6

Un poco después de las ocho, Meghan nos lleva a todos a esa fiesta a la que temo ir. Me siento tan intimidada por ella que desearía haber acudido a la cena familiar con papá y Ella. Seguro que tener que obligarme a deslizar comida carísima por mi garganta sería mejor que el sabor amargo de licores baratos.

Nos apiñamos al lado del Toyota Corolla plateado mientras la oscuridad comienza a filtrarse a través de la luz del ocaso de una manera tan hermosa que me quedo observando hacia el horizonte hasta que Rachael dice que le toca el asiento delantero y me empuja hacia un lado. De mala gana me meto en el asiento de atrás con Tyler sentado en el medio, entre Tiffani y yo, con cervezas en su regazo y vodka a mis pies. Hay una combinación apabullante de desodorante, perfume y la colonia de Tyler, sin mencionar la música que va aumentando de volumen a cada segundo. El coche avanza por la calle, por suerte, a una velocidad prudente. Meghan conduce con el cuerpo rígido y algo agachada sobre el volante, y no dice ni una palabra. Es como si estuviera aterrada de perder la atención, así que mientras ella se concentra mucho en el camino, Rachael y Tiffani hablan lo suficiente para compensar su silencio.

—Si Molly Jefferson está en la fiesta, juro por Dios que me largo —dice Rachael sin apartar la vista de su teléfono.

Está escribiendo un mensaje con increíble rapidez, sus dedos se mueven tan deprisa que yo sencillamente la observo asombrada.

—Y ¿por qué iba a estar esa pringada? —se ríe Tiffani mientras se arregla el pelo, pasándose los dedos hasta que queda contenta con cómo le queda—. Austin es un bicho raro, pero por lo menos tiene valores. No deja entrar a pringados.

Por un momento se inclina un centímetro hacia delante para mirarme por encima de Tyler, pero luego se sonríe y se vuelve a poner cómoda.

Mientras atravesamos la ciudad, echo un vistazo hacia la izquierda. Tyler tiene los brazos cruzados encima del pecho y no se lo ve muy cómodo, sus ojos están fijos en el freno de mano, su cara parece rígida. Debe de notar que lo estoy mirando porque me echa un vistazo rápido y luego devuelve la mirada hacia delante con la misma velocidad. Así que sitúo mi cuerpo en un ángulo hacia el lado y me concentro en los edificios que pasan por mi ventanilla, pero no me ayuda mucho para paliar lo incómoda que me siento. Cada pocos minutos noto la mirada de Tyler sobre mí, pero cuando me vuelvo para verlo y pillarlo, este aparta la vista hacia la dirección opuesta.

—Y ¿qué hay de esa chica, Sabine? ¿Sabine...? —Rachael levanta la vista de su teléfono y se lleva un dedo a los labios mientras piensa por un momento. Se vuelve en su asiento y entorna los ojos hacia Tiffani a través del hueco de su reposacabezas—. Sabes de la que te estoy hablando, ¿no? La estudiante alemana de intercambio.

—¿La chica que me robó el asiento en clase de español? Sabine Baumann.

—¡Sí! —chilla Rachael, y se vuelve a desplomar en su asiento—. Espero que no esté allí. Siempre está mirando a Trevor.

—Y a ti, Tyler —añade Tiffani.

A mi lado, noto que este se encoge de hombros, pero es evidente que esa chica llamada Sabine no es amiga suya. Tiffani frunce los labios y se arrima más a él.

Las dos hablan de la gente que irá, los demás no aportamos gran cosa a la conversación: ni Meghan porque está demasiado ocupada intentando no matarnos; ni Tyler porque se está concentrando en fijar la vista en nada en particular, ni yo porque sinceramente me importa un bledo.

Así que tras quince minutos y un montón de ajustes de pelo y comentarios de mala leche, llegamos a la fiesta, que parece estar en pleno apogeo. Hay varias personas deambulando por el jardín delantero de la casa, y más que van llegando, la música está alta y retumba cuando nos bajamos del coche que Meghan ha logrado meter a presión y con torpeza entre un destartalado camión y un descapotable. Cogemos el alcohol y yo acabo llevando un pack de Twisted Tea y una botella de vodka, y de repente me siento como una alcohólica. Apuesto a que los vecinos están espiando desde detrás de las persianas con el número de la poli marcado. Es muy evidente que todos somos menores. No tengo ni idea de dónde han

sacado todo esto Tiffani, Rachael y Meghan ni de cómo lograron hacerlo, pero como cualquier adolescente en este país deben de tener sus trucos. Siempre hay una manera.

—¡Ey, Tyler! —grita una voz al otro lado del césped. Un chico más bajo que él con el pelo rapado y una Budweiser en la mano se le acerca y se saludan chocando los puños—. Qué bien que estés aquí.

—Sí —dice Tyler. Indica con la cabeza el pack de cervezas Bud Light que lleva bajo el brazo—. ¿Las dejo en la cocina?

—Sí —responde el chico, apuntando hacia la casa con un dedo—. Suelta eso y ven con nosotros.

Tyler desaparece dentro, saludando a varias personas por el camino; se tambalea un poco.

—¡Ey, Austin! —le dice Tiffani al mismo chico, el anfitrión de la fiesta.

La sigo de cerca, con Rachael y Meghan a mi lado, y no puedo evitarlo, pero me siento totalmente fuera de lugar. No conozco a ninguna de estas personas, sin embargo, aquí estoy, apareciendo en una fiesta y rogando para que nadie se dé cuenta de la desconocida que hay entre ellos.

—Divertíos, chicas —dice Austin, y su tono de voz esconde tanta lascivia que lo convierte en un tío repugnante y asqueroso—. Bonitos vestidos.

—Lo sé —replica Tiffani. Mira por encima de su hombro hasta llegar a su culo, mordiéndose el labio. Yo me fijo—. Por cierto, Eden también está aquí.

—¿Eden? —Los ojos de Austin se alejan de ella, y mira a Rachael y luego a Meghan y finalmente a mí—. ¿Estás colándote en mi fiesta, Eden?

Antes de que pueda morirme al instante, Tiffani da un paso adelante y presiona su mano en el pecho del chico, se inclina para acercarse y le susurra:

—Eden es la hermanastra de Tyler. —Y luego se separa para mirarlo con dureza—. Y no querrás tener un encontronazo con él, así que...

La expresión de Austin flaquea de inmediato y da un paso hacia atrás, remplazando la mueca irónica con una amplia sonrisa.

—¡Bienvenida a la fiesta! A desmadrarse o a irse a casa.

Alza su cerveza hacia el cielo, silba un momento y luego se aleja.

—Ya lo has oído —dice Rachael. Desenrosca la tapa de la botella de vodka que tiene en la mano y bebe un enorme sorbo, sin pausa y sin que

sus facciones se alteren un pelo. Tiene que estar acostumbrada—. ¡Fieeeesta!

El cielo oscurece y Tiffani lidera el camino hacia dentro de la casa, y a estas alturas ya me he dado cuenta de que ella es la hembra alfa del trío. El trío de amigas más yo, la que se ha colado, la de Portland. Y por ser la acoplada me acompañan la ansiedad y los nervios y la certeza de que no soy bienvenida.

La casa está bastante repleta, de pared a pared, ya sea con cuerpos o con packs de cerveza, y hace mucho mucho calor. La música es ruidosa y no parece que el alcohol falte. La mayoría de los invitados ya están medio borrachos, o totalmente pedo, y solo hay unos pocos que mantienen el equilibrio. Cuando por fin logramos zigzaguear hasta la cocina, Tyler ya ha desaparecido. Su pack de cervezas está entre la colección desbordante de alcohol que cubre la mesa y las encimeras. Vasos pequeños y usados decoran el suelo, y los esquivo con cuidado hasta soltar el pack de Twisted Tea y el vodka en el borde de la mesa.

—Perdona, Rach —dice una voz masculina detrás de nosotras, y cuando miro hacia mi derecha veo a un tipo apartando hacia un lado a Rachael, guiándola con las manos en su cintura—. Me preguntaba si aparecerías esta noche.

—¡Trevor! —Con excitación se lanza a sus brazos y le da un piquito en los labios.

Trevor pasa por su lado y coge una cerveza mientras ella lo mira como una niña de tres años que contempla a un cachorro. —¿Su novio? —pregunto moviendo los labios pero sin hablar, pero Meghan niega con la cabeza.

—¡Nos vemos más tarde, chicas! —grita Rachael, a pesar de estar a nuestro lado—. ¡Diviértete, Eden!

Los dos salen juntos de la cocina, Trevor con una cerveza en la mano y Rachael con el vodka todavía en la suya.

—Rachael no tiene cabeza para el alcohol —explica Tiffani mientras prepara otros dos chupitos, con la espalda hacia nosotras—. Ha estado bebiendo cócteles desde que llegó a mi casa.

Es cierto, Rachael se fue a la cocina varias veces mientras nos vestíamos. Hasta ahora, pensé que iba al baño con demasiada frecuencia.

Miro con atención a la manera como Tiffani llena los vasitos con tequila.

—¿Quién es ese Trevor? —pregunto.

—Su ligue de fiesta —contesta en un tono monótono, como si no tuviera la menor importancia—. Para las fiestas y eso es todo. Toma, aquí tienes.

Se da la vuelta, con una gran sonrisa en la cara, y me pasa un vaso de tequila Cazadores. Le lanzo una mirada a Meghan, pidiéndole ayuda, pero se encoge de hombros y levanta las llaves del coche.

He probado el tequila un par de veces, en casa, en Portland, con mi limitado grupo de conocidos, pero solo me dejó un sabor amargo y ácido en la boca.

—Ah —digo, mientras estudio el vaso. Está lleno hasta el borde. Con el rabillo del ojo, veo a Tiffani lamerse el dorso de la mano—. ¿Eh?

Meghan se ríe bajito y pone los ojos en blanco mientras alcanza el salero que está de lado sobre la encimera. Se lo pasa a Tiffani.

—¿Has hecho esto antes?

—¿Tequila? —pregunto.

—Tequila como Dios manda —me corrige, enarcando las cejas—. Ya sabes, con la lima y todo eso.

—Ah —digo otra vez, en Portland lo único que bebemos es cerveza y ron—. Nuestras fiestas no son tan...

—¿Geniales? —Tiffani sonríe con aire de superioridad. Se pone algo de sal en el dorso de la mano—. Les puedes enseñar esto cuando regreses. Ahora, pasa la lengua por el dorso de tu mano entre el pulgar y el índice.

De repente me siento estúpida. Es como si estuviera en primero de secundaria otra vez, donde soy objeto de la mirada de los estudiantes mucho más mayores y que molan mucho más que yo. Pero esto no es el instituto y ellas no son otras alumnas. Esto es una fiesta y ellas saben exactamente lo que hay que hacer y lo que hay que decir y cómo encajar. Yo, por otra parte, no tengo ni idea.

—Vale —digo, y me paso la lengua por la mano.

Me siento ridícula, y me pongo a pensar si papá y Ella ya habrán vuelto a casa.

—Sal. —Tiffani me pasa el salero y me pongo un poco sobre la piel, imitándola. La sal se pega—. Vale, tiene que haber limas en algún sitio.

—Tiff, están ahí mismo —dice Meghan, y se ríe mientras señala con el dedo una cesta de limas que evidentemente han puesto para este mismo propósito. Ni siquiera me gusta la lima.

Tiffani se lleva la mano a la frente y luego suspira.

—No he bebido nada todavía y ya estoy ciega. Bien, coge una rodaja. Eden, sostenla con la mano de la sal.

Sigo las instrucciones, pongo la lima entre el dedo pulgar y el índice y luego la vuelvo a mirar, y espero a que me diga qué tengo que hacer a continuación.

—¿Y ahora?

—Sal, tequila, lima —contesta Meghan por ella. Da un paso atrás para examinarnos a Tiffani y a mí, y cuando Tiffani asiente con la cabeza, nos jalea—. ¡Venga, venga, venga!

Siento pánico, pero paso la lengua por la sal y echo la cabeza para atrás mientras intento que el tequila se deslice por mi garganta. Lucho contra las arcadas. Es asqueroso y amargo. Recuerdo la lima y la muerdo, a pesar de que tengo la cara toda retorcida, pero el jugo sale disparado hacia el exterior de mis mejillas y me lanzo de cabeza al fregadero de la cocina, y escupo toda la bebida.

Cuando llegue a casa, me matarán.

—Ya sabes lo que dicen —comenta Tiffani con una sonrisa. Tengo que tener tal cara de horror que enseguida me pasa una lata de cerveza, como si eso me fuera a ayudar a enmascarar el sabor—. Un tequila, dos tequilas, tres tequilas, al suelo. —Varias personas entran en la cocina para reponer sus bebidas, y ella decide aprovechar esa oportunidad para escaparse—. Voy a buscar a Tyler. Pasadlo bien, chicas.

De repente la música sube de volumen, retumba en las paredes y me perfora los oídos. El intenso ritmo me está dando dolor de cabeza. Meghan me coge de la mano que tengo libre, me saca de la cocina y me conduce hacia un salón grande y atiborrado de gente. Habla con un par de personas por el camino, pero por suerte nadie le pregunta por qué la acompaña una pringada.

Un tipo corpulento se acerca a nosotras desde el lado opuesto de la habitación, y Meghan grita al instante por encima de la música:

—¡Jake!

—Ey, Megs —saluda él. Lleva una camiseta negra con un enorme eslogan pintarrajeado en la parte delantera, que no me molesto en leer, y el pelo rubio revuelto y cubierto de gomina—. ¿Dónde están Tiff y Rach?

A Jake, descubro, le gusta abreviar los nombres.

—Rachael está con Trevor —responde Meghan, y pone los ojos en

blanco, y él hace lo mismo— y Tiffani anda buscando a Tyler, ¿lo has visto?

Noto que la expresión de Jake se endurece un poco.

—Sí —dice con algo de rigidez—. Está haciendo lo que acostumbra.

Meghan me mira con el rabillo del ojo, se muerde el labio, y luego cambia de tema de conversación.

—¿Dónde está Dean?

—Os andaba buscando. —Jake se ríe, su expresión se suaviza mientras bebe un sorbo de cerveza. Mientras traga, me mira fijamente—. ¿Quién es la chica nueva?

—Eden —contesto antes que Meghan. Ya sé las preguntas que van a venir a continuación, así que me adelanto y lanzo las respuestas antes de que Jake pueda hacerlas—. Soy la hermanastra de Tyler. He venido aquí para pasar el verano. —Otra vez se le endurece la expresión del rostro. Le lanza una mirada a Meghan, y ella encoge los hombros como respuesta—. ¿Qué?

—Ehhh —balbucea Meghan—. Voy a ver cómo está Rachael. Tengo que asegurarme de que no se queda preñada.

—¿Quieres condones para dárselos? —dice Jake sonriendo con ironía. Le da golpecitos a sus bolsillos de manera divertida y luego se ríe. Meghan deja escapar unas risitas, se arregla el pelo y se marcha—. Así que eres la hermanastra de Tyler Bruce.

Siento ganas de negar con la cabeza, pero eso sería mentir, así que murmuro un rápido «sí» y luego cambio de tema enseguida. Le pregunto lo primero que se me viene a la cabeza.

—¿Sois todos estudiantes de último año de bachillerato?

Él ladea la cabeza.

—¿Tú no?

—Primero de bachillerato —respondo bajito.

Otra razón por la que me siento tan fuera de lugar aquí. Soy una estudiante de primero en una fiesta de estudiantes de último año. Amelia no se lo va a creer. En Portland, los de segundo de bachillerato no lo harían jamás. Los chicos son demasiado guays para nosotras, y las chicas pasan demasiado tiempo comportándose como adultas. Es casi como si creyeran que pertenecen a una raza superior. Un poco como los neoyorquinos.

—Perdona, ¿de dónde has dicho que eras?

Vuelvo a centrar mi atención en Jake.

—Ehhh, de Portland.

—¿Portland, Maine?

—Portland, Oregón —corrijo. Jake bebe otro trago de su cerveza, y el silencio y la aburrida conversación hacen que la situación sea muy incómoda—. Perdona, ¿dónde has dicho que estaba Tyler?

Deja de beber y enarca una ceja.

—¿Por qué, acaso importa?

Porque quiero irme a casa y da la casualidad de que la compartimos.

—Porque tengo que llevarle una cerveza —digo, y él se lo cree.

Jake duda durante un largo momento antes de decir finalmente:

—Está en la parte de atrás. Ten cuidado.

—Gracias.

Doy un trago a mi propia bebida y me dirijo hacia el pasillo, lo cruzo hacia la parte de atrás de la casa, atravesando la masa de cuerpos. Cuerpos que no incluyen ni a Tiffani ni a Rachael ni a Meghan. Y ahora mismo, me iría muy bien que estuvieran a mi lado. Me han abandonado entre una multitud de gente desconocida en una ciudad totalmente nueva y desde luego que no mola.

Al final del pasillo, la puerta trasera por donde entra y sale gente está abierta, así que me apretujo entre la multitud y llego al patio, y poso mi cerveza en la mesa. Hay un tío vomitando al lado de la verja y una chica inconsciente en el césped, barajo la idea de ayudarla, pero un estallido de risas que sale del cobertizo en un rincón del patio desvía mi atención. Las carcajadas suenan como si fueran de un grupo de chicos, así que me armo de valor y me dirijo hasta allí. Si no lo hago, tendré que aguantar esta fiesta hasta quién sabe qué horas de la madrugada.

A medida que me acerco, noto el humo en el aire. No hay ninguna ventana y la puerta está cerrada, así que estiro la mano y la abro. De inmediato me golpea un apabullante olor a hierba, tan fuerte que cuando el humo escapa de golpe hacia el aire de la noche a mí se me llenan los ojos de lágrimas. Me llevo una mano a la boca y toso, entrecierro los ojos y doy un paso atrás.

—¿Es hierba? —suelto de sopetón.

—No, es algodón de azúcar —dispara alguien, y en el cobertizo todos se mueren de la risa. Pero esto no es nada divertido.

Cuando se despeja el aire, abro los ojos otra vez y me encuentro con

cuatro chicos que me están mirando fijamente. Uno de ellos es Tyler. Tiene un porro en la mano e intenta esconderlo detrás de la pierna, pero de todas formas puedo verlo, al igual que noto cómo el pánico y la alarma se apoderan de su rostro.

—¿Estás de guasa? —le pregunto incrédula.

—Tío, que alguien saque a esta chavala de aquí —balbucea uno de ellos. No tengo idea de cuál de los tres es el que habla. No me importan los demás. Mis ojos están clavados en Tyler—. A no ser que quiera entrar y hacernos compañía.

—Tío —dice Tyler, pero es difícil ignorar el temblor en su voz mientras traga y fuerza una pequeña risa. Tiene los ojos vidriosos y las pupilas dilatadas—. ¿En serio quieres a esta niñata aquí?

Se oyen más risas, pero Tyler no se une a la combinación de carcajadas y toses. No hace más que mordisquearse los labios y mirarme a mí y a sus amigos, inseguro sobre cuál es la mejor forma de manejar la situación. Para empezar, debería deshacerse del porro que todavía tiene en la mano.

—¿Quién coño es? —pregunta el mismo chico. Me llega otra bocanada de humo cuando alguien exhala, pero enseguida agito las manos para alejarlo de mi cara—. ¿Acaso nadie le ha enseñado las reglas?

Yo entrecierro los ojos mientras la columna de humo se dispersa hasta que localizo el par de ojos inyectados en sangre que se esfuerzan por enfocar bien para mirarme. El dueño de esos ojos, un tío negro, está sonriendo.

—Aquí no se interrumpe, cariño. Vete cagando leches a no ser que quieras jugar con nosotros.

Da un paso adelante y levanta un porro encendido en la mano. Casi no queda nada, pero me lo ofrece de todos modos.

Como si yo fuera a considerar cogerlo. Tyler se levanta y se pone entre el porro y yo. Se pasa la lengua por el dedo índice y aprieta el rojo brillante de su propio porro, lo apaga y luego se lo mete en el bolsillo antes de enderezarse y fulminar con la mirada al tío delante de él.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunta, señalando con la cabeza el porro que tiene en la mano—. Venga, Clayton, ¿no tienes sentido común?

Clayton se lleva el porro flotante a los labios, dándole una larga calada antes de echar el humo a la cara de Tyler.

—Ofrecerle una calada es de sentido común. Se llama buenos modales. Sería grosero no hacerlo —se explica. Me echa una mirada por encima del hombro de Tyler—. ¿Me equivoco, chica nueva?

Los otros dos tíos se aguantan la risa otra vez, pero ya no están prestando mucha atención. Creo que están demasiado colocados para que les importe. Simplemente merodean en el fondo del cobertizo, con amplias sonrisas en la cara. Tyler, por otra parte, no se entretiene con tanta facilidad.

—Tío, capta la maldita indirecta —bufa. Da un paso hacia atrás y su cuerpo choca con el mío, obligándome a retroceder también—. No lo quiere. Mírala.

Tyler echa un vistazo por encima de su hombro hacia la expresión de asco de mi cara y continúa mirándome fijamente durante demasiado tiempo, haciéndome sentir incómoda. Incluso cuando Clayton vuelve a hablar, Tyler me sigue observando.

—Vale, vale —dice Clayton—. Pues que se largue. ¿Por qué tenemos a una cría desconocida aquí de todas maneras?

—Me pregunto lo mismo —murmura Tyler.

De repente se vuelve para mirarme de frente. Totalmente asqueada de verlo fumando, sacudo la cabeza. Me pregunto si Ella lo sabe. ¿Es consciente de que ha salido y de que está pasando la noche colocándose?

Tyler da un paso hacia mí, pero cuando se mueve, su puño cerrado choca con algo. Sus ojos miran hacia la derecha y mi mirada los sigue hasta caer sobre una pequeña mesa metálica con una lamparita situada en una esquina. Estoy a punto de mirar hacia otro lado cuando me doy cuenta de lo que hay sobre la mesa y debajo de la lamparita. Un montón de dólares y algunas tarjetas de crédito desperdigadas, y, más importante aún, una hilera de líneas perfectas. Líneas de polvo blanco.

—Ay, Dios mío —susurro, pestañeando con rapidez, porque no tengo idea de si el humo que acabo de inhalar me está afectando o realmente estoy viendo lo que hay sobre la mesa—. ¡Ay, Dios mío!

—Tío, en serio, no estoy bromeando —habla Clayton—. Sácala de aquí antes de que llame a la poli o algo parecido.

—Sí, sí, ya se va —responde Tyler.

Al mismo tiempo me coge por el codo, y me aleja con suavidad del cobertizo. Me sorprende que venga conmigo, me lleva por el patio hasta que estamos lejos de todo el mundo y nadie nos puede escuchar.

—Eres increíble —bufo a la vez que me sacudo para quitarme su mano del codo—. ¿Coca? ¿En serio, Tyler?

Parece indefenso delante de mí, como si fuera la primera vez que alguien lo confronta, porque se limita a llevarse las manos a la cara y a gemir.

—No deberías estar aquí —dice cuando baja las manos. Se las mete en los bolsillos y patea el césped—. Deberías... deberías volver dentro.

Hago rechinar los dientes. Nunca he estado en una situación como esta, así que no estoy segura de cómo se supone que debo manejarla. ¿Intento hablar con él del tema? ¿Llamo a Ella? ¿A la poli? Al final, opto por marcharme echando chispas. Lo empujo fuera de mi camino, tengo el pulso acelerado y la sangre hirviendo. Estoy muy enfurecida por lo que acabo de ver. Tengo ganas de darle una patada a algo, pegarle a una pared, arrancarle las extremidades a alguien. Estoy muy cabreada.

Tyler regresa al cobertizo, no sé lo que les dice a sus amigos cuando llega, pero de repente explotan en un ataque de risa. Oigo su eco a mis espaldas y no puedo dejar de pensar que se están riendo de mí.

—Venga, tío —dice alguien en voz alta. Las carcajadas en el cobertizo se paran—. Qué golpe más bajo, relájate.

—Cierra el puto pico, Dean —oigo que dice Tyler, pero ni me molesto en darme la vuelta. Estoy demasiado cabreada hasta para mirarlo.

Oigo que alguien corre hacia mí, y levanto la vista cuando el tío llega a donde estoy.

—¿Tú eres Dean?

—Y yo voy a adivinar y decir que tú eres la hermanastra de Tyler —aventura. Tiene una mano en el pelo castaño mientras me mira—. Eres la única persona a la que jamás he visto, y Meghan dice que esta misteriosa hermanastra resulta que está en esta aburrida fiesta. Y bien, ¿tengo razón?

Fuerzo una sonrisa.

—Sí. Oye, ¿no sabrás el número de la casa de Tyler? ¿La de la avenida Deidre? Necesito irme a casa, pero no... no sé la dirección.

—¿Acaso sabría por casualidad dónde vive mi mejor amigo? —dice Dean sonriendo—. 329.

—¿Tu mejor amigo? —Echo un vistazo hacia el cobertizo. Hace cinco segundos se estaban insultando en el patio.

—Es complicado —dice, y luego señala hacia la casa—. Yo te puedo llevar. Mi coche está aparcado un poco más abajo en esta calle.

—¿Has bebido?

—Si hubiera bebido algo, no me ofrecería a llevarte.

Dejo escapar un suspiro.

—Gracias.

Se dirige de nuevo hacia la casa y yo lo sigo, mi mente es un torbellino. Y pensar que creí que Tyler no podía hacer nada peor... Camino más lento durante un segundo para mirar hacia el cobertizo; la puerta todavía está abierta y veo claramente cómo él se mete la mano en el bolsillo y saca el resto del porro. Justo cuando se lo lleva a los labios y lo enciende, se da cuenta de mi mirada.

Por un breve instante, hace una mueca y baja la vista hacia el suelo. Alguien le pone una cerveza en la mano libre, pero él no le hace caso. En lugar de cogerla, sigue allí, de pie, como si estuviese paralizado y no pudiese moverse, con los hombros caídos y la cabeza agachada. Y entonces se libera de su parálisis y se mueve hacia el fondo del cobertizo, lo más lejos posible de mí, y lo único que puedo ver es un brillo anaranjado que resplandece en la oscuridad.

Mientras Dean me lleva a casa, de repente me doy cuenta de que voy a tener que dar muchas explicaciones. No solo me escaqueé de los planes que tenía papá y lo convencí de que estaba enferma, sino que también salí de casa y fui a una fiesta. Seguramente ahora mismo está llamando a la poli para denunciar mi desaparición. Y para empeorar las cosas, vuelvo a casa con un vestido que apenas cubre la mitad de mi cuerpo.

—Papá me va a matar —murmuro mientras apoyo la cabeza en la ventanilla—. Se supone que estaba enferma.

Dean me mira.

—¿Te recuperaste milagrosamente o algo así?

—Algo así.

Me enderezo en el asiento y busco mi teléfono —es un gesto automático—, pero descubro que no tengo bolsillos ni teléfono. Lo dejé en casa de Tiffani.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Dejo escapar un suspiro de frustración y rastreo el panel de mandos

del salpicadero. Son casi las once. Aguanté la fiesta durante casi una hora. Si me hubiera quedado más tiempo, solo habría encontrado más razones para detestar a Tyler e incluso para cuestionar mi propia cordura.

—¿Vas a volver a la fiesta?

—Sí —responde Dean, mientras entra por la avenida Deidre—. Soy como un chófer para Jake —se ríe—. Hay que asegurarse de que llega a casa.

—Y ¿qué pasa con Tyler? —pregunto, y enseguida me maldigo por preocuparme.

Dean sonríe levemente.

—Tyler no volverá a casa.

—¿Qué hace? ¿Acaso se quedará inconsciente en la calle o algo parecido? —Me cruzo de brazos, de forma despectiva pero también con algo de curiosidad—. ¿Pasará la noche en una celda?

—No exactamente —dice Dean—. Normalmente se va con Tiffani a su casa.

—Ah. —Asqueroso—. No puedo creer que tome drogas. —Más asqueroso aún—. ¿Lo sabías?

Un silencio largo.

—Todo el mundo lo sabe.

De repente la expresión de Jake de antes y las miradas vacilantes de Meghan cobran sentido. Ambos sabían lo que Tyler estaba haciendo.

—Y entonces, ¿por qué nadie lo para?

Me parece una locura que estas personas, que se supone que son sus amigos, a pesar de saber que se está metiendo coca a tres metros de ellos, no hagan nada para ayudarlo o impedir que lo haga.

—Quiero decir, ¿su madre sabe algo de esto?

—Te lo juro, lo he intentado —dice Dean. Estaciona delante de la casa de papá y apaga el motor—. Pero tratar de convencer a Tyler es como hablar con una pared. Es literalmente imposible. No hace caso. Lo único que podemos hacer es ignorarlo. Creo que su madre sabe lo de la hierba, pero seguro que no tiene ni idea de la coca.

—Es repugnante.

Sacudo la cabeza con incredulidad y alcanzo la manija y abro la puerta del coche. Con la otra mano, a toda prisa abro el bolso de mano que me prestó Tiffani y hurgo en él hasta que cojo el primer billete que encuentro. Son cinco dólares, y está tan arrugado que puede que no tenga

validez, pero es suficiente para cubrir el gasto del trayecto. Se lo doy a Dean.

—Gracias por traerme.

—¿Qué es esto?

Observa fijamente el destrozado billete, frunciendo el ceño con perplejidad antes de mirarme a mí.

—Es para la gasolina. —Le meto el dinero en la mano, pero él se niega a aceptarlo, así que suelto un suspiro—. Cógelo.

—Eden, en serio, no te preocupes —dice riéndose—. Solo saluda a Ella de mi parte y ya está.

Entrecierro los ojos con escepticismo. En Portland dar un par de dólares para contribuir al gasto de gasolina si alguien te lleva a casa en su coche es una norma social. Si te apeas sin ofrecer un centavo, quedas automáticamente incluida en la lista negra del círculo y tienes suerte si alguien se vuelve a ofrecer para llevarte otra vez. Quizá aquí te lleven gratis, o quizá Dean es demasiado bueno. Sea como sea, tiro el billete en el salpicadero y me bajo del coche antes de que pueda devolvérmelo.

—¡Quédatelo! —digo en voz alta, me doy la vuelta al cerrar la puerta y me dirijo con prisa hacia la casa.

Es entonces cuando me doy cuenta de que todas las luces están encendidas. Papá o será extremadamente comprensivo o estará furibundo. Con toda probabilidad lo segundo. A lo mejor me puedo colar por la puerta de atrás sin que se percaten. Subir corriendo a mi habitación, ponerme el pijama, y luego convencerlos de que he estado ahí todo el tiempo. O sencillamente ponerme a llorar y rogar que me perdonen.

Preparándome para lo peor, estiro el vestido de Tiffani lo más abajo que puedo sobre mis muslos y lo doy un poco de sí para que cubra algunos centímetros más. Todo ayuda. También me quito las irritantes pestañas postizas y las tiro en el césped. Llevo conmigo un perceptible tufo a alcohol y no hay nada que pueda hacer para deshacerme de él. Simplemente tengo que enfrentar el hecho de que he mentido y merezco que me arrojen al fondo del infierno.

La puerta está cerrada sin llave cuando llego a ella, así que entro lo más silenciosamente que puedo y cruzo con gran sigilo el recibidor. Pero no soy tan discreta como creo, porque papá pronuncia mi nombre desde el salón.

Me muerdo el labio y doy unos pasos hacia la puerta, asomando un

poco la cabeza por el marco. Mantengo el cuerpo bien escondido.

—Ey.

—¿Ey? —repite papá, pestañeando mientras me mira estupefacto—. ¿Es eso lo único que se te ocurre decir al entrar? ¿Ey?

—¿Hola? —intento algo diferente. Nunca me he metido en problemas, así que todo esto de andar a hurtadillas es nuevo para mí. En dieciséis años mamá me ha castigado dos veces. Papá no ha estado allí para presenciarlo—. Ya estoy en casa.

—Sí, ya puedo ver que estás en casa —dice papá con un tono brusco y de regañina mientras se levanta. Ella observa desde el sofá—. Que es donde se supone que debías haber estado toda la noche. No te encontrabas muy bien, pero ahora parece que estás absolutamente recuperada. ¿Cómo lo explicas?

—Estaba en casa de Tiffani —espeto. Esto en parte es verdad—. Noche de chicas. Me encontraba un poco mejor, así que fui. Pensé que a vosotros no os molestaría.

—¿La novia de Tyler? —pregunta Ella, poniéndose de pie también.

Por desgracia para Tiffani, sí.

—Sí.

—Hablando de Tyler —masculla papá—. ¿Adónde se ha escapado?

—No lo sé —miento. Ahora mismo, está fumando porros y esnifando coca y bebiendo cerveza y riendo chistes mal articulados que ni siquiera son divertidos—. Todavía estaba aquí cuando me fui.

Sería muy fácil soltarle a Ella que su hijo es un fumeta. Eso le enseñaría a no ser un capullo conmigo. Pero por alguna razón siento que está fuera de lugar que yo lo diga, así que continúo encubriéndolo. Es como si no pudiera impedir que las palabras salieran de mi boca.

—A lo mejor salió a comprar comida o algo.

—Su coche sigue aquí —señala Ella.

Se la ve decepcionada, como si tuviera esperanzas de que hubiese sido su hijo el que hubiese entrado por la puerta y no yo.

—¿Tal vez a dar un paseo?

—Lo dudo —dice—. No me contesta las llamadas.

Debe de ser difícil tener que tratar con un chico que es casi imposible de controlar.

—Eden —dice papá—. Huelo a alcohol. No me gusta que me mientas.

Lo miro fijamente, preguntándome a qué se refiere: a que le esté

mintiendo al decir que estaba enferma, que estaba en casa de Tiffani, o que no sé dónde está Tyler. Por alguna razón, siento una repentina ola de rabia por mis venas y no tengo ni idea del porqué. Mi cara se contorsiona.

—Y a mí no me gusta que abandonaras a mamá, pero las cosas no siempre salen como queremos.

No me quedo a escuchar la respuesta de papá. Cierro las manos en un puño y salgo corriendo escaleras arriba hacia mi habitación. El tequila se revuelve en mi estómago, recordándome que apenas pude sobrevivir una hora en la fiesta. El volumen de la música me ha dado dolor de cabeza y todavía puedo recordar el fuerte pestazo a hierba. Ahora me siento enferma de verdad, esta vez no se trata de una simple excusa.

Despierto por la mañana con la voz de Ella retumbando por la casa y la de Tyler, que es el doble de alta. Miro fijamente hacia el techo durante un rato, escuchando sus gritos y preguntándome qué hora será. Y sea la que sea, en realidad me parece demasiado pronto para esto. Tyler debe de haber conseguido regresar de casa de Austin.

Ya que resulta difícil ignorar el sol que entra a raudales en mi habitación y el sonido de alguien que corta el césped, decido levantarme y ponerme algo de ropa. Mientras lo hago, escucho fuertes pasos en las escaleras y a alguien que dice palabrotas. Solo puede tratarse de una persona, y esta decide entrar en mi habitación.

—¿Acaso no sabes que existe algo que se llama, pues, no sé, intimidad?

Clavo la mirada en el intruso antes de terminar de ponerme la sudadera con capucha. Tyler ladea la cabeza hacia un lado mientras cierra la puerta.

—Aquí tienes tus cosas. —En sus manos tiene la ropa que dejé en casa de Tiffani, y la tiende sobre la cama. Para mi sorpresa, su voz ahora está calmada. Hace cinco segundos era lo suficientemente fuerte como para dejar sordo a un niño—. Y tu teléfono.

Se inclina un poco hacia mí y lo cojo, con lentitud, mientras lo miro directamente a la cara. A él le cuesta mirarme a los ojos.

—Gracias —digo con brusquedad.

Todavía sigo extremadamente furiosa con él.

El silencio se apodera de mi habitación durante un largo rato. Se

vuelve lentamente para irse, pero antes de llegar a la puerta se da la vuelta otra vez.

—Mira —comienza a decir—, lo que pasó anoche…

—Ya sé que eres un capullo y que te metes droga y que eres patético —digo—. A mí no me tienes que explicar nada.

Él frunce el ceño, sus labios forman una línea rígida y da unos cuantos pasos vacilantes hacia mí.

—Solo… no digas nada.

Me cruzo de brazos, mirándolo con curiosidad. Por una vez, no parece aterrador.

—¿Me estás pidiendo que no me chive?

—No le digas nada a mi madre ni a tu padre —pide, y su voz es tan suave y tan suplicante que me confunde un poco. Por lo menos su lado suplicante es agradable—. Sencillamente olvídalo.

—No puedo creer que estés metido en ese tipo de cosas —murmuro, mirando mi teléfono: cuatro llamadas perdidas de papá; luego lo tiro sobre la cama—. ¿Por qué lo haces? No te hace más guay si eso es lo que pretendes.

—Para nada.

Levanto las manos exasperada.

—Entonces, ¿para qué lo haces?

—No lo sé —balbucea—. No estoy aquí para que me des un sermón, ¿vale? Solo vine a traerte tus cosas y a decirte que mantengas la boca cerrada.

Se lleva una mano al pelo y mira hacia otro lado.

Tal vez estoy bajo los efectos de la falta de sueño o tal vez estoy loca y punto, pero de alguna manera consigo juntar el valor para hacerle la pregunta que ha estado a punto de salir de mi boca desde el viernes.

—¿Por qué me odias tanto?

Esto coge a Tyler por sorpresa. De golpe se le ve perplejo.

—¿Quién ha dicho que te odio?

—Ehhh —balbuceo—. Me insultas cada vez que puedes. Entiendo que sea raro tener una hermanastra de repente, pero para mí también lo es. Creo que hemos empezado con el pie izquierdo.

—No —replica Tyler, moviendo la cabeza mientras se ríe—. No entiendes nada.

Echando un vistazo rápido a mi habitación, entrecierra los ojos y

finalmente se dirige hacia la puerta de nuevo.

—¿Qué es lo que no entiendo? —le pregunto mientras sale.

—Nada —suelta como respuesta.

# 7

El martes, pongo la alarma para que suene al amanecer y hago un esfuerzo para salir a correr temprano, antes de que todos se despierten. Las palabras de Tiffani sobre el vestido ajustado todavía resuenan en mi cabeza, así que me aventuro más allá del barrio, haciendo una ruta hacia la autopista de la costa y otra vez de vuelta, forzando mi cuerpo al límite. Me quedo atónita al encontrar que una capa de niebla cubre la playa, pero el aire sigue siendo cálido. Cuando regreso a casa, papá ya se ha levantado y está preparando café.

—¿Una buena carrera? —pregunta cuando entro en la cocina.

Suspiro mientras jadeo y apoyo las manos en el borde de la encimera, recuperando el aliento.

—Sí —digo, sin apenas respiración—. Casi siete kilómetros. Había muchísima niebla en el muelle.

—Yo me desmayaría en el primer kilómetro —bromea—. Ay, la famosa neblina. Se la conoce como el tiempo plomizo de junio. ¿Café? —ofrece levantando la jarra.

—Estoy bien. —Puede que me encante el café, pero a las siete de la mañana es demasiado temprano. Lo único que me vendría bien ahora es una larga ducha caliente—. ¿Hay alguien más despierto?

—Ella se está vistiendo —dice, dándose la vuelta para coger una taza —, pero los chicos aún duermen.

Tras mi comentario brusco del sábado por la noche se ha relajado y se está esforzando mucho por ser agradable cada vez que surge la ocasión. Ahora sabe que no lo he perdonado, que aún estoy dolida porque nos haya abandonado. Todavía tiene que hacerme la pelota mucho más.

—¿Tiene que ir a trabajar o algo?

Ayer no parecía que tuviera trabajo. Cuando papá se marchó al suyo, ella simplemente limpió la casa, charló un poco conmigo, discutió un

poco con Tyler, y luego llevó a Jamie y a Chase a donde fuera que tuvieran que ir.

Papá me sonríe ligeramente.

—Ella es abogada de derechos civiles.

Yo parpadeo. Jamás hubiera pensado que fuera abogada: parece perder todas las discusiones con Tyler y se da por vencida tras solo unos minutos.

—¿No debería trabajar en una oficina o algo así?

—Se está tomando un descanso de su profesión —explica papá, pero no me da ninguna oportunidad de seguir con el tema y me pregunta—: ¿No dijiste que hoy ibas a ir a la playa?

—Sí —contesto—. Con Rachael.

Y con Tiffani y con Meghan, pero dudo que a papá le importe cada detalle.

—Si necesitas que alguien te lleve, Ella lo hará —ofrece, lo cual es ridículo, porque la conocí hace solo cuatro días y no tengo la suficiente confianza como para andar pidiendo que me lleve a ningún sitio.

—Voy con Rachael —digo—. Gracias de todos modos.

—Vale. —Bebe un largo sorbo de café, se mete la camisa en los pantalones y se ajusta la corbata—. Bueno, me pongo en marcha para intentar vencer el tráfico de Los Ángeles. Algunas mañanas gano y otras pierdo.

—¿Y esa camisa?

—Soy el supervisor.

—Ah.

Por fin, una respuesta de por qué esta casa es tan lujosa. Papá es ingeniero civil desde antes de que yo naciera, y los años de experiencia deben de haberle otorgado un puesto mejor pagado, al fin. Es evidente.

—Llegaré a casa a las seis —dice, y me hace un saludo con dos dedos en el aire cuando pasa por mi lado.

Pongo los ojos en blanco y voy hacia el grifo, me sirvo un vaso de agua y luego me dirijo a mi habitación. Oigo que Ella abre la puerta del dormitorio cuando cruzo el recibidor, así que subo las escaleras corriendo antes de que pueda verme. Sin embargo, todavía no se escucha nada en las habitaciones de Tyler, Jamie o Chase.

Me doy una ducha; una ducha larga y caliente, lo suficiente para relajar mis músculos y hacer que mi cuerpo se sienta espléndido de nuevo.

Esta vez me acuerdo de afeitarme las piernas.

—Eden —dice Ella mientras entra en mi habitación sin llamar y me deja agarrada con desesperación a la toalla—. Perdón..., yo...

Me aferro a la tela con más fuerza y le ofrezco una sonrisa incómoda.

—No pasa nada.

«Aunque —pienso— en realidad sí que pasa.» Estoy medio desnuda delante de una desconocida.

Ella se aclara la garganta, baja la mirada hacia el suelo con nerviosismo y la mantiene clavada en la alfombra.

—Me preguntaba si querías desayunar. ¿O ya has desayunado con tu padre?

—Estoy bien por ahora —respondo—. No tengo mucha hambre.

Ella sonríe, asiente con la cabeza y se marcha. Por lo menos se está esforzando. Yo esperaba que fuera la estereotípica madrastra malvada. Pero hasta ahora, no me ha pasado ninguna fregona.

Con el pelo húmedo, me lo trenzo y me vuelvo a meter en la cama. No voy a ir a la playa hasta esta tarde, y no puedo dejar de bostezar por haberme levantado tan temprano, así que un sueñecito restaurador me vendrá muy bien.

—Tiffani y Megs ya están allí —dice Rachael, justo cuando entro en el coche, cinco horas después. Enarca las cejas y me mira de arriba abajo —. Parece que te acabaras de despertar.

—Así es —confirmo—. Hace veinte minutos.

—Vale, supongo que es verano, pero levantarse a las —da golpecitos al reloj de la radio—... doce y veinte es demasiada pereza, ¿no crees?

Pongo los ojos en blanco y me paso los dedos por el pelo para asegurarme de que me he deshecho las trenzas del todo. Me quedan unas ondas de sirena perfectas para la playa y a la altura de Rachael. Me subo y ajusto el quimono floreado sobre mi cuerpo.

—Me he levantado supertemprano.

—¿Por qué?

—He salido a correr.

Rachael resopla por la nariz.

—Vale, ignora mi comentario anterior. ¿Has estado en el muelle ya?

Me pongo las gafas de sol y me giro para mirarla, observándola de cerca mientras ella se concentra en la carretera.

—¿Esa cosa con la noria? Lo vi esta mañana. Corrí por la carretera.

—Sí, ese es el muelle —confirma Rachael—. Luego podemos pasarnos por allí si nos da tiempo.

Hoy hace muchísimo calor, y solo corre una leve brisa del Pacífico, pero es refrescante, así que no me puedo quejar, sobre todo ahora que la neblina se ha disipado. Portland no es una ciudad famosa por sus playas que digamos, sobre todo porque no hay ninguna. Hay algunas supuestas «playas» al lado de los lagos o a lo largo del río Willamette, pero no tienen nada que ver con el tamaño de esta. Se extiende a lo largo del borde de la ciudad durante kilómetros hasta llegar a Venice Beach, y tiene un constante flujo de visitantes.

Rachael encuentra una plaza de aparcamiento cerca del muelle, y yo cojo el bolso y me bajo del coche. Tardé diez minutos en convencerme de ponerme un biquini, y ahora que lo llevo sé que es la peor decisión que he tomado en la vida. Mientras Rachael saca su toalla y unos altavoces del maletero, yo me aseguro de que mis pantalones cortos están ajustados y mi quimono está totalmente extendido. De ninguna manera pienso quitarme la ropa.

—Vale —dice Rachael, mientras da la vuelta para juntarse conmigo delante del coche, lleva las gafas en la cabeza y entrecierra los ojos al mirar su teléfono—. Meghan dice que están cerca de las canchas de voleibol, al lado de Perry's, así que tienen que estar por aquí. —Señala hacia la derecha.

Debe de ser difícil encontrar a la gente a la que buscas en una playa de este tamaño, pero gracias a la tecnología todo es más sencillo.

Sigo a Rachael desde el parking hasta la arena, las chanclas aletean alrededor de mis pies de una manera muy incómoda, y caminamos durante unos cinco minutos o más hasta que divisamos a Tiffani y a Meghan. No es difícil hacerlo, están de pie agitando los brazos como locas.

—¡Chicas! —grita Tiffani—. Acabáis de perderos a un tío bueno que le acaba de pedir el teléfono a Meg.

Le echo una mirada a Meghan, y esta se vuelve a sentar en la arena avergonzada, con las mejillas sonrojadas.

—Es de Pasadena —murmura, y se muerde el labio.

Cuando Tiffani se acomoda de nuevo en la arena, Rachael y yo

extendemos nuestras toallas y me pongo cómoda. Me cruzo de piernas y sonrío. La playa es enorme, hay hileras de pequeñas tiendas detrás de nosotras y carriles bici y tíos lanzándose pelotas de voleibol los unos a los otros.

—Y bien, Rach —dice Tiffani, enarcando una ceja por detrás de sus gafas de sol—, ¿qué paso con Trevor el sábado?

Rachael sonríe con suficiencia, pone los ojos en blanco y luego mira hacia otro lado.

—Nada —responde, pero sigue sonriendo.

—Mentira —dispara Meghan—. Supongo que esta vez te quedaste en tercera base, porque un *home run* dos semanas seguidas no es tu estilo. ¿Tengo razón o tengo razón?

Rachael se queda en silencio un buen rato y luego susurra:

—Tienes razón —y se ríe.

Se quita el blusón playero de encaje y lo deja caer a su lado, se acuesta sobre la espalda y se pone cómoda. Noto lo perfecta que es su figura, lo largas que son sus piernas y lo plano que es su vientre. El cuerpo perfecto para hacer juego con su impecable biquini.

—Eden, ¿qué te pasó en la fiesta? —pregunta Tiffani, y yo estoy tan distraída con las piernas de Rachael que me coge por sorpresa.

—¿Qué?

—¿Adónde te fuiste? —Se sienta, su cuerpo igual de perfecto que el de Rachael, y me mira desde detrás de sus gafas de sol—. ¿Con quién te fuiste a casa? ¿Cómo se llama?

Casi me atraganto con mi propia saliva.

—Nooo —niego, moviendo la cabeza—. No me encontraba muy bien. Dean me llevó a casa.

¿Cuántas veces más voy a tener que usar la excusa de no encontrarme bien?

—¿No pudiste con el tequila? —Se sonríe, luego emite una carcajada y se pone de rodillas para estirar la toalla—. Por cierto, los chicos sugirieron que saliéramos fuera de la ciudad esta noche. Tal vez a Venice o al centro, pero Dean también decía que fuéramos a Hollywood para que veas el letrero, Eden, porque no puedes venir a Los Ángeles y no ver la señal de Hollywood en vivo y en directo y de cerca. Vamos todos.

—Ir a Hollywood es una buena idea —afirma Rachael—. Tengo ganas de hacer algo ilegal, como meterme en una propiedad privada.

Yo tengo mis dudas.

—¿Algo ilegal?

Las tres se sonríen con superioridad, y luego Tiffani continúa hablando, aunque al comienzo se dirige sobre todo a Rachael.

—Vamos a llevar solo tres coches para que sea más fácil, así que Jake me va a recoger a mí y Dean dijo que os recogería a ti y a Meg, fuéramos a donde fuésemos. —Inclina la cabeza hacia mí—. Y tú puedes ir con Tyler, ya que de todos modos salís de la misma casa.

Me la quedo mirando. De hecho, casi se me escapa una carcajada, pero de alguna manera logro reprimirla. Claro, puede que parezca conveniente compartir coche con Tyler, pero juntarnos a los dos en un espacio cerrado durante más de un minuto hará que me hierva la sangre con toda seguridad.

—¿Os apetece una ronda de Perry's? —pregunta Meghan, cogiendo su bolso.

—Tráeme un Frío de caramelo —dice Rachael.

Meghan me mira.

—¿Eden?

—Ehhh —dudo. No estoy segura de qué tipo de tienda es Perry's, y jamás he escuchado el nombre «Frío» en mi vida—. ¿Qué tienen?

—Tráele lo mismo que a mí —interrumpe Rachael, mientras se reclina y se apoya en los codos, moviendo la cara hacia el sol. No deja opción para discutir.

Meghan se marcha con Tiffani a su lado, dejándonos a Rachael y a mí solas para disfrutar tomando el sol mientras ellas van a buscar las bebidas. Por lo menos doy por sentado que se trata de bebidas. No tengo ni idea. Podrían ser helados. Sea lo que sea, no me apetece.

Aclarándome la garganta, decido distraerme.

—Vale, creo que lo entiendo —digo, cruzándome de piernas y volviéndome para mirar a Rachael. Ella se sienta para escucharme—. Vosotras sois muy buenas amigas, ¿no?

—Sí... —responde Rachael, pero su tono es precavido y espera a ver adónde conduce esta conversación.

—¿Y Tyler y Dean y ese chico, Jake, muy buenos amigos también?

Piensa un momento, frunciendo los labios al considerar la respuesta con cuidado.

—Más o menos —dice—. Existe algo de tensión entre Tyler y Jake,

pero la mayor parte del tiempo la ignoran.

—¿Por qué hay tensión?

Recuerdo haber hablado con Jake en la fiesta, y a pesar de su escasa habilidad para mantener una conversación parecía bastante amistoso.

—Porque Tyler empezó a salir con Tiffani en tercero de secundaria y por esa época Jake estaba totalmente colgado de ella y tuvieron discusiones y peleas, pero Jake lo superó —explica Rachael. Pone los ojos en blanco—. Cuestión de inmadurez. De todas formas, todavía se odian un poco.

—Dejando de lado esa tensión —continúo—, ¿vosotros sois todos como un gran grupo de amigos? Eso es lo que parece, así que solo quiero saber si lo he entendido bien.

—Tienes razón —dice Rachael—. Todos hemos sido amigos desde..., buf, no tengo ni idea, desde primero de secundaria, creo. Todos fuimos juntos al instituto. ¡Y ahora, venga! —dice levantando las manos en el aire —. Vamos a broncearnos.

—Yo estoy bien aquí —me excuso, y sonrío lo más que puedo para desanimarla a que diga nada más. Pero no funciona.

—Anda, cállate —bromea, mientras se vuelve a tender sobre su espalda—. No te vas a broncear si sigues ahí sentada con la mitad de la piel cubierta.

Miro hacia abajo, asiendo con fuerza mi quimono y ajustándomelo.

—No, en serio, estoy bien así.

—¡Traemos vuestros Fríos! —anuncia Tiffani al acercarse sigilosamente por detrás de nosotras, y agradezco la interrupción.

Inclinándose por encima de mi hombro, me pasa un vaso de plástico, que rebosa nata por la tapa, y luego le da otro a Rachael y nos tira las pajitas.

Miro el vaso fijamente durante unos segundos. Tiene pinta de ser la bebida que más engorda del mundo. La nata me hace sentir náuseas, así que me resulta casi imposible sonreírle. Debo de parecer muy desagradecida, pero no puedo dejar de fruncir el ceño. Espero hasta que todas me están mirando y meto la pajita en el vaso y tomo un sorbo de la bebida helada, asegurándome de que se dan cuenta. «Sonríe y asiente con la cabeza», pienso. Así que eso es lo que hago. Finjo que es lo mejor que he probado en toda mi vida, y en cuanto ellas apartan la vista, lo pongo de costado en la arena. Más tarde, cuando se haya derretido por el calor,

actuaré con dramatismo como si me hubiese olvidado por completo del vaso.

—El tío raro que siempre nos sirve nos ha hecho un descuento —explica Meghan mientras se acomoda en su toalla, cruzándose de piernas. Saca un poco de nata de su bebida con el dedo índice y la saborea con lentitud—. Solo porque Tiff coqueteó con él.

—¡No coqueteé con él! —objeta Tiffani con un gritito ahogado.

Es entonces cuando hurgo en mi bolso para coger mis auriculares, los desenredo cuando los encuentro y busco una lista de reproducción decente. Me acuesto y miro hacia el cielo. Auriculares dentro, música fuerte, gafas puestas, bebida de lado, cotorreo de chicas guapas fuera.

Pasamos casi cinco horas en la playa y decidimos no hacer una pequeña excursión al muelle, así que cuando Rachael y yo regresamos a la avenida Deidre ya empiezo a tener hambre. Por suerte Ella tiene la cena controlada.

—Tu padre va a tardar un poco más en llegar esta noche, así que cenaremos más tarde —me dice cuando llego a casa—. ¿Has pasado un buen día en la playa?

—Sí —respondo y hasta ahí llega nuestra conversación.

Dejo un rastro de arena mientras subo corriendo hacia mi baño para ducharme otra vez y prepararme para ir a Venice, Los Ángeles o Hollywood. El itinerario de esta noche aún está por decidir.

Ya estoy duchada y vestida y lista para salir. Cuando me estoy repasando el lápiz de ojos frente al espejo, escucho la voz de papá desde abajo. Ha llegado a casa, lo que significa que la cena debería estar lista. Me dirijo hacia la cocina y cuando me acerco me doy cuenta de que papá está levantando la voz.

—¿Quieres saber lo que acabo de ver? —pregunta papá, y su tono es tan áspero que es evidente que está supercabreado.

Me acerco lentamente hacia el arco de la cocina, manteniéndome detrás de la pared y mirando hacia dentro con curiosidad. Ella está de pie delante del horno, papá frente a ella, y, entre los dos, Tyler.

—Pues iba yo conduciendo por la vía Appian para dejar unos papeles del trabajo de camino a casa —grita papá—, y adivina a quién diviso en la playa.

Ella le lanza una mirada a Tyler.

—Te dije que no salieras.

—Así que pienso para mis adentros, ey, pero si está castigado, y me dirijo hacia donde está para preguntarle a qué juega —continúa papá—, y él está sentado a una mesa con unos tipos que parecen tener unos diez años más que él, y me quedé de pie y *observé* cómo él tiraba billetes de diez, veinte, cincuenta dólares sobre la mesa.

Los ojos de Ella se entrecierran.

—Tyler.

Tyler se limita a mover la cabeza, sonriendo con incredulidad.

—Eso es una puta mentira.

—¡Haz el favor de callarte! ¡Cierra la boca! —papá grita enfadado, arremangándose la camisa y aflojándose la corbata—. Y yo estoy ahí, viendo cómo apuesta y tira el dinero, y adivina qué sucedió cuando perdió la apuesta. — Hace una pausa—. Se lio a puñetazos.

—Ese mierda estaba haciendo trampa —farfulla Tyler, asiendo la encimera y apoyándose sobre ella. Sus ojos se ven oscuros—. No iba a dejar que se saliera con la suya.

—¿Quieres que te arresten por agresión? —Papá da un paso hacia delante y le clava la mirada—. ¿Quieres pasar la vida en el reformatorio? ¿Es eso lo que quieres?

—Tyler, tienes que parar ya —dice Ella, en voz baja, llevándose la mano a la frente y suspirando. Se la ve más triste que enfadada—. No quiero que te metas en problemas.

—Esto no es Las Vegas —interrumpe papá. Da un paso más hacia Tyler, invadiendo su espacio personal, tiene las mejillas rojas. Está furioso por los dos—. ¿A qué demonios estabas jugando?

Tyler aprieta los labios hasta que dibujan una fina línea.

—Vive un poco.

—Tiro la toalla contigo —dice papá, moviendo la cabeza.

Levanta las manos en señal de darse por vencido, se da la vuelta y se dirige hacia fuera por las puertas que dan al patio, tal vez para tomar un poco de aire fresco.

Ella abre la boca para hablar, pero Tyler se ríe entre dientes antes de que su madre pueda decir algo y se dirige hacia el recibidor. Doy un paso hacia atrás en el rincón cuando él pasa hecho una furia, esperando que no se dé cuenta de mi presencia. Pero, por supuesto, me ve.

Se vuelve rápidamente, se detiene y me mira.

—Tengo que llevarte, ¿no?

No estoy segura de que sea buena idea que me lleve alguien con esta clase de problemas. Es casi seguro que es un conductor imprudente, que ignora los límites de velocidad y atropella a uno o más niños.

—Creo que sí.

—Me marcho ahora mismo —dice, su tono es aún duro por la discusión—, así que o vienes o te quedas en casa.

Con los ojos todavía entrecerrados, exhala un suspiro y se dirige hacia la puerta. Ella lo llama, advirtiéndolo de que no salga, pero él la ignora y se va.

Echo un vistazo hacia la cocina. Ella parece estar al borde de las lágrimas y papá está caminando de un lado a otro por el patio. Ninguno de los dos parece ser muy buena compañía para esta noche, así que ni hablar de quedarme aquí. Suspirando, camino con rapidez hacia la puerta y llamo la atención de Tyler cuando está a punto de llegar a su coche.

—¡Espera!

De todas formas, a estas alturas, la cena ya está arruinada.

# 8

El coche de Tyler está aparcado en diagonal sobre la acera y la franja para estacionar, y no puedo dejar de pensar en qué estado de furia estaría para dejarlo así. Tal vez en el mismo en el que se encuentra ahora. Abre la puerta, hace una pausa y me mira. No hace más que observarme fijamente.

—¿Qué? —le pregunto a medida que me acerco a él y al coche.

—¿Y bien? —da pie para que diga algo. Enarcando las cejas, señala el coche con la cabeza. Recorro con los ojos la estructura blanca buscando algo significativo, pero no veo nada de interés—. ¿Tienes idea de qué tipo de coche es este?

Me mira como si yo fuera estúpida, como si no supiera lo que es un airbag o algo, y para demostrarle lo contrario camino hacia la parte trasera del vehículo y estudio su logotipo. Cuatro círculos metálicos entrelazados.

—¿Un Audi? —supongo.

—Un Audi R8 —añade con una sonrisa odiosa, su expresión es petulante.

—Vale —digo—. ¿Quieres que te aplauda o algo?

Él se ríe mientras apoya una mano encima de su puerta.

—Las chicas no tenéis ni idea. Seguro que te desmayarías si supieras cuánto cuesta esta cosa.

—Supéralo —farfullo, moviendo la cabeza y alcanzando la puerta.

Me deslizo dentro de forma descuidada y descubro que solo tiene dos asientos, y todo es de cuero y de metal, tal vez tenga razón acerca de lo caro que es, así que mantengo la boca cerrada.

—Llama a Tiffani —me dice, cuando sube al coche y cierra la puerta.

Con un movimiento rápido de la muñeca, me tira su móvil en el regazo y enciende el motor.

—¿Quieres decir a tu novia a la que te gusta estar pegado como una

lapa o ignorar por completo?

Se sonríe con ironía y mi estómago se revuelve de asco. Jamás, en toda mi vida, había conocido a alguien con tantos defectos y que pensara que todo es un chiste.

—Eres imbécil —farfullo, cogiendo su móvil y dándole la espalda.

Miro por la ventanilla mientras él acelera demasiado el motor y nos lleva volando por la avenida.

—Llámala —repite—. No tengo ni idea de adónde vamos.

Dejo escapar un suspiro y me incorporo, girando el teléfono en mi mano. Miro la pantalla por un momento.

—¿Contraseña?

—4355.

Con rapidez introduzco los números y desbloqueo su móvil. Miro la lista de sus contactos.

—¿Es ese tu número favorito o significa alguna palabra o...?

—Significa infierno —responde bruscamente. Pero a pesar de su tono monótono, mantiene los ojos en la carretera y aprieta el volante—. Llámala.

Obedeciendo su petición, que es más bien una orden, me desplazo por la lista de contactos hasta encontrar el número de Tiffani. Me percato de la increíble cantidad de números que ha guardado, la mayoría de chicas. Y entonces llamo a su novia.

—Cariño, ¿qué hay? —dice Tiffani cuando contesta, y yo arrugo la nariz al oír esa palabra.

—Soy yo, Eden —le aclaro—. Tyler está conduciendo. ¿Adónde vamos esta noche? ¿Lo habéis decidido ya?

Contesta enseguida:

—Al letrero de Hollywood. Todos estuvimos de acuerdo en que tenemos que enseñártelo. Es increíble. —Me muerdo el labio inferior, los nervios me recorren el cuerpo. Siempre he querido visitarlo y, aunque Venice suena estupendo también, me alegro de que hayan decidido ir al letrero—. ¿Vosotros ya habéis salido?

—Sí —mi voz sube de tono cuando el coche se sacude hacia un lado con brusquedad, las patéticas habilidades de conducir de Tyler quedan demostradas. Me pregunto cómo pudo conseguir el carnet.

—Os enviaré un mensaje de texto a todos para ver si estáis listos y quedaremos con vosotros allí —dice bruscamente—. Ponme en el altavoz

un segundo.

Aparto el teléfono de la oreja, haciendo lo que me pide, y luego le paso el aparato a Tyler.

—¿Sí? —dice.

Echa una mirada hacia abajo, a la pantalla, un instante antes de pisar el freno a tope cuando llegamos a una señal de stop que evidentemente no había visto.

—¡No he hablado contigo en todo el día! —suena la voz de Tiffani fuerte por el altavoz. Veo cómo Tyler pone los ojos en blanco con una total falta de respeto—. ¿Tu madre te ha dejado salir de casa?

Pone el freno de mano de un tirón y me clava la mirada, moviendo la cabeza despacio antes de decir:

—No, estuve encerrado todo el día.

—Qué putada —dice Tiffani. Pobre chica. Ignora totalmente lo que pasa—. ¡Me muero por verte! No tardaremos mucho. Esperadnos al lado del Sunset Ranch.

—Vale.

—Te quiero.

—Sí —responde, y coge el teléfono de mi mano para colgar.

Bostezando, se reclina hacia atrás en el asiento y se pasa la mano por el pelo.

Resoplo abriendo los ojos con incredulidad. Cada día, cada hora, me da más y más razones para detestarlo.

—Alucino contigo. ¿Encerrado todo el día?

Con un gruñido suave, suelta el freno de mano y deja que el coche avance por la intersección.

—Esa va a ser mi historia.

—¿De verdad le vas a mentir de esa manera? —Intento mirarlo a los ojos cuando me echa una ojeada, pero también mantengo la vista puesta en la carretera, ya que no parece que él lo esté haciendo—. Estuviste en la playa, apostando y peleando, y ¿vas a hacerle creer que estuviste en casa todo el día?

Me da tanta pena de ella...

Él se ríe, su voz es tan grave que me da un leve escalofrío.

—Sí, no cabe duda de que eres la hija de Dave. Nena, tienes que aprender a meterte en tus propios asuntos.

—Deja de llamarme «nena» —le advierto—. Solo me llevas un año y

tienes menos neuronas que yo.

—Vale, nena —dice, pero se está sonriendo con ironía—. Tu padre es un mamón.

—Por lo menos en eso podemos estar de acuerdo.

Suspiro hondo, llenando el silencio. Hubo un tiempo en que podía tolerar a mi padre. Cuando era pequeña y pensaba que él era fantástico. Pero luego, supongo, se aburrió de mamá y de mí, y se aburrió de su vida con nosotras dos, y se marchó para no volver jamás. Y ahora no es más que un fracasado con mal genio y arrugas y pelo encanecido.

—Ni siquiera sé cuál es su problema. Supongo que debe de ser superirritante vivir contigo, pero es como si buscara razones para gritarte.

Tyler da golpecitos sobre el volante con impaciencia.

—Ni que lo digas.

—Mi madre está mucho mejor sin él —reflexiono en voz alta, y luego de manera instantánea me retracto—. No quiero decir que sea mala suerte para tu madre ni nada parecido. ¿Y tú? ¿Dónde está tu padre?

Sin previo aviso, pisa el freno con fuerza.

—¿Qué coño dices?

Yo pestañeo, pasmada por su reacción tan agresiva y sin poder articular una respuesta. Intento balbucear una disculpa, pero las palabras solo me salen entrecortadas e irregulares.

—Perdón..., yo...

Apretando la mandíbula y haciendo rugir el motor, pisa el acelerador a fondo y el coche acelera tanto que mi cuerpo se pega contra el asiento con fuerza.

—No hables —escupe.

—No quería ofenderte... —intento decir, el pulso se me acelera y la culpa me consume. «A lo mejor su padre ha fallecido —pienso—. Y yo acabo de recordárselo.»

—Cállate, maldita sea —gruñe entre dientes, y entonces decido no volver a hablar. Me da miedo que, si lo hago, él siga acelerando.

Cruzando los brazos y manteniendo los ojos apartados de él, presto atención al paisaje de Los Ángeles mientras vamos dejando atrás Santa Mónica por la autopista; no me importa ir callada. Cada vez que hablo, o bien me da una respuesta arrogante o sarcástica, o me contesta con un insulto innecesario. Sube el volumen de la música, una selección de R&B de su teléfono, y lo deja a tope durante el resto del viaje, las obscenidades

de las canciones me perforan los oídos. La tensión silenciosa entre nosotros es muy incómoda, es como si debiéramos ir charlando pero fuéramos incapaces. Somos hermanastros, pero parecemos archienemigos, y sé que no debería ser así.

—Ya casi hemos llegado —farfulla, tras una hora de conducción temeraria.

El prolongado silencio es tan insoportable a estas alturas que ni siquiera puedo mirarlo. He pasado todo el tiempo intentando no pensar en que no nos hemos dicho ni una palabra en más de sesenta minutos, centrando mis pensamientos, en cambio, en lo hermosos que son los alrededores.

Llegamos a una larga calle llamada North Beachwood Drive, y delante de mí se erige el letrero de Hollywood en las montañas, mirando por encima de la ciudad al sol de la tarde. Me muerdo el labio y cierro el parasol para verlo mejor, y me siento casi nerviosa mientras miro fijamente el icono global que solo he visto en las películas. Conocerlo en la vida real es una experiencia totalmente diferente.

Al continuar de frente, el camino cambia de una calle residencial a un sendero angosto en un barranco, que bordea la base de la montaña. Pasamos el letrero que Tiffani mencionó, que anuncia Sunset Ranch, y un poco después entramos en un área pequeña para aparcar al lado del camino. Todos ya están allí, no tengo idea de cómo han llegado antes.

—Habéis cogido la autopista, ¿no? —pregunta Meghan cuando nos bajamos del coche, y Tiffani se acerca de inmediato dando saltitos para rodear a Tyler con sus brazos.

Aunque ella demanda su atención, Tyler de alguna manera logra contestar:

—Sí, ¿vosotros habéis venido por Beverly Hills?

Tiffani aprieta su cuerpo contra el de Tyler y atrae sus labios hacia los de ella, pero él no parece estar muy interesado. Sin sonreír se inclina, le da un beso muy breve y se aparta. Creo que yo soy la única que les presto atención, y cuando él me ve mirándolos, baja la cabeza y clava la vista en el suelo.

Jake da un paso hacia delante mientras cierra su coche.

—La manera más fácil de ir rápido y que no te pillen. No queríamos haceros esperar una hora.

—Es increíble —murmuro, moviendo la cabeza mientras me quedo

con la mirada fija en las letras. Entrecierro los ojos para evitar el sol—. Gracias por enseñármelo.

Los seis se ríen a la vez, incluso Tyler. Varios también ponen los ojos en blanco.

—Todavía no te lo hemos enseñado —dice Rachael. Tiene algunas botellas de agua en las manos—. Te vamos a llevar hasta arriba.

—¿Arriba? —Miro hacia la montaña otra vez, preguntándome cuán empinada es. Parece difícil.

—Sí, arriba —corrobora Dean. Lleva más botellas de agua en las manos—. Más vale que nos pongamos en marcha si quieres verlo antes de que anochezca. Se tarda casi una hora en llegar. Y hace calor. Así que ten. —Me pasa una botella, y otra a Meghan, y la tercera a Jake.

—¿Quién recuerda el camino? —pregunta Rachael, mientras les pasa agua a Tyler y a Tiffani.

Tyler suelta un bufido, rodeando la cintura de Tiffani con la mano mientras señala hacia el sendero que hay detrás de nosotros.

—No es tan difícil, Rach. Un giro brusco a la izquierda y luego a la derecha.

Veo un letrero que dice Sendero Hollyridge, y supongo que este es el que cogeremos. Tyler y Tiffani van delante, los seguimos Jake, Dean, Meghan, Rachael y yo, y comenzamos a subir. El sendero es ancho y está decorado con la maravillosa bendición de mierda de caballo.

—Ha sido la peor hora de mi vida —le susurro a Rachael mientras caminamos un poco más atrás del resto del grupo—. Recuérdame que jamás vuelva a subir en un coche con Tyler.

Se ríe, sus pies raspan la tierra mientras subimos.

—¿Qué ha pasado?

—Casi nos mata porque le pregunté dónde estaba su padre —admito. Mis ojos se dirigen hacia él. Lidera el grupo y nos lleva por el sendero hacia la cima, con Tiffani detrás—. ¿Su padre está... muerto?

Rachael casi se atraganta con el agua cuando bebe un sorbo, y luego deja de caminar un momento y me clava una mirada horrorizada.

—Dios, Eden, no. Mencionarle a su padre es como ponerse delante de una pistola cargada. Es pedir que te maten.

Nos ponemos a caminar otra vez.

—¿Por qué?

—Está en la cárcel por haber robado un coche o algo parecido —me

explica Rachael, bajando la voz. A cada rato mira hacia arriba para asegurarse de que nadie nos oye—. Tyler es supersusceptible con el tema.

Mis ojos se desplazan hasta él. En algún lugar dentro de mí, me siento un poco mal por él. Tal vez tenía buena relación con su padre y ya no pinta nada en su vida. Eso debe de ser duro. Y un divorcio además de eso, ha de ser incluso más difícil.

No nos lleva mucho tiempo llegar a la curva a la izquierda que Tyler recordó a Rachael de manera tan brusca. El sendero también sigue de frente, pero nosotros giramos y seguimos ascendiendo. La mierda de caballo desaparece a partir de este punto.

Dean tenía razón al decir que hacía calor, y agradezco el agua que me dio. Pero a pesar del calor, no me molesta la caminata. Es ejercicio, y las vistas de Los Ángeles valen la pena. De vez en cuando nos detenemos a descansar y a mirar hacia la ciudad, asimilando su enorme tamaño y lo hermosa que se ve desde arriba. Hay tanta paz aquí arriba...

Por fin llegamos a una bifurcación en el sendero, que se abre en dos caminos; nosotros cogemos el derecho.

—¿No deberíamos haber ido por el de la izquierda? — pregunto, al darme cuenta de que nos estamos alejando del letrero en vez de acercarnos.

Pienso si estarán planeando gastarme una broma pesada.

—No —responde Jake. Camina más lento y acopla su paso al mío, rondando cerca de mí cuando el resto me ignora—. Si giráramos hacia la izquierda nos llevaría hacia abajo otra vez. Si seguimos por la derecha llegaremos a la parte de atrás del letrero.

Bebo un largo sorbo de agua y luego señalo con la botella hacia el camino delante de nosotros.

—¿Esto no es ilegal?

—¿Beber agua? —pregunta Jake—. Que yo sepa, no.

Yo pongo los ojos en blanco y me río un poco mientras observo cómo Meghan tira de Rachael por una parte más empinada del camino.

—¿Lo es o no lo es?

—Solo es ilegal si cruzas la valla —me explica—. Te puedes acercar mucho por la parte de atrás. —Reclina la cabeza para mirar hacia el cielo unos segundos, y cuando vuelve a bajar la vista se encuentra con mis ojos —. Perdona lo aburrido que estuve el sábado. Pierdo todas mis habilidades para conversar tras un par de cervezas.

Sonrío. Estoy sorprendida de que se acuerde de haber hablado conmigo, y me sonrojo un poco al verlo pidiéndome disculpas.

—No estuviste aburrido. Tus preguntas sí lo eran.

—Empecemos de nuevo —dice, y luego extiende la mano—. Soy Jake. Y tú debes de ser esa chica guapa que ha venido a pasar el verano. Eden, ¿verdad?

Noto que mis mejillas se van poniendo aún más calientes. Me muerdo el labio con ansiedad e inclino la cabeza para que no se dé cuenta. Logro estrecharle la mano. Su palma se siente cálida contra la mía.

—Encantada de conocerte, Jake.

—Entonces —pregunta—, ¿cómo te está tratando Los Ángeles?

—Es increíble.

Me doy cuenta de que o bien todo el mundo está yendo más deprisa o Jake y yo vamos más lento, porque el espacio entre nosotros y el resto del grupo se está incrementando. Alcanzo a ver que Tyler nos lanza una mirada de desaprobación. Arrugo la nariz y le lanzo una mirada asesina durante un instante. ¿Qué problema tiene? Intento que no me afecte.

—Me encanta —continúo.

Los ojos de Jake brillan mientras en los labios tiene una amplia sonrisa.

—¿Te espera tu novio en Portland?

—No —respondo, y le echo un vistazo de reojo—. Si estás intentando ser sutil, la verdad es que no está funcionando.

—Caramba —murmura. Y deja escapar una carcajada—. Las sutilezas y las conversaciones no son mis puntos fuertes. Pero tengo otros. Deja que te invite a salir alguna noche y te lo demostraré.

Se lo ve seguro de sí mismo mientras enarca una ceja y espera una respuesta, pero no estoy segura de tener tanta labia como él. No soy alguien a quien los chicos inviten a salir con frecuencia. Lo más parecido a esta situación es cuando una vez un tío de la clase de álgebra me preguntó si lo ayudaría a entender la fórmula básica de las ecuaciones de segundo grado en tercero de secundaria. Incluso entonces dije que no, porque era famoso por sus excesivos estornudos. Su nombre era Scott. A sus espaldas era Scott el Mocoso.

—Tal vez —es la respuesta que le doy para escaquearme.

Puede que aceptara si hubiésemos intercambiado más de dos frases, pero ahora mismo todavía es un completo desconocido. Quizá en otro

momento. Quizá más adelante.

—Puedo aceptar un tal vez —dice—. Ey, mira, ya casi hemos llegado.

Mis ojos se posan en el sendero delante de nosotros y veo cómo dobla hacia la izquierda, donde comienza una alta valla de alambre. Tiffani se adelanta y da saltos hacia la curva, cogiendo la mano de Tyler y tirando de él tras ella.

—¡Eden, ven a ver esto! —grita, y Jake me da un empujoncito hacia delante.

Rachael alcanza mi codo y me empuja hacia arriba en el último tramo del sendero, medio saltando, medio corriendo. Hemos llegado al letrero en cincuenta minutos. La valla bordea el sendero, y cuando Rachael me conduce a la vuelta de la curva de un tirón, de repente caigo en la cuenta de que estoy detrás del letrero de Hollywood, por encima de Los Ángeles.

Se me corta la respiración, el silencio alrededor me permite centrarme en el momento. Presiono las manos contra la valla, los ojos muy abiertos, el pulso acelerado. Desde detrás del letrero la vista es impresionante. Las letras son enormes, se erigen por encima de la ciudad. Son mucho más grandes de lo que te puedes imaginar.

—¿Ha valido la pena la caminata? —pregunta Dean a mi lado, sacándome del trance.

Lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza despacio, mis ojos no se apartan de la vista.

—Es tan hermoso… —digo en voz baja.

—No hemos subido aquí en casi un año —reflexiona Meghan mientras pasa la mano por el alambre—. Parece que haya pasado más tiempo.

Con el rabillo del ojo, veo a Tyler estirar las manos por encima de la valla y agarrarla con fuerza. También me doy cuenta de la cantidad de cámaras que hay alrededor.

—¿A qué esperáis? —pregunta, y luego se sube y salta con un movimiento rápido. Aterriza con suavidad al otro lado—. Venga.

Miro fijamente hacia las cámaras durante un rato, y luego hacia la hilera de señales que advierten claramente que el acceso al letrero está prohibido, y luego a Tyler. Él también me está observando, con la sonrisa torcida y los ojos entrecerrados.

—Tenemos unos diez minutos antes de que envíen los helicópteros —dice Tiffani mientras comienza a subirse por la valla—. Eden, toca el

letrero y luego nos largamos.

Los miro dudosa a los dos. ¿Helicópteros?

—En serio, está bien. No necesito tocar el…

—¡Toca el puto letrero! —grita Tyler, clavando la mirada en mí.

Tiffani aterriza en la parte prohibida de la valla al lado de Tyler. Le pone una mano en el pecho y lo aleja de nosotros de un empujón.

—No nos pillarán —me tranquiliza Rachael en voz baja antes de escalar la valla con Meghan y Dean—. Lo hacemos a todas horas.

—No te preocupes —añade Jake—. Si nos pillan, caeremos todos juntos. —Estira la mano para coger la mía y la pone sobre la valla—. Pero tenemos que hacerlo rápido.

Sucumbiendo al tipo de presión de grupo del que mi profesora de cuarto de primaria solía decirme que me cuidara, alcanzo la parte de arriba de la valla y, no sé cómo, elevo mi cuerpo sobre ella. Pierdo un poco el equilibrio al aterrizar, y es entonces cuando me doy cuenta de lo empinada que es la montaña en realidad. Los demás ya han comenzado a caminar hacia el letrero, pero yo espero a Jake y él me enseña un camino para bajar y no romperme el cuello.

—Me encanta este sitio —dice Dean, mientras merodea por la primera O—. Me pregunto cuántas personas alrededor del mundo matarían por tener la oportunidad de hacer esto. Tenemos suerte.

—Tío, deja de ponerte tan sensiblero, solo son letras en una montaña —balbucea Tyler—. Esta ciudad es una estupidez, igual que este letrero.

—Eres tan negativo… —murmura Tiffani.

Los ignoro, y sigo a Jake hasta la H. Él da un paso atrás y asiente con la cabeza, con una cálida sonrisa en los labios.

—Tú primero.

Me siento nerviosa por alguna razón. Tal vez sea porque estoy a punto de hacer algo que mucha gente sueña con conseguir, o tal vez porque me puedo caer y matarme en cualquier momento. Respiro hondo y doy un paso hacia delante, y entonces toco el metal pintado de blanco de la letra H del famoso letrero de Hollywood.

Y me siento igual que hace dos segundos.

—Vaya —digo.

Entonces se me ocurre que todos estamos obsesionados con algo que no es nada más que pedazos de metal en unos postes.

Jake pone su mano al lado de la mía.

—Y ¿qué me dices de esa cita, entonces?

Podría haber dicho que sí en este momento, sencillamente porque estamos literalmente debajo del letrero de Hollywood y es el sitio perfecto para aceptar una cita, pero Tyler grita antes de que tenga la oportunidad de abrir la boca:

—¿Qué demonios haces, tío?

—¿Qué? —Jake pone cara de irritado, y da unos pasos hacia atrás para mirar a Tyler a los ojos mientras este se acerca con los puños cerrados.

—¿Qué le acabas de decir?

La expresión de Tyler es dura, mandíbula apretada, ojos oscuros. Da un paso y se pone delante de Jake, con la frente inclinada mientras entrecierra los ojos hasta que parecen unas diminutas rajitas.

—Tensión —articula Rachael con los labios sin decir palabra, cuando la miro pidiéndole ayuda.

Recuerdo vagamente que ella mencionó algo sobre que existía una tensión tácita entre los dos. Ahora mismo, ya no parece tan tácita.

—Tío, sal de mi vista —farfulla Jake.

Da unos pasos hacia atrás y se encoge de hombros, levanta las manos en el aire y se mueve hacia un lado.

—No —objeta Tyler, moviendo la cabeza a la vez que se acerca a Jake, se incorpora delante de él y le entierra un dedo en el pecho—. No pasará nada entre vosotros. Te daré una paliza si se te llega a ocurrir.

—Tyler, cariño, relájate —lo tranquiliza Tiffani, y mete su cuerpo a la fuerza entre los dos. Con las manos en el pecho de Tyler, intenta empujarlo para hacerlo retroceder, pero sus ojos siguen clavados en los de Jake—. No seas estúpido. Deja de buscar pelea.

Dean se une, poniéndose delante de Jake y haciendo un ademán de desaprobación.

—Venga, tíos. Dejadlo.

En ese momento mi atención se desvía de la posible pelea y se centra en el débil sonido repetitivo de bombeo de motores y rotación de aspas, y mientras el sonido se hace más fuerte, me encuentro mirando hacia el cielo.

Y entonces me hallo bajo el ojo de un helicóptero del Departamento de Policía de Los Ángeles.

# 9

Reclino la cabeza para mirar hacia el cielo otra vez, entrecierro los ojos y veo el vehículo que merodea por encima de nosotros. Todos nos quedamos quietos al mismo tiempo, nuestras voces se desvanecen y nuestras expresiones se vuelven indecisas.

—¡Mierda! —grita Tyler, y luego se escucha un tremendo sonido metálico cuando golpea el metal de la letra H con la palma de la mano. Se pasa los dedos por el pelo mientras sacude la cabeza—. ¿Cómo llegan aquí tan rápido siempre?

—¡No os caigáis! —nos advierte Tiffani a todos chillando.

Busca la mano de Tyler y lo obliga a irse con ella, pero en vez de darse la vuelta y regresar a la valla, bajan en línea recta por la montaña.

—¡Salgamos de aquí! —propone a voces Jake a mi lado, y mira un buen rato hacia el helicóptero antes de ponerse en marcha—. Tenemos que bajar corriendo hacia el fondo antes de que llegue la patrulla.

—Desde luego que esos dos no están perdiendo el tiempo, ¿no crees? —Dean bromea, riéndose y señalando con la cabeza a las figuras de Tyler y Tiffani, que se van viendo pequeñitas mientras corren y saltan entre las rocas, la tierra y los arbustos—. Pobre tío, no puede permitirse que lo arresten otra vez.

—¿Otra vez? —pregunto haciendo eco de sus palabras, pero todos me ignoran y se ponen en marcha.

Rachael y Meghan comienzan su descenso agarradas la una a la otra como si cualquier paso en falso pudiera hacerlas caer y conducirlas a la muerte. Probablemente así sea.

—¡Ten cuidado! —me grita Dean por encima del hombro al mismo tiempo que sigue el difuso contorno del sendero tomado por Tyler y Tiffani, esquivando obstáculos y deslizándose hacia abajo.

Con el sonido del helicóptero todavía vibrando fuerte por encima de

nosotros, una ola de adrenalina corre por mis venas y mi pulso late dolorosamente debajo de mi piel. Por este tipo de circunstancias resulta útil correr todas las mañanas. A pesar de lo empinado que es el terreno, reacciono con rapidez y sigo a Dean. Es desigual y resulta casi doloroso pasar por ciertos puntos, y enseguida me encuentro luchando por mantener el equilibrio, rezando para que no me arresten y esperando no morir.

—¡¿Sigues aguantando el tirón, Eden?! —grita Jake por encima del hombro, saltando de una roca a otra, riéndose.

No entiendo cómo es posible que encuentre esto divertido.

—¡Lo intento! —le grito de vuelta.

Justo cuando termino de decirlo, mi pie resbala en una parte más empinada de la ladera que estamos bajando, y se me entrecorta la respiración.

Una mano firme me agarra por el codo.

—Cuidado —dice Jake con firmeza mientras me ayuda a recuperar el equilibrio. Pone sus manos sobre mis hombros—. ¿Estás bien?

—No quiero ir a la cárcel —espeto, y luego echo una ojeada al helicóptero, con el pánico dibujado en la cara.

Cuando miro hacia abajo otra vez, diviso al resto del grupo llegando a tierra firme.

Jake se ríe, y da un paso lentamente.

—No vas a ir a la cárcel —asegura, y entonces baja su mano y coge la mía para llevarme tras él—. Lo peor que nos puede pasar es que nos den una citación o nos multen.

A pesar de sus palabras de consuelo, sigo con un nudo en el estómago mientras mi cuerpo casi paralizado es arrastrado hacia abajo por el monte Lee. Jake no tropieza, no nos hace ir más lento y no permite que nos pillen. Me siento totalmente aliviada cuando al fin llegamos abajo, después de pasar algunas casas y cruzar el sendero. Veo el cartel del Sunset Ranch, y de repente se convierte en mi letrero favorito en todo el mundo.

—No hay patrulla —murmuro, y casi puedo sentir cómo todo mi cuerpo exhala un suspiro de alivio.

Papá literalmente me incineraría en mi cama y tiraría las cenizas por el inodoro si volviera a casa con una citación por allanar una propiedad privada.

—Todavía —termina Jake. Suelta mi mano cuando salta al camino, y yo lo imito, siguiéndolo por la curva—. Aún no nos hemos librado.

Cuando regresamos a la pequeña zona de estacionamiento donde dejamos los coches, me percato que el de Tyler ya se ha marchado. Jake me conduce hacia el suyo: un Ford rojo.

—Meghan y Rach deben de haberse marchado con Dean —dice mientras abre su coche y se sube—. Tiffani debe de estar con Tyler.

—¿Adónde crees que van los demás? —pregunto mientras me acomodo en el asiento del pasajero, y solo espero que sea mejor conductor que mi hermanastro.

Jake se encoge de hombros mientras enciende el motor y da marcha atrás hasta llegar a la carretera.

—¿A quién le importa?

«A mí», pienso.

—¿Qué quieres hacer? ¿Tienes hambre?

Durante un buen rato, miro sus facciones mientras él conduce, y no puedo dejar de pensar en cómo nuestra escapada del letrero de Hollywood ha acabado convirtiéndose en una cita. Los demás se han marchado y yo he terminado por emparejarme con Jake. Pero a pesar de mis dudas, tengo un poco de hambre.

—¿Hay algún sitio con buena comida por aquí?

—Hay un Chick-fil-A a unos diez minutos, en el bulevar Sunset —sugiere—. Podríamos comer algo rápido.

—Vale —digo—. No tenemos Chick-fil-A en Oregón. —Se lo ve decepcionado.

—¿Qué?

—Tampoco nos dejan servirnos gasolina nosotros mismos —añado, y me distraigo pensando en casa, preguntándome qué estará haciendo Amelia en este preciso instante y si mamá se siente sola en nuestra pequeña casa—. Oregón es un asco.

—Así que debes de pensar que Los Ángeles es fabuloso —concluye —. Tenemos carteles en las montañas, Chick-fil-A y podemos servirnos nuestra propia gasolina sin que nos arresten. Fantástico.

Yo me río un poco, y él también, y es agradable tener compañía masculina que no sea papá o Tyler. Los dos son demasiado odiosos y gruñones.

Me desplomo en el asiento del pasajero y apoyo la frente en el cristal

de la ventanilla, mirando hacia el cielo para ver dónde está el helicóptero, pero parece que ha desaparecido. Así que puedo respirar con tranquilidad otra vez.

—¿Y bien, te gusta la ciudad? —pregunta Jake un rato después. Sube el aire acondicionado y baja el volumen de la música.

—Sí —respondo. Lo cierto es que no he visto mucho todavía, pero hasta ahora todo es bastante increíble—. Es más interesante que Portland, eso seguro.

—Nunca he estado en Portland.

—No te gustaría. —Tras decir esto, reconsidero—. En realidad, Portland no está tan mal. Tenemos un ambiente *indie* genial, pero llueve desde que comienza el otoño hasta el final de la primavera, eso es un asco, y hay un montón de clubes de striptease. La gente es genial, eso sí. —Sonrío un poco mientras bajo la vista—. Bueno, la mayoría.

El problema de Portland es que la asocio con muchas cosas que odio. Portland es donde mis padres se desenamoraron. Portland es donde parece llover eternamente. Portland es donde mis supuestos «amigos» viven. Portland, la mayor parte del tiempo, es una ciudad que está bien. Pero mi vida allí sencillamente no es emocionante, ni siquiera es feliz. Santa Mónica es una bocanada de aire fresco en comparación.

—¿Clubes de striptease? —Jake abre mucho los ojos mientras sonríe —. Pues sí que necesito visitar esa horrible ciudad.

Pongo los ojos en blanco. Todos los tíos son iguales.

—¿Cómo es en realidad Los Ángeles, aparte de las cosas obviamente para turistas?

Jake piensa durante un momento mientras da golpecitos con el dedo gordo sobre el volante.

—Bueno, la brecha entre ricos y pobres es enorme. Hay mucha gente importante que vive en grandes casas y que conducen Lamborghinis, y también hay personas que viven en la calle cuya única meta en la vida es sobrevivir a la noche. Es un asco en cierto sentido. Pero en general la gente es genial.

—Nunca lo pensé de esa manera —digo.

Volvemos a la carretera North Beachwood, seguimos recto hasta llegar al bulevar Sunset. Es una calle larga con cines y restaurantes y un instituto y un montón de tráfico. Miro todo con asombro.

Cuando llegamos al Chick-fil-A, al autoservicio, Jake se acerca a los

altavoces y se gira para mirarme.

—¿Qué quieres?

Dado que Chick-fil-A no existe en Oregón, no tengo ni idea de qué tipo de comida sirven, así que echo una mirada rápida al menú y elijo la primera opción sana que veo.

—La ensalada. —Jake asiente con la cabeza, pero me sigue mirando con expectación—. Eso es todo —digo.

—¿Solo eso? —Enarca las cejas, pero enseguida suspira—. ¿Qué tenéis las chicas con las ensaladas? —Le dedico una sonrisa y él se gira para hacer el pedido—. Un sándwich de pollo picante con una Coca-Cola y una ensalada con...

—Agua —digo.

Otra mirada de desaprobación.

—Con agua —termina de decirle al encargado—. Gracias. —Acercamos el coche hacia la ventanilla, y él mete la mano en el bolsillo para sacar su billetera, diciendo:

—Yo pago.

Y procede a pagar por los dos. Yo le doy las gracias.

Nos acercamos a la siguiente ventanilla para recoger la comida, y mientras esperamos detrás del coche al que están despachando, Jake me mira con una expresión de perplejidad.

—Odio la comida basura, si es eso lo que te estás preguntando —digo, lo cual es cierto solo en parte. No es que odie la comida: detesto sus efectos.

Pone los ojos en blanco y llegamos a la última ventana para coger la bolsa con la comida y las bebidas; me la pasa para que la sostenga mientras vuelve a salir al bulevar.

—¿Me estás diciendo que odias ese sándwich de pollo picante con patatas fritas que son literalmente lo mejor que probarás en toda tu vida?

—Sí —le contesto tajante—. Sí, odio ese terrible sándwich de pollo picante con esas horribles patatas fritas.

—Ni siquiera lo has probado.

Sacude la cabeza con desaliento y se ríe entre dientes, y luego mete la mano en la bolsa y revuelve unos segundos para coger sus patatas fritas mientras al mismo tiempo intenta mantener la vista en la carretera. Cuando las encuentra, las pone en la consola central del coche y se lanza una a la boca.

—¿Quieres una? Están buenas.

—*Nop*, gracias, necesito probar esta ensalada Chick-fil-A para ver si gana a las ensaladas de las tiendas de barrio de Portland —reflexiono en voz alta a la ligera, sonriéndole mientras saco la pequeña bandeja y le quito el plástico—. La verdad es que tiene buena pinta.

Jake se mete más patatas en la boca.

—Tú te lo pierdes.

—¿Una cardiopatía? —le pregunto—. Vale.

Deja de masticar para mirarme con una sonrisa que deja ver que se da por vencido. Asiente con la cabeza admitiendo su derrota.

Nos dirigimos de regreso a Santa Mónica —se está haciendo tarde— y yo devoro mi ensalada por el camino mientras Jake acaba su sándwich, y de alguna manera consigue no chocar cuando lo hace. Cogemos la autopista mientras el sol se pone, y el tráfico, a pesar de que lo detesto, se ve realmente bonito bajo la luz crepuscular. La música está alta, pero no demasiado, es fácil hablar con ella puesta e ignorarla cuando su gusto musical común y corriente resulta insoportable de escuchar. El viaje es mucho más agradable que el de hace tres horas con Tyler.

—Te quedas en su casa, ¿no? —pregunta Jake cuando ya estamos de vuelta en la ciudad.

Me sacudo del trance en el que me encuentro.

—¿En casa de quién?

—De Tyler —dice—. Te llevo allí, ¿no?

—Ah —respondo—. Sí, no entiendo por qué se cabreó tanto contigo.

—Porque es un gili... —para antes de terminar la palabra, y se aclara la garganta—. Probablemente no debería desenmascararlo delante de su hermana.

—En realidad —digo—, estoy de acuerdo con lo que ibas a decir.

Me mira durante un largo rato, como si no pudiese estar seguro de si estoy siendo sarcástica o no, y finalmente decide que estoy hablando en serio.

—Eso no lo esperaba.

Me encojo de hombros.

—Yo tampoco. No esperaba odiar a mi hermanastro.

Él no contesta, sobre todo porque creo que no sabe qué decir, así que pasamos los cinco minutos de viaje hasta la avenida Deidre en silencio, salvo por su música cutre. Todas las luces están encendidas cuando

estacionamos delante de la casa.

—Gracias por sacarme de esa montaña y por traerme a casa —digo cuando baja la música y apaga el motor—. Y gracias por la comida.

—De nada, pero ¿ahora me darías tu teléfono para invitarte a salir? —Me obsequia con una sonrisa juguetona y decidida, los ojos le brillan—. Y te prometo que la próxima vez no habrá patatas fritas de Chick-fil-A.

—Bueno, pero me has comprado una ensalada —murmuro, fingiendo tener un debate conmigo misma, vacilándole un poco mientras le hago esperar mi respuesta—. Así que supongo que te puedo dar mi número.

Se le ilumina la cara a la vez que hace un puño y le da un golpe al volante.

—Síííí. ¿Cuáles son esos números, chica?

Con la otra mano, saca su móvil del bolsillo y me lo pasa, yo marco. A estas alturas tengo las mejillas ardiendo.

—No te preocupes, no te he dado un número falso ni nada de eso.

—Ehhh —balbucea, y me mira de pies a cabeza cuando abro la puerta —. Mañana te llamo para asegurarme.

—Te las sabes todas —digo, poniendo los ojos en blanco y los pies en la acera. Ya es de noche—. Gracias.

Cierro la puerta con suavidad y él se despide de mí por la ventana antes de marcharse. Escucho el sonido del motor, el ruido de las llantas hasta que desaparecen. Tras quedarme de pie en la acera en la oscuridad durante un rato, sonrojándome como una idiota total, por fin me doy la vuelta y me dirijo hacia la casa. Es solo en ese momento cuando me doy cuenta de que el coche de Tyler está estacionado al final de la entrada. Pensé que se habría quedado hasta más tarde.

Cuando llego a la puerta, también se me pasa por la cabeza que papá no tiene idea de adónde he ido. Desaparecí justo antes de la cena, a la hora exacta en que se marchó Tyler, y seguro que no es tan difícil atar cabos.

Casi sin respirar, abro la puerta despacio y entro en el recibidor, la cierro detrás de mí igual de suave, con un clic que apenas se oye. Puedo oír la tele en el salón, así que paso tan rápida y silenciosamente que ni siquiera oigo mis propias pisadas mientras subo a hurtadillas por las escaleras. No me preocupa el hecho de haber salido. No he hecho nada malo —aparte de tocar el letrero de Hollywood, que resulta ser ilegal— y, de todos modos, papá no me puede impedir que salga. Sencillamente no

tengo la energía necesaria para hablar con él.

—¿Eden? —una voz susurra desde lo alto de las escaleras, corro hacia arriba y hago una pausa para mirar. Tyler me está observando, tiene los ojos entrecerrados—. ¿Dónde te metiste?

—¿Dónde te metiste tú? —replico. Me pongo derecha, subo el resto de los peldaños y luego lo miro directamente a los ojos, a su mismo nivel —. Te deshiciste de nosotros. ¡Qué bien trabajas en equipo!

Se le ve cansado, como si no hubiese dormido durante días, o tal vez está colocado. Sea como sea, gime:

—No funciono bien con la poli, ¿vale? No puedo dejar que me pillen otra vez.

—¿Otra vez? —repito por segunda vez hoy. Todavía me pregunto en qué otras actividades ilegales se mete además de colarse en zonas restringidas y esnifar cocaína—. ¿Cuándo has llegado a casa?

—Hace veinte minutos —responde—. Mamá por fin dejó de interrogarme por el tema de la playa.

—Guay —digo de forma brusca, y entro en mi habitación. Él me sigue—. ¿Qué quieres?

—Nada —responde, y veo cómo desvía la mirada de inmediato.

Pienso que es la oportunidad perfecta para preguntarle sobre su pequeña salida de tono de antes, porque realmente no era necesaria.

—¿Qué problema tienes con Jake?

Me cruzo de brazos y frunzo el ceño cuando él se da la vuelta de inmediato y se marcha. Y al igual que él me siguió, yo hago lo mismo. Y acabo en su habitación por primera vez y me sorprende que no me exija automáticamente que me vaya.

—Te he hecho una pregunta.

—No la voy a contestar —balbucea—. Espera, lo haré. —Se vuelve, sacando pecho y con la mandíbula rígida—. Ese tío es el segundo capullo más grande que he conocido en mi vida. No pierdas el tiempo. Te joderá.

—¿Quién es el primero? —pregunto—. ¿Tú?

Me mira fijamente un buen rato.

—Me aproximo bastante.

—Bueno, pues mira, en realidad Jake es muy agradable —digo, dando un paso hacia atrás mientras estudio su cuarto con discreción—. Al contrario que otra gente de aquí. Y tú no tienes ningún derecho a opinar si yo quiero quedar con él o no.

—Estás de broma, ¿no? —Sus ojos se agrandan, y suelta una carcajada dura—. Vale. No digas que no te lo advertí.

—¿Y a ti qué te importa? —presiono, molesta por la forma en que se está enfadando.

Tal vez si fuera más simpático conmigo, tendría en cuenta el hecho de que odia a Jake. Pero no lo es, así que no tengo por qué hacerlo.

—¡No, no me importa! —grita.

—Es evidente que sí —replico, pero no tiene sentido discutir. Jamás aceptará la verdad.

Se dirige al otro lado de la habitación, se mete las manos en los bolsillos y se detiene delante de una colección de DVD apilada de cualquier manera.

—¿Cuál es, ehhh, tu película favorita?

Ahora pestañeo con asombro. ¿Que cuál es mi película favorita? ¿En serio? Sé que está intentando evitar mi persistente interrogatorio, pero por lo menos se le podría haber ocurrido algo mejor.

—*La dama y el vagabundo* —admito al final, sobre todo porque me he dado por vencida en intentar averiguar por qué le importa si yo salgo con Jake.

—¿La de Disney? —Una carcajada amenaza con salir de sus labios, pero cuando asiento con la cabeza se da cuenta de que lo digo totalmente en serio, y se aclara la garganta para no reírse—. ¿Por qué?

—Porque —respondo a la defensiva— es la mejor historia de amor de todos los tiempos. *Romeo y Julieta* no tienen nada que ver con *La dama y el vagabundo*. Eran muy diferentes y sin embargo hicieron que su relación funcionara. *Dama* era totalmente normal y *Vagabundo* era un completo insensato, pero se enamoraron. —Hago una pausa para respirar, recordando la película en mi cabeza. Me sonrío—. Y además, la escena de los espaguetis es de culto.

—Totalmente —se burla Tyler.

Ahora se está riendo, y solo confirma mi idea de que no hace nada más que causarme migrañas. No lo entiendo. ¿Cómo puede cambiar de mostrarse tan enfadado y desagradable un segundo y el siguiente estar relajado y simpático?

—Estoy bastante seguro de que *Dama* no era nada normal. Era aburrida y no sabía cómo divertirse. *Vagabundo* es de los míos.

—¿Qué, porque deambula por las calles igual que tú cuando regresas

a casa borracho y dando tumbos los fines de semana?

Le sonrío con dulzura, con la esperanza secreta de molestarlo de la misma manera que él me irrita a mí. Pero interpreta mi comentario como un chiste, así que pongo los ojos en blanco y miro hacia otro lado.

Estudio su habitación. Es casi toda azul marino, su cama está deshecha, en un rincón hay montones de ropa y una o dos latas de cerveza decoran su mesilla. No esperaba menos de él. El armario está abierto y en la última balda veo una manga de una chaqueta de algún equipo del instituto que cuelga por el borde, como si la hubieran tirado allí sin cuidado.

—¿Juegas al fútbol americano? —pregunto.

—¿Eh? —dice Tyler, y sigue mis ojos para ver qué estoy mirando—. No. Es de Dean. A mí no me va eso del fútbol.

—¿Dean juega al fútbol? —Me sorprende que Tyler no lo haga. Encaja perfectamente en la posición del macho alfa futbolista, como aquellos estereotípicos *quarterbacks* que siempre aparecen en las películas de adolescentes—. ¿Y tú no juegas?

—Así es —dice, y camina hacia el armario—. Jake también. Yo solía jugar cuando era más joven, pero lo dejé cuando empecé el instituto.

—¿Por qué? —le pregunto mientras lo miro con curiosidad, e intento recordarme que esta persona me irrita y que no debería importarme, pero no me sirve de nada. Hay muchas cosas que no sé sobre él y, sinceramente, me intriga. No puedo evitarlo.

—Según algunas personas, el fútbol es una pérdida de tiempo —me explica, pero de repente el tono de su voz se vuelve más duro. Permanece cerca de su armario un rato—. ¿Para qué perder el tiempo con los deportes? Andar lanzando pelotas de fútbol no conducirá a una de las mejores universidades. En vez de eso, quédate en casa y estudia para lograrlo —cita de memoria, pero no se está riendo ni sonriendo. Se limita a mirar fijamente el suelo.

—¿Quién te ha dicho eso?

Ahora siento aún más curiosidad. Para empezar, Tyler no me parece el tipo de persona que solicitara el acceso a una de las mejores universidades. De hecho, dudo que le guste estudiar. A la gente como él no es algo que se les dé bien.

—Alguien —murmura encogiéndose de hombros—. Así que por eso no me permitieron jugar.

Enarco una ceja, pero él sigue de espaldas a mí.

—¿No te lo permitieron?

De repente, se mueve con incomodidad y se estira para meter la manga de la chaqueta de Dean en la balda.

—Quiero decir que por eso lo dejé —rectifica con rapidez, recuperando la compostura.

Él puede pensar que no lo observo con atención, pero lo hago. Me fijo y asimilo cada cosa que dice, y lo he hecho desde el primer momento en que entró echando chispas el día de la barbacoa.

Pero es evidente que se siente inquieto, así que decido que es mejor no cuestionar que haya usado la palabra «permitir». Sugiere que quien fuera que le hubiese dicho que el fútbol es una pérdida de tiempo era alguien que tenía autoridad sobre él. Y tengo la sensación de que ese alguien no le cae nada bien. Probablemente un profesor.

Me centro en Tyler otra vez, quien, todavía dándome la espalda, saca una camiseta limpia de su armario y se quita la que lleva puesta. Con la misma rapidez se pone la nueva. Pero en esos pocos segundos, veo un pequeño tatuaje detrás de su hombro, escrito en caligrafía.

—Tengo que llevarle la chaqueta a Dean, me ha estado dando la lata con que se la devuelva desde hace tiempo.

Se ajusta la camiseta, y yo lo miro fijamente, casi sin darme cuenta al comienzo. Noto lo musculosos que son sus brazos, lo bronceada que tiene la piel, lo bien definida que tiene la mandíbula. No debería estar notando estas cosas, pero lo estoy haciendo. Trago.

—¿Qué significa tu tatuaje? —pregunto, mi voz algo ronca. Mantengo mis ojos puestos en él cuando se vuelve, sorprendido por mi pregunta—. Voy a pasar por alto el hecho de que claramente te lo hiciste de forma ilegal.

Se hace el tonto.

—¿Mi tatuaje? —Cuando enarco las cejas y frunzo los labios, me responde—: Eh, dice *Guerrero*.[1] En español significa luchador.

Se lo ve casi nervioso ante mi pregunta, y se rasca la parte de atrás de la cabeza durante un instante. Ahora sí que estoy interesada.

—¿Por qué en español?

—Lo hablo perfectamente —me explica—. Igual que mis padres. Mi padre me lo enseñó cuando era pequeño.

La mera mención de su padre me recuerda lo que me dijo Rachael. Su

padre está en la cárcel, así que lo respeto y no sigo con las preguntas.

—Yo no hablo nada de español —admito, mordiéndome el labio—. Hablo francés. Como los canadienses. *Bonjour*.

—*Me frustras** —me contesta, y yo no tengo ni idea de lo que significa—. *Buenas noches** —Sonríe, cuando ve la expresión de perplejidad en mi cara—. Eso quiere decir buenas noches.

—Ah. —Me vuelvo hacia la puerta para salir de la habitación, pero no sin antes dedicarle una pequeña sonrisa—. *Bonsoir*.

# 10

Cuando llega el sábado que marca el final de mi primera semana en Los Ángeles, por fin tengo otra oportunidad para llamar a mamá durante un descanso en su ajetreado horario laboral. Trabaja a tiempo completo, con turnos de noche y horas extra, de enfermera en el Centro Médico Providence Portland, donde hace lo posible para poder mantenernos con un solo sueldo. Aunque los pagos de papá ayudan, es una batalla constante para ella.

—Ey, Eden —susurra mamá al teléfono justo antes de que salte el contestador—. ¿Cómo estás, cielo?

—Te noto cansada. —Frunzo el ceño, es horrible ser consciente del estrés que lleva encima y no poder hacer nada para mejorar la situación—. ¿Cuántas horas ha durado tu turno?

—Doce —me responde en voz baja, pero enseguida continúa hablando para que yo no pueda decir nada—. Hoy una paciente ha traído a su perro lazarillo y era la cosa más bonita que he visto desde que tú eras un bebé. Mantuvo a los críos entretenidos en la sala de espera. Casi se me rompe el corazón cuando se marchó. Así que estaba pensando que cuando vuelvas a casa deberíamos adoptar un perro. Me hará compañía cuando te vayas a la universidad el año que viene. ¿Qué opinas?

Me sonrío ante su entusiasmo infantil.

—Vale, podemos tener un perro. Los pastores alemanes son preciosos.

—¿Esos no son los que dan miedo?

—Sí.

Hace una pausa.

—Empezaré a buscar. —Cuando me río ella también lo hace, y luego la oigo bostezar a través de la línea—. ¿Ya te has adaptado o todavía es incómodo?

—Todavía es incómodo —respondo—. Estoy esperando a que papá tenga una conversación real conmigo, pero no parece que eso vaya a suceder pronto.

—El imbécil de Dave —farfulla mamá alejándose del teléfono, pero la oigo—. Me gustaría que no tuvieras que estar metida ahí con él. De verdad lo siento. Sabes que no estabas obligada a ir.

—En realidad no está tan mal —digo.

Me encojo de hombros aunque ella no me vea, pero me encantaría que pudiera. Es difícil estar aquí sin ella, es difícil estar a todo un estado de distancia de la única persona que está ahí siempre, es difícil tener que recurrir al teléfono cada dos días porque es la única forma en que puedo acercarme a ella.

—Tengo un grupo de amigos y amigas con los que paso el tiempo. Son todos muy simpáticos salvo uno.

—¿Cuál?

—Mi hermanastro —respondo, y luego me río, porque es absurdo que la persona que no me cae bien se supone que debería ser la que tendría que hacerlo—. ¿Qué planes tienes para esta noche?

—Voy a pedir un cubo de pollo frito para disfrutar mientras paso la noche del sábado sola en el sofá viendo cualquier porquería que echen en la tele, porque estoy a finales de la treintena y ya estoy divorciada y trabajo muchas horas y me veo fatal —bromea, con voz alegre hasta que le flaquea—. Te echo de menos. Espero que te estés divirtiendo y que te estés portando bien.

Noto el pecho cargado. Me siento mal por haberla dejado sola.

—Cuando vuelva a casa vamos a adoptar ese perro y vamos a mirar juntas «Pequeñas mentirosas» y vamos a pedir todo el pollo frito que quieras. Solo te quedan siete semanas de espera.

—Es una espera sumamente larga, Eden Olivia.

Me sonrío.

—Intenta no echarme mucho de menos y pasará más rápido.

—Vale —dice—. Intentaré no echar de menos a mi única hija mientras tú disfrutas de tu fin de semana. Hablamos pronto, cariño.

Cuelga el teléfono mientras bosteza por segunda vez, y luego la línea se sumerge en un infinito, resonante silencio.

Mamá se merece mucho más que la vida que tiene.

—¿Con quién hablabas? —exige saber una voz masculina cuando la

puerta de mi habitación se abre de golpe.

Mi corazón casi se detiene y, evidentemente sorprendida, lanzo una mirada al intruso. Se trata de Tyler, con los ojos entrecerrados, como siempre.

—¿Acaso te dije que podías entrar?

—¿Con quién hablabas? —pregunta una vez más, ahora con más firmeza—. ¿Acaso tienes novio en Portland o alguna mierda parecida?

Lo miro fijamente, me aguanto las ganas de reírme a carcajadas mientras él me mira con los labios formando una fina línea.

—¿Me estabas escuchando a escondidas?

—Mi cuarto está justo al lado del tuyo —dice, afirmando lo obvio—. Las paredes son superdelgadas.

Hago una mueca a la vez que me levanto.

—Bueno, vale, estaba hablando con mi madre. —Sus facciones se relajan y yo echo un vistazo al reloj de la pared cerca de la puerta. Son casi las ocho de la tarde—. ¿No deberías estar fuera de casa haciendo algo?

—Justo te quería hablar de eso —farfulla. Respirando hondo, cierra la puerta y camina hacia el centro de la habitación. Yo enarco las cejas—. Esta noche no tienes planes, ¿verdad?

—No —respondo—. Todo el mundo está ocupado.

Rachael se ha ido a Glendale a visitar a sus abuelos unos días, Meghan está con gripe y Tiffani pasa cada tercer fin de semana con su padre, y él no le deja hacer planes que no lo incluyan.

—Vale, pues vienes conmigo —declara Tyler—. Fiesta en la calle Once. No le digas nada a tu padre.

Se da la vuelta para irse, pero lo llamo.

—¿Quién dice que quiero ir a una fiesta contigo? — Cruzo los brazos sobre el pecho. Esta misma mañana me gritó por bloquear las escaleras—. Lo siento, pero eres la última persona con la que me gustaría salir.

Aprieta los dientes.

—Prepárate.

—No.

—Sí —replica—. ¿Qué otra cosa vas a hacer? ¿Quedarte sentada en tu habitación toda la noche como una maldita pringada que no tiene vida social?

Aprieto los labios. Tiene razón. Más o menos.

—¿Qué me pongo?

De inmediato una sonrisa triunfante se le dibuja en la cara y sus ojos se iluminan.

—Cualquier cosa. No es el mismo tipo de fiesta que la de Austin. Esta es más… relajada. Podrías presentarte en chándal y no estarías fuera de lugar.

—¿Relajada? —Enarco una ceja de nuevo. En mi cabeza flotan varias ideas.

—Sí —responde—. ¿Te apetece beber algo antes de salir mientras te preparas? Estoy un poco desprovisto, porque mamá siempre anda revisando mi habitación, así que lo único que tengo es cerveza y algo de Jack Daniel's y un poco de vodka. ¿Sabes qué? Te daré una sorpresa.

Sonríe. Y es una sonrisa genuina, no una sarcástica ni una mueca de superioridad, es una sonrisa sin ningún atisbo de egocentrismo.

Vuelve a su habitación, dejándome desconcertada. Para alguien que me odia tanto, parece insistir mucho en que vaya a esa fiesta relajada con él. Siempre y cuando no me esté balbuceando insultos o lanzándome miradas asesinas a cada rato, no me importa. Y si acompañarlo es lo que tengo que hacer para llevarme bien con él, que así sea. Me gusta el lado más suave que me ha mostrado y espero que permanezca de buen humor el resto de la noche, porque creo que lo encontraré menos irritante y más agradable si se comporta. Es un riesgo que estoy dispuesta a asumir.

Por suerte, ya estoy duchada. A media tarde, estaba tan aburrida que recurrí a ver vídeos de tutoriales de peinados en YouTube, intentando seguirlos, solo para terminar decepcionada por completo al ver que mis resultados no se parecían en nada a lo que prometían esas gurús de belleza británicas. Al final encontré uno que funcionó, así que he tenido el pelo con este bonito y desordenado peinado toda la tarde, por lo que no tengo que hacerme nada y estoy lista para salir.

—Estaré lista en veinte minutos —le digo a Tyler cuando entra en mi habitación sin llamar, con dos bebidas en las manos: una botella de Bud Light en una y un vaso que parece contener Coca-Cola en la otra.

—Ningún problema —dice al pasarme el vaso, sus dedos fríos me rozan. Me encojo al sentir su tacto, pero él no parece darse cuenta—. Ten.

—¿Vodka y Coca-Cola? —supongo.

—Sí —dice, casi con timidez, mientras abre su cerveza en el borde de

mi tocador—. Es una apuesta segura. Te gusta, ¿no? Si quieres cerveza te puedo traer una...

—Esto está bien —lo interrumpo con suavidad. Lo veo un poco disperso—. Me gusta.

—Vale, genial —farfulla. Reclinando la cabeza, bebe un largo sorbo de su cerveza y luego mira a su alrededor—. Vale, eh, cuando estés lista ven a buscarme.

—¿Estáis bebiendo?

Mi cabeza y la de Tyler se vuelven con rapidez hacia la puerta abierta y nos encontramos con Jamie, que nos mira fijamente, su expresión es seria y sus ojos están clavados en las bebidas que sostenemos en las manos. Tyler intenta esconder la suya detrás de la espalda, pero lo hace quince segundos demasiado tarde.

—No —miente, mientras mantiene la botella fuera de la vista, a pesar de que es inútil. Su tono es suave—. Sabes que no tenemos veintiún años. ¿Por qué íbamos a estar bebiendo?

—Lo puedo ver ahí mismo —Jamie señala con la cabeza el vaso que todavía tengo en la mano—. ¿Lo sabe mamá?

Tyler se lleva la mano a la nuca y se estira un poco hacia un lado.

—Es solo un poco. ¿Nos puedes dejar en paz un ratito?

—Veinte dólares —exige Jamie, con una sonrisa traviesa en los labios a la vez que extiende la mano.

Pestañea mirando a Tyler con una mirada expectante en los ojos.

—Te di treinta el otro día —reclama. De todos modos, deja la cerveza en mi tocador y se mete la mano en el bolsillo de atrás de los vaqueros para sacar la billetera—. Porque querías ese videojuego, ¿recuerdas? No creas que lo he olvidado, porque no lo he hecho.

—Ehhh —Jamie piensa un momento—. Entonces dame diez.

Tyler se ríe, me pregunto si hacen esto a menudo: Tyler compra el silencio de Jamie.

—Vale, diez. —Le pasa a Jamie un billete y luego, con suavidad, empuja la cabeza de su hermano con un movimiento rápido de la muñeca —. Ahora, sal de aquí.

Jamie sacude la mano de Tyler para quitársela de encima. Se mete el billete en el bolsillo, corre a toda prisa por el pasillo hasta su habitación y grita:

—¡Habría aceptado cinco!

Tyler se ríe y alcanza su cerveza para beber un largo sorbo. Traga con un suspiro.

—Este chaval me trata como si yo fuera un cajero automático. —Se vuelve y me sonríe, y luego se dirige hacia el rellano—. Date prisa.

Cierro la puerta tras él y entro en el cuarto de baño. Después de refrescarme y aplicarme una ligera capa de maquillaje, me pongo un par de vaqueros pitillo y una camiseta sin mangas, con una sudadera roja con capucha por encima de los hombros. Después de todo, Tyler insinuó que estaría fuera de lugar si me esforzaba demasiado, y me alivia poder llevar las Converse en vez de tacones altos.

—Vale —digo, cuando entro en su habitación—. Ya estoy lista y me he terminado la bebida, así que ya nos podemos ir.

Tyler lleva vaqueros y una camiseta gris desteñida. Está de pie junto a la ventana, poniendo en línea tres botellas de cerveza vacías sobre la cornisa, y me mira por encima del hombro.

—Joder, ya era hora.

Con un golpe las tira todas a la vez y se dirige directo hacia mí, sacando las llaves del bolsillo.

—¿Qué haces? —Niego con la cabeza con desaprobación, y casi me estiro para quitárselas, pero me freno—. Acabas de beberte todas esas cervezas.

—Dios mío —dice—. Vale, pediré que alguien nos lleve. ¿Contenta?

—Sí —respondo, mientras él tira las llaves sobre la cama.

Saca su teléfono y llama a alguien con tanta rapidez que debe de tenerlo en los favoritos. La persona al otro lado de la línea contesta casi de inmediato, y yo observo la cara de Tyler mientras habla.

—Sí, sí, voy, Declan. ¿Quién conduce esta noche? — Pausa—. Ponme con Kaleb. ¿Le puedes decir que se pase por mi casa lo más rápido posible? En realidad, a unas dos puertas de mi casa. —Pausa—. Gracias, tío. Te veo en veinte minutos.

—¿Kaleb? —pregunto cuando cuelga.

—Kaleb es majo —dice, y luego se ríe un poco mientras se acerca a la puerta de su habitación—. Está en la universidad, pero todavía parece un estudiante de último año de secundaria. Pero sabe cómo divertirse.

Abre la puerta y con gran sigilo se acerca al rellano y luego baja las escaleras; yo lo sigo de cerca. Entramos en la cocina y nos escapamos por las puertas que dan al patio.

—¿No debería de haberle dicho a papá que iba a salir? —pregunto, mientras sigo a Tyler hacia la parte delantera de la casa—. Quiero decir que entiendo que tú tienes que irte a hurtadillas, pero yo no estoy castigada. Me va a matar cuando se dé cuenta de que he salido sin decírselo.

—No te comas el tarro —me dice—. Bebe un montón y en un par de horas ya no te importará.

Manteniéndonos lejos de la ventana del salón aposta, bajamos por la calle y luego merodeamos por la franja de estacionamiento. Aunque Tyler puede ser tonto en muchos aspectos, es lo suficientemente listo para no dejar que lo pillen. Si estuviera haciendo esto sola, seguro que habría sido lo bastante estúpida para hacer que me recogieran delante de casa, justo en el punto de mira de papá y de Ella. Así que tengo que felicitarlo.

—¿Se trata de una fiesta grande? —pregunto, mirándolo mientras él se apoya en el tronco de un árbol.

—No demasiado —responde, encogiéndose de hombros, pero entonces se pone a mordisquearse el labio inferior como si estuviera nervioso, y me doy cuenta de que no quiere hablar conmigo.

Eso me irrita, porque terminamos pasando cinco minutos de pie hasta que una camioneta Chevy se detiene con gran estruendo a nuestro lado.

Se baja la ventana y un tío bajito se inclina hacia delante y grita:

—¡Súbete, hermano!

Pero lo único que puedo hacer es mirarlo fijamente. Tyler tiene razón. Kaleb parece un niño, como si sus rasgos todavía tuvieran que desarrollarse del todo, y no hay manera de que me lo pueda imaginar caminando por un campus universitario.

Tyler pasa por mi lado y abre la puerta del pasajero mientras yo me subo con esfuerzo para sentarme en el asiento de atrás de esa camioneta destartalada. Dentro apesta a humo de tabaco y hay una pila de vasos de McDonald’s tirados por el suelo.

—¿Quién es esta? —pregunta Kaleb mientras me estudia por el espejo retrovisor.

Es sumamente pálido, con el pelo corto y castaño.

—Mi, ehhh... —comienza Tyler, pero por alguna razón le cuesta pronunciar las palabras. Se inclina hacia delante para subir el volumen de la música de rap que tiene puesta Kaleb—. Mi hermanastra —dice por fin.

—No sabía que tuvieras una hermanastra.

Kaleb me mira aún con más intensidad por el espejo retrovisor. Me hace sentir incómoda, pero por fin aparta la vista y pone en marcha la camioneta. No espera a que Tyler le conteste antes de lanzarle otra pregunta, por suerte cambiando de tema:

—¿Cómo has estado, tío? ¡Me da la sensación de que no he hablado contigo en semanas!

Dado que Kaleb es un desconocido para mí, me mantengo fuera de la conversación (tampoco creo que quieran que participe en ella) y dejo que hablen entre ellos durante los diez minutos que dura el viaje hasta la fiesta. Tyler agradece que nos lleve varias veces, y Kaleb repite que no es ningún problema, y los dos mueven la cabeza al ritmo de la horrible música.

Durante todo el tiempo, yo miro las letras garabateadas en mis deportivas.

Cuando por fin llegamos a nuestro destino y Kaleb detiene la camioneta delante de una pequeña casa, es una escena totalmente diferente a la de la fiesta de Austin de hace una semana. No se ve a nadie. Ni siquiera parece haber una fiesta.

—¿Estás seguro de que esta es la casa? —pregunto en cuanto me bajo de la camioneta y Kaleb la cierra con llave.

—Sí —responde Tyler, señalando con la cabeza en dirección hacia la puerta mientras se encamina hacia ella—. Recuerda, es una fiesta pequeña. Veinte personas como máximo.

Una fiesta pequeña significa que no será fácil camuflarse, quedarse en el fondo y rogar para que nadie se dé cuenta de la desconocida que hay en la habitación. Daré el cante. La gente se percatará de que no me han visto jamás. Y detestaré cada minuto.

En cuanto Tyler abre la puerta, quedo ensordecida por una horrenda música *house*. El bajo perfora mis oídos y puedo notar cómo me está produciendo daños cerebrales. También apesta a hierba. De todas formas, en la fiesta hay mucha menos gente y no me siento como si me estuviera asfixiando mientras sigo a Tyler hacia una habitación que han destinado para almacenar el alcohol. Kaleb no nos acompaña.

—Tyler, has venido —dice un tío cuando entramos. Para mi sorpresa parece estar totalmente sobrio—. ¿Quién es?

—Mi hermanastra. Eden, este es Declan. Ha venido conmigo esta noche si no te importa.

—Hala. —Los ojos azules de Declan se agrandan mientras le pasa

una lata de cerveza a Tyler—. Tío, ¿desde cuándo demonios tienes una hermanastra?

—Desde la semana pasada, hermano —balbucea, pero enseguida se gira para sonreírme—. ¿Qué quieres?

—Cualquier cosa —digo, revisando la mesa—. En realidad, me tomaré otro vodka con Coca-Cola.

Tyler pone los ojos en blanco, coge un vaso, sirve la bebida y me la pasa. Declan nos mira todo el rato.

—Le voy a enseñar la casa —le informa a Tyler, y luego pone su mano en mi hombro y me dirige hacia la puerta.

Me da un empujoncito hacia el recibidor, pero no se queda conmigo. En vez de eso, se da la vuelta a toda velocidad hacia Declan y lo conduce hacia un rincón de la habitación.

Observo cómo Tyler le murmura algo, y cómo Declan le contesta asintiendo con la cabeza. Sus voces son tan bajas que me resulta imposible escuchar lo que dicen, pero Tyler deja escapar un suspiro y vuelve hacia donde estoy, y se pone a mi lado en el recibidor. Varias personas lo saludan al pasar, pero su atención recae sobre mí.

—Vale, ¿ves a toda esta gente?

Nos detenemos en la puerta del salón, y él usa su cerveza para señalar a la gente apoltronada en los sillones. Todos se ven desinflados, y muchos parecen tener unos veinte años.

—Sí. —No sé adónde quiere llegar con su comentario—. Parecen aburridos.

Tyler reprime la risa y da la espalda a la puerta.

—No están nada aburridos. Ey, mira a ese tío. —Señala con la lata hacia el suelo y abajo, cerca de la mesa del recibidor, hay un pequeño gato naranja y blanco encogido de miedo—. Vaya, hombre. —Pone su cerveza en el suelo, se agacha, coge al gato, se lo acomoda en los brazos y le acaricia el pelo de la nuca—. ¿Por qué no sales con este pequeñito? Seguro que tiene más huevos que Jake.

—Déjalo en el suelo —le pido con firmeza, pero el gato parece estar disfrutando de la atención, porque se pone a trepar por los brazos de Tyler con alegría.

—¿Qué quieres que te diga? —dice, mientras le acaricia las orejas, y el gato ronronea satisfecho. Noto cómo mis labios van dibujando una sonrisa mientras los miro—. Soy un imán para las gatitas.

Hago una mueca y miro hacia otro lado, pero él se ríe, deja al animal en el suelo y vuelve a su cerveza. El gato sale corriendo hacia otra habitación.

—Mira, hasta el gato está harto de tus tonterías.

Tyler pone los ojos en blanco, pero su sonrisa pronto desaparece.

—Ve a hablar con la gente. Me voy a la parte de atrás un rato.

—¿A la parte de atrás? —Sé lo que significa esa referencia. Sé lo que hay atrás. Sé lo que va a hacer. De inmediato me cambia el humor—. ¿Me estás tomando el pelo?

Me mira fijamente, su expresión no es nada galante, y bebe otro sorbo de cerveza.

—¿Qué?

—No te hagas el tonto —bufo, y me acerco a él, inclinándome para que me pueda oír, con mi vaso casi pegado a su pecho—. No he venido contigo a esta fiesta de mierda para que me dejes sola mientras tú te quedas en el patio fumando porros y preparando líneas de coca para esnifar.

—No es asunto tuyo —replica, dando un paso hacia atrás—. Ve a hacer amigos y déjame hacer lo que me salga de los huevos.

Intenta alejarse por el pasillo, pero le piso los talones y literalmente lanzo mi cuerpo entre él y la puerta de atrás cuando llegamos.

—No vas a salir. Es una estupidez.

De repente, una ola de furia lo invade y estrella su cerveza contra la pared, aplastando la lata contra el yeso mientras el líquido chorrea hacia el suelo.

—Apártate de mi puto camino.

—¡No!

Se lanza hacia delante, rodeando mi muñeca con sus largos dedos y aprieta tan fuerte que casi hace que todo mi brazo quede paralizado. Su cuerpo está tan cerca del mío y sus ojos se ven tan furiosos que me siento encoger bajo su fuerza.

—Eden —susurra lentamente—. No hagas eso.

—No —objeto de nuevo, librándome de su mano de una sacudida. Me obligo a no cejar, a pesar de la lata aplastada y de mi muñeca adormecida —. ¿Por qué lo haces?

—Porque lo necesito, ¿vale? —casi me grita, y de inmediato mira a su alrededor para cerciorarse de que nadie está escuchando

—No *necesitas* hacerlo —replico—. *Quieres* hacerlo.

Durante un buen rato, solo me mira fijamente en silencio. Es como si estuviera barajando qué hacer, qué decir, cómo convencerme. Y luego sacude la cabeza, se pasa la mano húmeda por el pelo y suspira.

—No lo entiendes.

Quiero preguntarle qué es lo que no entiendo, pero él me aparta con suavidad hacia un lado y abre la puerta. Sale a toda velocidad y la cierra tras de sí con un portazo. Estoy furiosa, y si no me hubieran humillado la última vez que salí al patio y lo interrumpí, tal vez lo volvería a hacer. Pero sé que es inútil salir, así que me dirijo hacia el frente de la casa hecha una furia y me detengo un momento para pensar qué voy a hacer.

—Eden, ¿qué demonios haces aquí?

Me giro en dirección de la voz, y quedo totalmente aturdida y agradecida al encontrar a Jake detrás de mí. Tiene la boca abierta mientras me mira sin pestañear.

—¡Jake! He venido con Tyler, pero él está... Bueno, me está tocando las narices.

—Eden... —Se lleva la mano a la frente y da un paso para acercarse más, se inclina hacia mi oído y baja la voz—. Sabes que esta fiesta es de porreros, ¿no?

—Una fiesta ¿de qué? —balbuceo, y él con la mirada me dice que debo cerrar la boca, así que me muerdo el labio.

—Mira a tu alrededor, Eden —susurra, siento su aliento caliente en mi piel—. Todo el mundo está colocado.

Mis ojos se pasean lentamente por el recibidor, hasta la puerta abierta del salón. Tyler tenía razón. Esta gente no está aburrida. Tienen los ojos rojos y las pupilas dilatadas, la mitad mira hacia el techo fijamente y el resto ríe de forma histérica. Cuanto más los miro, más evidente se me hace. Una fiesta de porreros. Tyler me ha traído a una mierda de fiesta de porreros.

—Entonces, ¿qué haces tú aquí? —exijo saber, cruzándome de brazos asqueada.

—Un amigo necesita que lo lleve a casa —explica Jake, entrecerrando los ojos mientras busca a nuestro alrededor—. Vine a buscarlo, pero parece que ya se ha pirado. Lo cual es algo que tú también deberías hacer. Eden, este no es el tipo de gente con la que quieres juntarte.

—Por favor sácame de aquí —le susurro, abriendo mucho los ojos

—. No puedo creer que me haya traído.

—Es un capullo, esa es la razón.

Curioso, Tyler dijo exactamente lo mismo de él. Es la palabra de uno contra la del otro, y me toca a mí decidir a quién creeré. Y ahora mismo es a Jake. Porque si tuviera que decidir cuál de los dos es el capullo, tendría que señalar a mi hermanastro.

# 11

No puedo dejar de sentirme furiosa porque Tyler pensara que era buena idea invitarme a esa fiesta. ¿En serio pensó que me divertiría con un grupo de gente colocándose? Distaba mucho de ser buena idea, y me pregunto por qué me llevó. ¿En qué estaba pensando? ¿Estaba pensando siquiera?

Jake es menos estúpido. Tiene las suficientes neuronas para saber lo que es bueno y lo que es malo, y esa es la razón por la que he terminado sentada en el asiento del acompañante de su coche. Con ganas de romper el parabrisas de un puñetazo.

—En realidad se supone que he quedado con Dean en quince minutos —dice Jake, echándome un vistazo con una expresión algo vacilante—. Puedes venir con nosotros o te puedo llevar a casa. Tú eliges.

La idea de volver a casa después de haber pasado todo el día encerrada no me parece nada divertida, y ahora mismo necesito algo de compañía humana decente y libre de drogas. Y por suerte Dean es adorable.

—¿Seguro que no te importa que vaya contigo?

—Seguro —dice—. Buena elección.

Dejo escapar un suspiro mientras mi cuerpo se refresca un poco, y me hundo en el asiento y ajusto el aire acondicionado. Es más fácil sentirse relajada en el coche de Jake que en el de Tyler, sencillamente porque no me siento como si estuviera al borde de la muerte cada vez que doblamos una esquina.

—¿A quién buscabas?

—A Dawson Hernández —responde, y no estoy segura de por qué lo he preguntado. No conozco a nadie—. De cuarto de secundaria. Tengo que cuidarlo.

—¿Dónde has quedado con Dean? —pregunto, cambiando de tema,

con la esperanza de olvidarme de la maravillosa fiesta de los porreros. Cuanto más pienso en ella, más enferma me pongo.

—En un concierto de un grupo que le gusta... La Breve Vita, creo. Tocan gratis en el centro de la ciudad. Vamos a ir a echarle un vistazo.

La verdad es que tampoco he oído el nombre de este grupo jamás. Pero como toca gratis, debe de ser bastante desconocido.

—Vale —digo—. Guay.

No tardamos mucho en encontrarnos con la ajetreada vida nocturna de Santa Mónica un sábado por la noche: los carteles de los clubes son eléctricos; la música, fuerte; la gente, borracha, y las prostitutas abundan. Nos detenemos en un pequeño aparcamiento detrás de un edificio aún más pequeño, y no puedo descifrar si se trata de un club o de un bar o de un restaurante o de un dispensario de marihuana. Sea lo que sea, nos dirigimos hacia el interior.

La habitación parece un sótano, es sombría y está llena, hace calor y falta aire. Hay un escenario pequeñito, y encima de este se ven cuatro figuras rasgueando guitarras o tocando la batería o cantando. Paso por encima de unos vasos de plástico aplastados.

—¡Por fin has llegado! —La voz de Dean suena por encima de la música desde algún sitio de la sala. Aparece por detrás de nosotros, su cara iluminada por los focos intermitentes—. ¿Eden? No sabía que venías.

—La encontré cuando estaba buscando a Dawson —explica Jake, y veo cómo la expresión de Dean titubea y entre los dos intercambian miradas de complicidad.

—¿En la fiesta de Declan?

—Sí —responde Jake, y gira la cabeza hacia el escenario, riéndose como si yo ni siquiera estuviera presente—. Eden no tenía ni idea.

La canción termina, la pequeña multitud aplaude y anima al grupo hasta que el cantante les hace señales para que se callen. Da un paso hacia el micrófono, lo agarra con las manos mientras camina por el escenario.

—Gracias por venir esta noche. Sois todos una puta pasada. Todos. Incluso esa virgen de mediana edad en la parte de atrás que solo ha venido por la cerveza gratis. Sois grandes, tíos. Unos putos grandes.

Suelta una carcajada intensa en el micrófono, contemplando a su audiencia, que se ríe.

—Es mejor que estés aquí —me susurra Dean, con los ojos clavados en el escenario—. Me encanta este grupo.

—Muy bien, antes de que pasemos al próximo tema de la lista —dice el cantante— tengo que recordaros que paséis un huevo de lo que los demás piensen. Vuestra vida es vuestra, vuestra música es vuestra, vuestras elecciones son vuestras y vuestro vodka es vuestro. No perdáis el tiempo haciendo estupideces que no llevan a ningún sitio. Haced la mierda que queráis hacer. Idos a bailar en clubes todas las noches, saltad de un avión, visitad Bulgaria. No me importa. ¡Haced lo que os haga felices por cojones, porque LA BREVE VITA! Disfrutad del concierto. *Tanto amore*.

La multitud explota en aplausos y vivas cuando el batería comienza a tocar, y el guitarrista, el bajista y el cantante se unen en sincronía.

—¿La Breve Vita es latín o algo así? —pregunto girándome hacia Dean.

Me parece que hay más posibilidades de que lo sepa él que Jake.

Dean se ríe y niega con la cabeza.

—Es italiano. Yo también. Bueno, mitad.

—No me digas —me sorprendo. Subo la voz para competir con la música—. ¿Viviste en Italia?

—No, nací aquí —admite, con una leve sonrisa en los labios mientras mira del escenario a mí—. Mi madre es italiana. Mi padre la conoció cuando estaba de vacaciones en Nápoles y ella se mudó aquí. La verdad es que nunca he pisado Italia. Es raro.

—Eso mola mucho —digo con entusiasmo, porque es mucho mejor que la magnífica historia de amor de mis padres. Mamá y papá acabaron juntos en una fiesta, se acostaron borrachos, y al día siguiente salieron juntos a comer perritos calientes. Romántico—. ¿Hablas italiano?

—No mucho. Solo un poco —me dice con timidez. Sigue moviendo la cabeza al ritmo de la música.

Miro hacia el escenario y de nuevo hacia él.

—Y bien, ¿qué significa La Breve Vita?

—La vida corta. —Sonríe, su sonrisa es tan grande que me pregunto si le duele—. Por eso me encantan. Defienden que hay que vivir a tope. Y tienen canciones de puta madre.

Nos reímos, pero Jake no se une. Para ser sincera, hasta me había olvidado de que estaba aquí hasta que se aclara la garganta y se pone delante de mí.

—Eden —dice—. ¿Tienes sed?

Mis ojos miran los vasos de cerveza en el suelo, estudio la sucia

barra del rincón, y luego sonrío.

—Estoy bien.

El concierto del grupo dura más de una hora. Los tres lo disfrutamos, pero en especial Dean, y cuando nos amontonamos para salir del local por la puerta, siento que he pasado una buena noche. Poder relajarse en la parte de atrás de un local y escuchar un pequeño concierto de música *indie* es mucho mejor que emborracharse en una fiesta de fumetas. Me alegro de haber venido; luego nos vamos a un pequeño restaurante mexicano antes de dirigirnos al aparcamiento.

—Yo podría llevarte a casa, Eden —ofrece Dean al pararse al lado de su coche. Solo hay dos, el suyo y el de Jake; el resto ya se ha ido—. Tengo que pasar a ver a Tyler de todos modos.

Jake se detiene para meterse las manos en los bolsillos, frunciendo el ceño.

—Yo la llevaré —dice con firmeza—. Mañana hablamos, hermano. Cuídate.

Dean asiente con un movimiento de la cabeza.

—Ningún problema. Nos vemos.

Mientras se sube a su coche y pone el motor en marcha, Jake y yo quedamos solos en el aparcamiento, cómodos en silencio. Aunque no está del todo silencioso. Todavía se escucha el retumbar de la irritante música *house* de los clubes de alrededor. Dean nos dice adiós con la mano al pasar y se aleja.

—Entonces —dice Jake y se ríe un poco—, ¿qué quieres hacer ahora? Porque la verdad es que no te quiero llevar a casa todavía.

—¿Qué hora es?

—Las doce pasadas.

Me mira con unos ojos ardientes, los labios un poco separados. A lo largo de la semana que he pasado aquí, he llegado a sentirme cómoda con él.

También me he fijado en lo atractivo que es.

—¿Así que quieres que te lleve a casa? —ofrece, pero no es una sugerencia real—. También podemos pasar un rato más juntos, si te apetece.

Valoro lo cansada que estoy, y no es mucho, y pienso en lo enfadado que probablemente estará papá, lo cual sí que es mucho. Todavía no quiero irme a casa.

—¿Podemos seguir un rato más juntos? Quiero evitar a mi padre.

Despacio, se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Se está haciendo tarde, así que ¿qué te parece una película en mi casa?

—Solo si es una película de Disney —respondo.

—¿Te vale *El Rey León*?

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

Jake pone los ojos en blanco, sacude la cabeza mientras me da la espalda y camina hacia su coche.

—Venga, súbete. Tenemos que ver una película.

La casa de Jake está en el barrio Wilshire —me dice que la mía está en la región de Montana del Norte, que es, según él, el barrio caro de la ciudad—, y nos detenemos delante de una casa de ladrillos pálidos rodeada por arbustos. Se ve bastante grande, pero nada que ver con el tamaño de la casa de papá, ni de la de Rachael, ni de la de Tiffani, ni de ninguna otra casa que haya visto hasta ahora. En este barrio todo parece más apiñado, como si las constructoras hubiesen tenido poco espacio y hubiesen decidido sencillamente apilar las casas una encima de la otra.

Pero es un lugar muy bonito, y mientras Jake me conduce por las escaleras hacia su habitación la casa me da una sensación muy acogedora, con las fotos enmarcadas, trofeos, adornos y otros recuerdos sentimentales. La casa de papá no tiene este tipo de calidez.

Al final, Jake se da cuenta de que estoy mirándolo todo.

—Eh... mi madre está un poco loca.

—No —digo—, es mono.

Deja escapar un gemido, llegamos a una habitación y enciende la luz. Hasta ahora la casa ha estado en silencio, así que supongo que sus padres están durmiendo.

—Es un desorden, pero paso. Voy a buscar la película.

Me roza al pasar y desaparece en otra habitación al final del pasillo mientras yo entro en la suya.

Hay un montón de ropa en un rincón, una cama en el otro y una televisión grande fijada a la pared. También veo una pelota de fútbol americano encima de una cómoda, y descubro el casco en el suelo.

—Tyler mencionó que jugabas —reflexiono en voz alta cuando Jake reaparece, con un DVD en la mano.

—Sí, soy corredor de *halfback* —comenta sin mucho interés—.

Venga, es hora de sentir lástima por *Simba*.

Ponemos la película, manteniendo el volumen bajito para no despertar a nadie, y pronto nos desplomamos en su cama. Ya pasa de la una de la madrugada, y estoy comenzando a bostezar. Incluso Jake se ve demasiado agotado para prestarle atención a la muerte de *Mufasa*.

—¿Sabes? —murmura, mientras trastea con las almohadas—. No veo *El Rey León* con cualquier chica.

Me siento en la cama, me duele el corazón mientras contemplo cómo la horrible escena se desarrolla delante de mis ojos, y le digo que se calle con un movimiento de las manos.

—Chis, *Mufasa* ha muerto, Jake. Muestra algo de respeto.

—Que Dios bendiga a *Mufasa*, que descanse en paz en el reino de la animación —dice solemnemente. Hace una reverencia y luego se apoya sobre los codos con una sonrisa en la cara.

No recuerdo cuándo apagamos las luces, pero de repente noto la oscuridad y cómo la televisión le alumbra la cara, ilumina sus rasgos y me llaman la atención sus ojos.

—Qué elegía tan bonita —digo.

—Gracias. —Se incorpora y se sienta derecho, mirándome fijamente con interés—. Déjame entender esto bien. Eres de Portland, una ciudad que mola, según parece, y donde no puedes echarte gasolina tú solo, y pides una ensalada en el Chick-fil-A y terminas en fiestas para porreros y te encantan las películas de Disney. Muy bien.

—Has dado en el clavo. —Asiento con la cabeza con aprobación: estoy de acuerdo.

—No te vayas a casa —dice. Estamos hablando por encima de los diálogos de la película, pero a estas alturas ya no la estoy mirando. Ahora observo sus labios mientras habla, noto cómo forman una curva cuando sonríe—. Quédate a pasar la noche.

—A mi padre literalmente le dará un infarto si no llego a casa —murmuro, pero no es mala idea.

Los dos estamos agotados, y que Jake me lleve a casa en coche no me parece una alternativa segura. Es probable que se quede dormido al volante.

—Quédate —dice otra vez. Sus ojos brillan tan intensamente que me está poniendo la piel de gallina—. Tengo *El libro de la selva*, por alguna parte.

—Sí que me gusta *El libro de la selva* —susurro, jugueteando con las manos en mi regazo y mirando hacia abajo.

Pero cuando levanto los ojos otra vez, los labios de Jake, los que hace unos momentos estaba observando, ahora se están acercando a los míos, y se me corta el aliento.

Pasa un largo segundo hasta que finalmente rozan mi boca. Siento el pecho pesado y escalofríos recorren mi cuerpo; su cálido aliento me hace cosquillas en la mejilla cuando él se detiene un instante, su cara al lado de la mía. Es como si estuviese esperando a que me aparte o a que lo bese. Ni siquiera tengo que pensarlo.

Mis labios encuentran los suyos, lentamente se unen y mis párpados se cierran, y siento que su mano se mueve donde acaba mi espalda. Nos rodea un suave silencio, con la voz calmada de *Simba* como hilo musical.

He besado a otros chicos antes, pero no en estas circunstancias. He besado a chicos jugando a la botella, o a las prendas, o cuando me obligaban a meterme en un armario para jugar a siete minutos en el paraíso. Pero esto no es un juego ni un desafío ni una interacción juguetona. Es real y está sucediendo ahora mismo, y no tengo idea de lo que estoy haciendo ni de por qué estoy besando a un tío de California al que he conocido hace una semana mientras veo *El Rey León* en su cama. Puede que no sepa lo que estoy haciendo, pero sé que me gusta.

Y justo cuando su boca se aparta de mí suavemente tras un largo minuto, siento que murmura en el borde de mis labios:

—No deberías mencionarle esto a Tyler. Me daría una paliza.

Mis ojos se abren con rapidez para encontrarme con su suave mirada, con una leve sonrisa en los labios.

—No tenía intención de hacerlo.

# 12

Solo llevo una semana de verano y ya despierto al lado del archienemigo de mi hermanastro. «Muy bien, Eden. Así se hace.»

Mientras mis párpados se abren al ver la luz del sol que se cuela por las ranuras de las persianas, me doy la vuelta para mirar al chico que está tumbado a mi lado. Jake se despereza, sus músculos se hinchan cuando se estira y se contraen a continuación de tal manera que de repente me despierto del todo.

—Buenos días —farfulla.

Su voz es serena mientras se sienta, se frota los ojos y los entrecierra cuando mira hacia la ventana. Está completamente vestido, y yo también.

—¿He dormido aquí? —pregunto de forma abrupta, lo cual es una estupidez, considerando que es evidente que sí. Esto no debería haber sucedido. No solo me escapé a hurtadillas, tampoco volví a casa. Papá me va a asesinar—. Tengo que irme a casa —digo, pasándome la mano por el pelo y poniéndome de pie—. Tengo que irme ya.

—Pero, cariño… —comienza a decir, pero lo interrumpe una llamada en la puerta.

No sé qué hora es, pero sí sé que no es noche cerrada, así que no me sorprende cuando una mujer entra en la habitación.

Nos estudia, se cruza de brazos, me mira de pies a cabeza y luego clava la mirada en Jake.

—Sabía que estabas metiendo a una chica a hurtadillas en casa anoche —dice con desdén—. ¿Esta tiene nombre?

—Mamá —Jake bufa y se pone de pie.

—No, Jake. —Sacude la cabeza con desaprobación, señalando la puerta—. Tiene cinco minutos para salir de aquí.

Lo oigo gemir cuando ella sale. Hasta este mismo momento, creí que Jake era un chico agradable. Un chico tan agradable que anoche lo besé.

Pero ahora, de repente, la actitud de su madre me hace plantearme varias preguntas. Se me revuelve el estómago.

—¿Traes a chicas a casa a menudo o algo? —murmuro.

Balanceando las piernas por el borde de la cama, alcanzo mis Converse y me las pongo.

—No —responde Jake, casi de inmediato—. Solo está de broma.

Echo un vistazo por encima del hombro, frunciendo el ceño para que se dé cuenta de que estoy molesta, para hacerle saber que no voy a dejar de darle importancia a las palabras de su madre con facilidad. Puede que no vea *El Rey León* con cualquier chica, pero eso no significa que no vea *Aladdín* con ellas.

—Tengo que irme —digo.

—Vale —acepta por fin, dándose cuenta de que lo digo en serio. Si pierdo más tiempo aquí, papá denunciará mi desaparición—. Déjame coger las llaves.

Durante un largo rato, lo miro fijamente, intentando decidir qué debo hacer. No puedo determinar qué es peor: que un chico me lleve a casa o llegar en un taxi. De las dos maneras parecerá que he tenido una noche de juerga en toda regla.

Jake se pone una camiseta y coge las llaves del alféizar. No puedo dejar de pensar si es su rutina diaria.

—Vale —repite—. Pongámonos en marcha.

Salimos al pasillo a hurtadillas, bajamos las escaleras con sigilo pero rápido, con la esperanza de evitar otro encontronazo con su madre. Francamente, no me parece que esté impresionada. Y no creo que papá lo vaya a estar tampoco.

—¿Qué día es hoy? —pregunto, solo para iniciar una conversación, cuando ya estamos seguros dentro del coche de Jake.

—Domingo —responde.

Pero ahora su tono se ha suavizado, suena triste y me pregunto si está enfadado, tiene los ojos entrecerrados. Podría deberse a la interrupción de su madre o a mi negativa de pasar todo el día con él. Pero necesito llegar a casa lo antes posible.

—Vale —digo.

Y pongo los ojos en la carretera. Hoy estoy demasiado cansada para esforzarme.

Cuando se detiene el coche delante de la casa de papá, Jake ya se ha

relajado un poco. Apaga el motor con calma antes de girarse para mirarme; tiene una leve sonrisa en los labios.

—Deberíamos repetir lo de anoche —propone—. Quédate en mi casa otra vez el próximo fin de semana. Es el aniversario de mis padres, así que no estarán.

—Claro, podemos quedar —digo, aunque algo titubeante. Mi opinión sobre él es demasiado confusa ahora mismo.

—Te puedes quedar todo el fin de semana.

—No creo que mi padre…

Me interrumpe y me dice con firmeza mientras me mira fijamente:

—Solo piénsalo. —Al fin, vuelve a sonreír—. Menos mal que estaba en esa fiesta anoche, ¿eh? En el lugar correcto en el momento adecuado.

—Gracias por sacarme de allí —murmuro.

Me había olvidado de esa horrible fiesta hasta ahora. Me pregunto si Tyler logró llegar a casa.

Jake se encoge de hombros y se sonríe ampliamente.

—Gracias por permitírmelo. Me lo pasé bien anoche.

—Sí —digo. Echando un vistazo hacia la casa, supongo que es momento de entrar y enfrentarme a papá—. Debería irme.

—Hasta luego —me dice, mientras abro la puerta y me bajo del coche.

Cuando la estoy cerrando, me pregunto si está siendo sincero.

Me pongo la capucha sobre la cabeza, envío una rápida oración hacia el cielo y luego me meto las manos en los bolsillos. Tengo esperanzas de que la sudadera esconda mi escandaloso pelo y mi maquillaje corrido. Tengo pinta de haber estado de juerga toda la noche en Las Vegas. Aunque dudo que la gente de Las Vegas salga de fiesta vestida con una sudadera con capucha y vaqueros.

No escucho a Jake marcharse, pero sí sé que se ha ido cuando llego a la puerta de la casa —una puerta que me da muchísimo miedo cruzar—. Por suerte, no tengo que hacerlo.

Se abre delante de mí con fuerza, haciéndome saltar por la sorpresa, y mientras me estoy recuperando del susto, una mano firme tira de mí hacia dentro por el umbral. Demasiado masculina para ser de Ella, demasiado fuerte para ser de papá. Así que mi duda anterior acaba de ser aclarada: Tyler ha llegado a casa.

—Eh.

Me sacudo para que me suelte, y doy un paso hacia el lado mientras él cierra la puerta detrás de mí. Ni siquiera he dicho nada y él ya está fulminándome con una mirada asesina como si yo acabara de prenderle fuego a su habitación. Es como si nunca nadie pueda agradarle.

—Estás tomándome el pelo —dice—. ¿Verdad? Tienes que estar tomándome el pelo.

Lo miro fijamente. Suspiro. Juego con los cordones de la capucha de mi sudadera. Lo miro un poco más.

—Te podría decir lo mismo —finalmente balbuceo. Ya ni siquiera me importa. Intento ser agradable, me lo tiran a la cara, repito. Se acabó—. Me llevaste a una fiesta con todos tus amigos porreros y pringados adictos al crack. ¿Estás loco?

—Chis —bufa con dureza. Levanta un dedo, mira con los ojos entrecerrados hacia el pasillo para asegurarse de que nadie me ha oído—. No levantes la voz.

—Perdón —digo, rezumando sarcasmo—. Se me había olvidado que tu madre no tiene ni idea de lo patético que es su hijo.

Una ola de emociones fugaces se refleja en sus ojos, de una manera peculiar que no había visto hasta ahora. Algo destella en ellos, pero no puedo precisar qué. Casi se lo ve dolido, pero no puedo estar segura, porque ya vuelve a entrecerrar los párpados.

—¡Dave! —grita, con voz ronca. Sonríe—. Eden ha llegado a casa.

—¿En serio? —Ahora lo único que quiero es darle un puñetazo en la cara.

La sonrisa de sus labios se vuelve irónica mientras saborea su victoria.

—Enfréntate a las consecuencias.

—*Tus* consecuencias —lo corrijo—. Me obligaste a ir a esa fiesta.

—Y, sin embargo, recuerdo que estuviste de acuerdo.

—Me sorprende que te puedas acordar de algo. ¿Fue una noche sobria para ti? Lo dudo.

Me quito la capucha y suspiro, apretando los dientes cuando escucho que se acercan unos pasos desde la cocina. Si papá no me mata, estoy bastante segura de que Tyler lo hará.

—Buena suerte —dice, riéndose entre dientes mientras se reclina sobre la pared. Cruza los brazos sobre el pecho y observa divertido cómo se acerca papá.

—¿Dónde demonios has estado? —es la primera pregunta que me dispara papá. Lo único que puedo decir por su expresión es que no está muy impresionado—. ¿Sabes siquiera la hora que es? Es casi mediodía. ¿Dónde has pasado la noche? Lo mínimo que podrías haber hecho es contestar al teléfono. He estado muerto de preocupación, Eden.

—Lo siento, yo…

En este momento me enfrento al mayor dilema: o digo la verdad o miento para salvar el pellejo. Pero no tengo el valor para confesar y no tengo experiencia para inventarme una excusa hábil, así que ninguna de las alternativas es una opción.

Mientras los ojos de papá perforan los míos y enarca las cejas esperando una respuesta, yo miro frenéticamente hacia todos los lados, y mis ojos aterrizan en Tyler. Él sigue sonriéndose, sigue mirando, sigue disfrutando al verme luchar por ponerme a salvo de la ira de papá. Pero siento demasiado pánico para enviarle una mirada asesina, y mientras lo miro con impotencia, su expresión retorcida empieza a desvanecerse.

—Estaba en casa de Meghan —dice de repente, sus ojos fijos en los míos, la cara tensa. Mira a papá—. Ya te lo dije.

Papá se ve algo desconcertado durante un momento mientras piensa, pero acaba por fruncir el ceño.

—Eso no es verdad.

—Yo estoy bastante seguro de que te lo dije anoche cuando regresé, porque ella me pidió que te lo comentara. —Tyler ladea la cabeza, poniendo una expresión de perplejidad como si papá hubiese sufrido un ataque de amnesia—. ¿Recuerdas?

—No.

Tyler se encoge de hombros.

—Vaya, pues se me debe de haber olvidado —dice, y luego desplaza los ojos hacia mí. Ahora tiene una mirada suave. Amable—. Perdona, Eden. Fallo mío.

Hay un largo silencio. A papá se lo ve totalmente desconcertado, Tyler parece tranquilo, y yo aún estoy intentando comprender qué es lo que acaba de suceder. Si he entendido bien, Tyler me ha ayudado. Ayudarme. Extraordinario.

Me cuesta creer que algún día le encuentre la lógica a Tyler. Creo que ahora mismo es casi imposible entenderlo. Hace un momento parecía encantado con la idea de que me pillaran, y luego salta y me echa una

mano para encubrirme. ¿Por qué? Me está viniendo dolor de cabeza, la manera en que vacila entre el odio y las ganas de llevarse bien conmigo. Si soy sincera, me gustaría que se decidiera de una vez. Me ahorraría el lío de tener que descifrarlo.

—Para la próxima, no te marches sin decírmelo en primer lugar —dice papá. Parece irritado, pero justo cuando creo que se va a marchar, añade—: Por cierto, vamos a salir comer. Todos. Y eso te incluye a ti también, Tyler. Vestíos bien.

La idea de una comida «familiar» ya no me preocupa tanto. Sin embargo, la mirada intensa de Tyler sí. Así que cuando papá se va hacia la cocina, supongo que a buscar a Ella, aprovecho la oportunidad para intentar comprender los últimos cinco minutos.

—Con qué facilidad sales de un apuro —farfulla Tyler, pero yo lo ignoro.

En cambio, le pregunto:

—¿Por qué has hecho eso?

—¿El qué?

—Mentir por mí. —Parecía bastante contento de ver cómo me trincaban; luego su actitud cambió como por arte de magia y decidió intervenir para salvarme el pellejo. Y no tengo idea de por qué lo hizo—. No lo entiendo.

Se encoge de hombros, sus ojos siguen serenos. Sus cambios de humor me confunden.

—Te debo una —me dice—. Por llevarte a esa fiesta anoche. No lo pensé bien. Lo siento.

Su disculpa es sincera, lo cual me sorprende, y por una vez no me está gritando, lo cual es incluso más sorprendente.

—¿En serio creíste que me gustaría estar cerca de ese tipo de cosas?

—Lo siento —repite, esta vez incluso más bajito, y por un segundo barajo si aceptar su disculpa, pero entonces lo arruina todo cuando dice entre dientes—: Así que estuviste con Jake, ¿eh?

Supongo que vio el coche.

—¿Y a ti qué te importa si estuve con él? Tú tienes tu opinión sobre él y yo otra. No quiero volver a hablar sobre eso, porque no tiene nada que ver contigo.

—Tengo que ducharme —dice, esquivando el tema, aunque fue él quien lo sacó. Entrecierra los ojos otra vez, pero con delicadeza—.

Hablaremos de esto luego. Después de esa comida de mierda que tendremos que aguantar.

—¿Hablaremos de esto luego? —repito.

Hasta ahora nunca había considerado a Tyler nada conversador. En especial cuando se trata del chico con el que me estuve morreando anoche.

—Sí —asiente. Se vuelve y cuando está subiendo las escaleras, me mira por encima del hombro. Se está sonriendo—. Y recuerda lo que te ha dicho tu padre, vístete bien.

# 13

Llegamos con veinte minutos de retraso a la comida. Los primeros diez minutos se le pueden achacar a Ella, porque acabó cambiándose de ropa dos veces hasta que consideró estar vestida para la ocasión. La segunda mitad se le puede achacar a Tyler. Nos retuvo por el simple hecho de que no podía llevar su coche. Papá y Ella tenían pensado ir en el Lexus y en el Range Rover, y dijeron que no había necesidad de que Tyler llevara un tercero. Después de todo, está castigado. Y por fin se rindió y arrastró su cuerpo abatido hasta el coche de su madre. Todo el tiempo me estuve preguntando cómo tener que sentarse en un Range Rover se podía considerar un castigo.

—Bienvenido, señor Munro —dice la elegante camarera en el elegante restaurante con un acento elegante, mientras nos conduce hacia una elegante mesa con cubertería elegante. Elegante, elegante, elegante. Hace cinco años papá nos habría llevado a mamá y a mí a una hamburguesería grasienta.

Le da las gracias a la camarera y todos nos sentamos. Papá, Ella y Chase al otro lado de la mesa; Tyler y Jamie a mi lado, conmigo en medio. El restaurante es grande, sin embargo, hay pocas mesas, con una excelente presentación y bien distribuidas. No hay nada peor que estar rodeada de otros comensales a tan solo unos centímetros de distancia.

—Es bonito que estemos todos juntos —Ella comenta cuando hemos acabado de pedir las bebidas. Yo elijo agua y Tyler intenta tomar cerveza sin éxito—. Deberíamos hacer esto cada domingo.

Papá asiente con la cabeza, mirándola con una expresión familiar en los ojos. Hubo un tiempo en que él solía mirar a mamá de esa manera.

—Estoy de acuerdo.

—Yo no —lanza Tyler.

Sonríe, inclina la cabeza, y luego se cruza de brazos. Ni Ella ni papá

le prestan atención. A estas alturas, probablemente ya se han dado cuenta de que él siempre va a tener algo negativo que decir de vez en cuando, que no tiene sentido ni siquiera hacerle caso. Yo estoy empezando a adoptar la misma actitud.

Llegan las bebidas y pedimos la comida. Yo termino señalando la primera opción que veo. Todo es muy sofisticado y suena demasiado raro para poder entenderlo. Es probable que haya pedido un testículo de ballena.

—¿Cuánto tiempo tenemos que estar sentados aquí? — pregunta Tyler a los cinco minutos, interrumpiendo la conversación de nuestros padres y mirándolos desde el otro lado de la mesa, con el rostro inexpresivo. Se afloja la corbata negra y se abre el primer botón de la camisa blanca—. Tengo mejores cosas que hacer.

—Alegra esa cara —murmura Ella, y luego se aclara la garganta y su voz se vuelve solemne—. ¿Has tomado las pastillas hoy?

—Mamá —dice con dureza, echándome un vistazo rápido antes de volver su mirada hacia Ella y entrecerrar los ojos—. Voy a salir a tomar el aire.

Presiona las palmas sobre la mesa y se levanta, desliza su silla hacia atrás y se dirige hacia la puerta.

—Déjalo —dice Ella, suspirando mientras pone una mano en el brazo de papá, quien parece que estuviera a punto de salir corriendo detrás de él.

—Siempre dices lo mismo —resopla.

Para empezar, entendí por qué era tan fácil irritarse por todo lo que hace Tyler, pero a estas alturas es bastante evidente que a papá sencillamente no le cae bien el chico. Punto.

Ella frunce el ceño durante un momento, pero luego se esfuerza por sonreír y acaricia la espalda de papá.

—Dale un poco de cuerda.

Quiero preguntarle sobre las pastillas que ha mencionado, pero freno el impulso y no permito que la curiosidad gane la partida, y en vez de preguntar me quedo pensando en silencio, aunque realmente no es asunto mío. Podría tratarse de un tratamiento para una disfunción eréctil o algo igual de íntimo y personal, pero teniendo en cuenta la forma en que Tyler y Tiffani están pegados todo el tiempo, lo dudo muchísimo.

Ella decide cambiar de tema y dejar de lado a su insensato hijo mayor, y se centra en Jamie.

—Jay, ¿cómo te va con el proyecto de biología?

—Va bien —responde él. Se encoge de hombros y mira con timidez hacia su regazo—. Todavía tengo que terminar el diagrama de la ósmosis.

—Yo detestaba la difusión y la ósmosis y el transporte activo —digo, obligándome a participar en la denominada «comida familiar»—. Espera a empezar con la biología avanzada. Empeora.

Papá sonríe con aprobación porque estoy haciendo un esfuerzo por participar, pero luego le hace una señal con la cabeza a Jamie.

—¿Puedes ir a buscar a tu hermano? Pronto traerán la comida.

—Voy yo —digo abruptamente sin pensarlo, y hasta me sorprendo a mí misma por ofrecerme—. Hace mucho calor, también necesito algo de aire —miento, y luego salgo de allí lo más rápido posible. Tal vez todavía sienta algo de curiosidad.

Cuando llego afuera, miro por toda la zona del aparcamiento, pero no hay nadie. Solo un coche que entra y otro que sale. Es plena tarde, así que siento cómo el sol pega fuerte en mi espalda, y entrecierro los ojos por la claridad. Miro hacia el Lexus y el Range Rover, que están estacionados uno al lado del otro. Ella intentó aparcar el Range Rover en un hueco pequeño, y Tyler terminó estacionándolo por ella. Entonces distingo una figura sentada en el asiento del conductor.

Sin tener una pregunta ni siquiera una palabra preparada, me dirijo hacia el coche, pero con precaución. Tyler es el tipo de persona que sería capaz de dar marcha atrás y matarme al instante, así que siento un poco de ansiedad cuando llego a la ventanilla y con suavidad doy golpecitos con los nudillos en el cristal.

Gira la cabeza con brusquedad, los rasgos endurecidos mientras frunce el ceño. Pasa un largo rato hasta que decide bajar la ventanilla.

—¿Qué?

—¿Vas a volver adentro?

Me muerdo el labio y doy un paso hacia atrás. Tras decirlo me doy cuenta de lo inútil que es siquiera preguntarle.

—A la mierda con esa porquería, no pienso volver — farfulla, y luego se gira y me da la espalda.

Aprieto los labios, inclinando la cabeza. Igualo su mirada asesina.

—Eres un tanto melodramático, ¿no crees? Tampoco ha sido tan tremendo. Solo te hizo una pregunta.

Abre los ojos, pero permanece con el ceño fruncido.

—¿Acaso eres estúpida? En serio… ¿lo eres? No entiendes una mierda, maldita Eden Munro.

—Otra vez con lo mismo —digo, poniendo los ojos en blanco, mi voz va subiendo de volumen con nerviosismo—. Reaccionas de manera exagerada a cualquier pequeñez. Estoy intentando comprender qué demonios te pasa, pero me tratas como la mierda cada vez que te hablo, así que olvídalo. Yo voy a regresar allí dentro porque no soy una imbécil egocéntrica que tiene una pataleta cuando las cosas no salen como ella quiere.

Concluyendo mi argumento, me doy la vuelta y me dirijo hacia el restaurante cruzando el aparcamiento.

Pero escucho que Tyler dice mi nombre en voz baja, y cuando echo un vistazo por encima de mi hombro, veo que está más relajado.

—Ven aquí —me pide, pero yo no me muevo. No existe ninguna razón por la que yo debería escucharlo—. Ven y súbete al coche, y seré sincero contigo y luego podemos volver los dos.

Que Tyler por una vez se ofrezca a decir la verdad es demasiado bueno para perdérselo. Y si ayuda a que vuelva adentro, entonces debería escucharlo. Dejo escapar un suspiro y me doy la vuelta, me dirijo al Range Rover y me siento en el asiento del pasajero sin bajar la guardia.

—Vale, ¿qué?

Con la corbata echada hacia atrás alrededor del cuello y una mano apoyada en el volante, me mira fijamente durante un largo minuto. Espero a que hable, pero en vez de eso veo cómo en sus labios se dibuja una sonrisa irónica.

—Vale, ¿quieres sinceridad? Muy bien. Ahora te estoy siendo totalmente sincero cuando te digo que nos vamos a ir de aquí cagando leches.

Antes de que mi cerebro pueda procesar sus palabras, pone el coche en marcha con rapidez y pisa el acelerador con fuerza, y en el aparcamiento se escucha un horrendo chirrido de llantas mientras el coche sale de allí dando bandazos. Ni siquiera mira antes de incorporarse a la carretera, y salimos volando del aparcamiento de manera frenética, obligando a que los coches de alrededor frenen en seco.

—Pero ¡¿vas *en serio*?! —grito, tirando del cinturón y poniéndomelo lo más rápido posible. En este preciso instante temo por mi vida.

—Nada de serio —dice—, solo sincero.

—Llévame de vuelta —exijo.

Sentada de lado, con una mano en el salpicadero y otra en el cinturón, miro de manera frenética hacia la carretera y hacia Tyler: hacia Tyler porque le estoy disparando miradas asesinas, y hacia la carretera porque no me fío de sus habilidades para conducir.

—¿De verdad quieres regresar? —El coche da bandazos de un lado a otro—. Mírame a los ojos y dime que quieres regresar a ese sitio y comer esa comida asquerosa y sentarte con tu padre durante una hora. Dime con sinceridad que eso es lo que quieres hacer.

Me mira fijamente y solo de vez en cuando echa un vistazo por el parabrisas.

—No —admito—. No quiero, pero sé que debo hacerlo, así que regresa antes de que nos maten a los dos. ¿Tienes siquiera permiso para conducir este coche?

Entre sus frenazos y acelerones, logra contestar:

—¿Y tú tienes permiso para verte así?

Levanto las manos en el aire con exasperación. Ya casi me he hartado de él.

—Vale, no tienes ninguna necesidad de insultarme.

—Por Dios, no era un insulto —farfulla, pasándose una mano por el pelo y frenando de golpe justo antes de chocar con un Porsche—. No vamos a regresar. Vamos a ir a casa para que yo pueda beberme una cerveza y para contarte que Jake está jugando contigo, ¿vale?

—Gracias, Tyler —digo mordaz—. Gracias por meterme incluso en más líos.

—Anoche fue tu culpa —argumenta, mientras se va frustrando con el tiempo que los semáforos permanecen en rojo—. Vale, yo te llevé, pero fuiste tú quien eligió no volver a casa, así que no intentes culparme a mí por eso.

Me doy por vencida.

—Vale. Pero nuevo lío: tu madre va a flipar cuando vea que su coche no está. ¿Cómo has conseguido las llaves?

Se ríe mientras los semáforos cambian a verde, y acelera demasiado el motor.

—Relájate, caben todos en el coche de tu padre. Y todavía las tenía desde que aparqué. Ahora, deja de distraerme, estoy intentando conducir.

Aprieto los labios, miro fijamente su mandíbula rígida cuando por

fin decide prestarle atención a la carretera.

—Inténtalo un poco más.

Tardamos veinte minutos para llegar a casa por fin, y me sorprende estar sana y salva. Tyler llamó a Ella desde el coche para decirle que «nos importaba un pimiento» comer con ellos y que estábamos camino de casa. Colgó antes de que ella pudiera decir nada.

—Ve a mi cuarto —me indica cuando nos apeamos del Range Rover aparcado con torpeza y nos dirigimos hacia la puerta principal. Por suerte él tenía llaves—. Voy a coger una bebida y luego vamos a hablar de ese capullo que te gusta tanto.

Titubeo detrás de él cuando abre la puerta con fuerza.

—No quiero hablar de nada contigo —digo.

No tiene ningún poder sobre mis decisiones, y no puedo entender por qué piensa que sí.

Él se limita a suspirar con indiferencia.

—Sube las escaleras y ve a mi cuarto. Me reuniré contigo en dos minutos.

Se dirige a paso tranquilo por el pasillo hacia la cocina y yo voy hacia arriba.

Mientras voy subiendo las escaleras, grito hacia abajo:

—Una aclaración: subo para ir a mi habitación, no a la tuya.

—Entonces, iré a tu habitación en dos minutos —grita con suavidad, y me encuentro moviendo la cabeza vencida cuando llego a mi puerta.

Para alguien a quien no le importa casi nada, puede ser muy insistente.

Me quito los zapatos y enseguida tiro el montón de ropa sucia en el cuarto de baño y cierro la puerta. Aparte de eso, mi habitación no está muy desordenada. Tyler no se da cuenta de nada cuando entra, con una botella de cerveza agarrada con firmeza en la mano.

—Vale, ¿por dónde empezamos? —reflexiona. Hace una pausa para beber un sorbo de cerveza y luego levanta la mano—. Déjame simplificarlo para ti: Jake Maxwell es el ligón más grande del año.

—Qué curioso —digo—, pensé que ese eras tú.

Tyler parece estar casi ofendido. Se aclara la garganta, mientras niega con la cabeza.

—No, hay una gran diferencia entre Jake y yo. Las chicas me buscan a mí, Jake busca a las chicas. ¿Sabes?, no es que me esfuerce a propósito

para conocer a otras. Sencillamente topo con ellas en fiestas o lo que sea, tal vez coquetee un poco, a veces las beso si estoy borracho y Tiffani no anda por allí. Eso es todo. —Mira mi expresión confundida durante un momento mientras bebe otro largo sorbo, y luego concluye con un suspiro—: Jake, por otra parte, es un ligón. Tontea con las chicas durante semanas y a veces incluso durante meses, se acuesta con ellas, y luego no les vuelve a hablar. El tío hace esto con tres chicas al mismo tiempo. —Se ríe, pero de alguna forma es una carcajada algo solemne—. Te puedo garantizar que en cuanto te abras de piernas, desaparecerá. Siempre lo hace. Te saldrá con «Perdona, pero ya no siento nada» o con «Ya no puedo hablar más contigo, porque mi madre es superestricta y dice que no puedo tener citas hasta que vaya a la universidad».

Lo miro fijamente. Se está tomando muchas molestias para asustarme y que me aleje de Jake, pero hasta ahora ha sido Jake el que me ha tratado mucho mejor.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque sí —dice Tyler.

—Eso no es una razón válida.

Él se limita a sonreír.

—Tampoco era válida la razón para salir del restaurante.

Como era de esperar, papá y Ella están furiosos cuando llegan a casa. No solo tuvieron que pagar dos comidas desaprovechadas, también están, según los dos, sumamente «molestos» por haber arruinado nuestro primer evento familiar. A Tyler le recuerdan que está castigado, y a mí me destierran a mi habitación durante toda la noche. Y es una noche larga.

Chateo por vídeo con Amelia durante un rato y ella me pone al día de todos los cotilleos de Portland. Según parece, unos chicos del instituto pillaron a nuestro profesor de literatura inglesa, el señor Montez, comprando condones en la tienda de Freddy. El señor Montez es cincuentón, así que esta información me provoca náuseas; sin embargo, Amelia no para de reírse durante por lo menos cinco minutos. Pero aparte de la vida personal de nuestro profesor, no hay muchas noticias, así que terminamos hablando de la universidad. Amelia está decidida a estudiar bioquímica en la Universidad Estatal de Oregón, a una hora de Portland, dirección sur, en Corvallis. Al contrario que ella, yo no veo la hora de

salir pitando del estado. Yo me pongo a cotorrear sobre lo genial que es el programa de psicología de la Universidad de Chicago, pero el chat se desconecta a mitad de mi frase. La conexión de Internet se ha cortado. Me quedo mirando mi portátil durante unos minutos mientras intenta reconectarse, pero solo carga y carga sin resultados. Es entonces cuando escucho que alguien golpea en la pared —la que me separa del cuarto de Tyler—. Se escuchan tres golpecitos.

Con una ceja enarcada y con sospecha, dejo el portátil sobre la cama y gateo por el suelo, acercándome con cuidado hacia la pared. No sé si los golpecitos son accidentales o a propósito, pero sea como sea, los devuelvo. Doy un toque una vez y espero. Me responden con cuatro golpes.

No tengo idea de qué demonios está haciendo Tyler, pero dudo muchísimo que esté aprendiendo código Morse, así que supongo que está empeñado en irritarme incluso más de lo que ya lo ha hecho.

—¿Puedes parar? —pregunto, mi voz lo suficientemente alta para que me pueda oír a través de la pared, pero no tanto como para que papá se dé cuenta.

—Yo corté la conexión a Internet —responde la voz amortiguada de Tyler, y suena como si se estuviera aguantando la risa—. Tu conversación me estaba dando dolor de cabeza. «Dios, Amelia, ¿no es Chicago totalmente genial? ¡La universidad es mi favorita en todo el mundo! ¡Es tan fantástica...! ¡Me encanta la psicología, y los deberes, y estudiar!»

Miro con rabia hacia la puerta de mi cuarto de baño mientras cruzo las piernas y apoyo la espalda en la pared.

—Ni siquiera he dicho eso.

Para expresar mi irritación, le doy un codazo a la pared.

Así que él golpea de vuelta, esta vez con los nudillos en el yeso repetidamente durante unos quince segundos antes de parar para decir:

—Podría hacer esto toda la noche. He oído que nadie consigue dormir en la universidad, así que puedes ir practicando. Te convertiré en una insomne en poco tiempo.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez lo irritante que eres?

Me cruzo de brazos y pongo los ojos en blanco de pura irritación, pero por alguna razón, estoy casi sonriendo. No puedo descifrar por qué, pero cuando contesta, me doy cuenta de que me estoy sonriendo por su actitud bromista. No la detecto a menudo.

—Ehhh, creo que nunca nadie me lo ha dicho —me responde. Me encantaría poder ver a través de la pared, observar su cara. ¿Está sonriendo como yo? ¿Está acostado en el suelo, de pie o sentado? ¿Cómo se le ven los ojos ahora mismo?—. ¿De qué manera soy irritante? Ilústrame, chica universitaria.

Suena como si se estuviera sonriendo, pero no puedo estar segura. Reclino la cabeza para mirar el techo y aprieto la oreja contra la pared, para escuchar mejor su suave voz. Su simpatía es escasa.

—Para empezar —explico— has desconectado Internet y ahora no dejas de dar golpes en mi pared.

—Técnicamente es *nuestra* pared.

Da otro golpecito. Solo uno.

—Sea como sea, es muy molesto, por favor, para.

—No se puede —me replica.

Vuelve a golpear con los nudillos, incansable y fuerte.

Entonces le doy un puñetazo a la pared, haciendo un ruido sordo, y Tyler finalmente se ríe.

Después de eso me vuelvo a la cama, cierro el portátil y me meto debajo del edredón. Pero no puedo dejar de preguntarme qué estará haciendo Tyler al otro lado de la pared. ¿Está también acostado en su cama mirando el techo? ¿Está enviando mensajes de texto a sus amigos? ¿Está buscando una buena película para verla?

Ya pasa de medianoche cuando por fin me quedo dormida, tras pensar mucho en Jake y en lo que ha dicho Tyler de él, que me ha recordado la forma en que su madre me trató por la mañana. Actuó como si yo fuese una estadística, otra chica en la habitación de su hijo, sin más. No estaba sorprendida. Así que no puedo dejar de plantearme si lo que ha dicho Tyler es cierto.

# 14

Por la mañana, estoy demasiado cansada hasta para desayunar. Clavo la vista en el suelo, mi cara es una imagen de puro agotamiento, y despacio intento acabar la tostada que me ha preparado Ella.

—¿Estás bien? —pregunta papá.

Se mete la camisa en los pantalones y se ajusta la espantosa corbata.

—Sí —respondo. Me seguí despertando varias veces porque juro que oía más golpecitos—. Solo estoy cansada.

Asiente con la cabeza una vez.

—¿Tienes algún plan para este fin de semana?

—No.

A papá siempre se le ha dado fatal entablar conversaciones, hace preguntas tontas y comentarios estúpidos solo para llenar los silencios. La mitad del tiempo, ruego para que no me hable.

—Vale —dice—. Esta noche llegaré tarde.

Ni me molesto en contestar. Solo bajo la cabeza y me pongo de pie, me dirijo al lavavajillas y meto mi plato mientras él arrastra los pies hacia el recibidor. Semana dos de ocho y ya me está resultando difícil sobrevivir en este sitio. Papá es un asco. Esta familia mixta es un asco. El verano es un asco.

—Buenas —dice una voz mientras cierro el lavavajillas de golpe.

Me vuelvo con rapidez, y en cuanto veo a Tyler acercándose, pongo cara de asco.

—Puf —suelto.

—Se supone que debes contestar con «buenos días» — me reprende, y me empuja hacia un lado con el hombro cuando pasa.

Lleva pantalones cortos negros y una camiseta sin mangas multicolor y holgada, y no puedo evitar quedarme mirando sus brazos y la forma en que se hinchan cuando abre la puerta de la nevera.

Entrecierro los ojos.

—No me has dejado dormir en toda la noche.

Me mira por encima del hombro, el ceño fruncido.

—¿Eh?

—Los golpes.

Durante un buen rato se queda mirándome, en sus ojos se vislumbran diversas emociones, y luego se ríe.

—No estaba dando golpes. ¿Acaso tu padre no te dijo que la casa está embrujada? Hay demonios por todas partes.

—Anda, cállate —digo, poniendo los ojos en blanco—. ¿No podías dormir o qué?

Se da la vuelta con una botella de agua en la mano, cerrando la puerta de la nevera de un puntapié.

—No era eso. —Se sonríe y se cruza de brazos. Me fijo en su tatuaje otra vez—. Esperaba que te despertaras y respondieras a los golpes.

—Lo siento —digo—. No estaba de humor para comunicarme contigo a través de la pared a las cuatro de la madrugada.

Tiene una vena muy marcada que se extiende por el brazo izquierdo, pero intento no prestarle atención. A Amelia y a mí siempre nos han gustado mucho los chicos con los brazos, las manos y el cuello llenos de venas. De alguna forma nos parecen atractivos.

—Ay. —Con lentitud, se muerde el labio, sus ojos se fijan en los míos con suavidad. Sé que solo estamos tonteando, pero de repente se lo ve serio—. ¿Y esta noche?

—¿Qué?

—Esta noche —dice—. ¿Devolverás los golpes?

Me obligo a apartar la vista de su pecho y levanto las manos en señal de que me rindo, me doy por vencida en este extraño juego.

—No, Tyler, no quiero dar golpecitos de un lado para otro. Es extraño.

—Maldita sea —farfulla.

Encoge sus anchos hombros y dirige su atención a su reloj.

Estoy a punto de escaparme a mi habitación cuando el sonido de la puerta que se abre con fuerza me hace pararme en seco. Tal vez papá ha olvidado algo, o quizá sea Ella que sale a comprar comida.

Pero no es ninguno de nuestros padres. Es Dean. Lo sé por su suave voz mientras lo oigo meter la cabeza en el salón diciendo, antes de entrar

en la cocina:

—Buenos días, señora Munro.

Él, también, lleva ropa muy informal y tiene las llaves del coche en una mano y el teléfono en la otra. Me saluda con un movimiento de la cabeza, y se gira para mirar a Tyler.

—¿Estás listo?

—Tío, llegas veinte minutos tarde —se queja Tyler, lo cual me sorprende.

No creía que le preocupara mucho la puntualidad, pero según parece le importa.

—Fallo mío —se disculpa Dean—. He tenido que parar a repostar.

Tyler me observa con una mirada de desaprobación. Bufa.

—Me has dejado perdiendo el tiempo con esta pringada. Larguémonos de una vez. —Sigue un largo silencio. Tanto Dean como yo entrecerramos los ojos, y bajo la presión se retracta—: Tranqui, chicos. Es solo un poco de rivalidad entre hermanos, ¿no es así, Eden?

Yo parpadeo.

—No somos hermanos.

—Gracias a Dios.

Opto por ignorar sus estúpidos comentarios y me dirijo hacia las puertas del patio, las abro y dejo que entre una cálida brisa en la casa. Detrás de mí, Tyler y Dean dicen que se van al gimnasio. No me sorprende. Es evidente que los dos hacen mucho ejercicio. Barajo si preguntarle a Tyler a qué gimnasio va, porque estoy pensando apuntarme a uno para las seis semanas que me quedan aquí, pero decido seguir con mis carreras matutinas. Si soy sincera, no creo que a Tyler le hiciese gracia que su supuesta rival vaya detrás de él al gimnasio.

Cuando llega el miércoles, todo el mundo ya ha regresado. Rachael ya ha vuelto de pasar el fin de semana con sus abuelos, que según ella son tan traumáticamente aburridos que ha estado a punto de prenderle fuego a la casa; Tiffani ha regresado a casa otra vez después de estar con su padre, que según ella, era el equivalente a vivir con Shrek; y Meghan se siente estupendamente otra vez tras pasar tres días seguidos vomitando.

En vez de quedar para cotillear en la playa o tomarnos un café o incluso ir al Paseo, terminamos poniéndonos al día con una manicura.

—En serio, mi abuelo me hizo jugar al bingo él — continúa quejándose Rachael. Se ha estado desahogando sobre su horrible fin de semana durante los últimos quince minutos—. Noche tras noche: «¡Rachael, la hora del bingo!». Abuelitos, enteraos: un carajo.

—Mi padre se puso a sacar viejos álbumes de, por lo menos, 1801 — dice Tiffani, frunciendo el ceño.

Está encaramada en una silla con las manos extendidas sobre una mesa, con una manicura agachada por encima de ellas.

Rachael y yo fuimos las primeras en que nos resucitaran las uñas, y ahora es el turno de Tiffani y Meghan. No puedo impedirlo, todo el rato me miro las manos, admirando lo lustrosas que se ven mis uñas, y luego me pongo cómoda en mi sitio reservado en una silla al rincón del salón de belleza. Debería hacer esto más a menudo. La verdad es que no está tan mal.

Hemos ido a Venice para conseguir estos tratamientos de belleza, porque según Tiffani, este es el mejor salón de manicura. No me importa viajar desde Santa Mónica para venir aquí, porque Venice Beach es espectacular —por lo menos los cuatro minutos que tuve para verlo.

Rachael camina de arriba abajo por el salón, mirándose las uñas cada par de segundos. No se lo puedo reprochar.

—Puestas a elegir, prefiero álbumes históricos al bingo.

—Y yo elijo cualquiera de las dos cosas antes que estar vomitando — dice Meghan, al lado de Tiffani. Por suerte, es un poco más tímida que Rachael y Tiffani, así que no soy la única que aporta poco a la conversación—. Mis tripas parecen ácido.

—Por lo menos te vas encontrando mejor para tu cumpleaños —la consuela Tiffani. Sentada una al lado de la otra, ella y Meghan tienen a las manicuras limándoles las uñas. Tiffani le echa un vistazo a Meghan—. ¿Vas a dar una fiesta?

Meg frunce los labios y se encoge de hombros.

—Ya sabes lo estrictos que son mis padres.

—¡Venga, por Dios, Meghan! —explota Rachael, deteniéndose en seco y agitando las manos en el aire con euforia—. ¡Yo tengo la casa libre el sábado por la noche; puedes organizar tu cumpleaños en mi casa!

—¿Otra fiesta? —farfullo, pero por suerte ninguna de ellas me oye.

Llevo aquí poco más de una semana y ya he asistido a dos de estas fiestas de pacotilla donde el objetivo general es disponer de alcohol,

drogas y sexo sin límites. A mí no me molan demasiado.

—¿Estás segura? —Meghan la mira por encima del hombro.

Se la ve dudosa y algo culpable, y puedo entender la razón: Rachael se arriesga a que le destrocen la casa. Esta pone los ojos en blanco.

—Por supuesto, Meg. No es ningún problema. Hagámoslo.

—Le diré a Tyler que difunda la noticia —ofrece Tiffani, y cuando menciona su nombre algo revolotea en mi estómago.

Me pregunto qué estará haciendo en este instante.

—Dile que no invite a la pandilla de Declan —dice Rachael, y le dispara a Tiffani una mirada firme—. No quiero nada ilegal en mi casa, porque si se les queda cualquier cosa mi padre me matará.

—Me aseguraré de que lo sepa.

Recuerdo vagamente que Declan fue la persona que dio esa horrenda fiesta para porreros el fin de semana. Gracias a Dios que Rachael tiene el sentido común de no invitar a esos fumetas.

—Vosotras podéis venir el sábado por la mañana para ayudarme a preparar la casa —dice, y luego chilla excitada. Las manicuras dan un respingo—. ¡Va a ser genial!

A mí no me suena tan genial. Odiaré cada segundo. Odiaré el alcohol, odiaré a los desconocidos borrachos, odiaré el ruido, odiaré a Tyler. Se vuelve incluso más irritante cuando bebe, y yo seré la que tenga que arrastrarlo a casa al otro lado de la calle cuando acabe la noche.

—Meg, deberías invitar al chico mono de la playa — bromea Tiffani, pero es casi sincera—. Y, Rach, ya sé que invitarás a Trevor. —Las mejillas de Rachael se sonrojan y se gira de inmediato para mirar por la ventana. Mientras Tiffani deja escapar unas risitas, posa sus ojos sobre mí —. Y yo tendré a Tyler, así que solo faltas tú, Eden. Tendremos que encontrar a alguien para ti.

Por un segundo me siento culpable por no ser una buena amiga y no decirle que Tyler en realidad no está tan colgado de ella, pero mis labios piensan por sí mismos y pronto me encuentro hablando sin pensar:

—Yo estaré con Jake.

Y entonces las tres dicen a la vez:

—¿Qué?

Tiffani incluso retira la mano de la mesa para girarse y clavarme la mirada, y puedo sentir que todas tienen los ojos puestos en mí.

—¿Jake? ¿Nuestro Jake?

—Ay, Dios mío, ¿qué nos hemos perdido? —Rachael exige saber, con los ojos muy abiertos y expectantes, mordiéndose el labio inferior—. No se dice simplemente voy a estar con alguien en la fiesta, ¿vale? Siempre hay una razón. ¿Estás colgada de él?

—Pasamos juntos la noche del sábado —admito, y ahora tengo las mejillas sonrojadas y mis ojos se clavan en el suelo. Desearía no haber dicho nada—. Y yo, ehhh, me quedé en su casa.

—Dios —dice Meghan con un suspiro. Pestañea hacia mí y luego intercambia miradas con Tiffani y Rachael—. ¿Solo ha tardado una semana en conseguir a la chica nueva?

—Meg —Rachael bufa, pero enseguida vuelve a clavar su mirada en la mía—. ¿Hasta dónde llegasteis?

—¿Qué?

—Ya sabes… —Mira con inseguridad a Tiffani, y esta decide terminar la frase por ella preguntando de manera repulsiva:

—¿Le chupaste la polla?

Yo farfullo, casi me atraganto, y no logro tranquilizarme. Consigo decir un rápido «no», y luego niego con la cabeza.

—Vimos *El Rey León*.

Rachael ladea la cabeza.

—¿Se trata de un eufemismo para…?

—No. Literalmente vimos *El Rey León*.

—Ah —dice, y luego rompe a reír.

—Rachael, deja de hablar —dice Tiffani.

Se vuelve a dar la vuelta y pone las manos sobre la mesa otra vez y permite que la manicura, quien como es lógico está un poco perdida, continúe.

—Pero ¿acaso nadie la advirtió sobre la base Maxwell? —dice Meghan, y a estas alturas solo desearía poder salir corriendo del salón y volver derecha a Santa Mónica. Me siento avergonzada y muy fuera de mi salsa.

—¿La base Maxwell? —me obligo a repetir.

—En vez de tercera base, se la conoce como la base Maxwell —me informa Meghan—. Porque da la casualidad de que a nuestro buen amigo Jake Maxwell se la maman mucho. Es una tradición, y parece que tú serás la siguiente. —Ella y Tiffani se ríen.

—Chicas, sois asquerosas —se queja Rachael—. Eden, no les prestes

atención. Tú no tienes que hacer nada.

—¿Nosotras somos asquerosas? —se queja Tiffani con la respiración entrecortada, llevándose una mano al pecho simulando incredulidad. Sacude la cabeza y vuelve a clavarme la mirada—. Eden, esta es la pura verdad: la especialidad de Meghan es hacerle pajas a los tíos y la de Rachael son las mamadas. —Puedo ver cómo las dos manicuras ponen los ojos en blanco e intercambian miradas. Seguro que no ven la hora de que nos vayamos—. Las encontrarás en las habitaciones de invitados en cualquier fiesta con cualquier tío. Normalmente, en el caso de Rach, será Trevor. Yo soy la que tiene clase.

—¡Ey! —Rachael y Meghan protestan, pero no objetan exactamente.

Rachael, sin embargo, suelta un chiste.

—No sabía que montárselo en los probadores del American Apparel ahora fuera considerado como algo con clase.

—Eso no cuenta —argumenta Tiffani, mordiéndose el labio mientras la manicura termina su mano derecha—. Por lo menos yo tengo una relación con esa persona.

Toda la conversación es muy incómoda, pero me descubro mirando por entre las pestañas para ver si Rachael o Meghan serán capaces de formular una respuesta. Las dos se limitan a intercambiar una mirada rápida, las dos fruncen los labios, pero no dicen nada.

Atraigo la atención de Rachael y le enarco las cejas, cuestionando su repentino silencio, pero ella solo me responde con un leve movimiento de la cabeza, como para decirme que ese no es el momento apropiado.

Y entonces se aclara la garganta y decide dar marcha atrás a la conversación.

—Así que este sábado debería ser divertido, ¿no?

# 15

Ese sábado, a las 3.27 de la tarde, recibo un mensaje de texto urgente de Rachael. Sus padres se acaban de marchar —cuatro horas después de lo planificado— y ahora solo tenemos cinco horas para preparar la casa para dar una imprudente fiesta de instituto. Rachael quiere que vayamos ahora mismo, y para mí, eso es fácil.

—Voy a casa de Rachael —le digo a papá mientras me desenredo los cordones de mis deportivas al lado de la puerta del salón—. Problemas de chicos —añado—. Probablemente pediremos algo para cenar, así que no creo que regrese hasta la noche.

Apaga el volumen de la tele, mirándome, casi sopesando si debería oponerse.

—Recuerda que esta noche vamos a llevar a Jamie y a Chase al partido de los Dodgers. Nos vamos dentro de una hora, porque queda al norte de la ciudad. ¿Te podrás valer por ti misma?

—Ah, sí. —Perfecto, ya no tengo necesidad de mentir sobre la razón por la que voy al otro lado de la calle—. No estaré de vuelta antes de que salgáis, así que divertíos. Adiós, Ella.

Ella sonríe, tiene la cabeza apoyada en el hombro de papá y la mano en su muslo. Me estoy esforzando para que me caiga bien, pero la verdad es que no puedo.

—Que pases una buena noche con tus amigas.

Digo adiós con un movimiento de la cabeza, cierro la puerta detrás de mí y me dirijo hacia el otro lado de la calle. Ahora que ya llevo aquí un par de semanas me he acostumbrado al sol y la calle se ha vuelto familiar, pero todavía no estoy segura de cuál es mi sitio respecto a las chicas. ¿Son Rachael y Meghan mis amigas? Con la cantidad de tiempo que he pasado con ellas, yo creo que sí. Tiffani, por otra parte, tiene que dejar claro si somos amigas o no. A veces pienso que sí, y otras creo que me odia.

Cruzo la puerta principal de Rachael a las 3.31 y, como era de esperar, soy la primera en llegar. La encuentro arrastrando una aspiradora por el suelo de madera, buscando un enchufe, se la ve irritada y agotada. Todavía ni hemos empezado.

—No he podido empezar a hacer nada hasta que se han ido —me explica, con la aspiradora detrás de ella—. Habrían sospechado si yo de repente me hubiese puesto a limpiar.

—No te preocupes, Rachael —digo despacio, con voz suave—. Cálmate, todavía tenemos cinco horas.

—¡*Cinco* horas, Eden! —grita. De una patada aparta la aspiradora hacia un lado y se lleva las manos al pelo. Hoy lo tiene ondulado y le queda realmente bien—. ¡Cinco horas para ordenar y limpiar y retirar los adornos y comprar alcohol y la comida y poner al día el iTunes! ¿Por qué me ofrecí a hacer esto?

Me mira fijamente, con los ojos muy abiertos, y yo no puedo evitar reírme.

—Rachael.

Más miradas fijas.

—¿Qué?

—Te vamos a ayudar, ¿recuerdas? —Enarco las cejas, asintiendo con la cabeza de forma alentadora en un esfuerzo por calmarla. Lo único de lo que se tiene que preocupar es de que la pillen sus padres—. Tiffani y Meghan ya están de camino, ¿verdad?

—Verdad. —Respira.

Se lleva una mano al pecho y con la otra se baja las gafas de sol y luego se gira para enchufar la aspiradora.

—Verdad —repito—. Así que te ayudaremos a ordenar y luego todas iremos a la tienda y después te ayudaremos a clasificar la lista de reproducción de la música. Tenemos tiempo suficiente.

Sin contestarme, enciende la aspiradora y empieza a pasarla con fuerza sobre el suelo. Decido no cuestionar sus gafas de sol ni su estabilidad emocional.

—¡Ya estoy aquí! —grita una voz detrás de mí, por encima del ruido. Me vuelvo para encontrarme con Tiffani, tiene las manos llenas de galletitas saladas y salsas. Me siento culpable por no haber traído nada—. ¿Lleva gafas de sol dentro de casa?

Yo me limito a mover la cabeza con lástima.

—Está un poco estresada.

—Nosotras nos ocuparemos de la cocina —me dice Tiffani, poniendo los ojos en blanco al ver cómo Rachael pasa la aspiradora frenéticamente—. Venga, dejémosla sola.

La sigo hasta la cocina, donde tira las galletas sobre la encimera. No hay mucho que ordenar, solo algunos platos y cuchillos, que Tiffani enseguida mete en el lavavajillas. Yo abro la puerta de atrás y echo un vistazo. Está lo suficientemente ordenada.

—Entonces, ¿cuánta gente va a venir? —pregunto mientras vuelvo a cerrar la puerta.

—Alrededor de cuarenta —responde Tiffani. Todavía puedo oír a Rachael pasar la aspiradora al otro lado de la casa—. Hemos intentado mantenerla pequeña. La pandilla de Declan Portwood no está invitada, así que eso elimina a unas quince personas que suelen venir.

—La gente que se mete droga en el patio, ¿verdad? — pregunto solo para aclararme.

—Algo así —dice tranquilamente, y luego dispone las galletas en una fila en la encimera, alineándolas con cuidado con las salsas.

—¿No está Tyler en ese círculo?

Deja de hacer lo que está haciendo de inmediato, sus ojos parpadean hasta posarse en los míos, y entonces me doy cuenta de que no debería haber dicho nada. Por su expresión, es evidente que es un tema que no ha de tocarse.

—No —dice, de manera poco convincente.

Yo sé perfectamente que Tyler es amigo de Declan y de todos los demás porreros y adictos al crack. Claro que lo sé, fui a una fiesta con ellos.

—Sí está —insisto.

—¡¿Qué coño intentas demostrar?! —grita.

Su salida de tono me pilla por sorpresa. Mi intención no era provocarla. Ponerme a mal con ella es lo último que quiero.

—Solo decía... —balbuceo.

Intercambiamos miradas durante un largo rato hasta que ella aparta la vista. Está claro que su estado de ánimo ha cambiado, y tiene los ojos entrecerrados. Vuelve a ordenar las galletas y las salsas mientras yo miro, sin saber qué hacer.

—No me gusta hablar del tema —confiesa tras un momento de

silencio tenso—. Me da vergüenza que la gente sepa lo que tengo que aguantar.

¿No le gusta hablar del tema porque le da vergüenza a ella? ¿No debería estar preocupada por el bienestar de Tyler en vez de por lo que la gente opine sobre ella? Frunzo el ceño.

—Creo que debería buscar ayuda —digo.

Y entonces me mira otra vez, ahora con una sonrisa condescendiente en los labios.

—Para serte sincera, Eden, dudo muchísimo que a él le importe lo que tú pienses.

No sé cómo responderle. En lo único que puedo pensar es en lo irritada que me siento y en que quiero contestarle con algo duro. Por suerte, no tengo que armarme de valor para decirle nada, porque Meghan entra en la cocina con una expresión preocupada y el ceño fruncido.

Lo primero que nos pregunta es:

—¿Puede alguien decirme por qué nuestra amiga está pasando la aspiradora a una mesa de centro con las gafas de sol puestas?

Pasamos dos horas preparando la casa de Rachael, algo que encuentro cada vez más inútil cuanto más lo pienso. Es muy probable que termine destrozada al final de la noche. Pasamos la aspiradora, escondemos los adornos de Dawn, que Rachael dice que han pertenecido a la familia desde hace décadas, fregamos el suelo, cerramos con llave la habitación de sus padres. Las otras tres —la de Rachael y dos más— quedan abiertas, por optimismo.

Una vez que la casa queda declarada apta para una fiesta, salimos para ir a comprar los artículos de primera necesidad: alcohol y condones. Esperamos en el coche de Rachael, fuera de una tienda de licores baratos mientras Tiffani entra, moviendo las caderas y frunciendo los labios. Quince minutos después, sale con prisa con un carrito rebosante de una gran variedad de cervezas y licores, que incluye el más mortal de todos: tequila.

—Estaba el tío indio —dice, mientras la ayudamos a meter todo en el maletero—. Me pidió mi número de teléfono. Así que le di el tuyo, Meg.

Hacemos una parada en una tienda de comestibles llamada Ralph’s y pasamos treinta minutos caminando por los pasillos cargando todas las bebidas y patatas fritas que encontramos. Rachael quiere asegurarse de que haya un suministro ilimitado de cosas para picar. Y cuando ya estamos

completamente abastecidas de alcohol y aperitivos, y el coche pesa tanto que le cuesta ponerse en marcha, coincidimos en que hemos preparado todo con éxito dentro de las cinco horas programadas. De hecho, solo nos ha llevado tres. Nos queda tiempo para un viaje rápido al Paseo y yo elijo un modelito para la noche con la ayuda de mis tres amigas. Tiffani escoge el color, Rachael decide el estilo, Meghan señala los detalles. Acabo llegando a casa con un vestido escotado de color coral, muy ajustado y muy corto, pero según parece es lo normal.

—Espero que tus padres no llamen a los míos —murmura Rachael cuando regresamos a la casa y empezamos a sacar las cosas del coche.

No tiene ninguna razón para preocuparse. Papá y Ella estarán metiéndose nachos en la boca mientras miran un desordenado partido.

—Están viendo el partido de los Dodgers —la tranquilizo—. Tenemos suerte de que les guste el fútbol.

Rachael, Tiffani y Meghan me clavan la vista, y lentamente Rachael pregunta:

—Eden, sabes que los Dodgers son un equipo de béisbol, ¿no?

—Qué más da, es igual.

Sacude la cabeza, y riéndose indica hacia mi casa con la cabeza.

—Ve a prepararte —me aconseja—. Son casi las siete. Les dije que llegaran a partir de las nueve. Lo mismo te digo, Tiff; Meg y yo nos podemos ocupar del resto.

Antes de separarnos, acordamos con Tiffani que volveremos un poco antes de las nueve. Es una regla que si una amiga da una fiesta, tienes que llegar antes que los demás. Meghan se queda en casa de Rachael para prepararse. Después de todo, la fiesta es para ella.

Cuando regreso a mi casa, treinta segundos después de abandonar la de Rachael, llevo mi vestido escaleras arriba hacia mi habitación con sumo cuidado. Pero no pasa mucho tiempo hasta que una figura siniestra me detiene en el rellano.

—Parece que estamos solos tú y yo —dice Tyler cuando me acerco.

Es la primera vez que lo veo desde hace dos días. A menudo desaparece, y Ella ni siquiera lo cuestiona. Tal vez en el pasado lo hacía, pero parece que ahora sencillamente se ha dado por vencida y ya no pide explicaciones. Mi padre, por otra parte, todavía sigue empecinado en dictar reglas que sencillamente no existen en la cabeza de Tyler.

—Están en el partido de los Dodgers. Los Angels van a perder

seguro.

—Lo sé —digo—. ¿Te puedes apartar, por favor?

—Claro. —Para mi sorpresa se hace a un lado para dejarme un hueco. Frunzo el ceño cuando lo paso. Y casi titubeo antes de entrar en mi habitación. Se lo ve cansado—. ¿Qué?

—Vienes a casa de Rachael esta noche, ¿no? —pregunto, aunque ya sé que sí. Parece ser un invitado permanente en las fiestas.

—Sí —contesta. Ladea la cabeza, tiene los ojos un poco entrecerrados. No puedo descifrar bien qué tipo de humor tiene en este instante. Puede variar de relajado a furioso y viceversa en el espacio de un minuto—. Tú también vas a estar allí, ¿no?

—Sí.

—Guay —dice—. ¿A qué hora nos vamos para allá?

—¿Qué quieres decir con «nos vamos»? —casi bufo, al mismo tiempo que abro la puerta de mi habitación, con el vestido aún sobre mi brazo—. Yo voy a cruzar la calle sola. Sin ti. Tú, Tyler, puedes ir a la hora que quieras.

—Relájate —murmura.

Apretando los dientes, sacude la cabeza y baja las escaleras a paso lento, dejando que me prepare en paz. A él no le preocupa perder el tiempo. Es un tío. Les lleva diez minutos arreglarse: se duchan y se ponen una camiseta limpia.

Así que mientras escucho cómo enciende la televisión abajo, me dirijo hacia mi cuarto de baño y me meto en la ducha para emprender las tediosas tareas femeninas que implican champú y maquinillas de afeitar. Mi cabello no tarda mucho en secarse, y decido que esta noche llevaré unos rizos sueltos. No me esfuerzo mucho, sobre todo porque no hay nadie en esta ciudad a quien quiera impresionar, así que cuando tengo una cantidad cómoda de maquillaje, me pongo el vestido y un par de tacones y miro la hora: las 20.49.

Salgo de mi habitación en el mismo momento que Tyler. Parece que está listo para irse. Lleva una camiseta blanca debajo de una cazadora de cuero negro, y a pesar de lo sencilla que es su ropa, se ve extremadamente atractivo. Cuanto más lo pienso, más cuenta me doy de que parece que siempre se ve bien, no importa si lleva deportivas o botas, una camisa o una camiseta sin mangas. También noto un fuerte aroma a colonia en el aire, que solo se suma a lo perfecto que se ve en este momento. Me

recuerda a esa colonia que Tiffani elogió el día de los probadores del American Apparel. La Bentley.

Así que me rindo.

—Estoy a punto de ir. ¿Vienes conmigo?

Me recorre con la mirada despacio, haciéndome sentir supercohibida y consciente del escote de mi vestido. Al fin balbucea:

—En realidad tengo que salir a toda prisa.

—¿Adónde?

—A un sitio —responde, y lo dice de forma abrupta, como si no me quisiera contestar—. Ve tú. Yo llegaré en unos veinte minutos.

—Pero ¿adónde vas? —presiono.

Hay algo en su mirada que me hace sentir inquieta. Incluso sospecho. Él no me puede mirar, tiene los puños cerrados, en sus labios se atisba un tic nervioso.

—Maldita sea, Eden.

Levanta una mano con frustración, se da la vuelta y entra en su cuarto echando chispas. Así que lo sigo hasta su aburrida habitación en la que tiene las cortinas cerradas y ninguna lámpara encendida, y parpadeo hacia él en la oscuridad.

—¿Por qué te enfadas? —le pregunto mientras él se pasa las manos por el pelo. Por alguna razón se está estresando mucho—. Solo te he preguntado adónde vas.

—He quedado con alguien, ¿vale? —casi me grita, con todo el cuerpo rígido, clavando sus ojos en los míos—. Tengo que recoger unas mierdas y tú tienes que dejar de darme la lata con el tema.

Lo miro fijamente, veo sus ojos y cómo se mueven con rapidez, cambian de tono y se ponen más oscuros. Hasta puedo ver cómo se le mueve el pecho, casi soy capaz de sentir cómo se le acelera el corazón.

—Has quedado con Declan —afirmo. Ni siquiera es una pregunta. No tiene por qué serlo; es evidente—. Él no va a la fiesta, así que vas a salir porque has quedado con él, ¿verdad?

Se le caen los hombros, los párpados se le cierran mientras exhala. Escucho su respiración al ver cómo sacude la cabeza. Y cuando abre los ojos otra vez, está lívido.

—Vete a la puta fiesta de una vez.

—No —replico con firmeza, manteniéndome imperturbable. Ya es hora de alguien haga algo para arreglar el problema en vez de ignorarlo

—. No voy a permitir que salgas a encontrarte con él.

—Eden. —Traga, la pura fuerza con la que pronuncia mi nombre solo sirve para enfurecerme aún más, da un paso hacia mí, se inclina un poco para estar al mismo nivel. Sus ojos perforan los míos de una manera que es casi aterradora—. Tú no puedes hacer nada al respecto.

—Tienes razón —acepto, mi voz es más dura, aunque un poco temblorosa.

Su cara está tan cerca de la mía que siento como si me estuviera robando el oxígeno, y me encuentro luchando para que las palabras sigan saliendo de mi boca. Pero me obligo a seguir hablando, porque ahora ya no puedo dar marcha atrás.

—Yo no puedo hacer nada, porque a ti *no te importa*. No te importa el hecho de que a mí me preocupa que una noche sufras una sobredosis o tengas una mala reacción o termines muerto. No te importa tener diecisiete años y ser adicto a la coca. No te importa, ¿no es así?

No habla, solo me mira fijamente, de alguna manera cierra los ojos aún más.

—A ti solo te importa parecer guay en las fiestas, intentas impresionar a la gente con esa imagen de cabrón que intentas representar. Es *patético*.

Tyler niega con la cabeza.

—Esa no es la razón por la que lo hago.

—Entonces, ¿por qué? Acaso lo haces porque intentas encajar con esos amigos aburridos que...

—¡Porque es una distracción! —grita. Aprieta la mano en su frente, exhala y cierra los ojos con fuerza. Hay un largo, intenso silencio—. Es una puta distracción —murmura bajito. Abre los ojos otra vez, más feroces que nunca, y su tono ácido ha vuelto cuando se gira para mirarme —. Y ahora mismo, me vendría muy bien una maldita distracción.

La rabia en su interior, la furia, la irritación por todo lo que me ha dicho, de alguna manera todo esto se une a la vez dentro de mí. Es como una explosión súbita de adrenalina y locura que corre por mis venas y que desencadena algo que no puedo comprender del todo. Las palabras acaban de salir de sus labios cuando me acerco, cojo su cara con mis manos y siento la calidez de su piel. Pongo mis labios sobre los de él de golpe, abrumada por la sensación mientras mis párpados se cierran y un silencio ensordecedor nos consume. Es angustioso cómo golpea mi corazón en mi

pecho, pero es excitante sentir sus labios contra los míos. Y entonces, la realidad de la situación me invade, es solo cuestión de segundos que él se ponga furioso conmigo otra vez, y me separo lentamente.

Doy un paso hacia atrás, siento náuseas mientras Tyler me mira sin apartar la vista, los ojos muy abiertos. Espero a que explote, a que su voz firme me pregunte si estoy loca, a lo cual tendré que responder que sí.

—No ha sido mi intención —balbuceo, las palabras se me atragantan en la garganta mientras tartamudeo intentando encontrar algún tipo de explicación—. No sé..., no sé qué ha sido eso. No..., no... Lo... lo siento. Estaba intentando... distraerte... Yo...

Me interrumpe cuando sus labios aplastan los míos otra vez. Es tan fuerte que hace que me tambalee un poco, me empuja hacia atrás hasta que mi espalda choca con la pared de su habitación, sus manos alrededor de mi cara, sus pulgares rozan mi piel, sus dedos serpentean por mi pelo. Sus labios son rápidos, ansiosos, contundentes. Sin embargo, increíbles. De inmediato me hundo en él, todo mi cuerpo tiembla por su tacto. Puedo sentir su rabia; puedo sentir la intensidad. No sé por qué no me aparto. Sé que debería, sé que esto no debería estar sucediendo, pero hay algo tan fascinante en todo esto que sencillamente no puedo parar. Baja su mano hasta donde comienza mi espalda y me atrae hacia él durante un instante muy breve.

Y entonces para.

Sencillamente así, separa sus labios de los míos, me suelta, da un paso hacia atrás. El momento termina con la misma rapidez con la que comenzó.

—Mierda —dice en un respiro tan suave, tan bajo que resume perfecta y exactamente lo que acaba de suceder. Porque yo estoy pensando exactamente lo mismo.

«Ay, mierda.»

# 16

Los ojos de Tyler perforan los míos. Yo los tengo muy abiertos, totalmente estupefactos, sorprendidos por mí misma, pero cálidos. Los de Tyler son diferentes. Son un vasto océano de miles de emociones, parpadean con tanta rapidez y con tantos tonos diferentes que no puedo seguir el ritmo. Y luego sus pupilas se dilatan con la emoción más oscura de todas: simplemente, furia.

—Me voy a casa de Rachael —farfulla.

Se sube la cremallera de la cazadora, se pasa una mano por el pelo y se vuelve, dándome la espalda. No le lleva más de unos segundos abandonar la habitación sin tan siquiera mirar por encima del hombro. Pero no me importa. Estoy demasiado aturdida para que me importe.

No hay ninguna explicación lógica para lo que acaba de suceder, y no parece que Tyler quiera intentar buscársela. Me quedo allí pestañeando durante lo que parece una eternidad, hasta que el sonido del portazo de la entrada principal me saca de mi aturdimiento.

Mi mente es un torbellino y todavía tengo el pulso acelerado mientras me voy dando cuenta de lo sucedido: despacio y luego de manera apabullante. Acabo de besar a Tyler.

Mi hermanastro. He besado a mi hermanastro. He besado al tío que me enfurece, el que hace que la sangre me hierva cuando lo veo. El que tiene novia. Una novia que resulta ser mi amiga.

«¿Qué demonios has hecho, Eden?»

La bilis asciende por mi garganta y me llevo la mano a la boca. Siento como si fuera a vomitar, y mientras los labios me tiemblan, respiro hondo. Puede que lo haya besado, pero él me devolvió el beso. Y con bastante energía.

Mi mente recuerda de repente a Rachael y a Meghan, y la fiesta que están celebrando al otro lado de la calle. La fiesta a la que se suponía que

yo debía llegar hace quince minutos. He de ir allí, y tengo que actuar de manera normal.

Tan normal como se comportaría una chica que no acabase de besar a su hermanastro.

Exhalando, me digo a mí misma que debo recuperar la compostura. Por lo menos hasta el final de la noche. Pero en vista de que Tyler también va a estar allí, dudo que sea capaz de hacerlo. ¿Se supone que debo hablar con él? ¿Preguntarle qué demonios pasó entre nosotros? ¿Lo ignoro? No lo sé.

Tambaleando de vuelta a mi habitación, me echo una mirada en el espejo antes de coger el monedero y me preparo para lo peor. Por lo menos Tyler va directamente a la casa de Rachael sin quedar con Declan; si consigo intentar hablar con él, no estará bajo la influencia de narcóticos.

Bajo las escaleras, me dirijo hacia el exterior y cierro con llave. Todavía tengo el pecho agitado. Ya puedo oír la leve vibración de la música que sale de casa de Rachael, y sé que solo aumentará de volumen al avanzar la noche, mientras llega más gente y se emborrachan aún más.

Cuando estoy cruzando la calle, se detiene un coche lleno de chicos a los que no conozco. Pero ellos pueden decir lo mismo de mí, porque uno se baja con una caja de cervezas en brazos y atrae mi atención.

—Eden, ¿verdad?

—Sí —respondo.

No dejo de caminar, solo aminoro el paso un poco. Si soy sincera, no estoy de humor para socializar.

—He oído hablar de ti —dice el chico, con una pequeña sonrisa en los labios. Cierra la puerta del coche con un puntapié y apoya las cervezas en un brazo mientras extiende la mano para saludarme—. La hermana de Tyler, ¿no?

Casi vomito. La palabra me hace sentir asco por mí misma, deshonra por el acto incestuoso que acabo de cometer. Estoy bastante segura de que es ilegal o inmoral. Lo único que puedo murmurar como respuesta es un rápido «hermanastra» con un movimiento de la cabeza, y luego me alejo. Camino deprisa hacia la puerta y la abro, la música me ensordece, pero por lo menos sofoca los pensamientos que inundan mi cabeza.

—¿Dónde demonios has estado, Eden? —grita Rachael hacia el recibidor desde el salón. Me saluda agitando su vaso. Me pregunto qué

estará bebiendo. Cuando se acerca a mí, puedo oler el alcohol en su aliento—. La gente está empezando a llegar ¿y tú apareces ahora? Meg ha estado buscándote por todas partes.

—Perdón —me disculpo. Es todo lo que puedo decir—. ¿Dónde está?

—Preparando bebidas. —Rachael mueve la cabeza al ritmo de la música, su leve sonrisa se convierte en una grande. Sospecho que se puso a beber justo después de que Tiffani y yo nos marchásemos—. ¡Ve a buscar una!

Hay una cantidad cómoda de personas, más o menos unas quince, con suficiente espacio entre ellas y por suerte en su mayoría sobrias, por el momento. El resto llegará a montones durante la próxima hora. Y con todo el mundo relajado y calmado, es fácil verlos a todos con claridad mientras cruzo la casa y llego a la cocina. Es ahí donde encuentro a Meghan. Y, por desgracia, a Tiffani. Casi puedo sentir el sabor de la bilis otra vez.

—¡Por fin! —exclama Meghan.

Su pelo oscuro le enmarca el rostro mientras viene dando saltos hacia mí. Ella, definitivamente, también ha estado bebiendo desde hace más de veinte minutos. Mientras me abraza, Tiffani pone los ojos en blanco. Yo aparto la vista.

—¡Toma! —me ofrece.

Empuja su vaso en mi mano asintiendo con la cabeza con entusiasmo antes de ir haciendo piruetas hasta la encimera para servirme otra bebida.

—¿Qué es?

—No sé —responde.

Los chicos del coche entran, y atraen la atención de Meghan, que les dice dónde poner el alcohol, y con el rabillo del ojo puedo ver a Tiffani, que me sonríe.

Bordea el nuevo grupo que se ha creado con un vaso de vino en la mano y se ve más sofisticada que nunca con su vestido blanco. La parte de atrás del atuendo llega hasta el suelo.

—Rachael y Meg me han estado volviendo loca —se queja, su tono es ligero y suelta una carcajada—. Están totalmente piripis.

—Sí —digo. Mi voz es débil, no la puedo mirar a los ojos, pero saco el valor para preguntarle—: ¿Está Tyler aquí?

—Está intentando beberse la mayor cantidad de cervezas en el menor tiempo posible —explica, su tono es de desaprobación mientras se queda

mirando a través de la ventana de la cocina, viendo cómo se desarrolla la escena. Al escucharla hablar sobre él me siento incluso más culpable, hasta el punto de que en cualquier momento me puedo echar a llorar—. Estoy esperando a que se agote y vuelva dentro.

Mis ojos se dirigen hacia la ventana, y veo a dos chicos de pie con un montón de cervezas alrededor. Es Tyler y otro al que nunca he visto antes, y miro durante unos segundos cómo Tyler hace un agujero en la lata con las llaves de su coche antes de llevársela a los labios y beberla toda en cuestión de nanosegundos. Y los dos vuelven a repetir. Otra vez, y otra, y otra.

—Ah —digo.

Miro a Tiffani, ignorando la culpabilidad que continúa abriéndose paso en mi mente. He besado a su novio. Las palabras siguen repitiéndose en mi cabeza, sin parar, como si no fuera totalmente consciente de lo que he hecho.

—Seguro que eso no puede ser bueno.

—No lo es —admite, encogiéndose de hombros.

Frunce el ceño aún más cuando bebe un sorbo de vino y su cara casi se transforma en una gran mueca. El que esté bebiendo vino me parece raro. Es tan sofisticado como el vestido, y combinan para crear un halo elegante con el que yo sencillamente no puedo competir. Parece una mujer adulta comparada conmigo.

—Es tan insoportable… ¿Por qué está ahí fuera emborrachándose? Se supone que debería estar aquí conmigo.

Creo que sé por qué Tyler está al borde de la cirrosis y de un coma etílico. Si su cabeza está tan hecha un lío como la mía, entonces el alcohol es la única forma de distraerse. Yo también optaría por ello, pero me preocupa demasiado acabar vomitando, así que me limito a fingir una sonrisa para Tiffani y a salir de la cocina con la bebida de Meg todavía en la mano. Ya no tengo ánimo para beber y socializar y bailar, así que dejo el vaso en cuanto puedo. En su lugar, centro mi atención en Rachael. Está demasiado feliz y demasiado excitada y demasiado pizpireta. Es como si el alcohol se le hubiera ido directamente al torrente sanguíneo, así que termino adoptando el papel de niñera por lo menos durante una hora.

—Estoy completamente sobria, Eden —dice en un patético intento de hacer que la crea mientras la recojo del suelo por enésima vez.

Le cuesta mantener el equilibrio, pues va dando saltitos por el parquet

con sus sandalias de plataforma, y cada pocos minutos resbala y vuelve a caer.

La sujeto para que recobre el equilibrio de nuevo, poniendo los ojos en blanco mientras ella agita las manos para que la deje.

—Por supuesto que estás sobria.

—Yo puedo encargarme de ella —dice una voz bastante fuerte por encima de mi hombro, y alguien agarra el brazo de Rachael.

La alcanza justo antes de que vuelva a caerse.

—¡Trevor! —grita.

Lanza sus brazos alrededor de su cuello, y casi se lo disloca antes de cubrirle las mejillas de besos. Entre los brazos de ella, él levanta el pulgar diciéndome que todo está bien, y yo no puedo hacer nada más que rezar por él. Rachael es una pesadilla esta noche.

Aliviada de mis tareas de ángel de la guarda, muevo mi cuerpo sobrio y me abro paso entre la multitud —ya deben de estar todos aquí, y la casa está llena y hace calor—, pero una figura grande da un paso delante de mí. Es Jake, con sus estúpidos ojos y su estúpido pelo y su estúpida sonrisa.

—¿Dónde te habías metido, forastera? —Se ríe mientras me rodea el hombro con su brazo y bebe un sorbo de su cerveza. Noto cómo me aparta hacia un lado—. Te he estado llamando toda la semana.

Lo cierto es que he estado ignorando sus constantes mensajes de texto y llamadas toda la semana. Lo único en lo que he estado pensando es en la base Maxwell.

—Perdona, he estado superliada —miento. He pasado la semana leyendo y haciendo ejercicio. Y besando a mi hermanastro—. ¿Cuándo has llegado?

—¡Hace veinte minutos! —Tiene que gritar por encima del ruido de la música, su voz es fuerte, clara e irritante. Las comisuras de sus labios forman una sonrisa mientras se inclina hacia mí, su aliento me hace cosquillas en la piel cuando acerca su boca a mi oreja—. Recuerda que mis padres han estado fuera desde el jueves —me susurra. Arrastra un poco las palabras—. Puedes venir a casa conmigo esta noche. Quedarte a dormir.

Ya he escuchado suficientes cosas sobre él para saber que no quiero implicarme, que no quiero ser otra chica para añadir a su lista.

—No, gracias —respondo sonriendo. Tal vez si soy dulce, no le

importará—. Vivo a solo seis metros de aquí, es más fácil irme a mi casa.

Se le nota un poco agitado cuando digo esto, pero enseguida se recompone.

—Bueno —dice—, por lo menos quédate conmigo. Te voy a buscar una bebida.

—No quiero nada. —Mi tono es más cortante que cuando estaba hablando con Tiffani. Ahora mismo, estoy demasiado distraída y demasiado confundida y demasiado enfadada conmigo misma para hacer el esfuerzo de ser agradable con nadie—. Perdona, Jake, es que estoy algo enferma. No tengo humor esta noche. —Esto es cierto en parte, y es la única excusa que se me ocurre para lograr que me deje en paz.

—Vale.

Toma un sorbo de su cerveza, se encoge de hombros y se aleja. La gente a mi alrededor está cruzando despacio la línea entre la sobriedad y estar piripi, y cuanta más gente tropieza, más gente parece estar morreándose. También noto que Rachael y Trevor han desaparecido. Puedo apostar a que sé dónde están.

Así que mientras están arriba haciendo lo que sea que Rachael y Trevor hacen, asumo la responsabilidad de asegurarme de que tienen cuidado con la casa, dado que parece que soy la única que está lo suficientemente sobria para hacerlo. Ocupo mi mente sacando de la bañera a la chica inconsciente. Me distraigo limpiando bebidas derramadas. Me centro en darle agua al chico que está vomitando en el patio. Y todo esto es bastante efectivo para ayudarme a olvidar lo que ha pasado con Tyler.

Hasta que lo veo por primera vez en tres horas.

Mientras estoy recogiendo vasos vacíos al pie de la escalera, pasa tambaleándose a mi lado. A estas alturas está totalmente ido, borracho más allá de lo imaginable, el alcohol inunda sus venas. Se cae sobre las rodillas al agacharse y presiona las palmas sobre el suelo. Por un largo rato, clava la vista en sus dedos mientras mece su cabeza de adelante hacia atrás.

Con cuidado, me acerco a él despacio. No estoy segura de lo que se supone que debería hacer. Así que empiezo con lo básico: digo su nombre en un tono suave. La voz retrocede en mi garganta mientras lo hago, pero de alguna manera él me oye a través de la nebulosa de alcohol de su cabeza. Sus ojos se abren y me miran hacia arriba, y se ven pesados y dilatados y cansados, y se mueven de aquí para allá. Y están oscuros.

—Cielo.

Escucho la voz reconfortante de Tiffani a mi lado, que da un paso y se pone delante, y coloca sus manos debajo de los brazos de él para levantarlo. Él se cae hacia el lado izquierdo de inmediato, golpeándose un lado de la cara contra la pared mientras ella se esfuerza por mantenerlo en pie.

—Tyler —dice, pero él sencillamente la ignora, está demasiado perdido en su mundo borroso para ser capaz de procesar algo.

Se pone el brazo de él detrás de su cuello y lo ayuda a llegar hasta las escaleras, donde lo sienta. Y entonces, de inmediato, Tiffani le da una bofetada en la cara.

—Espabílate —bufa—. Eres una pesadilla.

Nunca lo he visto tan borracho, y parece que Tiffani tampoco. Se la ve exasperada mientras espira, con sus manos en la mandíbula de él, intentando por todos los medios mantener su cabeza en alto. Llegados a este punto, él apenas puede mantener los ojos abiertos.

Tiffani me lanza una mirada por encima de su hombro, tiene el ceño fruncido.

—Ella lo va a matar si vuelve a casa en este estado — murmura, moviendo la cabeza con asco. Tyler intenta balbucear algo, pero lo que dice no tiene ningún sentido—. Me lo llevaré a mi casa esta noche.

Asiento con un movimiento de la cabeza mientras Tyler se resbala de las escaleras y cae al suelo, su cuerpo queda despatarrado sobre el parquet.

—¿Por qué está tan borracho?

—No quería dejar de beber —explica Tiffani. Parece encontrarse bastante sobria a pesar del vino de antes y se arrodilla junto a él, cogiéndolo de los hombros, e intenta sentarlo con cuidado—. En un momento debe de haberse bebido seis cervezas seguidas. —Se la ve casi desamparada mientras su pequeño cuerpo intenta empujarlo hacia la pared y las manos de él tironean la tela de su vestido—. Normalmente conoce sus límites. Esto me avergüenza muchísimo.

—Voy a ir a buscarle agua —me ofrezco, y entro en la cocina lo más rápido que puedo.

Todo el tiempo que estoy allí, mientras lleno un vaso de agua en el grifo, no puedo dejar de pensar que él decidió ponerse pedo. Y solo hay una razón por la que eligió hacerlo: por lo que sucedió entre nosotros. Yo lo he desencadenado.

Justo cuando cierro el grifo y me doy la vuelta, choco con Dean.

—Es agradable ver a una persona sobria para variar — dice, señalando con la cabeza el vaso de agua que llevo en la mano. Bajo la vista para mirarlo y luego dirijo los ojos hacia su cerveza.

—Es para Tyler —digo—. Y ¿qué me dices de ti?

—Bueno, un poco borracho —admite con timidez mientras levanta la mano para rascarse la cabeza y se encoge de hombros—. Tyler está bastante mamado.

—Lo sé —digo con el mismo tono cortante que he tenido toda la noche—. Disfruta del resto de la fiesta, Dean.

Paso por su lado haciéndome un hueco y me abro paso entre los cuerpos que se han reunido en la cocina y el montón de cajas de cerveza vacías, y regreso al recibidor.

Tiffani ha optado por sentarse, tiene la espalda apoyada en la pared con la cabeza de Tyler en su regazo y se cruza de brazos. No puedo discernir si él está dormido o está muerto. Le paso el agua.

—Gracias —dice, y está agradecida de verdad—. Me está dejando como una tonta, así que lo voy a sacar de aquí. No quiero que nadie más lo vea.

—Siento que te haya arruinado la noche —me disculpo en su nombre, y no sé por qué lo hago. Probablemente porque es mi culpa que él esté tan borracho.

—Siempre me arruina las noches —suspira mientras él levanta la mano e intenta tocarle las cejas, y ella la aparta con suavidad. Él gime—. Eres un capullo, Tyler, lo sabes, ¿no?

—¿Tiffani?

Ella levanta la vista, su cara está tensa. Está cabreada con él.

—¿Sí?

—Por la mañana, cuando despierte —comienzo, mirando el rostro de él cuando se gira, con los ojos cerrados pero los labios abiertos—, ¿le puedes decir que tengo que hablar con él?

# 17

El lunes es el Cuatro de Julio. Una de las celebraciones más importantes del país, cuando hay una gran demanda de fuegos artificiales y la población parece duplicarse en todas las ciudades, ya que miles de personas se apuntan a las fiestas. No sé cómo celebran el Día de la Independencia en Los Ángeles, pero en Portland cada año al Festival Waterfront Blues para ver los fuegos artificiales sobre el río Willamette. Antes de salir para el trabajo, papá me dice que iremos a ver los fuegos en Culver City. Pero dudo que supere el espectáculo de Portland.

—Si te apetece, puedes venir a ver el desfile con nosotros por la calle Mayor, Eden —sugiere Ella cuando entro tranquilamente en la cocina en pijama.

Chase y Jamie ya están sentados a la mesa; los ojos de Chase están pegados a la televisión que hay sobre la encimera, mientras se mete beicon en la boca, y Jamie se sirve un bol de cereales.

Siempre es un poco incómodo quedarme aquí con Ella sin papá, porque hace tres semanas no conocía a estas personas. Y ahora se supone que yo debo pensar en ellos como mi segunda familia, gente con la que se supone que debo sentirme cómoda. No es así, conque lo único que puedo hacer es fingir.

—Vale —acepto—. ¿Ha llegado Tyler a casa?

No lo he visto desde la fiesta del sábado. En cuanto Tiffani metió su culo borracho en el coche de alguien para irse a casa, yo también me fui. No tenía sentido hacer un esfuerzo para permanecer en la fiesta cuando no había nadie por quien valiera la pena quedarse. Así que me vine a casa, me metí en la cama y me quedé dormida incluso antes de que papá y Ella regresaran. No sé si se dieron cuenta de la desatada fiesta que se celebraba al otro lado de la calle; si lo hicieron, desde luego que no la mencionaron al día siguiente. Solo me preguntaron dónde estaba Tyler, así que les tuve

que decir que se había quedado en casa de Tiffani. La expresión de Ella se contorsionó ligeramente.

—Sí —me contesta ahora, mientras hace tintinear los platos en el fregadero—. Anoche volvió tarde. Creo que todavía está durmiendo.

No lo escuché entrar, y me sorprende que lo haya hecho. Me imagino que ha pasado todo el día en casa de Tiffani intentando recuperarse de la resaca que debe de haber tenido. Tal vez hoy por fin consiga hablar con él sobre lo que pasó el sábado. No soy capaz de seguir ignorándolo. No es algo que se pueda olvidar.

—¿Va a venir con nosotros al desfile? —pregunto de la manera más ligera posible, porque no quiero parecer demasiado preocupada por él.

No me puedo ni imaginar cómo reaccionarían papá y Ella si lo supieran. Así que finjo un aire despreocupado y me siento al lado de Chase.

—No lo creo —responde Ella. Saca el tapón del fregadero y se seca las manos con un pequeño paño mientras se gira para mirarme—. Creo que voy a dejar que duerma.

El desfile comienza a las nueve y media de la mañana. No esperaba que empezara tan temprano, tengo veinte minutos para prepararme antes de salir con Ella y mis dos hermanastros, dejando al tercero en casa, dormido en la habitación contigua. Intento no pensar mucho en él.

En su lugar, me centro en intentar encontrar una plaza para estacionar con Ella, pero es casi imposible. Las calles están a tope de coches y gente y tenderetes que venden banderas estadounidenses en cada esquina. Terminamos aparcando a ocho manzanas, y caminamos hasta la calle Mayor. Está completamente cerrada para el evento y la gente abarrota las aceras con sus banderas y con los rostros pintados. Los cuatro encontramos un sitio para estar más cerca casi al final de la calle, pero tenemos unas estupendas vistas cuando por fin llega el desfile. Hay caballos y bandas de música y coches policiales de época y carteles gigantes y camiones de bomberos y artistas callejeros y carrozas, y cuando llega a su fin estoy harta de los colores rojo, azul y blanco. No obstante, es una buena forma de comenzar el día, y me da la oportunidad de ver durante dos horas cómo celebra Santa Mónica esta trascendental ocasión. Sin embargo, sigo pensando que en Portland hay mejor ambiente en su Cuatro de Julio y no puedo dejar de sentir que preferiría estar allí, en casa con mi madre y Amelia, preparándonos para ir al río a escuchar a

un montón de conciertos.

El tráfico se desplaza lento tras el desfile, así que Ella decide esperar en la ciudad hasta que se despeje. Matamos el tiempo yendo a una pequeña cafetería para comer. Chase arrastra su bandera detrás de él, y yo parezco una niña adoptada: Ella y los chicos son rubios, yo tengo el pelo negro.

—¿Te ha mencionado papá lo de los fuegos artificiales de esta noche? —Ella me pregunta cuando hemos terminado de pedir nuestros sándwiches, cruzando los brazos y apoyándolos en la mesa mientras me sonríe.

—Sí —digo—. ¿Dónde está Culver City?

—A unos veinte minutos. Esta ciudad no ha tenido fuegos artificiales desde 1991 —dice, moviendo la cabeza con lástima—, así que normalmente vamos a Marina del Rey, pero este año no van a hacer el espectáculo. Sin embargo, hemos oído que los fuegos de Culver City son estupendos. Mucha gente va a ir allí esta noche.

—¿Va Tyler? —Cuando lo digo, miro hacia abajo. Tal vez estoy siendo demasiado evidente, así que enseguida reformulo la pregunta—: Quiero decir que vamos todos, ¿no?

—Por supuesto. ¿Estás entusiasmado, Chase?

Le sonríe de una manera cálida, y algo orgullosa. Cuando Chase asiente con la cabeza con entusiasmo, me doy cuenta de que nunca la he visto mirar así a Tyler, y de repente me hace sentir inquieta y, de alguna manera, triste. Es tan solo un chico insensato que hace que sea imposible sentirse orgullosa de él. Me gustaría que no fuese así.

Después de comer con desgana visitamos algunas tiendas, y finalmente regresamos a casa a media tarde. A estas horas Tyler ya está despierto. Lo sé porque lo puedo oír moviéndose en la habitación, hay un ritmo constante de pasos. Es como si estuviese caminando de arriba para abajo.

Decido empezar a prepararme para los eventos de la noche, así que me ducho y me quedo en mi habitación un rato, escogiendo la ropa que me pondré y esperando a que se me seque el pelo. Incluso pongo algo de música, y espero a que Tyler golpee en la pared para decirme que la baje, pero no hay nada más que silencio de su lado.

Después de optar por secarme el pelo con el secador, me da sed, así que decido bajar. Primero ordeno un poco, apago la música antes de salir, y luego desciendo las escaleras.

Por alguna razón, la casa está en silencio y me pregunto si todo el mundo se ha ido, pero cuando llego al recibidor, algo me llama la atención desde la cocina. Son Ella y Tyler. Pero no están preparando comida o teniendo una conversación. Ni mucho menos. Me acerco despacio hacia el arco, observo en silencio desde lejos, y me quedo en un rincón.

La cabeza de Tyler está enterrada en el hombro de su madre. Los brazos de ella lo rodean cuando él apoya la barbilla en su hombro, sus ojos cerrados. Pero él solo respira hondo, tiene los hombros caídos y los brazos le cuelgan a los lados. Se escuchan algunos suspiros y resuellos, casi una mezcla de las dos cosas, y no puedo discernir si uno o los dos están llorando. Ella solo lo abraza. Lo abraza como si su vida dependiera de ello.

—Lo entiendo —murmura ella, pero su voz se quiebra—. Tienes derecho a sentirte así, Tyler. Tienes todo el derecho del mundo. A veces todo parece demasiado.

Es evidente que pasa algo malo. Solo que no sé de qué se trata. Estoy esperando a que Tyler conteste, pero calla. Lo único que oigo es el sonido de la puerta principal que se abre al otro lado del recibidor y la voz de papá que dice en voz alta:

—¡Adivinad quién ha salido del trabajo temprano!

De inmediato, Tyler se aparta de Ella, levanta la cabeza y se dirige al otro lado de la cocina. Exhala y se pasa las dos manos por el pelo. Noto lo hinchados que tiene los ojos antes de abrir la puerta del patio con fuerza y salir.

Ella presiona una mano en su pecho mientras observa cómo se marcha Tyler, los labios le tiemblan. Pero logra recobrar la compostura antes de que papá la vea, y salta a la acción y pone la cafetera en marcha.

—¿Te ha gustado el desfile? —me pregunta papá, y yo me enderezo.

Me aclaro la garganta y me limito a asentir con la cabeza cuando él pasa por mi lado aflojándose la corbata. Me sonríe y entra en la cocina, donde lo recibe su esposa con una sonrisa alegre.

Me pregunto si él sabrá que la sonrisa es falsa.

—Todos vamos a ir en el mismo coche —anuncia papá dos horas más tarde cuando estamos listos para salir hacia Culver City—. Solo hay

tres asientos atrás, así que vais a tener que apretujaros. Chase, deberás agacharte si pasamos a la poli.

Tyler se cruza de brazos y pone los ojos en blanco, mientras se apoya en la pared del recibidor. Está de vuelta a la normalidad. Una sonrisa irónica en los labios, ojos desafiantes. Todavía siento curiosidad por lo que pasaba antes y las preguntas me carcomen, pero sé que no puedo preguntar. Está fuera de lugar.

—¿Por qué no puedo llevar mi propio coche? —pregunta.

—Porque estás castigado y no vas a tener coche, por eso —dispara papá sin siquiera mirarlo—. Tú y Eden mantened los teléfonos encendidos para poder encontraros al final de la noche. Jamie, Chase, vosotros os quedaréis con nosotros.

—¿Ya han terminado las estúpidas explicaciones de seguridad de Dave? —murmura Tyler, con una sonrisa engreída en la cara, los ojos entrecerrados. Esa expresión es casi permanente a estas alturas.

Papá no parece impresionado.

—Sube al coche.

Tyler se ríe cuando todos nos dirigimos al Range Rover y nos subimos, los cuatro apretujados e incómodos en el asiento de atrás. Ni siquiera podemos ponernos los cinturones, así que, con Chase a mi izquierda y Tyler a mi derecha, estamos tan apretados que mi cuerpo presiona el de Tyler. Y me observo los pies mientras él mira por la ventana, y se me empieza a erizar el vello de los brazos al sentir el calor de su piel. Me muerdo el labio para mantenerme callada, pero cuando veo sus zapatos a mitad de camino, sencillamente tengo que hablar. Lleva unas Converse blancas, igual que yo.

—No sabía que usaras Converse —digo, bastante bajito por debajo de la conversación de Ella y papá, para que no me escuchen.

Me mira de reojo y sus ojos suaves encuentran los míos.

—Sí.

Y eso es todo lo que nos decimos durante el viaje a Culver City. El tráfico es increíble, así que terminamos metidos en el coche durante cuarenta minutos hasta que por fin nos detenemos delante del instituto. Resulta que el espectáculo de fuegos artificiales es ahí, y Ella tenía razón al decir que vendría mucha gente. Hay que pagar para acceder al aparcamiento de la escuela, y luego tenemos que donar incluso más para poder entrar al evento. Por lo menos no nos detienen en el camino hasta

aquí por llevar el coche con sobrecarga.

—Si algunos de vuestros amigos están aquí, podéis ir a buscarlos —nos dice Ella a Tyler y a mí mientras entramos en el instituto y seguimos las señales hacia el campo de fútbol—. Os llamaremos al final si no os encontramos, ¿vale?

—Y portaos bien —añade papá, pero solo mira a Tyler.

Porque Tyler es el único por el que se tiene que preocupar, porque Tyler es impredecible, porque Tyler es imprudente.

—Sí, sí, lo haremos —balbucea, y luego los despide con un movimiento de la mano.

Acelera el paso para alejarse de ellos, bordeando con rapidez el flujo de gente que se extiende delante de nosotros antes de desaparecer. —Sé que Meghan está aquí —le digo a papá, pero mis ojos todavía están enfocados hacia delante, buscando la nuca de Tyler—. Voy a ir a buscarla.

—Ten cuidado —me advierte, pero luego me da la señal de salida con un breve movimiento de la cabeza.

Zigzagueo alejándome de ellos, caminando deprisa en la misma dirección que Tyler a través de los pasillos de la Escuela Secundaria de Culver City. Puedo oír el ligero eco de una banda de música en la distancia, y me hace sentir como si estuviera de camino a un partido de fútbol de instituto. En cierta manera lo estoy.

El espectáculo se va a celebrar encima del campo de fútbol, y cuando llego a la puerta de atrás y me vuelco fuera con la multitud, ya hay miles de personas en las gradas y en el campo. Hay tenderetes de comida en las pistas y el sol comienza a ponerse en la distancia mientras la multitud crece. Es imposible encontrar a Meghan.

A mi alrededor hay familias y parejas de ancianos y grupos de estudiantes de instituto pululando, mientras otros han optado por poner sillas y mantas en el campo para asegurarse de poder ver el espectáculo con comodidad. En cambio yo ahora estoy sola y deseando haberme quedado con papá.

—No pensé que fueras el tipo de persona que se va por ahí sola —dice una voz a mi lado, fuerte por encima de la música de la banda y las conversaciones de alrededor. Es Tyler, y me está mirando fijamente con una chispa de curiosidad en los ojos y una leve sonrisa en los labios—. Podemos hablar ahora.

—¿Ahora? —repito con incredulidad.

De todos los sitios o momentos que podría haber elegido, escoge hacerlo en medio de las celebraciones del Cuaro de Julio.

—No quiero decir aquí mismo —murmura, mirando detrás de mí mientras estudia el campo, la gente, los tenderetes—. Ven.

Mantiene la cabeza agachada mientras me da la espalda y regresa en la dirección por la que apareció mientras yo me pego a sus talones con ansiedad.

Nos estamos alejando del campo y vamos de vuelta hacia el edificio principal de la escuela, empujando en contra de la corriente de gente que entra. Tengo el corazón en el estómago cuando entramos. No sé si va a estar furioso conmigo o dispuesto a aceptar mi disculpa, y considerar que sea lo primero me está haciendo sentir como si fuera a vomitar otra vez.

Estoy tan preocupada y nerviosa que casi no me doy cuenta de que me lleva por un pasillo que claramente tiene un cartel donde dice NO PASAR. Solo algunos pasillos están abiertos para permitir que la gente acceda al campo, el resto de la escuela parece estar cerrada. Pero Tyler no respeta las reglas, y yo tengo demasiadas náuseas para molestarme en discutir con él. Pronto llegamos al final del corredor por el que vamos a hurtadillas, y Tyler se detiene.

Ahora el ruido de afuera apenas es perceptible, y dado que las lámparas de los pasillos están todas apagadas, lo único que ilumina la cara de Tyler es la luz del crepúsculo que entra por las ventanas. Puedo ver el campo desde aquí, pero no es eso lo que me interesa. Es la persona que se encuentra delante de mí.

Mira hacia la pared durante un momento antes de volverse para mirarme a mí. Todo el engreimiento ha desaparecido de su expresión. Y por suerte, sus ojos se ven dulces. Traga.

—¿Qué demonios sucedió el sábado?

—No lo sé —admito. La voz se me atraganta en la garganta y siento un nudo en el estómago—. Lo siento. Estabas tan..., me estabas irritando y yo no quería que compraras más drogas y solo... solo lo hice. No fue mi intención. Lo siento, ¿vale? Es superextraño y me está haciendo sentir enferma, tenemos que hacer como si nunca hubiera sucedido.

Él se queda mirándome mientras se pasa la lengua por el labio inferior.

—Me gustaría poder decir lo mismo.

—¿Qué?

Ahora que he soltado de sopetón todo lo que tenía que soltar, me siento un poco más tranquila. Eso es, por supuesto, hasta que él me mira de una manera como nunca me ha mirado antes. Y todo mi cuerpo se enciende otra vez, como lo hizo el sábado.

—Te devolví el beso —dice sin rodeos—. No voy a disculparme.

—¿Por qué?

Por un breve momento, sus ojos arden al mirarme mientras decide si contestar o no. Tiene la mirada suave y serena; sin embargo, su voz es dura.

—Porque sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—¿Por qué lo hiciste?

Mi voz es casi un susurro mientras mi corazón hace piruetas en la caja torácica, creando un dolor sordo en mi pecho mientras el nudo de mi estómago se intensifica.

—Porque me moría por hacerlo, joder —dice cortante.

Se vuelve a toda prisa para darme la espalda, mientras deja escapar un suspiro y apoya una mano en la pared.

—¿Querías hacerlo? —repito. Ahora solo me siento perdida y confundida, y más enferma que nunca—. ¿Qué demonios estás diciendo?

—¿Quieres la pura verdad? —Asiento con un gesto aunque él no puede verme, y él deja que la cabeza le cuelgue hacia abajo mientras la sacude hacia el suelo—. Estoy diciendo que me siento atraído por ti, joder. ¿Vale, Eden? —En el momento en que las palabras escapan de sus labios, se da la vuelta de inmediato, sus ojos ya no tienen la mirada dulce, tormentas crecen en sus profundidades—. Y sé que no debería estarlo, porque eres mi hermanastra, pero no puedo impedirlo. Es una puta estupidez y sé que no sientes lo mismo, porque te estás disculpando por lo del sábado, joder. —Hace una pausa de medio segundo mientras mira hacia el suelo—. De verdad desearía que no te hubieras disculpado. Porque pedir perdón es arrepentirse.

Quedo pasmada y en silencio. Tyler, el tío que me ha tratado como un felpudo desde el día en que llegué aquí, ¿dice que se siente atraído por mí? No tiene ningún sentido.

—Pensé que me odiabas —logro responder, porque es lo único que me ronda por la cabeza.

—Odio a muchas personas —replica bruscamente—, pero tú no eres una de ellas. Odio el hecho de que me pones. Y quiero decir mucho.

—Para —pido. Doy un paso hacia atrás, moviendo la cabeza y levantando una mano—. Eres mi hermanastro. No puedes decir eso.

—¿Quién dicta estas estúpidas reglas, eh? —Se ríe maliciosamente, dándose la vuelta para mirar por la ventana antes de clavar sus ojos en los míos—. Hace tres semanas yo no sabía siquiera quién eras. Yo no te veo como una hermana, ¿vale? Solo eres una chica a la que he conocido. ¿Por qué demonios es justo que nos etiqueten como hermanos?

Ahora de verdad podría vomitar. Tengo la cabeza como un torbellino, mis pensamientos se ahogan en preguntas.

—Tienes novia —susurro—. Tiffani es tu novia.

—Pero ¡no quiero que lo sea! —grita, y queda bastante claro que lo irrita que la mencione. Se pasa una mano por el pelo y se tira de las puntas —. No quiero estar con Tiffani, ¿vale? ¿No lo entiendes? Es solo otra distracción.

—¿Qué demonios pasa contigo y las distracciones?

—Nada —grita. Exhalando, aprieta los labios y vuelve a bajar la voz —. He dicho lo que necesitaba decir, ya sabes lo que pienso de ti, tú has dejado claro que piensas de otra manera, he terminado. Disfruta de los putos fuegos artificiales.

Pasa por mi lado hecho una furia, ahora con ambas manos en el pelo y la vena del cuello claramente definida.

—Espera —lo llamo.

Siguiéndolo con la mirada mientras se aleja, veo cómo se detiene en el oscuro pasillo. Pero no se da la vuelta. Solo se queda allí de pie, sus hombros suben al compás de su respiración.

—No me has dado la oportunidad de decirte que te encuentro interesante.

# 18

El tenso silencio que sigue a continuación, durante un larguísimo momento, se ve interrumpido por el sonido de fuegos artificiales. El cielo al otro lado de la ventana se convierte en un alegre lienzo de colores y espirales. Los dos, Tyler y yo, levantamos la cabeza para mirar, y los reflejos de las luces rebotan en nuestra piel, los lados de sus mejillas brillan con un suave color anaranjado, que pronto se desvanece cuando los colores desaparecen del cielo. Rápidamente lo remplazan más colores, pero Tyler ya se ha girado y le da la espalda a la ventana. A cambio, se concentra en el color de mis ojos en vez de en el color de los fuegos.

—¿Interesante? —repite, su voz es seca—. ¿Es eso todo lo que puedes decir?

El cielo chisporrotea y estalla y ulula mientras abajo la multitud festiva vitorea, sus rostros reclinados se iluminan. Todo el campo es visible desde aquí arriba, en este pasillo prohibido.

—Nos estamos perdiendo los fuegos artificiales —murmuro débilmente.

Sueno patética y soy consciente de ello. Nada va a calmar los latidos frenéticos de mi corazón.

—No me importan los fuegos artificiales —replica malhumorado. El tono de su voz es bajo, pero va subiendo a medida que su amarga hostilidad hacia mí aumenta—. ¿Acaso me estás tomando el puto pelo? ¿Interesante?

No sé por qué está tan ofendido por la palabra. Interesante es bueno, interesante significa que eres diferente. Jamás me he cruzado con una persona que haya captado mi interés como él.

—Tus muros —digo, mi voz vacilante. Me muerdo el interior de la mejilla y me mordisqueo la boca mientras intento estabilizar el tono, recobrar la compostura para poder construir frases coherentes—. Tus

muros me interesan.

—No sé de qué me hablas —farfulla, su nuez sube por su garganta.

Algo cambia en el parpadeo de sus ojos. Sabe exactamente de lo que estoy hablando.

—No me he dado cuenta hasta ahora —confieso en voz baja. Con un suave movimiento de la cabeza, mis ojos descienden al suelo y luego suben hacia él—. Has erigido unos muros, y me interesan.

—¿Sabes qué? —bufa. Su labio inferior sobresale mientras su mandíbula cincelada se aprieta—. No me importa. Piensa lo que quieras sobre mí.

—¿Que piense lo que quiera?

Entrecierro los ojos hasta que forman unas pequeñas rajitas mientras le clavo los ojos; sin embargo, a él le cuesta mantener mi mirada. Él sigue desviando la vista hacia los lados de forma errática, hacia el suelo, hacia el techo. Pero nunca hacia mí.

—Pienso que me irritas —digo—. Pienso que eres un capullo arrogante que nunca puede ser agradable con nadie, porque no encaja con el papel que estás representando.

Se pellizca el arco de la nariz, aprieta los ojos con suavidad mientras respira hondo un par de veces. Observo cómo su pecho se hincha cuando el aire entra en sus maltrechos pulmones. Fumar no le hace ningún bien.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Déjame terminar —ordeno con dureza. La ansiedad ha desaparecido, la ha remplazado la confianza avivada por la adrenalina—. También pienso que eres un capullo. Tu ego es demasiado grande para tu propia cabeza, y crees que vas de guay siendo un cabrón. Pero ¿quieres saber la verdad, Tyler? Solo pareces patético.

Se le cae la cara, su expresión firme se desmorona mientras sus labios se mueven algo nerviosos.

—Vale, ahora sí que parezco un tarado por subir aquí y decirte que me siento atraído por ti. Podrías haberme dado calabazas con más suavidad.

—Pensé que alguien tan cabrón como tú podría soportarlo.

Mete los puños en los bolsillos de sus vaqueros y dirige la mirada hacia las ventanas. Durante un rato, mira hacia el cielo con una expresión triste en los ojos. Entre el ruido explosivo de los fuegos artificiales, puedo oír cómo su respiración se hace más profunda. Pestañea y me lanza una

mirada por encima del hombro.

—Y yo pensé que habías descubierto que en realidad no soy un cabrón.

El momento en que la última sílaba cae de la punta de su lengua, toda mi actitud se transforma. Es vulnerable, y yo tengo toda la razón. Sus muros son una máscara. Es todo una farsa, un papel que trata de interpretar. Los comentarios crudos y su baboseo con Tiffani y las adicciones: son falsas. Todo es falso. Tyler no se acaba ahí, hay más. Como lo que sucedió hoy en la cocina con Ella. No era un cabrón entonces, y tampoco cuando bromeaba con Jamie. A veces la fachada se le cae. Y a veces yo he estado presente para ver lo que hay detrás de ella.

Es la manera en que sus ojos a veces se suavizan, dejan vislumbrar cómo es de verdad para quien esté dispuesto a verlo. Y no sé por qué no había caído en la cuenta hasta ahora. Es muy muy evidente. Las discusiones que no venían a cuento y las patéticas conversaciones banales y constantes miradas asesinas parecían... inevitables, como si no pudiésemos parar, como si disfrutásemos de las riñas. De alguna forma. Nos hemos desdeñado el uno al otro desde el día en que llegué, peleando para intentar encontrar las debilidades de cada uno. La mía es la inseguridad. La de Tyler, la verdad.

Y debajo de todo subyace la atracción.

Tyler se siente atraído por mí y yo por él.

La constatación del hecho hace que mi corazón se salte un latido, la sangre corre fría cuando alzo la vista para mirarlo. Es como si lo estuviese viendo por primera vez de nuevo, y ahora que no lo percibo como un imbécil que irrumpió en una barbacoa de manera grosera, puedo estudiarlo desde un nuevo prisma. Sus ojos son cautivadores, su mandíbula está perfectamente elaborada, y sus labios esponjosos forman una traviesa sonrisa torcida. No solo eso, hay tantas cosas sobre él que me muero por conocer... Sobre todo, quiero descubrir su verdad. Necesito saber quién es en realidad, no quien él quiere que yo piense que es. Está fingiendo, es un actor que interpreta un papel. Necesito saber qué pasa entre bambalinas, cuando termina la función y baja el telón. ¿Quién queda?

Tyler se da cuenta de que mi mirada lo está penetrando, y se lo ve perplejo.

—Pienso —digo, respirando hondo— que yo también me siento atraída por ti.

Mis palabras lo dejan de piedra. Gira lenta y completamente su cuerpo para mirarme de frente y se saca las manos de los bolsillos. La absoluta sorpresa domina su expresión. Sus ojos, muy abiertos, se encuentran con mi mirada a un metro y medio de distancia, y se muerde el labio inferior.

—¿De verdad? —Enarca una ceja como si no pudiese decidir si estoy de broma o no.

Con toda sinceridad, me gustaría que fuera así.

No debería sentirme atraída por mi hermanastro.

—De verdad. —Casi duele admitirlo. Pero al mismo tiempo, experimento una sensación de alivio que relaja la tensión de mi pecho. Ya no puedo mirarlo a los ojos—. Lo siento.

—Deja de disculparte —exige Tyler.

Se acerca a mí con cautela, sus pasos son lentos mientras relaja los puños. Su camiseta gris está ajustada a su cuerpo, y me descubro analizando cada prenda de ropa que lleva mientras se acerca. Camiseta gris, vaqueros oscuros y las Converse blancas que hacen juego con las mías.

—No te arrepientas de nada.

Cuando levanto la vista del suelo, donde sus pies han aparecido de repente junto a los míos, mi respiración se acelera al darme cuenta de lo cerca que está. Su cara está oscura cuando se inclina para mirarme, sus ojos, suaves y dulces otra vez. Por encima de su hombro, el cielo sigue iluminándose con los colores del arcoíris. Levanta la mano hasta mi codo y roza mi piel con la punta de los dedos. Traza una delicada línea hasta mi muñeca antes de llevar su mano a mi cintura. Coge mi cuerpo con suavidad.

—¿Qué está pasando? —susurro.

El ambiente está demasiado cargado para hablar más alto y puedo notar cómo se me va cortando el aliento. Quiero objetar, separarme de él con un empujón, porque sé que esto está mal. Pero no lo hago. No, porque me gusta la sensación de su piel junto a la mía.

Mis ojos están clavados entre la parte superior de sus hombros y la ventana, pero en realidad no están enfocados del todo. Debe de notar lo rígida que estoy, porque su pulgar empieza a hacerme tiernas caricias circulares cerca de mi cadera. Su respiración es lenta, y el aroma a leña y menta me cautiva, atrayéndome y encantándome por completo. Mueve los

labios hacia el borde de mi mentón. Con suavidad los posa sobre mi piel, moviéndolos despacio en línea recta hacia la comisura de mis labios. Se detiene cuando llega allí.

—Déjame besarte —murmura.

Respira contra mi mejilla con turbación.

—Pero eres mi hermanastro —susurro, mi garganta seca.

Mi voz tiembla y no puedo controlar la ansiedad que palpita en cada centímetro de mi cuerpo. Noto que Tyler traga.

—No lo pienses —me dice, justo antes de dar el paso y presionar sus labios contra los míos.

Y esta vez es incluso mejor que la anterior. Sus labios son suaves y húmedos cuando se juntan con los míos. Casi puedo sentir su nerviosismo, como probablemente él sienta el mío. Los fuegos artificiales aún siguen explotando. Su presión sobre mi cintura aumenta cuando me atrae hacia su cuerpo. No me importa. Me gusta.

—¡Ey! —grita una voz desde el pasillo, pero no alcanzo a tomarla en consideración. Y si soy sincera, aunque lo hiciera, la desdeñaría—. ¡Dejadlo ya, chicos!

Pero ignoramos el débil grito, demasiado perdidos en nuestro abrazo prohibido para prestar atención. Mis labios se apartan cuando Tyler pone su mano en mi nuca con cuidado. Me abraza contra su cuerpo mientras su otra mano baja hasta mi cintura, donde termina la espalda. Él domina el beso, controlando la velocidad y la intensidad. Pero tampoco me preocupa. También me gusta.

La voz del fondo sube de volumen, al igual que las pisadas que la acompañan.

—Fuera de aquí antes de que os arreste por entrar en una zona prohibida.

Pero sigo demasiado perdida en Tyler. El calor de sus manos irradia contra mi piel mientras cambia de un ritmo rápido y ligero a un beso mucho más lento, mucho más profundo. Levanta mi barbilla un poco para tener un mejor ángulo. Desde luego que no me importa, y desde luego que me encanta.

—Venga, dejad lo que estáis haciendo —ordena la voz.

De repente es dolorosamente fuerte y brusca. Mis ojos se abren con rapidez, mi cuerpo se pone rígido bajo el tacto de Tyler mientras un policía clava sus ojos en mi mirada congelada. Tiene los brazos cruzados

y los labios fruncidos.

—¡Dejadlo ya!

—Demonios —bufa Tyler hasta que finalmente se separa de mí. Con una mano en el pelo, se gira despacio para encarar al intruso. Cruza los brazos delante de su pecho, sus puños cerrados—. ¿Tienes algún problema?

—Estáis allanando una zona restringida —responde el agente impasiblemente, mirándonos con astucia y de una forma bastante degradante.

Es como si acabase de encontrar ratones en la cafetería.

—¿Allanando una zona restringida? —repite Tyler, pero su tono es despectivo—. ¿No tienes nada mejor que hacer? Como por ejemplo poner orden en las peleas de borrachos en el campo.

Señala de manera seca con la cabeza hacia las ventanas, donde se está desarrollando el final del espectáculo de fuegos artificiales. Estos son más grandes. Más dramáticos, más coloridos. Debajo, el campo de fútbol todavía está atestado de público y de policías. Eventos de esta envergadura están obligados a contar con agentes. Es igual en Portland.

—Ya me estoy cansando de tu actitud —dice, seco, el agente. Adopta una postura desafiante, las piernas bien separadas y las manos en las caderas—. Esta escuela está cerrada salvo por los pasillos señalados, estáis allanando el espacio y yo os estoy dando la oportunidad de que os vayáis solos antes de tener que obligaros a hacerlo.

—¿Obligarme? —repite Tyler con dureza.

Yo comienzo a dar un paso hacia el camino por el que vinimos, pero hago una pausa para tirar del borde de su camiseta. No parece que vaya a moverse. Está demasiado ocupado clavando la mirada en el hombre que se encuentra delante de él.

—¿No nos puedes dejar solo un minuto? Nos iremos, pero es que nos has interrumpido.

—Tyler, vámonos —murmuro.

Me falta un poco el aliento de tanto besar, y es excitante. Quiero hacerlo de nuevo.

—Sí, me he dado cuenta de que os he interrumpido — dice el agente, y se toma el tiempo para mirarnos a los dos con desaprobación. Hace que mis mejillas se inunden de color—. No estoy tratando de razonar con vosotros, os estoy pidiendo que os vayáis, y espero que me hagáis caso.

No me hagas perder el tiempo, hijo.

—Es un puto pasillo —farfulla Tyler a la vez que levanta las manos en señal de frustración—. No es como si estuviésemos intentando colarnos en la Casa Blanca. Danos cinco minutos nada más.

—¿No puedes aceptar un «no» como respuesta? —le pregunta el agente, moviendo la cabeza con incredulidad ante la persistencia de Tyler —. ¿Acaso tu viejo nunca te enseñó a acatar órdenes?

Puede que no sepa mucho sobre Tyler, pero sí que la sola mención de su padre es la mejor manera de provocarlo. Y eso es exactamente lo que sucede.

—¿Eres un puto gilipollas o qué? —bufa, su tono se llena de veneno de repente, a la vez que hincha el pecho y da un paso hacia el policía.

Durante un segundo pienso que le va a soltar un puñetazo, pero por suerte no lo hace.

—Vale, ya está —sentencia con un gruñido el policía. Se lleva una mano al cinturón y de un tirón saca unas esposas; como tiene poco pelo, puedo distinguir cada arruga de su frente. Y ahora mismo, tiene muchas. Se lo ve totalmente alterado—. Te he pedido que te vayas, pero estás desobedeciendo una orden y tu actitud es inadecuada, así que te voy a arrestar en virtud del artículo 602.

El color desaparece de la cara de Tyler en el momento exacto en que a mí se me abre la boca, y en ese instante el agente me mira.

—A ambos.

# 19

—¿No podías haber cerrado la boca? —le espeto a Tyler.

Mantengo la voz baja por miedo a meternos en más problemas, lo cual es algo que no me puedo permitir. Apretando la mano contra mi frente me froto la sien.

—Ese poli era un capullo —replica él.

Está extremadamente contrariado cuando se desploma contra la pared, tiene los labios fruncidos y dudo mucho que se relajen pronto. Observa el trasiego de la comisaría desde la celda, fulminando con una mirada amenazadora y despectiva a cada agente.

—Todos lo son.

—Ni siquiera estaríamos aquí si tú te hubieras limitado a marcharte.

Tengo la frente arrugada por la preocupación mientras preparo en mi mente una lista de posibles castigos que papá me puede imponer. ¿No dejarme salir durante el resto del verano? ¿Enviarme a casa? ¿Obligarme a hacer la colada?

Estudio la celda. Hay una mujer con un berrinche en un rincón, tirada en el suelo, agitándose de aquí para allá y dando golpes con las palmas en el pavimento como si eso fuese a ayudarla a salir de aquí. También hay un hombre musculoso que está de pie en silencio, apoyando la espalda en la pared con sus enormes brazos cruzados delante del pecho. Me abstengo de mirarlo a los ojos.

En el banco donde nos hemos sentado, Tyler y yo estamos cerca pero no lo suficiente como para tocarnos. Gime bajito y deja caer la cabeza, inclinándose hacia delante para apoyar los codos en las rodillas.

—Mamá nos sacará de esta —murmura.

Me echa un vistazo rápido con el rabillo del ojo, pero yo no estoy muy convencida.

—¿Por qué? ¿Porque es abogada? —me río.

Es imposible ser positiva en esta situación tan terrible, pero cuanto más lo pienso, más cuenta me doy de que Ella conoce las leyes como la palma de su mano. Es su profesión. Y al aprender las leyes, se descubren los resquicios.

—Porque ya lo ha hecho más veces —dice, enderezándose otra vez. Entrelaza los dedos y juguetea con los pulgares, con los ojos puestos en su regazo—. Siempre me saca.

—Más veces —repito.

Pongo los ojos en blanco, centrándome en lo que hay al otro lado de los barrotes de metal. Veo escritorios desbordados con papeles y teléfonos que según parece nunca dejan de sonar. También hay un agente de seguridad de pie observándonos a todos desde la distancia, su cara arrugada está tensa; sus ojos, entrecerrados. Ladeo la cabeza para mirar a Tyler de nuevo.

—¿Cuántas veces te han arrestado?

Las comisuras de su boca se mueven para formar una sonrisa.

—Una. Dos. A lo mejor un par de veces más.

—¿Por qué?

—Ehhh —Se rasca la cabeza y se pasa la lengua por el labio inferior. No puedo impedir pensar en su boca otra vez—. Por tonterías —admite al fin. Se encoge de hombros a la vez que se levanta, enderezándose y estirando los brazos. Lo contemplo, sin que me importe en realidad lo que vaya a decir—. Por peleas —dice, y hace crujir los nudillos—, vandalismo, por disturbar el orden. —Se ríe y mira con cautela por encima del hombro—. Y por allanar un espacio privado.

—Por lo menos no has matado a nadie —digo de manera ligera, pero no sé por qué.

Hace una semana habría arrugado la nariz con asco por el hecho de haber sido arrestado en primer lugar, fuera por lo que fuese. Pero ahora el enigma que representa Tyler Bruce me está llevando a su terreno y mi opinión sobre él ha cambiado muchísimo en tres días.

—Todavía no —me corrige. Aprieta los labios y los frunce un poco mientras los ojos se le entrecierran de vuelta a su estado normal—. Tengo a alguien en mente. —Mi mirada deseosa se convierte de inmediato en horrorizada. Tyler imita mi expresión antes de soltar una carcajada sarcástica—. Eden —dice, moviendo la cabeza y poniendo los ojos en blanco.

—Todavía no le he pillado el tranquillo a tu sentido del humor —digo en defensa propia, cruzándome de brazos y dejando escapar un suspiro. Todavía es un enigma para mí—. Ni siquiera sabía que lo tuvieras.

Me sonríe otra vez y asiente con la cabeza brevemente.

—Buena respuesta.

—Bruce, Munro —ladra una voz. Los dos nos sobresaltamos y Tyler se gira a toda velocidad para encontrarse con la mirada de desaprobación de un agente de policía de Culver City al otro lado de los barrotes—. Vuestros padres están aquí.

Nuestros compañeros de celda se ríen.

—Vamos a morir —me digo a mí misma mientras la respiración se me acelera. Intento tragar el nudo que tengo en la garganta mientras me obligo a no perder los nervios. —Ay, Dios. En serio vamos a morir.

—Cállate —me ordena Tyler, su voz es más baja que la mía, y me clava una mirada severa cuando me levanto—. Déjame hablar a mí.

Por suerte, el policía que nos arrestó —el agente Sullivan— no está. Tal vez ya esté de vuelta en las calles, buscando a más gente que esté celebrando el Cuatro de Julio para arruinarles la noche. Parecía testarudo, como si tuviera un profundo y enraizado rencor que quería aliviar con todo el mundo. El segundo agente es mucho más joven y da mucho menos miedo. Su nombre es Greene, y abre la puerta de barrotes de la celda de un tirón.

—Seguidme —nos ordena con un suspiro.

Camino detrás de Tyler por la ajetreada comisaría, mientras pasan policías por nuestro lado rozándonos con poco respeto. El agente Greene nos conduce fuera de la oficina principal y nos lleva a una más pequeña, y, quién lo iba a decir, allí están papá y Ella.

Papá tiene las manos en las caderas y sus ojos desdeñosos se clavan en nosotros, y temo que se desmaye. Parece bastante furioso. Ella está inclinada un poco delante de él, y por primera vez la veo con una expresión del todo solemne. Tiene los labios apretados con firmeza, las manos entrelazadas delante de ella. Siempre que la he visto furiosa con Tyler ha habido una pizca de simpatía maternal en sus rasgos. Pero ahora mismo, no hay nada. Tiene puesto el rostro de abogada.

—¿A qué demonios estáis jugando vosotros dos? —espeta papá.

Su cara continúa poniéndose más roja a la vez que jadea, pero Ella

enseguida interviene antes de que nadie alcance a contestar.

—Agente... —hace una pausa para mirar el nombre en la placa del agente Greene.

—Greene —termina por ella.

—Agente Greene —dice. Aclarándose la garganta, extiende el brazo para estrecharle la mano—, ¿me puede explicar por qué han sido arrestados por allanar una zona restringida? Por cierto, soy abogada.

Enarca las cejas mientras espera una respuesta, y el agente Greene desplaza su peso de un pie al otro, un poco sorprendido, a sabiendas de que no le puede salir con cualquier mentira.

—Violación de la propiedad según el Código Penal, artículo 602 —declara, sin apartar su mirada de ella—, dentro de la Escuela Secundaria de Culver City. Solo las áreas especificadas del campus estaban abiertas al público para las celebraciones y fueron hallados en un pasillo de un bloque cerrado.

—¿En serio? —Ella casi se ríe ante lo patético que suena, y yo estoy pasmada de verla con la situación tan controlada. Normalmente es muy callada, y solo alza la voz con Tyler—. ¿Se meten por accidente en un pasillo que no deben y usted los arresta?

—Señora, yo no fui quien los arrestó —la informa Greene—. El agente Sullivan no tiene mucha paciencia y su hijo mostró una actitud inapropiada cuando le pidió que se fueran. Le dio varias oportunidades.

Tyler resopla por la nariz, pero enseguida para y agacha la cabeza antes de que nadie le pueda decir nada. Ella, sin embargo, le lanza una mirada feroz.

—Yo estuve en el instituto esta noche —continúa, volcando su atención en el agente Greene— y sí recuerdo haber visto carteles de NO PASAR. Pero esas señales no son lo mismo que las que alertan de que pasar sea una infracción y, por lo tanto, ninguno de los dos estaba informado de que estaban cometiendo un delito. No pueden ser arrestados basándose en el mal genio de su colega.

Todo el tiempo que Ella está hablando, papá me está fulminando con la mirada. Me cuesta mirarlo a los ojos e intento concentrarme en cualquier cosa que no sea él. A mi derecha, Tyler está intentando frenar la risa con una mano sobre la boca. Con gusto le daría una buena patada en la espinilla si no hubiera un poli delante de nosotros. Logra recuperar la compostura, pero en cuanto levanta la cabeza y se encuentra con mis ojos,

se pone a reír otra vez. Se muerde la palma de mano y mira hacia el suelo.

—¿Y si los dos nos ahorramos el papeleo y paso esto por alto? —escucho que dice el agente Greene, e inmediatamente mis ojos se centran en él.

Le extiende la mano a Ella.

—Una decisión muy respetable, agente —comenta Ella, y se estrechan las manos para cerrar el trato.

Veo que intercambia una rápida mirada con papá, y él asiente con la cabeza como si tuvieran telepatía.

—Bien —dice papá—, vosotros dos, al coche. Ahora mismo.

La risa de Tyler ya se ha apagado, y me mira encogiéndose de hombros cuando papá se abre paso entre los dos.

—Alguien está muy enfadado —murmura entre dientes.

Me pega un codazo en el brazo antes de darse la vuelta, y los dos seguimos a papá, pegados a sus talones hasta salir de la comisaría. Ella no se une a nosotros.

Es de noche cuando llegamos al aparcamiento de la comisaría, y también se está haciendo tarde. Mientras nos acercamos al Range Rover en silencio, Jamie nos mira a través de la ventanilla tintada. Al abrir la puerta me encuentro con Chase, que se ha quedado dormido al otro lado.

—¿Qué habéis hecho ahora? —pregunta Jamie, pero sus ojos miran a Tyler, no a mí.

—Algo que no debería —balbucea Tyler como respuesta, y me dirige una sonrisa cómplice.

Me subo al coche, Tyler detrás, y entre todos empujamos a Chase por el asiento hasta que queda apretado contra la puerta del otro lado. Jamie deja escapar un tremendo suspiro. Miro hacia papá y lo veo agarrado al volante en silencio, y estoy a punto de preguntarle si está bien cuando Ella llega echando chispas al coche. Abre la puerta del pasajero, se sube, y la cierra de un portazo.

—Muy bien, mamá —dice Tyler. Se inclina hacia delante y le frota el hombro—. Lo has bordado.

Ella enseguida se zafa de la mano de su hombro y apenas lo mira en el espejo retrovisor antes de abrir la boca para hablar.

—No se te ocurra dirigirme la palabra, Tyler —lo advierte, su tono es de regañina—. Uno de estos días no voy a acudir. Me has decepcionado muchísimo.

—Tú también me has decepcionado, Eden —añade papá de forma brusca. Sacude la cabeza y arranca el coche, dando marcha atrás despacio para salir de la plaza de aparcamiento—. ¿Qué demonios estabais haciendo ahí dentro? Estoy bastante seguro de que el evento era fuera.

—No —bromea Tyler—. El evento era definitivamente dentro.

Me toca con el dedo desde el muslo hasta la rodilla de manera disimulada. Me produce una sensación muy rara.

—No repliques —dice Ella enfadada. Tiene que estar furiosa, porque nunca habla así—. Acabo de firmar para que ambos pudieseis salir cuando podría haberos dejado allí toda la noche, ¿vale? Así que aquí va una idea, Tyler: quédate sentado donde estás y por una vez en la vida cierra la boca.

Eso hace que se quede callado el resto del viaje de vuelta a Santa Mónica, pero no le impide rozarme la palma de la mano con su pulgar ni chocar su rodilla contra la mía de forma juguetona ni mirarme fijamente. Me sorprende que nadie se dé cuenta. Desde luego que yo sí, y hago todo lo posible por ignorarlo, a pesar de los temblores que corren por mi cuerpo cada vez que me toca.

Es casi medianoche cuando llegamos a la avenida Deidre. Papá está agotado por hacer conducido, pero consigue llevar a Chase en brazos hasta la casa y acostarlo en su cama sin despertarlo. Jamie también desaparece en su habitación.

—Ni siquiera sé qué decirte, Tyler —murmura Ella mientras cierra la puerta con llave. Presiona la palma de su mano en el panel de cristal, pero no se gira para mirarlo de frente—. Sencillamente ya... ya no puedo más. —Su voz denota dolor, y suspira cuando se da la vuelta y camina hacia nosotros—. Eden, vete a tu habitación. Duerme un poco.

Cuando me dirige una leve sonrisa, me doy cuenta de que en realidad me está pidiendo algo de intimidad. Asiento con la cabeza mientras miro a uno y otro antes de dirigirme hacia las escaleras. Papá pasa por mi lado mientras subo y ambos nos detenemos.

—Debería llamar a tu madre —dice suavemente.

Es una sensación rara oír que la menciona. Fuera de lugar, incluso.

—No lo hagas. —Esbozo una mueca y un puchero. Mamá ya está bastante estresada con su trabajo; no necesita que le echen encima la noticia de que me han arrestado—. Solo la preocuparías.

—¡Yo estoy preocupado, Eden! —se pone a gritar, pero a mitad de la frase su voz se convierte en un susurro. Mira a su alrededor para

asegurarse de que no ha interrumpido nada, y luego se lleva la mano a la frente—. ¿Qué demonios te pasa? Sé que has estado yendo a fiestas. Tengo cuarenta años, no sesenta. No me importa que te diviertas. Es verano. Lo que me importa es cómo te está afectando. Ya me has mentido un par de veces, ¿y ahora esto? ¿Con quién te estás juntando?

La brusquedad de papá me desconcierta. Pensé que no se daba cuenta de adónde iba y lo que hacía, pero parece que sabe mucho más de lo que creía.

—Ehhh... —digo—. Con Rachael, la chica que vive al otro lado de la calle. Con Tiffani. Ehhh... Tiffani... Parkinson, creo.

—¿La novia de Tyler? —pregunta papá, pero ni siquiera me da la oportunidad de asentir con la cabeza—. ¿Estás saliendo con todo ese grupo? ¿Dean Carter? ¿Ese chico, Jake?

—Y Meghan —balbuceo. No había pensado que fuese uno de esos padres que prestan atención a qué personas están en qué círculos de amigos—. Somos todos amigos.

—Bueno —dice despacio, frotándose la nuca—. Por lo menos son buenos chavales. Mira, ¿sabes qué?, vete a la cama.

Desabrochándose el primer botón de la camisa, abatido sacude la cabeza y sigue bajando las escaleras.

No tengo idea de qué demonios ha sido eso, pero no tengo ganas de quedarme y esperar a que suceda de nuevo. Como un rayo me meto en mi habitación, me quito las deportivas y me vuelvo para cerrar la puerta, pero Tyler está ahí. Casi me atraganto.

—Ey —susurra, a la vez que da un paso y entra en mi habitación.

Sus ojos miran alrededor como si fuera la primera vez que hubiese entrado aquí.

—Hola.

Sus ojos vuelven a mí y no puedo descifrar bien lo que está pensando o lo que está sintiendo. Mi puerta abierta arroja una sombra sobre su cara, así que no puedo ver los tonos de sus ojos y las emociones que hay en ellos.

—¿Qué te ha dicho tu madre?

—Nada —responde, en voz baja—. Perdona por haberte arrastrado conmigo. Debería haberme marchado cuando el poli nos dijo que lo hiciéramos.

—No te preocupes.

Mi rabia ya se ha quedado en nada a estas alturas. Al final no presentaron cargos, así que me limito a pensar en ello como un simple malentendido entre el agente y nosotros.

Tyler abre la boca para hablar otra vez, pero el estridente chillido de su móvil lo interrumpe. Puedo sentir las vibraciones a través de sus vaqueros cuando mete la mano en el bolsillo para cogerlo. Frunce los labios cuando mira la pantalla.

—Tiffani —murmura. Parece estar contemplando durante un instante la posibilidad de ignorar la llamada, pero sacude la cabeza y me lanza una mirada como pidiéndome disculpas—. Perdona, tengo que hablar con ella. Se enfadará si la ignoro.

Y así de repente, todo en mí se hunde. Todo se ahoga. Mi pecho casi se derrumba, se estrecha de maneras inconcebibles mientras me esfuerzo por seguir respirando. La ansiedad me golpea otra vez con una gran ola. He estado tan metida en él estas últimas horas que se me había olvidado por completo que tiene novia.

—Lo siento —repite, haciendo muecas a la pantalla una vez más antes de mirarme y ver mi postura paralizada.

Me siento enferma otra vez y parece que él lo nota, porque da un paso hacia mí, pero entonces de improviso cambia de parecer. Un tremendo suspiro hace eco en la habitación y él aprieta su móvil con más fuerza.

—Lo siento de verdad. Tengo que hacerlo —susurra.

Bajando la mirada hacia la alfombra, se da la vuelta despacio y se marcha.

Me quedo de pie sintiéndome completamente bloqueada mientras él acepta la llamada, murmurando «Ey, ¿qué hay?» justo antes de escuchar el clic de su puerta que se cierra.

Pero su voz no tiene nada de energía.

Le falta tanta vida como a mí.

# 20

—¡Eden! —grita eufórica a través de la línea la voz de mi mejor amiga a la mañana siguiente. Su tono es tan alto y agudo que tengo que apartarme el teléfono de la oreja por un instante—. ¡Por fin!

—Lo sé, lo sé. —Dejo escapar un suspiro, que probablemente se escucha a través del micrófono—. He estado muy liada.

—Siempre se te pasan mis llamadas —declara Amelia. Hay un toque de irritación en su voz, y no la puedo culpar. No he hablado con ella desde hace más de una semana—. ¿Cómo te fue el Cuatro de Julio?

Me muerdo el labio inferior. La he llamado para hablar de lo de ayer, pero su pregunta me deja un poco muda. De alguna manera hago acopio de fuerzas para decir un rápido «bien » entre varias respiraciones entrecortadas.

—¿Solo bien?

—Bueno —digo. Me muerdo con aún más fuerza, mis mejillas se sonrojan mientras fijo la vista en el edredón—. Anoche me subí a un coche de la poli por primera vez.

Hay un largo silencio, como si Amelia estuviese esperando a que yo le grite «¡Te estoy tomando el pelo!». Pero no lo hago.

—¿Qué?

Me pongo a trazar círculos en la tela.

—Por allanar una zona prohibida.

—¿Estoy hablando con la Eden de verdad? —Se escuchan algunos ruidos molestos cuando ella da golpecitos con los nudillos en el teléfono —. ¿Hola? ¿Eden Munro, eres tú?

Dejo escapar una pequeña carcajada.

—No fue mi culpa. Mi herma... —Me quedo cortada mientras las palabras se me atascan en la garganta. Soy incapaz de pronunciarlas, porque decirlas solo me recuerda la realidad de la situación—. Quiero

decir, Tyler —corrijo despacio— hizo que nos arrestaran. Nos habría ido bien si no hubiera abierto la boca.

—Ese es el hermano mayor, ¿no?

Sus palabras hacen que me encoja, y me lleva unos segundos recuperar la compostura antes de confirmarlo.

—¿Fuiste al festival? —pregunto rápidamente. Mis dedos aprietan con más fuerza el edredón mientras espero su respuesta.

—Por supuesto —dice con un suspiro intenso, como si estuviera horrorizada de que le pregunte. Siempre vamos al festival de Waterfront Blues—. Fue muy raro estar allí sin ti.

Frunzo el ceño mientras me paso la mano por el pelo.

—¿Con quién estuviste?

—Con los de siempre —me dice, justo antes de empezar a recitar de un tirón algunos de sus nombres—. Chloe, Eve, Annie, Jason, Andrei... Ya sabes, todos.

Escuchar los nombres de mis amigos de Portland hace que me invada un tsunami de nostalgia. Echo de menos pasar el tiempo con ellos, y es incluso peor saber que todos están pasando el verano juntos mientras yo me encuentro atrapada aquí.

Pero entonces, otro pensamiento cruza mi mente. Me recuerda por qué me fui de Portland en primer lugar. Por qué al final me di por vencida y acepté venir aquí ocho semanas. Es porque en Portland hay personas a las que no vale la pena echar de menos. Respiro antes de murmurar bajito:

—Alyssa y Holly... ¿estuvieron allí?

—Sí. —Sigue un silencio hasta que escucho a Amelia espirar, y cuando vuelve a hablar su voz es suave y bajita—. No me lo pongas difícil, Eden. Vosotras tres sois mis mejores amigas, pero siento como que estoy apoyando a los dos bandos de una guerra. Me parece estar traicionando a una o a la otra cuando hablo con cualquiera de vosotras.

Intento paliar el dolor en mi pecho ignorándola a ella.

—¿Y estuvieron bien los fuegos artificiales? —El entusiasmo en mi voz suena falso mientras me obligo a sonreír.

—¡Estuvieron increíbles! —chilla Amelia. Siempre ha sido hiperactiva, siempre se ha excitado con las cosas más simples—. Hicimos una hoguera después. Pasamos toda la noche fuera, preparamos galletas con chocolate y malvavisco y bebimos cerveza y escuchamos música. Ahora mismo estoy medio dormida, así que no sé si lo que estoy diciendo

tiene sentido. —Hace una pausa—. Espero que lo tenga.

—Sí lo tiene —le confirmo mientras presiono mi espalda contra la pared con más fuerza. Intento impedir que mis pensamientos se dispersen —. Lo de la hoguera suena divertido.

—¡Lo fue! —Más chillidos, más grititos, más respiración profunda —. Landon Silverman me llevó a casa.

Mis ojos se abren un poco más. Landon Silverman está como un queso.

—¿El de bachillerato?

—Sí —admite con timidez. Me la puedo imaginar sonrojándose, pestañeando repetidamente como lo hace siempre que le entra la timidez. Pero la vergüenza se desintegra tan rápidamente como vino, y dice con indiferencia—: Llegamos a tercera base en el asiento de atrás de su camioneta.

Casi me atraganto. Si esto es un chiste, no tiene gracia.

—Me estás tomando el pelo, ¿no?

—Me gustaría poder decir que sí —murmura—. Su paquete no es mucho paquete. Y yo tenía muchas expectativas. Es una tragedia.

—Suena espantoso, Amelia —digo, reprimiendo la risa.

Me recuerda a Rachael. Se parecen en su sentido del humor y en sus aficiones con los chicos.

—Y tú ¿qué? —fisgonea, su voz destila curiosidad—. ¿Ya te has morreado con algún chico californiano?

—Sí, me lie con un chico... —Otra vez se dispara mi pulso, se acelera y late con rapidez debajo de mi piel. Respiro hondo—. Anoche.

Amelia casi explota de la excitación.

—Ay, Dios mío, ¿quién?

Hago una pausa mental. ¿Se lo confieso? ¿Le digo a mi mejor amiga, a la que le cuento todo, lo que sucedió con Tyler? Siento que debería explicárselo para que me aconseje, pero sencillamente no puedo hacer que las palabras salgan de mi boca. Esta complicación con Tyler me parece demasiado inmoral, demasiado mal. Y sé casi con seguridad que Amelia debe de notar mi recelo a través de la línea, así que de inmediato espeto:

—Un tío llamado Jake. —Buenos reflejos.

—¿Está bueno?

Me encojo de hombros mientras recreo su cara en mi mente, analizando sus rasgos y ladeando la cabeza mientras decido.

—Sí. Es rubio.

—¿Rubio? —Amelia dice con un gritito de horror—. ¿Te andas morreando con un tío rubio?

—Deja de usar esa palabra —le ordeno entre risitas.

Es imposible tener una conversación con ella sin son- reír.

Respira hondo antes de gritar:

—Pero ¡literalmente te andas morreando con un tío rubio!

—Qué escandaloso —respondo.

—¿Te está empezando a afectar el agua de California? Detestas a los tíos rubios —dice como si yo no fuera consciente. Ella es la que prefiere el pelo rubio—. ¿Quieres que llame a tu madre?, porque sinceramente creo que necesitas asistencia médica. ¿Qué pasó con lo de que los chicos «de pelo oscuro» son mejores?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Todavía sigues borracha?

—No lo sé —dice—. Probablemente.

Y con eso, le aconsejo que se vaya a dormir antes de despedirme. Me promete que se pasará por mi casa para ver cómo va mi madre, y yo se lo agradezco. Probablemente mamá se esté sintiendo bastante sola estos días.

Cuando termino de hablar, decido salir a correr para despejar la mente. Los sucesos del fin de semana con Tyler han dejado mi cabeza hecha un lío, y tengo una abrumadora sensación de duda. No sé lo que estoy haciendo ni en qué me estoy metiendo en realidad. Lo único que sé es que no es sencillo.

Me visto y le digo a Ella que voy a salir, y empiezo mi carrera en dirección sur a través de la ciudad para cambiar de ruta, en vez de ir hacia el oeste hasta la costa. El tiempo es maravilloso y la ciudad ajetreada, pero no le presto demasiada atención a los detalles. Normalmente echo alguna mirada a los rostros de la gente con la que me cruzo; leo las matrículas de los coches; me fijo en pequeñas tiendas independientes que parecen interesantes. Pero hoy no. Hoy, todos mis pensamientos se centran en Tyler.

Así que mientras mi mente procesa mil y un pensamientos fugaces a la vez, de alguna manera logro concluir algunos datos concretos sobre él: (1) Tyler es un capullo, de eso no hay duda; (2) es un capullo con graves problemas de ira y de comportamiento; (3) solo es un capullo porque quiere ser un capullo, porque (4) definitivamente esconde algo; (5) sus

pasatiempos favoritos incluyen emborracharse y colocarse; (6) tiene unos abdominales espectaculares y me gusta el color de sus ojos; (7) a veces puede ser muy dulce, como cuando bromea con sus hermanos; (8) de vez en cuando puede sacarme de quicio, pero no pasa nada, porque (9) besa de maravilla. Y finalmente, (10) me atrae mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Sobre el ruido de la música, escucho el claxon de un coche que interrumpe mi sucesión de pensamientos. Mis ojos se desvían hacia la izquierda mientras un vehículo se detiene al lado de la acera, así que aminoro el paso, me detengo y me quito uno de los auriculares. Hasta que no doy unos pasos más para acercarme no me doy cuenta de que conozco el coche: es el de Dean, y no está solo.

Cuando la ventanilla se baja, Tyler me regala una pequeña sonrisa y enarca las cejas. Frunce los labios y luego dice:

—Sabía que eras tú.

—¿Qué es lo que me ha delatado? —pregunto quitándome el otro auricular de la oreja e inclinándome hacia la ventana.

Me apoyo en la puerta, respiro hondo. No sé cuánto tiempo he estado corriendo.

Los ojos de Tyler se iluminan durante un instante, y se ríe entre dientes y mira hacia su regazo.

—Nosotros acabamos de salir del gimnasio —me comenta, pero esa no es la respuesta que esperaba. Quería que respondiese a mi pregunta—. Vamos a casa, y tú tienes pinta de estar a punto de morirte, así que más te vale subirte al coche.

Mis ojos pasan por encima de él hacia Dean. Tiene las mejillas rojas de haber estado haciendo ejercicio, y asiente con un rápido movimiento de la cabeza.

—No me estoy muriendo —protesto indignada, jadeando. Me siento insultada porque haya dicho eso—. Puedo correr kilómetros, ¿vale?

—Vale —me imita Tyler, pero su tono es burlón.

Su sonrisa se tuerce y de repente acerca su mano a la puerta del coche y la abre, obligándome a apartar las mías y a dar un paso hacia atrás. Sale del vehículo y se endereza a mi lado en la acera. Durante un largo momento me mira a los ojos.

—Correré de vuelta contigo.

—Pero me gusta correr sola...

Se pone delante de mí y se inclina para coger su bolsa de deporte por la ventanilla, interrumpiéndome a mitad de la frase mientras dice:

—Hermano, no te importa, ¿verdad?

Dean niega con la cabeza y luego pregunta:

—¿Otra sesión el miércoles?

—Sí —acuerda Tyler—. Nos vemos entonces, tío.

Mientras la ventanilla sube, Dean se aleja, dejándome sola bajo un sol abrasador, con Tyler a mi lado. Puedo ver el sudor en sus bíceps y por la forma en que la camiseta sin mangas se pega a su atlético pecho, y no puedo hacer otra cosa que tragar saliva.

—Solo para que lo sepas —dice cuando empezamos a caminar, y yo hago lo mismo—, fue tu culo lo que te delató.

Mis labios forman una O de sorpresa y de manera automática echo un vistazo a mi ropa. Tal vez hoy fuese un mal día para ponerme los pantaloncitos ajustados. De repente me siento cohibida.

—Ehhh.

Él me ignora, apurando el paso y mirándome con el rabillo del ojo.

—Probablemente camino más deprisa de lo que tú puedes correr —bromea.

—Lo dudo mucho —murmuro.

Bebo un rápido sorbo de agua y me coloco el auricular en la oreja. Últimamente he estado un poco obsesionada con La Breve Vita desde que Jake me llevó al concierto.

—Te apuesto a que llego a casa antes que tú —me reta Tyler, con los ojos entrecerrados de manera juguetona mientras balancea su bolsa de deporte con los dedos. Su tono es desafiante—. ¿Te atreves?

Bufo.

—Claro que me atrevo.

Antes de que pueda decir nada más, hago trampa y echo a correr en el momento en que las palabras salen de mi boca, ya he recuperado el aliento tras ese breve descanso, y me siento en forma, saludable y fuerte cuando mis pies tocan el pavimento, el sol me da en la cara, la brisa refresca mis piernas. Me siento segura de mí misma por primera vez en muchísimo tiempo. Y la sensación es agradable.

—¡Cabrona! —grita Tyler al adelantarme, pero solo me río y acelero hasta que lo alcanzo.

Y entonces nuestra estúpida carrera parece pasar al olvido mientras

los dos aflojamos el paso y corremos juntos a un ritmo suave.

—Desde luego que corres muchísimo —me dice entre jadeos cuando cruzamos una intersección, siguiendo una ruta de vuelta a la avenida Deidre—. ¿Acaso estás en el equipo de atletismo o algo así?

—No —digo, manteniendo los ojos en la carretera—. Sencillamente me gusta correr. Es la mejor forma de hacer ejercicio.

—Personalmente, prefiero levantar pesas —comenta. Le echo un vistazo y lo pillo mirando sus brazos. Es ridículo lo engreído que puede ser a veces, pero me estoy acostumbrando—. Vale —dice, y entonces levanta una mano y se detiene—. Me rindo. No soy un corredor. —Exhala y apoya la palma de la mano en la pared de ladrillos de un edificio durante unos minutos, mientras intenta recuperar el aliento—. Tú ganas.

La sensación de triunfo me inunda. Una gran sonrisa se me instala en los labios mientras ladeo la cabeza y lo estudio.

—Ya lo creo que he ganado.

—Eso suena como algo que diría yo —se ríe a la vez que levanta la cabeza, clavando sus ojos en los míos. Ninguno de los dos quiere ser el primero en apartar la vista. Así que ninguno lo hace—. Esta noche vamos a salir juntos —afirma. Me da la sensación de que no sería capaz de negarme aunque quisiera, y me quedo allí de pie, con las pupilas dilatadas por la atracción mientras escucho cómo ruedan las palabras por su lengua —. Déjame que te invite. ¿Ya has estado en el muelle? ¿En Pacific Park?

—No —admito con algo de timidez.

¿Cómo es que llevo aquí tres semanas y todavía no he pisado el muelle? Lo más cerca que he estado es cuando he ido a la playa. Pero se ve increíble desde la distancia.

—Entonces iremos al muelle —decide.

Me sube un nudo por la garganta cuando sus labios se curvan y forman una sonrisa misteriosa, sus ojos esmeralda brillan, una historia sin revelar se esconde en ellos.

Y en ese preciso instante se me ocurre que estoy en lo cierto.

Los chicos de pelo oscuro son mucho mucho mejores.

# 21

Me gustaría fingir que estoy observando fijamente la lasaña de Ella. Pero no lo estoy. Estoy mirando más allá de la comida, mis ojos están perforando los del chico que está sentado delante de mí, al otro lado de la mesa, con la barbilla apoyada en la mano. El chico que es literalmente la personificación de la indiferencia ahora mismo. Me muerdo el labio mientras recorro con mi mirada su mandíbula, sus labios, sus cejas fruncidas, el brillo de sus ojos. De vez en cuando, sonríe cuando nadie está mirando.

—Y bien, Eden —dice papá, levantando un poco la voz para captar mi atención. Mis ojos inmediatamente caen en picado sobre mi plato y mis manos mueven con torpeza y ansiedad los cubiertos, y pincho con el tenedor un bocado de lasaña—. Estás muy callada esta noche. —Mueve las cejas y me apunta con el tenedor, con una ligera risa en la garganta—. ¿En qué piensas?

—Estaba... ehhh... solo estaba... yo... ehhh.

No me salen las palabras de los labios, tartamudeo como si fuera una cría de tres años intentando conectar dos frases seguidas, así que me meto la comida en la boca y le dedico una sonrisa.

—¿Cómo está la lasaña? —nos pregunta a todos Ella, abriendo un poco los ojos esperando una respuesta positiva.

Yo solo me alegro de que haya cambiado de tema. Todos asentimos con la cabeza en muestra de apreciación por el plato en el que ha estado trabajando mucho. Incluso Tyler se endereza un poco y le envía una cálida sonrisa. Le hizo una lasaña diferente para él: cuatro quesos, y definitivamente vegetariana.

—Está estupenda, mamá —le responde.

Y su cara se ilumina con un cálido resplandor.

Mi mirada va del uno al otro, observando cómo sus ojos se suavizan

cuando intercambian una mirada, y me pregunto cómo está configurada su relación. Gran parte del tiempo Ella parece estar solo decepcionada con él, pero también hay breves momentos en que es como si compartieran cierta complicidad silenciosa.

—Sabe tan estupendamente que... —continúa Tyler mientras se acerca el plato, coge una gran porción y se lleva el tenedor a los labios. Se inclina sobre él y da un gran mordisco, pero la mitad se le cae de la boca y termina en la mesa. Avergonzado, se ríe y se limpia la salsa de los labios con el pulgar—. Está tan sabrosa que ahora estoy totalmente lleno —dice, después de tragar.

Papá enarca una ceja desde el lado opuesto de la mesa.

—Te veo de buen humor esta noche, Tyler.

Este aprieta los labios y cruza los brazos sobre la mesa, sus ojos se mueven entre papá y yo. Cuando me mira intenta reprimir lo mejor que puede una sonrisa. Pero yo la veo.

—Supongo que lo estoy. —Se aclara la garganta y se levanta, lleva su plato hasta el lavavajillas. Cuando se da la vuelta, su rostro es inexpresivo —. Voy a salir.

—¿Adónde? —Ella levanta la vista de inmediato y se gira para mirarlo de frente. Hasta Jamie levanta la mirada para escuchar la excusa de Tyler—. Estás castigado.

—Pero voy a ver a Tiffani —miente, y es un embustero tan bueno que hasta yo me lo creo durante un momento. Y luego lo recuerdo—. ¿No dijiste que ibas a salir con Meghan, Eden?

Estoy a punto de decir que no, pero él me lanza una mirada seria. Quiere que mienta. Así que digo que sí y luego le echo un vistazo a papá para ver si se lo ha tragado. En este momento, creo que sí.

—Yo te puedo llevar —se ofrece Tyler abusando de su suerte, con la voz un poco forzada mientras mantiene la mirada clavada en la mía. Asiente con un movimiento muy leve de la cabeza mientras espera que le siga la corriente.

—Gracias —digo de forma abrupta, si intento una respuesta más larga, seguro que tropiezo sobre mis palabras.

Así que le dedico una sonrisita tonta y pongo los cubiertos sobre el plato cuando Ella se levanta para recoger la mesa.

Pero Tyler no tiene ningún problema en sonreírme, como si se hubiera olvidado de que nuestros padres están en la misma habitación. O

eso o simplemente no le importa que lo vean.

—¿Diez minutos?

Si solo supieran que realmente no estamos hablando de que él me lleve a casa de Meghan...

—Diez minutos está bien.

—Te veo en el coche —me guiña un ojo antes de salir de la cocina a paso tranquilo, con sus vaqueros negros y su camiseta blanca. Lo miro mientras sale, observo cómo se frota la nuca, contemplando su alta figura y adorando cómo inclina la cabeza cuando camina.

Segundos más tarde, pido permiso para abandonar la cena familiar, pidiéndole disculpas a Ella por no tener tiempo para ayudarla a recoger, y luego subo corriendo a mi cuarto para retocarme el pelo, lavarme los dientes, ahogarme en perfume, ponerme un suéter... Todo ese tipo de acciones necesarias que una chica tiene que llevar a cabo antes de dirigirse a un parque de atracciones en un muelle con su hermanastro.

Cuando ya han pasado los diez minutos, bajo, salgo y voy hacia el coche blanco y negro estacionado en la calle porque simplemente no hay suficiente espacio para tres en la entrada para coches.

Tyler baja la ventanilla cuando me acerco a la puerta, y se inclina por encima de la consola central del coche para mirarme con sus gafas de sol.

—Te abriría la puerta, pero creo que tu padre diría algo.

Echo un vistazo por encima de mi hombro. Papá está de pie, al lado de la ventana del salón, intentando esconderse en el ángulo de las persianas, pero sin ningún éxito. Levanto la mano y me despido de él desde el césped, y su cuerpo enseguida desaparece.

—Sí —digo, cuando abro la puerta y me deslizo en el asiento—. Creo que se preguntaría de dónde han salido tan de repente tus buenos modales.

—¡Ey! —protesta, lanzando las manos al aire de forma defensiva mientras subo la ventanilla. Cuando me pongo el cinturón y me giro para mirarlo, noto que se ha puesto una camisa roja de franela encima de la camiseta blanca. Me tomo un segundo para tragar saliva—. Quiero que sepas que soy un verdadero caballero.

—¿En serio? —pregunto con incredulidad.

—En serio —confirma. Poniendo el motor en marcha, enciende el aire acondicionado y sube su parasol. Me mira de reojo—. Vale, no lo soy. Es que he escuchado que eso es lo que se supone que uno debe hacer. Siempre hay que bajarse del coche y abrir la puerta, ¿no?

Yo sonrío.

—Algo así.

Moviendo la cabeza y encogiéndose de hombros, pone el pie en el acelerador y bajamos alocadamente por el barrio dando sacudidas. No me sorprende, a estas alturas ya estoy acostumbrada a su terrible manera de conducir.

Cuando ya casi estamos llegando a la costa por fin decido preguntarle:

—¿Por qué le has mentido a tu madre? ¿Por qué no le has dicho sencillamente que íbamos al muelle?

Lo pillo poniendo los ojos en blanco mientras resopla.

—Venga, Eden, sígueme la corriente. No queremos levantar sospechas.

—¿Y qué hay de Tiffani?

Por mucho que quiera olvidarme de ella, sencillamente no puedo. Me siento muy culpable cada vez que estoy cerca de Tyler. Como si todo el dilema de los hermanastros no fuera lo suficientemente problemático, también ando saliendo a escondidas con el novio de mi amiga.

—Lo tengo controlado: ella piensa que estoy con los chicos —dice esto de forma tan ligera que otra vez me pregunto si Tiffani le importa en lo más mínimo.

El muelle está extremadamente ajetreado cuando llegamos, con coches amontonados en el aparcamiento y familias paseando y grupos de amigos y parejas de la mano mientras caminan por la pasarela. Me hacen sentir un poco de envidia, y es tentador estirar la mano y sencillamente entrelazar mis dedos con los de Tyler. Pero no soy lo suficientemente valiente para hacerlo, y sobre todo en público.

—Muy bien —dice Tyler, tosiendo para aclararse la garganta antes de señalar con la cabeza en dirección al concurrido parque de atracciones que se encuentra a nuestra izquierda—. Pues esto es Pacific Park. Y te voy a enseñar Pacific Park, porque me encantaba este lugar cuando era niño y quiero ser la persona que te lo muestre.

Habla con tanta seriedad que no puedo dejar de mirarlo fijamente con una sonrisa en los labios y calor en las mejillas.

Caminamos a paso tranquilo por la pasarela de madera, escuchando el rumor del mar y sintiendo el calor del sol de la tarde en las caras. Todo el rato, disfrutamos de la compañía y hablamos sobre pequeñas cosas que

vemos a nuestro alrededor. Intentamos descifrar por qué la montaña rusa es amarilla; comentamos acerca de las camionetas de comida; hablamos de cómo están dispuestos los bancos. ¿Por qué uno mira hacia el mar y el otro hacia la ciudad?

—Eso de ahí me hacía cagarme de miedo —admite cuando llegamos a la entrada del parque. Encima del enorme letrero que dice Pacific Park, hay un enorme pulpo morado. Se mete las manos en los bolsillos con nerviosismo y camina deprisa para franquear la entrada—. Todavía lo hace de cierta manera —confiesa.

—Ahhh —asiento con la cabeza cuando lo alcanzo, abriendo los ojos de manera traviesa—. Ya no eres tan malote, ¿no?

—Bueno —dice, subiendo el tono de su voz un octavo—. ¿Un malote te diría que adora el algodón de azúcar?

Sacándose las manos de los bolsillos, señala hacia un carrito de comida. Vende todo tipo de cosas tradicionales, desde palomitas de maíz hasta helados y *pretzels*, y, por supuesto, algodón de azúcar. La cara de Tyler es una enorme sonrisa cuando compra para los dos.

Cuando me pasa el palito, observo su sonrisa dulce mientras él se gira para coger su algodón.

—¿Estás seguro de que te *solía* encantar este sitio? — pregunto con intención.

Sus cejas suben de inmediato. Frunciendo los labios, coge un montoncito de su algodón y se lo mete en la boca.

—Tenemos que subir a la montaña rusa —farfulla mientras el azúcar se le disuelve en la lengua.

No responde a mi pregunta. Mi sonrisa se convierte en una mueca algo burlona.

Lo sigo entre la gente hasta que llegamos a un banco, justo debajo de la montaña rusa amarilla que rodea a la noria. Al mismo tiempo que como el algodón, miro la noria dar vueltas y vueltas y vueltas.

—Eden —dice Tyler. La discreta fuerza de su voz hace que me gire para mirarlo a los ojos. Su expresión flaquea—. Yo no le mencionaría esto a nadie. Es más fácil si nosotros, ehhh... lo mantenemos en secreto, por ahora. Dios, por favor, dime que se te da bien guardar secretos.

—Así es —confirmo, pero la realidad de todo esto me hace sentir náuseas. No quiero andar a escondidas, inventando excusas y mintiendo. Pero sé que ahora mismo es necesario—. Y yo sé que a ti también se te da

bien, porque claramente tienes muchos.

Sus labios forman una sonrisa torcida mientras devora el resto del algodón de azúcar. Se pone de pie, tira el palito en una papelera cercana y luego señala las atracciones que están encima de nosotros.

—Es hora de subir.

Me frustra la manera que tiene de nunca contestar las preguntas, pero su silencio habla más alto que sus palabras. Nunca responde porque sabe que tengo razón, porque se da cuenta de que lo estoy descifrando a pesar de lo mucho que él se resiste.

Así que los dos pasamos la noche del martes esperando en las colas para subirnos a las atracciones infantiles, pero disfrutamos de cada segundo. La montaña rusa West, la noria Pacific, la torre del Pacific Plunge..., las recordaré todas, porque recordaré esta noche. Recordaré la risa histérica de Tyler cuando creí que mi cinturón de seguridad estaba roto en la torre del Pacific Plunge y se inclinó para ayudarme a ponerlo en su sitio, con nuestras manos buscando a tientas y enredándose con torpeza; recordaré sus comentarios sarcásticos en la montaña rusa cuando otras personas gritaban como locas en la más leve curva; recordaré la manera en que dijo que el mar se veía guay desde arriba en la noria, pero cuando le eché un vistazo, ni siquiera estaba mirando hacia el mar: me estaba mirando a mí.

Es tarde cuando nos marchamos del parque, y los letreros brillan en el cielo que se va oscureciendo y la corriente de gente está comenzando a disminuir mientras nos dirigimos hacia el coche. Cuando llegamos al aparcamiento, que va quedando vacío, hay un par de personas haciendo fotos al lado del coche, y torpemente se escabullen, conscientes de haber sido descubiertos.

—Pasa todo el tiempo —me comenta Tyler cuando subimos al coche. Le da una palmadita al volante, trazando el logotipo de Audi con el dedo —. No sé por qué. Es Los Ángeles. Hay, yo diría, Lamborghinis y esas mierdas en cada esquina de Beverly Hills.

Me muerdo la lengua para reprimir las ganas de decir algo, pero luego no puedo más.

—¿Cómo conseguiste este coche?

Se queda en silencio durante un momento mientras pasa los dedos por el volante, como si estuviera pensando en cómo ordenar la información para contestarme.

—Porque conseguí mi fondo fiduciario antes de tiempo. Y cuando de repente tienes todo ese dinero, no vas a ser racional, ¿no crees? Soy un adolescente, por supuesto que voy a salir a gastármelo todo en un supercoche.

Se ríe, y no sé si lo hace de manera genuina o si se mofa de sí mismo por haber hecho algo así.

—¿Por qué lo conseguiste antes de tiempo? —presiono, sobre todo porque siento curiosidad.

Mis ojos miran su boca, y estudio la forma en que mueve los labios cuando habla, cómo se desplaza su mandíbula.

—Porque según parece el dinero puede hacerte sentir mejor —responde entre dientes de forma seca. Suspira y sus manos se paralizan sobre el volante—. Es un fideicomiso importante —admite—. Quiero decir, mi madre es abogada y mi padre...

Su voz baja de volumen durante un segundo antes de tragar y continuar, sus ojos se desplazan hasta fijarse en los míos. Lo miro de manera inquisitiva; sin embargo, me siento un poco culpable por fisgonear en sus asuntos personales. No es asunto mío cuándo ni por qué sacó su fideicomiso antes de tiempo.

—Mi padre tenía su propia empresa —me dice—. De ingeniería estructural. Por toda la Costa Oeste.

Oregón está en la Costa Oeste, y no puedo evitar preguntarme si la conozco.

—¿Cómo se llamaba?

—Grayson's —contesta Tyler con rigidez, su mandíbula se tensa mientras algo cambia en sus ojos. Aparta la vista por un momento—. Porque nosotros éramos los Grayson.

En ese momento, giro mi cuerpo hacia él, cruzando las piernas en el asiento. Sé que estoy a punto de empujarlo hacia un tema sensible, pero me parece interesante aprender sobre la historia de una persona, la base sobre la cual se ha construido. En especial Tyler.

—¿Antes del divorcio?

—Antes del divorcio —repite, encogiéndose de hombros. Desplomándose más en su asiento, se lleva una mano al pelo y deja que descanse encima de su cabeza durante un momento mientras se tira de las puntas del cabello—. Yo era Tyler Grayson. Mamá no quiso que mantuviéramos su apellido.

No sé cómo contestar. Tal vez es porque he estado tan centrada en sus labios que lo único que puedo pensar es cómo se sentían cuando estaban entrelazados con los míos. Un nudo me sube por la garganta, pero enseguida lo obligo a bajar.

Mi silencio debe de decirle todo lo que necesita saber, porque lentamente se endereza de su postura desplomada. Baja las manos de su pelo con delicadeza y las pone en mi rodilla, y un temblor me recorre la espina dorsal. Se pasa la lengua por los labios, despacio, coqueto, y de una manera que hace que lo sienta como una tortura.

—¿Puedo besarte otra vez? —murmura, sin dejar de mirarme a los ojos, sus pupilas suaves y serenas mientras espera mi respuesta, la boca entreabierta.

Pero igual que él nunca me contesta, yo no le respondo. En su lugar, me levanto de mi asiento y me encaramo sobre la consola central, intentando no dislocarme la pierna, y me pongo encima de él. Me siento a horcajadas sobre él en aquel espacio tan limitado, mi corazón palpita contra su pecho y mi espalda se aprieta contra el volante. No es ideal, pero es suficiente.

Sin dudarlo, me coge la cara entre las manos y, con una dulce fuerza, cubre mi boca. Es como ayer otra vez, pero mejor, sus labios se mueven con una sensación de urgencia. Él domina el beso otra vez con seguridad, haciendo cosas que no sabía que fueran posibles. Y cuanto más me besa, más pienso que no seré capaz de superar esta excitación.

Cuando sus labios se apartan de los míos y se mueve hacia mi cuello, acaricio su pelo con las manos. La suavidad me hace cosquillas en los dedos mientras me besa el cuello, despacio pero con fuerza, agarro su mandíbula y ladeo su cara hacia arriba. Mi corazón late desbocado cuando acerco su oído hacia mis labios, y me atrevo a susurrarle:

—Ni siquiera tienes que preguntármelo.

# 22

Cuando anoche Tyler y yo llegamos a casa a exactamente a la misma hora, nos echamos un farol para salir de nuestro error al no haber tenido cuidado diciendo que él me había traído. Ella se lo creyó. Le preguntó a Tyler si había disfrutado de su noche con Tiffani. Él dijo que sí. Me preguntó si me había divertido con Meghan. Le dije que sí.

Y entonces, Tyler y yo intercambiamos una rápida mirada cómplice, un secreto tácito cautivo en nuestros ojos, un secreto que solo nosotros sabíamos y comprendíamos.

Papá hoy entra a trabajar tarde, así que todavía anda por casa cuando regreso de mi carrera. Estoy agotada. En vez de trazar una nueva ruta por la ciudad como había pensado, terminé corriendo por la línea de playa desde Santa Mónica hasta Venice. Fue refrescante ir escuchando el sonido de las olas del océano Pacífico en vez de mi música por una vez. Casi relajante, a pesar de lo que me dolían los pulmones.

—¿A qué hora te marchas? —le pregunto a papá cuando entro en la cocina tras haberme duchado y puesto ropa limpia.

Tengo el pelo amontonado de una manera peligrosa, en una especie de moño encima de mi cabeza.

Papá apenas me mira mientras mete un montón de papeles en su maletín. Se frota la sien y coge las llaves de la encimera.

—Ahora mismo, tengo una cita importante con uno de nuestros proveedores y no puedo permitirme jod... estropearla.

Sus mejillas se llenan de color cuando pasa rozándome, el maletín en una mano, las llaves en la otra.

—¿Me puedes dejar en el Paseo de camino a tu cita?

Me muero por un café bien caliente, pero la cafetera de papá y Ella no da la talla. Tengo las piernas tan agarrotadas de haber hecho *footing* que me resulta imposible obligarme a caminar hasta la calle Tres. Tyler

no me puede llevar, porque está en el gimnasio con Dean, y Ella ya ha salido con Jamie y Chase para localizar a famosos. Según parece, Ben Affleck está en la ciudad.

Papá reprime un gruñido.

—Venga, vamos.

Corro hacia arriba a ponerme mis Converse y a coger algo de dinero antes de bajar a toda prisa a donde está mi padre esperando, dando golpecitos en el suelo con el pie de forma impaciente al lado de la puerta. Paso por su lado. Cierra con llave y me sigue hasta el Lexus, su cara es la imagen del estrés total y de la incomodidad. Si le hablo creo que se pondrá a llorar, así que decido quedarme callada durante el breve trayecto. Pero el silencio solo dura diez minutos.

—Y bien. —Papá se aclara la garganta—. ¿Estás teniendo un buen verano?

—Está bien. —El eufemismo más grande del año. El verano no está bien. El verano es como un sueño lúcido del que no quiero despertar. Todo lo que ha sucedido en estas últimas semanas ha sido nuevo e inapropiado; sin embargo, muy emocionante y adecuado—. Aquí me va bien que me dejes —murmuro, y señalo la acera del bulevar de Santa Mónica.

Para en el bordillo y yo me apeo. Antes de que tenga la oportunidad de cerrar la puerta tras de mí, papá se inclina por encima de la consola central del coche y me ofrece una pequeña sonrisa.

—Ten cuidado —me aconseja—. Los Ángeles no es tan seguro como Portland.

—Para ser exactos —corrijo, inclinándome para mirarle a los ojos —, la tasa de violaciones en Portland está ahora más alta que el promedio de todo Estados Unidos. Buena suerte con la reunión.

Los ojos de papá se abren mucho cuando cierro la puerta con suavidad. No miro hacia atrás. Con mi bolso dorado colgando del hombro, agarro la tira con torpeza y me dirijo hacia la Refinería, la pequeña cafetería de la esquina a la que Rachael y Meghan me llevaron al comienzo del verano, la que tenía un ambiente naturalista y unas bebidas acarameladas de muerte. Está tranquila cuando entro. Hay una media docena de personas inclinadas sobre sus tazones humeantes, algunas leen, algunas trabajan con portátiles, algunas hablan con un amigo.

La chica que se encuentra detrás del mostrador me ve y en sus labios

se dibuja una sonrisa de bienvenida. Me acerco y miro el menú que está en la pared detrás de ella. Está escrito con tiza, lo cual me hace apreciarlo incluso más.

—¿Qué te sirvo?

—Un café con leche normal bajo en calorías con vainilla, supercaliente y con un poco de caramelo.

Saco la cartera del bolso y pongo un billete de cinco dólares en el mostrador. Me siento culpable por añadir un poco de caramelo, pero Amelia pasó meses convenciéndome de que está perfectamente bien que me permita tomar mi bebida favorita de vez en cuando.

—Muy bien —dice la chica mientras saca mi cambio de la caja registradora—. Te lo traigo enseguida.

Cojo el cambio y me dirijo a una pequeña mesa al lado de la pared. Suelto el bolso, me siento y me pongo cómoda. El mero hecho de sentarse aquí es reconfortante, me relajo y observo a la gente a mi alrededor. Me encanta mirar a las personas. Siempre me pregunto qué historias tienen. ¿Dónde crecieron? ¿Cuántos hermanos tienen? ¿Cuál es su sabor de helado favorito?

Y más importante aún, me pregunto si su verano es tan complicado como el mío.

—Aquí tienes —anuncia la chica con suavidad cuando pone el tazón delante de mí unos minutos más tarde—. Que lo disfrutes.

Le doy las gracias y luego espero hasta que desaparece otra vez detrás del mostrador, y cuando lo hace, cojo mi tazón y bebo un enorme sorbo. Está muy caliente. Me quema un poco la garganta, pero no me importa. Tiene un sabor increíble.

Desplomándome en la silla, hurgo en el bolso buscando los auriculares y el móvil antes de enchufarme la música de La Breve Vita. Cierro los ojos y muevo la cabeza al compás del ritmo, y respiro. Me alegro tanto de haber terminado en su concierto… Me encantan. Sus letras son profundas y cada canción cuenta la historia de nuestros errores pasados, de nuestro futuro. El puente en la mayoría de las canciones es en italiano.

Estoy totalmente metida en la música cuando noto que algo se mueve delante de mí. Mis ojos se abren con rapidez y el corazón casi se me sale disparado del pecho cuando descubro que un par de ojos me mira fijamente. De inmediato me enderezo de un salto y mis auriculares caen en

la mesa.

—Ey —saluda.

—Me has asustado —digo con la respiración entrecortada, y me llevo la mano al pecho intentando recuperar el aliento.

Solo es Dean. Parece que acabara de intentar correr una maratón pero se desmayó justo antes de llegar ni a ver la meta. Tiene las mejillas rojas, el rostro sudoroso, el pelo revuelto.

—Culpa mía. —Me pide perdón con una sonrisa de arrepentimiento —. Estaba pidiendo un café cuando te vi sentada aquí.

Mis ojos se desvían al vaso de cartón para llevar que tiene en la mano. Miro hacia arriba otra vez.

—¿Acabas de salir del gimnasio?

—¿Acaso no se nota?

Se limpia la frente con el dorso de la mano y luego se ríe.

Niego con la cabeza y bebo otro sorbo de café.

—No.

A mitad de mi sorbo un pensamiento me cruza la mente y a toda prisa trago para preguntarle:

—¿Tyler está contigo?

Mi mirada explora la pequeña cafetería, buscando un par de ojos verdes y un montón de pelo negro, pero Dean dice:

—No, ha ido a Malibú a encerar el coche.

Y dejo de buscar.

—Ah —digo. Decepcionada, miro fijamente mi café y paso el dedo por el borde del tazón—. No me sorprende.

—Y ¿qué estás escuchando? —me pregunta. Se inclina sobre la mesa para darle un golpecito a mi teléfono, y cuando aparece La Breve Vita en la pantalla, se le ilumina la cara—. ¡Anda!

Me encojo de hombros con timidez.

—Son muy buenos.

—¿Cuál es tu canción favorita?

—Ah, Dean, qué pregunta tan difícil —gimo. Ladeo la cabeza y apoyo mi mejilla en la palma de la mano mientras miro la lista de canciones de sus tres álbumes hasta que llego a una conclusión—. Creo que tiene que ser *Holding Back*.

Dean se reclina hacia atrás y se cruza de brazos. Aprieta los labios y mueve la cabeza.

—Increíble.

—¿Qué?

Se queda quieto. Sus ojos castaños me miran durante un largo rato y sus labios se mueven con cuidado y despacio hasta dibujar una sonrisa.

—Esa también es mi favorita.

Le devuelvo la sonrisa aunque intento no hacerlo, mordiéndome el labio.

—Es una canción increíble.

—Vaya que sí —conviene. La sonrisa de su cara se amplía y me clava los ojos, como si estuviera contento con solo mirar cómo bebo mi café de manera incómoda. Se sienta al otro lado de la mesa—. Yo te invito al café —dice, al fin. Mete la mano en el bolsillo de sus vaqueros y saca la billetera. Durante unos segundos rebusca dentro, y luego pone un billete arrugado de cinco dólares sobre la mesa delante de mí—. Cinco pavos para reembolsar el gasto. Son tuyos.

Entreabro los labios al inclinarme para coger el billete arrugado, lo tomo entre mi pulgar e índice y pestañeo. Tiene algo garabateado en tinta negra sobre el Monumento a Lincoln del dorso. Cuando me centro en la escritura, me doy cuenta con rapidez de que dice «dinero para gasolina de Eden». Abro aún más la boca mientras alzo la vista para mirar a Dean.

—¿Lo guardaste? —pregunto—. ¿Y escribiste en él?

—Para acordarme de devolvértelo.

—Pero no lo quiero.

—Mala suerte —dice.

Con una sonrisa tímida, se inclina y aprieta mis dedos sobre el billete, y luego suelta mi mano.

Yo solo muevo la cabeza riéndome y meto el billete en el bolso que he dejado a mi lado. Vuelvo a mi café y bebo varios sorbos largos, y él hace lo mismo.

Dean sopla el café como si estuviese demasiado caliente, y luego pregunta:

—¿Qué vas a hacer después?

—Probablemente vuelva a casa. —Cuando miro sus ojos otra vez, me está observando con una ceja enarcada con curiosidad—. Quiero decir a mi casa de aquí, de Santa Mónica —aclaro—. No a Portland.

—Eso es lo que pensé —dice a la vez que se levanta. Coge su café y se lo lleva a los labios, bebiendo un poco con cuidado antes de señalar

hacia la ventana con la cabeza. Sopla un poco más—. ¿Quieres que te lleve?

A estas alturas he descubierto que es beneficioso estar en una nueva ciudad sin coche: no tienes que pedir que te lleven, porque la gente se ofrece por lástima.

—Si te va bien... —contesto.

De todos modos todavía no tengo el carnet de conducir.

—Por supuesto —responde—. Venga.

Me bebo el último sorbo de café antes de guardar mis auriculares en el bolso y colgármelo del hombro. Dean ya se ha dirigido hacia la puerta y me espera apoyado sobre ella, y me la abre para que salga. La luminosa mañana ha perdido algo de brillo. Reclino la cabeza para mirar al cielo con sorpresa.

—¿Adónde ha ido el sol?

Dean se encoge de hombros mientras observa el tráfico.

—En contra de lo que la gente suele creer, la lluvia sí que existe en el Estado Dorado. —Me empuja con suavidad hacia delante cuando se produce un espacio entre el tráfico y con rapidez cruzamos hasta el otro lado del bulevar. Veo su coche metido a presión en un espacio y me pregunto cómo ha logrado maniobrar para estacionarlo allí—. Es raro, pero a veces hay tormentas de verano que duran, por lo menos, todo el día. Vienen de la nada y son superfuertes.

Cuando quita el seguro de las puertas, abro la del pasajero y deslizo mi cuerpo en el asiento.

—La lluvia no me molesta. Es lo habitual en Portland durante ocho meses al año.

—Eso debe de ser un coñazo.

Durante el trayecto, hablamos de cosas tontas como la lluvia y la nieve y las cafeterías y los sabores de los siropes. A mí me encanta el caramelo; a Dean, la canela. Pero mi buen humor se desinfla cuando llegamos y el coche de Tyler no está estacionado en la entrada. No lo he visto desde por la mañana temprano, y estoy empezando a echarlo de menos, aunque suene patético y desesperado.

—Gracias por traerme... otra vez —digo casi de manera tímida.

Se me sonrojan las mejillas cuando me dice que no es ninguna molestia, y entonces se me cruza una idea brillante por la cabeza. Es tan estupenda que sonrío, río y casi resoplo. Cojo mi bolso y hurgo buscando

el billete de cinco dólares, el mío, el que tiene las letras garabateadas por Dean sobre el Monumento a Lincoln. Cuando por fin encuentro el maltrecho billete, lo pongo en el salpicadero.

—Para la gasolina —digo.

Dean suelta una gran carcajada y mueve la cabeza.

—Hasta la próxima.

Se despide con la mano mientras me bajo del coche y entro en casa.

Puede que el coche de Tyler no esté, pero el Range Rover sí, lo que significa que Ella está en casa. Todo está en silencio mientras avanzo por el recibidor. Echo una mirada por la puerta del salón y veo a Ella sentada con las piernas cruzadas sobre el sofá, con una pila de álbumes de fotos a su lado.

—¿Y bien, pudiste conocer a Ben Affleck? —pregunto entrando en la habitación.

Los ojos azules de Ella parpadean hacia arriba para mirarme a los míos mientras cierra el álbum que tiene en el regazo.

—Bueno, había mucha gente, lo que implica muchos coches, así que les dije a los chicos que no pensaba pagar el aparcamiento. En vez de quedarnos los dejé en casa de unos amigos.

Me río y luego señalo con la cabeza el montón de álbumes.

—¿Qué estás mirando?

—Ah, nada —dice con rapidez—. Solo fotos antiguas. No había nadie en casa y pensé que... pensé que las bajaría del desván y las miraría mientras estabais todos fuera. Los chicos detestan que contemple sus fotos de bebé.

Reprime una carcajada mientras mira hacia abajo, rozando con los dedos la ajada cubierta del álbum que sostiene en las manos.

—¿Puedo verlas?

Me acerco al sofá y empujo los álbumes para hacerme sitio, y luego me siento al lado de Ella y cruzo las piernas sobre el cuero.

Ella parece hasta un poco nerviosa cuando lentamente abre el álbum otra vez y lo pone entre nosotras; así, este se apoya a medias en su rodilla y en la mía.

—Estas son de cuando nació Chase —me explica.

Hay una colección de fotos de un recién nacido envuelto en una manta azul dentro de una cuna de hospital de plástico. Chase está llorando en todas, tiene las mejillas tan sonrojadas que casi son de color violeta.

Ella pasa la página para revelar más fotos del hospital, pero esta vez Chase está en los brazos de una mujer de mediana edad que no reconozco, y luego, en la siguiente foto, en los de un hombre de edad parecida.

—Sus abuelos —me informa Ella, algo rígida. Pasa más páginas y noto que hay varios espacios en blanco con el contorno desteñido de fotos que ya no están, y luego Ella se detiene en una página, y se ríe—. Ay, Dios, mi melena.

Ahora Chase es unas semanas más mayor, con ojos grandes y alertas, y una joven Ella lo levanta hacia la cámara, su pelo rubio le enmarca la cara y sonríe ampliamente, como si le hubieran hecho la foto justo en medio de una carcajada. Se la ve tan joven y tan feliz y tan libre de preocupaciones... Es como si en ese momento su vida no pudiera ser más perfecta. Un niño más pequeño está de pie a su lado, aferrado a sus pantalones de chándal morados y con los labios fruncidos. Puedo ver que es Jamie por su pelo rubio, y debe de tener alrededor de tres años en estas fotos.

—Están un poco vacíos —dice en tono de disculpa, y cambia el álbum por uno de los otros—. Este es el de Tyler.

Mi interés aumenta aún más cuando dice esto. Moviéndome para asegurarme de estar cómoda, me muerdo el labio y miro hacia el álbum negro mientras Ella abre la primera página. Vacía. Pasa más páginas. Vacías. Y por fin, en la sexta encontramos las dos primeras fotos. Hay un bebé diminuto en una incubadora, muy pequeño y muy frágil y muy rosita.

—Nació cuatro semanas antes de tiempo —me comenta Ella—. Se suponía que tenía que nacer en julio, pero vino en junio.

—No lo sabía.

Pasamos más páginas vacías hasta que llegamos a una foto de Ella acostada en una cama de una habitación oscura con Tyler acurrucado sobre su cuerpo. Aquí se la ve incluso más joven, una adolescente, tal vez solo un año mayor que yo. Tiene el largo pelo atado en una coleta despeinada y sus ojos cargados de fatiga. Se la ve agotada, pero no comento nada.

En la última página del álbum, Tyler ya no es un bebé diminuto. Tiene unos años más, erguido sobre sus propios pies y vestido con un pequeño esmoquin negro. Está sonriendo a la cámara y yo le devuelvo la sonrisa, el pelo oscuro y los ojos verdes me parecen tan familiares... No ha cambiado nada.

—Esa es del día de mi boda —dice Ella en voz baja.

Me siento un poco incómoda al oírla decir estas palabras dado que soy la hija de su nuevo esposo, pero todo me parece muy interesante.

—¿Cuándo te casaste?

—Cuando tenía veintiún años, Tyler me acompañó al altar, porque no me hablo con mis padres. Solo tenía cuatro años, pero le encantó.

Y entonces cierra el álbum y lo deja a un lado.

—¿Eso es todo? —pregunto, con algo de incredulidad—. ¿Solo ocho fotos?

—Antes estaba lleno —admite. Se le nota triste cuando habla, pero mira hacia el lado y me sonríe, como si estuviera bien—. Tyler quemó muchas.

Mi entrecejo se frunce.

—¿Las quemó?

—Hizo una hoguera en el patio —me explica encogiéndose de hombros—. Había un montón de fotografías que él no quería conservar. Lo dejé hacerlo porque pensé que haría que se sintiera mejor.

Antes de que pueda presionar para seguir con el tema, se aclara la garganta y se estira para coger otro álbum. Probablemente sea el de Jamie, pero no ha abierto ni la primera página cuando escuchamos el sonido de la puerta que se abre y se cierra.

—¿Ella? —pregunta una voz.

Creo que las dos esperábamos que fuese Tyler, pero la voz es femenina, y yo la reconozco.

—¡Aquí dentro, Tiffani! —responde Ella, confirmando mis pensamientos.

Me pregunto qué hace aquí.

Le lleva unos segundos llegar al salón. Cuando lo hace, abre la puerta y ladea la cabeza.

—Ah, hola, Eden.

—Hola.

Apenas puedo mirarla a los ojos, como si yo fuera una vendedora de drogas y ella una agente federal.

—¿Está Tyler por aquí?

Ella me pasa el álbum de fotos y se levanta, alisándose las arrugas de su ropa mientras se acerca a Tiffani.

—Ehhh, no lo he visto en toda la mañana —responde—. ¿Has

intentado llamarlo? A lo mejor todavía está en el gimnasio.

—Lo he estado llamando desde anoche —afirma Tiffani de forma brusca—. Sigue rechazando todas mis llamadas. Y hablando de anoche, ¿adónde fue?

Ella frunce el ceño.

—¿No estaba contigo?

En ese preciso instante mi corazón deja de palpitar y se me hiela la sangre. Se me entreabre la boca mientras las miro a las dos, y lo único que pasa por mi cabeza es esto: la hemos jodido del todo. No sé por qué Tyler creyó que las excusas no nos iban a explotar en la cara y no sé por qué acepté seguirle el juego.

Y justo cuando creo que me voy a caer muerta, escucho la puerta de nuevo. Esta vez es la persona que esperábamos. Lo escucho antes de verlo, su voz grave murmura mientras se acerca por el recibidor:

—¿Qué haces aquí?

Tiffani se gira en la puerta del salón para mirarlo de frente, su expresión es fría.

—¿Dónde estuviste anoche?

—Ya te lo dije —explica. Puedo ver la mitad de su cara por encima del hombro de Tiffani, y observo cómo traga rápidamente—. Estuve con los chicos.

—Tyler —explota Ella, poniéndose de pie para que la vea. Presiento cómo él maldice para sus adentros—. Me dijiste que habías estado con Tiffani. ¿Adónde fuiste anoche?

—Ay, Dios mío —exclama él—. ¿Acaso importa?

Ella se gira para mirarlo a los ojos. Yo en este punto sigo aguantando la respiración, y me da miedo acabar poniéndome azul.

—Eden, ¿adónde fue?

Todos clavan la vista en mí. La mirada de Ella es severa, la expresión de Tiffani es lívida, y los ojos de Tyler están muy abiertos, como suplicándome que no meta la pata, rogando que se me ocurra algo.

—Ehhh, me dejó en casa de Meghan y luego cambió de planes —miento, rezando por que mi proceso mental tenga lógica—. Decidió salir con los chicos.

—¿Ves? —murmura Tyler, estirando la mano para coger a Tiffani del codo mientras se le acerca, pero ella se sacude la mano para apartarlo.

—No me hables —dice furiosa, poniendo una mano en el pecho de él

y empujándolo hacia el recibidor—. Eden, ven conmigo. Tenemos que hablar con Rachael y Meghan. Ahora mismo.

Su mirada me advierte de que no me niegue, así que no lo hago. En cambio, empujo los álbumes hacia el lado y me apresuro a levantarme. Me coge de la muñeca cuando me acerco, sacándome de un tirón del salón hacia el recibidor. Empuja a Tyler a propósito al pasarlo mientras tira de mí.

Puedo ver que está furioso, pues nos fulmina con la mirada, sus puños están cerrados cuando desaparecemos por la puerta. No tengo ni tiempo de coger mis zapatos, así que me veo arrastrada por el césped descalza sin que Tiffani me dé ninguna opción más que la de subirme a su coche.

Y en el segundo en que se mete en el asiento del conductor y cierra la puerta, se echa a llorar. Es un sollozo tremendo, y hunde la cara en las manos y llora sobre el volante. Su pecho sube y baja de manera errática mientras lucha por respirar.

—¿Estás bien? —pregunto, pero enseguida pongo los ojos en blanco ante mi estupidez. Por supuesto que no está bien. Me giro para mirarla de frente, estiro el brazo para frotarle la espalda de manera consoladora. No parece producir ningún efecto—. ¿Qué pasa?

Todavía solloza un poco más antes de levantar la cabeza y limpiarse los ojos con los pulgares. Su respiración es aún irregular cuando pone en marcha el motor y se abrocha el cinturón.

—No te lo vas a creer —gimotea mientras el rímel le deja rastros en la cara—. Rach y Meg nos están esperando en mi casa. Sencillamente necesito… necesito desahogarme.

Conducimos en silencio hasta su casa, y agradezco que vivamos en el mismo barrio. No creo que pudiera soportar el sonido de su llanto más de diez minutos. Pero esos diez minutos, de todos modos, los he pasado con un nudo en el estómago. Estoy bastante segura de que Tyler es la razón de esas lágrimas.

Cuando llegamos, los coches de Rachael y Meghan ya están aparcados en la entrada de Tiffani, y se apean de inmediato y se acercan corriendo a nosotras en el momento en que el vehículo se detiene.

—Ohhh, Tiff. ¿Tan mal te fue? —Rachael es la primera en rodearla con sus brazos, y le da un fuerte estrujón—. Recuerda: es mi vecino, así que puedo cruzar la calle a hurtadillas con facilidad en mitad de la noche y

cortarle las pelotas si quieres.

Ahora sé que definitivamente es culpa de Tyler, y me pregunto si tal vez está molesta porque la dejó tirada para salir con sus amigos. Pero incluso eso parece demasiado patético para estar llorando de esa manera. Tiene que tratarse de algo peor.

—¿Cuántas veces te hemos advertido? —pregunta Meghan, cogiendo la mano de Tiffani y dirigiéndola hacia la puerta principal—. Tiff, tú sabes que esta no es la primera.

—Las otras veces eran rumores —gime Tiffani, dejando escapar otro tremendo sollozo—. Esta vez hay pruebas.

—¿Pruebas de qué? —pregunto, mientras todas arrastramos los pies hasta la casa. Nadie ha explicado todavía por qué está llorando.

—Ay, Dios mío, Eden, por favor, entérate —farfulla Rachael mientras me dispara una mirada asesina, y luego mira a Tiffani con simpatía y frunce los labios.

Todavía no contesta mi pregunta, y pronto todas subimos las enormes escaleras y entramos en la habitación de Tiffani, donde se desploma en su cama.

—Empieza por el principio —dice Meghan con suavidad, mientras Tiffani inhala y exhala repetidamente.

Estamos todas sentadas delante de ella en el colchón, como si fuese nuestra reina y nosotras sus sirvientas. En cierto modo, eso es verdad.

—Ya os lo he dicho —explota Tiffani malhumorada, un poco agitada —. Estaba sacando la correspondencia esta mañana cuando Austin Cameron pasó en el coche y se detuvo. Me preguntó si había disfrutado de mi cita con Tyler y me guiñó un ojo varias veces como el puto pervertido que es. Le pregunté de qué hablaba y comentó que nos había visto ayer tarde por la noche en el muelle. Yo no estuve en el muelle.

Si pensé que antes no estaba respirando, ahora estoy segura. La boca se me abre mientras la miro fijamente. Me doy cuenta de que Tyler no es la razón por la que está llorando.

Soy yo.

—¿Le dijiste a Austin que no eras tú? —pregunta Rachael.

Le da golpecitos en la rodilla como si eso fuera a consolarla.

—Por supuesto que se lo dije —farfulla Tiffani entre más sollozos, mientras se desmorona otra vez—. Él dijo que definitivamente había visto a Tyler «montándoselo» en su coche en el puto aparcamiento.

Automáticamente dio por sentado que era yo, porque es evidente que va a suponer eso..., soy su novia.

—No deberías serlo —murmura Meghan—. No te merece.

Tiffani aprieta los ojos por un momento antes de respirar profundamente.

—Le pregunté a Austin si estaba seguro de que era el coche de Tyler, y dijo que sí, que lo reconocería en cualquier sitio. Dijo que era su número de matrícula. Entonces por supuesto que le pregunté si recordaba haber visto quién era esa chica, pero me contó que solo vio siluetas. —Un repentino gruñido brota de su garganta y lanza su puño contra una almohada que tiene al alcance—. ¿Por qué demonios tiene Tyler ventanas ahumadas? Pensé que eran ilegales y ahora estoy empezando a entender la razón. ¡Permiten que los infieles puedan poner los cuernos!

«Ay, Dios mío —pienso—. Todo esto es culpa mía.»

—¡A mí me dijo que estaba con los chicos, pero le contó a su madre que había venido a verme! ¡Es un puto mentiroso! —Más puñetazos y golpes y arañazos mientras destruye todo lo que tiene cerca. No puedo ni empezar a imaginarme cómo reaccionaría si supiera que era yo—. ¡Todo este tiempo estaba follando con alguna puta! Me da asco. Voy a vomitar de verdad. Ay, Dios.

Se lleva las manos al estómago y deja caer la cabeza.

—Necesitas romper con él, Tiffani —aconseja Rachael, su tono es algo condescendiente, como si estuviera hablando con un niño pequeño que experimenta su primer romance en la guardería.

—Pero ¡es que no puedo! —gime mientras el pelo le cae por encima de los ojos, y otra vez surgen las lágrimas. Se sube el edredón hasta la cara para secarse las mejillas. No pasa mucho tiempo hasta que la tela queda empapada—. Lo necesito.

—Tal vez Austin lo interpretó mal —intento consolarla, obligando a las palabras a salir de mi boca.

Tengo la garganta completamente seca, pero de todos modos hago todo lo que puedo para que mi voz no se rompa ni salga temblorosa. «Hazte la loca —me digo—. Actúa de manera inocente.»

—Vale —dice Rachael, estirando el cuello para lanzarme una mirada de desaprobación—, Eden, sé que es de tu familia y eso, pero, por favor, no lo defiendas.

—No lo defiendo —intento objetar.

Me siento más pequeña que nunca, y la verdad es que no estoy defendiendo a Tyler. Me estoy defendiendo a mí misma.

Durante veinte minutos, escuchamos a Tiffani despotricar y desahogarse y maldecir hasta que se calma. Todo el tiempo, yo permanezco en silencio con miedo a decir algo que me delate. Rachael sugiere diferentes métodos de castigo, mientras que Meghan propone que salgamos y comamos helados, pero Tiffani dice que no porque:

—Si estoy gorda, querrá ponerme los cuernos incluso más.

Ese comentario no me agrada mucho. ¿Acaso está sugiriendo que las chicas más grandes no son atractivas? ¿Que los tíos no van a por las chicas rellenitas? No lo sé. Pero me molesta.

Al final asegura que lo único que quiere hacer es dormir, así lo interpretamos como la señal para dejarla sola. Necesita espacio, y desde luego que yo agradezco poder irme de allí por fin. Rachael se ofrece a llevarme a casa, ahorrándome tener que caminar por el barrio descalza.

—Llámanos si pasa cualquier cosa —dice Meghan, mientras todas estamos cerca de la puerta. Tiffani sigue tirada en su cama, girándose de vez en cuando—. Nos tienes que mantener informadas.

—Lo haré —dice sorbiendo por la nariz—. ¿Puedo hablar con Eden un segundo?

Rachael y Meghan intercambian miradas conmigo, y yo contemplo la idea de implorarles que no me dejen sola aquí con ella. Pero antes de que tenga la oportunidad de pedir clemencia siquiera, Rachael dice:

—Claro, te esperaré en el coche, Eden.

Y las dos se van.

La habitación se sumerge en el silencio mientras Tiffani hunde la cabeza en el edredón. Sus palabras suenan amortiguadas cuando habla:

—Lo que decimos en esta habitación se queda en esta habitación. Ni se te ocurra contarle a Tyler nada de lo que acabamos de comentar.

—No lo haré —casi chillo, mis ojos se desvían en dirección al pasillo, mirando con añoranza hacia las escaleras—. Espero que estés bien.

—No lo estoy —replica—. Pero ¿Eden?

—¿Sí?

Se incorpora, se sienta con las piernas cruzadas y mira fijamente con los ojos hinchados en torno a la habitación hasta llegar a mí. De alguna manera aprieta los labios, la mandíbula, frunce el ceño. Algo brilla en sus

ojos azules, algo nuevo que nunca he visto antes, una expresión tan retorcida y dura que por un momento me atemoriza.

—Yo sé que anoche no estuviste con Meghan, porque yo estuve con ella.

# 23

Tyler está en el recibidor cuando regreso a casa. Tiene los brazos cruzados delante del pecho, la mandíbula apretada, los ojos feroces. Parece que estuviera a punto de pisar un cuadrilátero de boxeo, listo para provocarle daños cerebrales al contrincante. El problema es que no sé quién es su enemigo.

—¿Qué ha dicho? —espeta con desprecio. Cuando se acerca a mí, deja los brazos colgando y aprieta los puños—. ¿Qué has dicho tú?

Muevo la cabeza mientras echo una mirada alrededor de su alto cuerpo hacia el salón. Ella se ha ido y los álbumes también.

—¿Dónde está tu madre?

—Ha ido a buscar a Chase —dice rápidamente, su voz es huraña—. Ahora, ¿qué demonios ha pasado?

Respiro hondo, mis ojos fijos en sus rasgos endurecidos mientras intento encontrarle sentido a todo. Estoy muerta de miedo.

—Alguien nos vio anoche —farfullo, y la bilis vuelve a subir por mi garganta—. Austin Cameron... Se lo dijo a Tiffani.

Los ojos de Tyler se abren con conmoción antes de volver a su mirada fría.

—¿Me estás tomando el pelo? —gruñe. Una ola de adrenalina parece fluir por sus brazos, y lanza un puñetazo a la palma de su mano, creando un fuerte sonido cuando los nudillos golpean su propia piel—. Voy a machacar a ese hijo de pu...

—No saben que era yo —interrumpo de inmediato, mi voz es tranquila y rasposa, entrelazo los dedos una y otra vez. Mis ojos miran hacia el suelo mientras el pecho se me encoge—. Está destrozada, Tyler.

No está solo molesta; está furiosa. Siento que puede olerse algo. Ahora sabe que tanto Tyler como yo mentimos sobre dónde estuvimos anoche, y a pesar de mi horrenda intentona de explicarlo, ha dejado claro

que piensa descubrir lo que estoy ocultando. Mirando atrás, probablemente se me podría haber ocurrido una excusa mejor. Pero estaba bajo presión, así que me fui por las ramas diciendo que había mentido porque papá y Ella solo me iban a dejar salir de casa si sabían que iba a algún sitio seguro. ¿Convincente? Para Tiffani no. No creo que pueda hacerle frente otra vez.

Durante un momento permanecemos en silencio. Tyler relaja los puños a la vez que suspira. Desde debajo de mis pestañas veo cómo se frota la nuca antes de pasarse la mano por el pelo.

—Yo lo arreglaré —dice en voz baja. Sus palabras hacen que mire hacia arriba de nuevo, nuestros ojos se encuentran—. Mira, está cabreada. Lo entiendo, pero lo puedo arreglar. Le diré que cometí un error, le compraré algo bonito, y entonces se olvidará de ello y todo volverá a su cauce. Y luego veremos lo que hacemos con el resto.

Clavo mis ojos en él con incredulidad. Con los labios apretados formando una firme línea, aprieto los dientes y lo fulmino con la mirada.

—Nada volverá a su cauce —le digo seca, escupiendo cada palabra —. ¡Nada está en su cauce, Tyler! Tenemos que parar.

—Parar ¿qué?

—Esto. —Alzo las manos en señal de rendición, mientras gesticulo señalándolo a él y a mí. No debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Ahora estoy metida hasta el fondo. Tres sesiones de morreo hasta el fondo—. Tienes novia, Tyler, me niego a tomar parte en una infidelidad.

—No lo harás —replica con firmeza, pero luego sus labios dibujan una sonrisa, y da unos cuantos pasos hacia mí y me coge por el codo.

La calidez de su piel crea una ola que cubre mi brazo de carne de gallina cuando me atrae hacia él, y miro hacia arriba mientras él cierra los ojos y se inclina para besarme. De inmediato retiro el brazo de un tirón y contorsiono mi cuerpo para separarme. Él se queda de pie allí, agitando las manos en el aire mientras abre los ojos lentamente y me mira con furia.

Yo solo pestañeo al mirarlo, intentando descifrar qué está pasando por su cabeza ahora mismo. Es evidente que está loco. Después de una larga pausa, por fin pregunto:

—¿En serio? Ahora no es el momento. Aunque pudieras garantizar que ella no lo descubrirá, que lo hará, de todas formas no querría hacerlo. —Doy un paso hacia atrás, agitando las manos delante de mí, moviendo la

cabeza, con un nudo en la garganta—. No voy a hacerlo.

—Venga. —Ya no tiene la sonrisa en los labios, pero la pedantería todavía permanece en sus ojos. Con asco, me doy la vuelta y me marcho hacia las escaleras, cuando estoy a mitad de camino balbucea—: Podemos resolver esto.

—¿Cómo, Tyler? —exijo saber mientras me vuelvo con rapidez, agarrándome a la barandilla y mirando hacia abajo—. Solo tenemos dos opciones.

—¿Solo dos?

—Dos —confirmo. Miro sus ojos ardientes y luego me asalta la imagen de Tiffani y el rímel corrido y sus sollozos ahogados y sus almohadas manchadas con sus lágrimas. A él no le importa un pepino—. Tienes que romper con ella.

—No —rebate, negando con la cabeza con firmeza—. No puedo.

—¿Por qué no? —pregunto.

Para empezar, creo que ignorará mi pregunta. Se toma su tiempo en contestarla.

—Porque es más complicado de lo que piensas, ¿vale? Tiffani... Mira, no me presiones. —Hace una pausa y me mira como advirtiéndome de que no lo desafíe, así que, a pesar de la frustración que siento, solo frunzo el ceño y espero a que vuelva a hablar—. ¿Cuál es la otra opción?

—Que ignoremos lo que sea que hay entre nosotros.

Duele decirlo, pero sé que tiene sentido. Si quiere seguir con Tiffani, entonces tenemos que actuar como hermanastros y nada más. Nada de coquetear discretamente, nada de robarnos besos, nada de indirectas sexuales. Pero si él quiere eso, entonces no puede seguir con Tiffani. Porque hacer las dos cosas se conoce por la infame expresión de «poner los cuernos».

—¿Así que básicamente —comienza a decir mientras se cruza de brazos— puedo estar contigo si rompo con Tiffani? Se trata de elegir entre tú o ella, ¿verdad?

La expresión engreída ya ha desaparecido hace rato. Ha sido remplazada por una mirada irritada, sus ojos tan entrecerrados que parecen una rayita, su mentón izado mientras me observa. No creo que esté enfadado conmigo, sin embargo. Está enfadado con la situación. Yo también lo estoy.

—¿Por qué actúas como si te pillara por sorpresa? Ese ultimátum es

bastante obvio —digo seca—. Deberías haber sabido que llegaría.

Al mismo tiempo que aprieta la mandíbula, reclina la cabeza y se pasa las dos manos por el pelo. Murmura algo entre dientes antes de darse la vuelta y dirigirse sigilosamente hacia la cocina. Yo entro en mi habitación pisando fuerte y cierro de un portazo lo suficientemente fuerte para que él lo oiga.

Es solo cuestión de segundos antes de que me ponga a dudar de todo y a torturarme con interrogantes. La pregunta más importante de todas es esta: ¿por qué me siento atraída por Tyler?

Si soy sincera, no puedo pensar en ninguna respuesta lógica. Me siento atraída por mi hermanastro, para empezar, y la idea de que alguien lo descubra me resulta muy difícil de sobrellevar. Nos juzgarían, fruncirían el ceño y nos desterrarían de la sociedad. Pero no es solo la complicación de que sea de mi familia lo que me tiene confundida. Es el hecho de que tiene tantísimas taras que yo debería detestar, pero que sencillamente no puedo odiar. Por lo menos ahora no. ¿Por qué estoy tan fascinada por un tío al que no le parece importar nada? Debería odiarlo por ser un imbécil tan arrogante y egoísta. Pero ya no lo puedo despreciar, a pesar de todos los comentarios inadecuados que hace, y los porros que fuma y del alcohol que consume en solo una hora, porque ahora estoy totalmente convencida de que no lo hace para parecer guay o para encajar con los chicos con los que se junta. Hay algo más, algo intrigante sobre quién es en realidad debajo de la imagen de chico duro que intenta proyectar. Estoy muy interesada, muy pillada, y me estoy enamorando de él.

Sinceramente, preferiría que no fuese así.

Ella y Chase llegan a casa un poco después. Ella asoma la cabeza en mi habitación para ver si ya he vuelto, argumentando que la casa está demasiado silenciosa y que la está haciendo sentir incómoda. Finjo una carcajada antes de que se dirija a la puerta de al lado para comprobar cómo está su hijo mayor y más infame. No recuerdo haberlo oído desaparecer en su cuarto, pero sé que debe de haber tenido la misma idea que yo, porque escucho su voz a través de las paredes.

Discuten durante más o menos un minuto antes de que Ella se dé por vencida y lo vuelva a dejar solo. Me pregunto si para ella es un ciclo repetitivo. Intenta convencerlo, él le grita, ella se da por vencida. Una y otra y otra y otra vez. Parece ser parte de su rutina diaria.

Vuelve a subir a mi habitación un poco más tarde para convencerme de que baje a cenar. Me muestro reacia, pero no me da opción de discutir, así que la sigo hasta la cocina. Papá y Chase están sentados en sus sitios de siempre. Sus ojos me siguen mientras me acerco a la mesa. Y Tyler también está allí, por supuesto.

—¿Tienes hambre? —pregunta papá, con la corbata aflojada y reclinándose en la silla.

—No —respondo, mientras me obligo a mantener mis ojos en los suyos. Puedo sentir la mirada asesina de Tyler perforando agujeros en mi piel desde el otro lado de la mesa—. ¿Qué tal la reunión?

Papá se encoge de hombros.

—Bien.

—Dave —dice Ella, poniendo un plato de costillas asadas en la mesa, por lo que Tyler finge una arcada, y se acerca a papá para ponerle las manos en los hombros—. Has dicho que había ido muy bien.

Él la mira mientras ella le masajea suavemente la nuca con los pulgares y le sonríe mientras se miran a los ojos. Él solía sonreírle a mamá de esa manera, antes, cuando eran felices juntos. Esos pequeños gestos e intercambios desaparecieron mucho antes del divorcio.

—Ehhh —tartamudea, mientras vuelve su mirada hacia mí—. La reunión fue genial.

—Bien —lo celebra.

Hay un chirrido abrupto cuando Tyler empuja la silla y se levanta de la mesa. Mueve la cabeza en dirección a la comida y esboza una mueca de desprecio.

—No me puedo quedar sentado aquí. Me voy arriba.

La sonrisa de Ella desaparece de su cara en cuestión de nanosegundos, mientras sus manos siguen apoyadas en los anchos hombros de papá.

—Pero si la tuya ya viene...

—Tengo cosas que hacer —la interrumpe mientras se dirige hacia el recibidor sin volver la vista atrás—. La calentaré después.

Ella suspira y vuelve a la cocina para bajar la temperatura.

—Bueno, pues dos chavales menos —murmura.

Es evidente que a Chase le agrada la idea de que haya menos gente en la mesa, porque sonríe y grita:

—¡Más costillas para mí!

La cena acaba siendo bastante rara, con solo nosotros cuatro. Chase y yo hablamos de cosas banales mientras papá y Ella comparten resúmenes más elaborados de su día. Cuando no están mirando le ofrezco a Chase un par de costillas.

Y la cena en general pasa con tranquilidad hasta que suena el teléfono. No le prestamos mucha atención hasta que papá vuelve corriendo a la cocina. Tira el inalámbrico sobre la encimera y coge las llaves.

—Era Grace —explica con rapidez, abriendo mucho los ojos a Ella mientras ella se levanta preocupada—. Jamie se ha caído sobre la muñeca. Dice que puede estar rota. Es mejor que vayamos.

La cara de Ella se distorsiona, y se lleva una mano lánguida hacia la frente.

—¡Otra vez no!

—Se pondrá bien —dice papá con firmeza—. Vamos a buscarlo.

Ella se da prisa en la cocina, asegurándose de que todo está apagado, porque no puede permitir que se queme la casa mientras no está, y luego hace una pausa en el arco del pasillo. Estira el cuello para mirarme.

—¿Podéis tú y Tyler quedaros en casa y cuidar de Chase mientras estamos fuera?

Asiento con la cabeza con rapidez a la vez que me levanto.

—Idos.

Me sonríe con gratitud antes de salir corriendo de la casa y de subirse al coche de papá. Mientras el sonido del motor se aleja, lo único que puedo oír es el ruido que hace Chase sorbiendo ruidosamente la salsa barbacoa de su plato.

Me pongo a amontonar todos los platos mientras él termina.

—Estaban buenas las costillas, ¿eh?

—Las costillas estaban increíbles —me corrige. Tira el último hueso sobre el plato y sonríe—. Mmm.

Poniendo los ojos en blanco, cojo su plato y lo añado al montón antes de llevarlo con cuidado al lavavajillas. Casi tiro los huesos en el cubo del reciclaje antes de darme cuenta de mi error y los deposito en el de la basura orgánica.

—¿Acaso Jamie se rompe la muñeca con frecuencia o qué?

—No —responde Chase. De repente está a mi lado, me abre el lavavajillas y se pone a meter los cubiertos—. Tyler sí.

—Vaya, hombre —digo, y luego me río para mis adentros—.

Pensaba que era más duro.

Con la ayuda de Chase limpio la cocina en diez minutos, y luego él se va al salón a ver la tele mientras yo me aseguro de que la puerta está cerrada con llave. Ahora que Tyler y yo estamos casi solos en casa, decido que es el momento perfecto para intentar hablar con él de nuevo. No puedo descifrar si está enfadado conmigo o consigo mismo, pero sea como sea está bastante furioso, y prefiero verlo de buen humor.

Está sentado al borde la cama cuando abro la puerta. Tiene la cabeza inclinada hacia abajo y las manos entrelazadas, la habitación está en silencio.

—Estamos cuidando a Chase —informo en voz baja, para que sepa que estoy allí—. Es posible que Jamie se haya roto la muñeca.

Inmediatamente sus ojos se abren y me miran, y de repente se pone de pie. El pánico se refleja en su cara.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? ¿Quién?

Me sorprende un poco su salida, y sus preguntas solo me confunden.

—¿Qué?

Se aclara la garganta.

—Quiero decir ¿cómo?

—Creo que se cayó sobre ella —le explico. Parece que se fuera a desmayar, así que decido aligerar el ambiente y digo mientras subo y bajo las cejas—: He oído que tú también te la has roto, chico duro.

Pero me sale el tiro por la culata: sus pupilas se dilatan con una mezcla de rabia y sorpresa ante mi chiste.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Ehhh, Chase. —Su repentina rabia me sorprende, así que lo miro a los ojos para encontrar una pista de por qué está tan furioso. No puedo entenderlo bien—. ¿Qué pasa?

Deja caer la vista hacia el suelo y luego vuelve a mirar hacia arriba. Da un paso hacia mí.

—¿Qué más te ha dicho el crío?

—Nada —respondo mientras me fulmina con la mirada.

Otro paso.

—¿Estás segura?

—Deja de ponerte como loco. —Me ignora, no reacciona mientras me escruta el cuerpo con sus ojos furiosos—. Estoy segura —añado al instante.

—¿Sabes qué? No puedo con esto —dice de manera cortante. Moviendo la cabeza y rompiendo el contacto visual, me da la espalda y se dirige al cuarto de baño—. No puedo contigo y no puedo con Tiffani. No puedo lidiar con tus preguntas estúpidas ni con sus lloriqueos. Ahora mismo no puedo con ninguna de estas cosas.

Como si le faltara la respiración, exhala con rapidez mientras se apoya en el lavamanos y mira el grifo fijamente.

—Te estás alterando demasiado —digo, mientras me acerco por detrás, abriendo un poco más la puerta para poder acceder al cuarto de baño con él.

—Cuidado con la puerta —dice entre dientes—. La cerradura está jodida.

Parece que estuviera a punto de arrancar el lavamanos de la pared, así que pongo mi mano en su brazo con suavidad en un esfuerzo por calmarlo. Pero él se retrae y se aparta de mí.

—Necesito colocarme —afirma con un bufido mientras mira hacia el armario que hay encima de él.

Abre la puerta con el espejo y alza la mano hacia la balda más alta, coge un fajo de billetes. Me fijo en la colección de píldoras y pastillas con receta en frascos desperdigados por las baldas. Pero eso no es lo que me preocupa ahora mismo.

Tyler cierra el armario con un portazo y se da la vuelta, pero yo rápidamente me coloco delante de él y choco contra su pecho, bloqueando la puerta.

—Ni se te ocurra —le advierto entre dientes.

—Eden —dice Tyler, inclinándose hacia mí con sus labios húmedos sobre mi mejilla, su aliento fresco sobre mi piel—. Necesito. Un. Subidón. Ahora. Mismo.

Miro hacia abajo, hacia el dinero que tiene apretado en su mano, y doy un paso hacia atrás. Levanto la vista rápidamente y mis ojos vuelven a fijarse en los suyos.

—Porque la coca va a arreglarlo todo, ¿no es así?

—Eden —dice otra vez, con la voz ronca—. Mueve tu lindo culo fuera de mi camino antes de que me cabrees de verdad. Tengo que ver a Declan.

—No te voy a dejar hacerlo —asevero en voz alta.

Ahora estoy furiosa. Por supuesto que tiene que recurrir a las drogas.

Es tan típico y patético por su parte... ¿Qué es lo que piensa? «No quiero afrontar algo, así que reparémoslo arruinando mi vida.» Las drogas solo posponen.

Tyler da un golpe con la palma de su mano en la pared al lado de mi oreja.

—Tú no tienes nada que decir en cuanto a esta puta cuestión.

Pero lo que él no sabe es que sí depende de mí si va o no, porque sin quererlo me ha dicho cómo detenerlo. Así que mientras aprieta los labios y me mira fijamente, estiro el brazo y pongo la mano en el borde de la puerta, con algo de torpeza, hasta que por fin logro asirla. Y antes de que Tyler pueda darse cuenta de lo que estoy haciendo, la cierro con rapidez, dándome la vuelta y poniendo todo el peso de mi cuerpo contra ella hasta que oigo el clic rígido de la cerradura. La cerradura jodida, como ha dicho Tyler, acaba de convertirse en mi mejor amiga.

# 24

El pequeño cuarto de baño se llena de un silencio tenso. Mi corazón está latiendo fuerte y acelerado. Bajo la luz del fluorescente, puedo ver con claridad la diversidad de emociones que cruzan los ojos verdes de Tyler. Hay una pizca de sorpresa oculta entre la rabia.

—¿Me estás tomando el pelo?

Mira alrededor como si buscara una ventana que nunca ha existido, como si observando las cuatro paredes el tiempo suficiente pudiera aparecer una salida de manera repentina. Pero hay exactamente eso: cuatro paredes y una puerta cerrada.

—No —digo, sintiéndome impresionada conmigo misma por haber tomado una decisión en un instante y por haber tomado la adecuada.

La decisión adecuada era evitar que Tyler saliera. Ni siquiera me importa haberme arrastrado a mí misma a esta complicación claustrofóbica con él ni que podamos estar encerrados aquí durante horas. Tal vez la única forma de abrir esta puerta sea sacarla de sus goznes, o derribarla, y puede que tengamos que esperar hasta la mañana para que venga a rescatarnos el manitas del barrio, y quizá ni siquiera me importe.

A Tyler, por su parte, sí le importa. Salir es su única preocupación, y la puerta cerrada es lo que se interpone en su camino. Pasa a mi lado, me roza con el hombro, me empuja levemente para apartarme. Sus largos dedos agarran la manija de la puerta, y la sacude con fuerza, intentando que la cerradura ceda, pero sus esfuerzos son inútiles.

—Ríndete —aconsejo, mientras observo cómo se tensan las venas de sus brazos mientras tira de la manija antes de aceptar por fin el hecho de que esta noche no verá a Declan Portwood.

Se lleva las dos manos a la nuca antes de esforzarse por mirar al techo, dejando escapar varias respiraciones lentas para intentar calmarse. Me gusta la manera en que suspira, la manera en que sus pestañas se

cierran con rapidez durante un momento mientras sus hombros y pecho suben y bajan, hundiéndose cuando el aire abandona su cuerpo. Y cuando ha puesto sus pensamientos en orden, inclina la cabeza y se gira para clavarme una mirada indignada y molesta.

—Lo siento, pero me importas de verdad —le digo. Él está esperando una explicación y tal vez una disculpa de verdad, pero no le voy a dar ninguna de las dos cosas—. Vas a tener que encontrar otra forma de distraerte. Una alternativa. Algo que no te mate.

Vuelve a mirar por el cuarto de baño, todavía con la esperanza de encontrar una salida, pero solo acaba por hallar sus propios ojos en el espejo del armario. No puede mirar durante mucho tiempo al fuego que arde dentro de la profundidad de sus ojos, y de inmediato clava la vista en el suelo.

—Tú te estás convirtiendo en mi distracción —balbucea, pero su voz ya no es tan huraña como hace unos minutos—. Pero según parece no te puedo tener.

No sé cómo contestarle. Las palabras suben por mi garganta, pero de alguna manera noto que no puedo hablar. En su lugar, respiro hondo y, cuando por fin formulo una respuesta, mi tono es suave y bajo, como si corriéramos el riesgo de que nos oyesen, aunque no sea el caso.

—¿Por qué soy una distracción?

Tyler mira hacia arriba cuando me escucha. Me contempla con recelo, ladeando la cabeza como si tuviera que recordarse a sí mismo cuál es la respuesta. Pero por fin abre los labios para hablar, y con cautela murmura:

—Porque tú haces que las cosas sean un poco más fáciles. Porque puedo centrarme en ti en vez de en todo lo demás.

Observo la línea de sus labios mientras las palabras se deslizan despacio de su lengua. Me paralizan, mi cuerpo se congela en el sitio en el que estoy, al lado de la ducha, y me doy cuenta de golpe de lo real que es todo esto.

—Entonces no dejes de hacerlo —digo, con un leve temblor en la voz.

Doy un paso cauteloso hacia él, sin estar muy segura de adónde voy a llegar con esto. Pero me parece que es lo correcto.

Él todavía sigue mirándome, tiene los ojos clavados en mí, pero está pestañeando rápidamente y respirando más fuerte, y yo sé que todavía

quiere una cosa y solo una. Estiro la mano para tocar su mandíbula, y su piel está ardiente como el fuego de sus ojos.

—Céntrate en mí —susurro.

—Entonces distráeme —me ordena.

Levanta la mano, con delicadeza coge mis dedos y los aparta de su mandíbula. Me retraigo ante el frío de sus manos en comparación con la calidez de su cara. Dos polos opuestos. Como él y yo.

—Podemos hablar —digo. El ambiente a nuestro alrededor ha cambiado de la tensión a la calma, de ruidoso a sereno, y yo casi susurro con miedo de romper la confortante tranquilidad que nos rodea—. Nunca hemos hablado sin más.

—Vale. Hablemos —acepta.

Pasando a mi lado con cuidado apoya su espalda en la puerta de la mampara de la ducha y se desliza hasta el suelo. Extiende las piernas y deja escapar un suspiro, la cabeza agachada, los ojos cerrados. Me pregunto en qué estará pensando. ¿En mí?

—¿Podemos hablar sobre Tiffani? —Hago esta pregunta con mucho cuidado, sumergiéndome en el tema con la máxima suavidad posible—. Ahora, con calma.

La mera mención de su nombre crea tensión y obliga a que Tyler me observe, como si estuviera intentando averiguar si la acabo de mencionar de verdad. Veo un destello extraño en sus ojos, pero entonces mira hacia otro lado.

—Vale —acepta entre dientes.

Paso por encima de sus piernas y me dejo caer sobre los azulejos fríos, apoyando la espalda contra la puerta, doblo las rodillas contra el pecho y las abrazo.

—¿Por qué no quieres romper con ella? Si ni siquiera te gusta. Lo has dicho tú mismo.

Tyler se me queda mirando. Lentamente sus ojos se desplazan hacia mis labios, hacia mis manos alrededor de mis rodillas, y luego vuelven a mis ojos otra vez. Me pregunto si está pensando en darme una respuesta sincera o si solo está ganando tiempo para inventar una mentira.

—No puedo romper con ella.

—Pero ¿por qué?

Su respuesta solo me irrita aún más. A no ser que ella lo esté amenazando con un cuchillo, no veo ninguna razón para que no pueda

terminar una relación inútil que a él evidentemente le importa muy poco o nada.

Tyler sacude la cabeza y se lleva una mano a la cara, se frota los ojos con el pulgar y el índice antes de gemir fuertemente.

—A Tiffani se le da muy bien actuar como la chica más agradable que existe. Pero no lo es. En cuanto le haces alguna faena, se convierte en una psicópata. Sabe demasiado sobre mí. No me puedo arriesgar. Por lo menos ahora no.

—¿Psicópata? —Levanto la cabeza para mirarlo, perpleja—. ¿Qué sabe de ti?

—Es... —Las palabras no le salen, y se lo ve incómodo, casi como si le dolieran. Apoya las palmas de las manos en los azulejos a su lado—. Vale. Por ejemplo, en enero, se enteró de que yo había estado saliendo con una chica durante los recreos para comer, cada martes, lo cual no había sucedido, y se volvió loca. Yo le había dedicado un montón de tiempo a un trabajo para literatura inglesa durante dos semanas seguidas, porque tenía que mejorar las notas, y le dijo a la profesora que lo había escrito ella. Me bajaron la media anual y me suspendieron por copiar, lo cual es estúpido. Ese mismo día usó el correo electrónico de su madre para escribirle a la mía, diciéndole que estaba preocupada por mi bienestar porque andaba fumando porros en el sótano de la escuela. Esa parte es verdad, y Tiffani era la única que lo sabía. Mamá dejó de hablarme durante casi un mes. Habría cortado con Tiffani entonces, pero me dejó bien claro que ni se me pasara por la cabeza. Así que nunca lo he hecho. Romper con ella no es una opción. Hay muchas otras cosas que puede hacer porque lleva ventaja y tiene las de ganar.

Tras un breve silencio le pregunto:

—¿Qué más sabe, Tyler?

Estoy intentando asimilar sus palabras, encontrarles sentido. Trato de imaginar a Tiffani haciendo esas cosas, y de primeras no puedo, pero luego recuerdo la mirada que me dedicó esta mañana cuando me dijo que sabía que yo estaba mintiendo. Me aterró. De alguna manera, lo creo. Definitivamente tiene potencial para hacer esas cosas.

Tyler evita mirarme a los ojos.

—¿Te acuerdas del primer día del verano?

El repentino cambio de tema, de la naturaleza controladora de Tiffani al comienzo del verano, me coge por sorpresa.

—Sí. Papá estaba irritante y la barbacoa era un asco y tú llegaste hecho una furia y actuaste de forma grosera.

—Sí, eso. —Espero a que se ría. No lo hace. De hecho, se lo ve incluso más incómodo de lo que ya estaba—. Estaba supercabreado.

—¿Por qué?

Recuerdo haber escuchado a escondidas su discusión con Ella esa noche, pero no me acuerdo que hubieran hablado de la razón por la que él estaba tan enfadado. Se lo veía furioso cuando estacionó delante de la casa.

Otra pausa.

—Estaba enfadado con Tiffani —admite al final. A estas alturas ya ni siquiera me mira. No hace más que fijar la vista en el suelo de azulejos—. Yo he estado pensando durante algún tiempo en involucrarme en un asunto, y ella lo descubrió esa noche —explica, pero su voz es baja y un poco ronca, y me doy cuenta de que no va a decirme en qué es en lo que ha estado pensando en involucrarse. Puedo ver que no es algo de lo que se sienta orgulloso—. Ella prometió que no se lo diría a nadie siempre y cuando siguiera con ella hasta la graduación. Por eso le estuve haciendo la pelota durante un tiempo al comienzo del verano. Ya sabes, en sitios como el American Apparel... —Sus mejillas se sonrojan de pura vergüenza al tener que mencionarlo, pero no me importa. Me alegra que esté siendo sincero conmigo—. Mientras que ella esté feliz y yo no la deje, no dirá nada, porque eso es lo que hace, Eden. Le gusta chantajear a la gente para que haga lo que ella quiere, para quedar como guay y por encima del resto. —Exhala y mueve la cabeza—. Me contó que cuando era más joven fue víctima de acoso escolar, así que supongo que cuando empezó en nuestro instituto, tras mudarse aquí con su madre después del divorcio, quería asegurarse de que nadie la avasallaría. Quiere ser mejor que los demás, molar más que nadie. El tenerme a mí a su lado le ayuda a reforzar su ego. Por eso estoy metido en este lío. —Cuando deja de hablar, gime—. Lo odio.

—Guau —suspiro. Es todo lo que puedo articular ahora mismo. Tyler tenía razón. Es verdad que no quiere estar con ella, y no lo dice solo para hacerme sentir mejor. En verdad está atrapado en una situación complicada, y no puedo dejar de sentir que yo se la he empeorado—. No sé qué decir.

—No voy a romper con ella —declara con suavidad, mirándome a los ojos por fin. Se lo ve triste. Me da lástima, porque sinceramente no sé

qué aconsejarle—. Por lo menos todavía no. Ahora mismo no me puedo arriesgar.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Noto el suelo frío en mi piel, pero intento ignorarlo, centrando mi atención en el chico que se encuentra delante de mí mientras hago lo posible por entenderlo.

Tyler me clava una mirada severa.

—Es que no quiero levantar las sospechas de nadie — me confiesa.

—Sospechas ¿de qué?

—De nosotros —dice con firmeza. Con otro suspiro, suelta los brazos y se pasa una mano por el pelo, tirando de las puntas, y noto la familiaridad de esa acción. Es algo que hace de manera inconsciente, una señal de estrés o de rabia, algo que tal vez le otorga algo de alivio durante una fracción de segundo—. Ahora solo tenemos que actuar de manera normal hasta que veamos cómo resolverlo. Esa es otra razón por la que no puedo romper con ella. La gente se preguntaría el porqué. Así que, por ahora, tiene que seguir en mi vida, porque Tiffani significa mi normalidad.

—Pero está mal hacerle esto —digo en voz baja.

Vuelvo a ver su rostro marcado por las lágrimas de esta mañana, cuando sollozaba de manera incontrolable en su edredón, desahogándose del embate de dolor que sentía. El que nosotros le provocamos, aunque parece que hubiera sucedido hace tiempo, solo han pasado unas horas. Tal vez todavía esté desconsolada, y ahora mismo Tyler y yo nos encontramos en el borde de una peligrosa línea que no deberíamos cruzar. Puede que Tyler se encuentre metido en una relación con Tiffani de la que no puede escapar, y tal vez ella lo haya obligado a permanecer en ella, pero eso no nos da derecho a jugar sucio.

—Eden —dice Tyler. Cuando lo miro a los ojos, tiene la cabeza ladeada y me está observando—. Háblame de otra cosa. Háblame de Portland.

Frunzo el ceño mientras cruzo las piernas, poniendo mis manos entrelazadas en mi regazo.

—¿Quieres que hable de Portland?

—Quiero que hables de ti —matiza. Tiene la mirada ardiente, brillante y animada, la tiene fija en mí y se resiste a romper nuestro vínculo visual—. Cuéntame algo que nadie más sepa.

Veo sinceridad en sus ojos, en algún lugar dentro del fuego que aún arde, y sé que puedo fiarme lo suficiente de él para contarle mis secretos, para hablarle de Portland y de la gente de allí. Me lleva más o menos un minuto decidir. Solo Amelia sabe mi secreto, y me siento indecisa porque no sé si quiero que sean dos personas en vez de una, pero entonces Tyler me anima con un movimiento de la cabeza, como si estuviera convenciéndome para saltar por un precipicio con él, y me doy por vencida.

Respiro hondo un par de veces, reuniendo el valor para hablar. La verdad es que no quiero admitir lo que está sucediendo.

—Me encanta Portland. Es una ciudad increíble para crecer —afirmo con una especie de sonrisa triste, como si estuviera recordando los viejos buenos tiempos, como dirían mis abuelos—. Tenía tres superbuenas amigas. Amelia, Alyssa y Holly.

—¿Tenías?

—Tenía —confirmo. Tyler me mira con mucho interés, prestando atención a cada movimiento mío, a cada palabra—. Cuando mis padres se divorciaron yo tenía trece años, y me afectó mucho. Solía llorar hasta quedarme dormida, porque mamá lloraba y papá no estaba, y yo no sabía cómo hacer para que ella se sintiera mejor y sencillamente todo era un asco. Un grandísimo asco. —Hago una pausa de un momento, me resulta difícil dejar salir las siguientes palabras de mi boca, pero de alguna manera lo logro, de alguna manera puedo asumirlo—. Empecé a comer mucho porque estaba muy mal, y subí de peso en primero de secundaria. Alyssa y Holly tuvieron mucho que decir al respecto.

Puedo ver cómo Tyler echa una mirada a mi cuerpo, y solo logra hacerme sentir más insegura que antes. Intento respirar.

—No estás gorda —dice de forma abrupta, como si estuviera enfadado conmigo por siquiera sugerirlo.

—Eso es porque corro, Tyler.

Continúa observándome, como si estuviera intentando averiguar lo que estoy pensando, del mismo modo que yo siempre estoy intentando descifrarlo. Lentamente mueve su cuerpo por el suelo, casi con cautela, y luego se sitúa directamente delante de mí. Mi cuerpo está atrapado entre sus piernas y pone las manos sobre mis rodillas, su contacto hace que me encoja.

—Sigue hablando.

Mi sucesión de pensamientos se interrumpe por el deseo de acercarme y besarlo, así que me pongo una mano en la mejilla y me obligo a continuar.

—Me hicieron sentirme como una mierda —admito, porque es verdad. Alyssa y Holly me trataron fatal durante más de un año, soltaban indirectas insidiosas sobre mi peso en cada conversación, y causaron la caída en picado de mi salud mental—. Tenía a dos de mis supuestas mejores amigas llamándome gorda cada día, así que empecé a correr. Ya no nos hablamos, pero todavía me critican a mis espaldas. Es algo difícil, porque Amelia... Amelia sigue siendo amiga de ellas. No obstante, se ha mantenido a mi lado todo el tiempo.

—Eden —dice Tyler, con firmeza otra vez, como si la única forma de mantener mi atención fuera usando la fuerza de mi nombre—. Por eso siempre dices que no tienes hambre, ¿no?

Mis labios se separan mientras lo miro, casi avergonzada de que me haya prestado tanta atención. Ni siquiera papá se ha percatado. Pero es normal, siempre ha sido un egoísta.

—¿Te has dado cuenta?

—Solo ahora. —Mueve la vista para mirar mis piernas, mientras me toca con los dedos desde las rodillas hasta los muslos. Rozando ligeramente mi piel—. Solo para que lo sepas, estoy totalmente en desacuerdo con esas chicas. Lamento lo que te hicieron.

Con su cabeza inclinada hacia mis muslos mientras continúa trazando una ruta con los dedos, me mira a través de sus pestañas, sus ojos increíblemente poderosos, y yo me rindo ante la fuerza y la sensación de su piel junto a la mía.

Y él tiene que sentir la forma en que mis hombros se relajan y me desplomo un poco con un suspiro de alivio, y ha de notar la manera en que todo mi cuerpo se vuelve casi flojo al sentir su tacto, y debe de estar compartiendo los mismos pensamientos que yo, porque sus dedos dejan de dibujar círculos en mi piel y me agarra los muslos, inclinándose y chocando sus labios con los míos.

No sé por qué, pero me encanta cuando él domina la situación por completo. Es como si hiciera todo el trabajo duro mientras yo disfruto de la excitación y de la adrenalina. Me estoy empezando a acostumbrar a cómo encajan sus labios con los míos. Mis brazos parecen moverse por sí solos, rodean su cuello mientras sonrío cuando me besa. Me gusta que

esto empiece a parecer algo familiar.

No pasa mucho tiempo hasta que sus manos dejan de apretar mis muslos, sus dedos se deslizan hacia otro sitio, un lugar nuevo y peligroso. El beso se hace más lento mientras su concentración pasa de sus labios a sus manos. Juguetean por el dobladillo de mi camisa durante un momento, rozando la tela como si estuviera esperando a que yo le pusiese trabas, pero no quiero que pare. Aprieto más mis brazos alrededor de su cuello y acerco sus labios para que me besen con más fuerza.

Tyler capta el mensaje. Coge mi cintura con una mano por debajo de la camisa mientras con la otra busca el camino hacia mi sujetador, dejando una huella excitante de su tacto por mi cuerpo. No sé cómo lo logra, pero introduce su mano por debajo del encaje y coge mi pecho en ella con un suave movimiento. Separa sus labios de los míos, apartándose un poco para mirarme a los ojos durante un momento, antes de acercarse otra vez para plantar una hilera de besos por el borde de mi mentón. Sus manos siguen en mi cuerpo, su pulgar frota mi pecho con suaves círculos, su piel fría pero extrañamente sensacional. Pronto su otra mano se une y de repente me siento cohibida. Estoy mirando hacia el techo con los ojos entrecerrados, con el rostro ladeado mientras Tyler me besa el cuello y acaricia mis pechos. Nunca he sido muy agraciada en esa zona, sobre todo si se me compara con Tiffani, y de repente me entra la paranoia de que Tyler suelte una carcajada en cualquier momento, pero no lo hace.

Noto que un gemido sube por mi garganta, y hago todo lo posible por sofocarlo, avergonzada como ya estoy, pero entonces Tyler suspira contra mi cuello y su aliento me hace cosquillas en la piel. Muevo mis manos hacia su mentón y atraigo sus labios hacia los míos, pero antes de que se unan otra vez, nuestras miradas se encuentran durante un instante. Recuperamos el aliento mientras nos miramos, cómodos en nuestro abrazo e incapaces de reprimir las sonrisas que afloran en la comisura de nuestros labios.

No deberíamos estar besándonos en el suelo de este cuarto de baño, y sus manos no deberían estar sobre mi cuerpo, y yo no debería estar disfrutándolo. La escandalosa naturaleza de todo esto lo hace incluso más excitante.

Y vale la pena aún más.

# 25

Tyler y yo escapamos de nuestro encierro en el cuarto de baño dos horas después. Nuestros padres regresaron a casa con un hijo con una muñeca fracturada para encontrar a un segundo hijo que los esperaba con desesperación, preguntándose por qué lo habían dejado solo para valerse por sí mismo. No tenían ni idea de que Tyler y yo habíamos permanecido en casa todo el tiempo, supervisando a Chase desde la distancia. Podía oír que Ella estaba furiosa, probablemente pensando que me había escaqueado de cuidar a Chase y que había desaparecido otra vez, pero cuando se pusieron a llamarnos, descubrieron que estábamos en la habitación justo encima de sus cabezas. Tuvimos que mentir para acceder a nuestra libertad.

—No sé cómo pasó —dije. No solo estaba mintiendo a través de la puerta, estaba mintiendo como una bellaca.

—Yo tampoco —añadió Tyler.

—Vine a buscarlo y choqué contra la puerta —apostillé. Otra mentira. A mi lado, Tyler se apretaba el dorso de la mano contra los labios para sofocar la risa.

Papá dijo que llamaría al manitas del barrio, el señor Forde, para que viniese enseguida. Pero evidentemente al señor Forde no le preocupaba mucho la reputación de su servicio al cliente, porque llegó al otro lado de la puerta cuarenta minutos más tarde. Se necesitaron treinta dólares, varios intentos con ganzúa y varios usos del taladro para desarmar la cerradura, y por fin salimos Tyler y yo con cara de avergonzados.

No volvimos a hablar durante el resto de la noche. No fue porque yo no quisiera. Fue porque pasó más de una hora al teléfono con Tiffani, su voz sonaba agotada por el esfuerzo de parecer suave y suplicante, intentando disculparse de la mejor manera por su «error accidental» que sucedió «sobre la marcha» y que él «en realidad no lo quiso hacer». Lo

pude escuchar todo a través de las finas paredes que separan nuestras habitaciones. Le dijo mentira tras mentira, poniendo una sobre la otra como ladrillos edificando una tapadera, alegando que una chica de secundaria de Inglewood había querido ver su coche cuando iba de camino a reunirse con sus amigos, y que de alguna forma la quinceañera terminó sentada en sus rodillas. Una historia bastante inverosímil, pero Tiffani se la creyó. Su arrepentimiento sonaba tan forzado y falso que casi tenía ganas de derribar la pared y preguntarle a qué estaba jugando. Pero no lo hice, porque recordé que la chica de secundaria de Inglewood en realidad era yo.

Así que anoche me dormí con la mente divida en dos. Una parte se ahogaba en la culpabilidad, pero la otra flotaba enamorada imprudentemente de la idea de Tyler y los secretos que se esconden en la profundidad de su ser.

Porque, de alguna manera, he logrado convertirme en uno de ellos.

—Y esa es la razón por la que los tíos británicos son mejores que todos estos palurdos estadounidenses — anuncia Rachael, al fin, tras cinco minutos de discurso comparando las dos nacionalidades.

Según ella, los chicos británicos son mejores porque tienen acentos monos y usan palabras monas y son, en general, monos, y ese es el grado más avanzado de sus argumentos.

Meghan expresa sus propias opiniones. Ella alega que los franceses son mejores, porque te besan encima de la torre Eiffel y te susurran «*Je t'aime*» mientras compartes una botella de vino.

Las dos fantasías de novios europeos son algo estereotípicas, pero yo me limito a reír y bajo la vista hacia la acera. Acabamos de dejar la Refinería, así que noto mi café para llevar caliente en la palma de la mano, mientras camino algo rezagada detrás de mis dos acompañantes, mi mirada sigue las líneas de los bloques de hormigón.

—Eden —dice Rachael, girándose con una sensación de urgencia—. Tú tienes la última palabra: ¿británico o francés?

Ella y Meghan se me quedan mirando, sus expresiones son intensas, como si yo estuviera a punto de anunciar quién acaba de ser elegido presidente.

Yo me limito a encogerme de hombros.

—Francés —respondo.

La cara de Rachael se distorsiona con asco mientras se da la vuelta y se aleja taconeando para mayor efecto dramático. Meghan sonríe y me dice que he escogido la opción adecuada, y entonces nos apresuramos entre la corriente de peatones hasta que alcanzamos a Rachael otra vez, quien parece haber superado su enfado cuando llegamos a ella.

—Tenemos que esperar a Tiff en Broadway —nos recuerda cuando llegamos al Paseo y giramos en la esquina para coger la calle Tres.

Dado que hoy hace unos trescientos grados en la calle, no es ninguna sorpresa que haya gente arrastrando los pies, empujándose los unos a los otros mientras zigzaguean para hacer sus compras. No sé dónde queda Broadway, pero desde luego que Meghan y Rachael sí, así que me pongo detrás de ellas y las sigo otra vez mientras barremos con la vista en dirección sur de la calle Tres. Siempre que vengo aquí, veo tiendas que de alguna manera me pasaron desapercibidas la última vez, como Rip Curl, una empresa australiana que vende ropa para deportes acuáticos, y la pizzería Johnnie's New York, que parece adorablemente italiana y me recuerda a Dean.

Rachael aminora el paso y se detiene delante de un H&M; subiéndose las gafas hasta la cabeza, mira a través de las vitrinas a los maniquíes envueltos en diseños florales.

—Una camisa mona —comenta.

Con un movimiento de la cabeza se coloca las gafas sobre los ojos y echa a andar; esta vez tanto Meghan como yo tenemos que hacer un esfuerzo por mantener su ritmo. Es como si el estatus de alfa le fuese traspasado a Rachael cuando Tiffani no está presente para ocupar su papel, pero hoy el cambio no dura mucho. Estamos a punto de encontrarnos con Tiffani en cualquier momento.

Llegamos al final del Paseo y enfilamos hacia Broadway, donde el Paseo conduce a Santa Mónica Place, una calle peatonal exclusiva abarrotada de tiendas de diseño a la que las chicas me han llevado un par de veces. Pasamos Nordstrom y nos quedamos esperando en la esquina de Broadway y la calle Dos. Meghan apoya la espalda en la vitrina de la tienda mientras entorna los ojos hacia el sol, y Rachael se cruza de brazos y da golpecitos con sus tacones en el pavimento mientras observa el tráfico. Durante un rato la miro y me pregunto qué busca, pero enseguida queda patente.

Tras unos minutos se pone derecha, deja colgar los brazos a ambos lados de su cuerpo, con una expresión curiosa. Sigo su mirada. Esta aterriza sobre el coche blanco que acaba de parar al otro lado de la calle, las ventanas bajadas, el motor aún ronroneando hasta que se detiene del todo. Es Tyler. Mi mandíbula se pone rígida. En estos momentos hay tanta tensión entre nosotros que es casi insoportable estar cerca de él, en especial bajo los ojos atentos de nuestras amistades.

—¿Por qué está sonriendo? —Meghan pregunta mientras se mete entre Rachael y yo, con una mano apoyada en la cabeza, los dedos entrelazados con su cabello.

—Porque está loca —contesta Rachael de modo inexpresivo.

Cuanto más miro hacia el coche, más siento que el mentón se me crispa, y cuanto más se me crispa, más me frustra toda la situación. Tiffani está en el asiento del pasajero. Sabía que estaría ahí. Lo primero que decidió decirme Tyler esta mañana cuando me desperté fue que salía porque había quedado con ella, así que no es ninguna sorpresa verla con él.

Las tres observamos por un momento mientras la pareja habla dentro de la intimidad del coche. Tyler tiene el ceño fruncido mientras que Tiffani ladea el cuerpo para mirarlo de frente, agitando las manos mientras habla. Me gustaría saber qué están diciendo. Tyler sonríe, pero no con los ojos, y ella se inclina por encima de la consola central del Audi para besarlo.

—¡Está loca! —grita Rachael, su repentina salida de tono llama la atención de la gente a nuestro alrededor, pero no parece darse cuenta cuando levanta las manos con frustración. Me sorprende que no tire el café hacia el coche—. ¡Es una maldita lunática!

Estoy pensando lo mismo de Tyler. Solo que no lo digo en voz alta.

Algo está sucediendo dentro de mí, como si alguien le hubiera dado a un interruptor, y de repente una ola de furia inunda mis venas. Intento convencerme de que no se trata de celos, de que no estoy celosa. Pero lo estoy. Mi mano aprieta el vaso y casi lo aplasto. Lo estrujo tan fuerte que la tapa de plástico sale disparada y cae al suelo, delicados hilillos de vapor flotan hacia arriba en el aire. De inmediato me llevo el vaso a los labios y bebo mientras observo la escena que se desarrolla al otro lado de la calle.

Por fin Tyler se aparta de Tiffani. Ella está riéndose como una preadolescente locamente enamorada, como si volviera prendada de él.

Eso me saca de quicio. Tiffani tendría que odiarlo. No deberían estar haciendo las paces ni seguir juntos, pero es evidente que lo están. Cuando Tiffani se apea del coche, cruza corriendo entre el tráfico hacia nosotras, con una enorme sonrisa.

Yo sigo bebiendo mi café a sorbos, sin apartar el vaso de la cara, fingiendo estar demasiado distraída para hablar. Pero mientras Tiffani nos alcanza, el coche de Tyler sigue allí, al otro lado de la calle. Parece que él también me ha visto. A través del parabrisas, me está observando, mirándome fijamente, hasta que al fin me sonríe. En parte como disculpándose, y en parte parece una sonrisa genuina, como si se alegrara de verme. Le devuelvo el gesto, pero nuestro momento se ve interrumpido cuando Tiffani se une a nosotras en la acera.

Rachael deja escapar un gemido horrorizado y lanza su café en una papelera cercana, como queriendo demostrar su rabia ante el buen humor de Tiffani.

—¿Qué te pasa?

Mis ojos se dirigen a Tiffani. Por encima de su hombro veo cómo el coche de Tyler acelera por Broadway, dejando una estela de humo y admiradores boquiabiertos. Tiffani, por su parte, por desgracia sigue aquí. De alguna manera, su sonrisa se sigue ampliando, así que yo continúo fingiendo que estoy bebiendo inocentemente mi café con leche. Pero no soy inocente. De hecho, soy la persona más culpable de la zona, y mi café se acabó hace veinte segundos.

—¿Qué? —Tiffani pestañea con sus grandes ojos, se la ve casi perpleja.

—¡Eso! —Rachael señala en la dirección en que Tyler acaba de desaparecer—. No puedo creer que lo perdones con tanta facilidad.

La sonrisa de Tiffani se convierte en un puchero mientras mueve las pestañas con rapidez y mira desde detrás de ellas. Hay un enorme contraste con cómo se la veía ayer, cuando lloró lo suficiente como para llenar quinientos cubos de lágrimas y parecía totalmente miserable.

—Me ha dado explicaciones, Rachael.

—¿En serio vas a tragar sus gilipolleces?

—No son gilipolleces.

Hay un momento de silencio cuando Rachael ladea la cabeza y frunce los labios, pero Meghan aprovecha la oportunidad para hablar.

—¿Cuándo has comprado ese bolso, Tiffani? —pregunta con

sospecha.

—Es nuevo, ¿no?

Las cuatro miramos hacia el accesorio que cuelga del brazo de Tiffani. Es un bolso marrón con el monograma de Louis Vuitton, el cuero resplandece bajo el sol. Tiffani sonríe avergonzada.

—Bueno… —dice lentamente, y luego se muerde el labio inferior—. Tyler me lo ha comprado.

—Lo que pensaba —murmura Meghan, y frunce el entrecejo mientras sacude la cabeza con desaprobación—. Por lo menos ahora sabemos que solo se necesita un bolso de mil dólares para conseguir el perdón de Tiffani Parkinson.

Al oír esto, Tiffani se ríe. Yo no. Muerdo el borde del vaso para aguantarme las ganas de decir algo que no debería, mis dientes se hunden el cartón tan fuerte que casi hago un agujero.

—Podría haber donado ese dinero a alguna asociación benéfica —remarca Rachael frunciendo el ceño, y yo estoy de acuerdo con su comentario. Estoy bastante segura de que la gente sin techo se beneficiaría más de ese dinero que Tiffani de su bolso de cuero—. Todas sabíamos que acabarías perdonándolo tarde o temprano.

—Y tú podrías haber dejado de liarte con Trevor hace seis meses —Tiffani le suelta a su vez—. Todas sabíamos que acabarías enamorándote de él.

Meghan se ríe por la nariz ruidosamente, y enseguida se cubre la boca con la mano. Se sonroja, pero sigue riéndose. Echo un vistazo a Rachael por encima de mi vaso, sus labios se han abierto para formar una O. Se la ve algo aturdida durante un momento, como si estuviese sufriendo una conmoción cerebral y se le hubiera olvidado cómo hilvanar las frases. Creo que puede estar enfadada, pero se limita a suspirar.

—Bien —resopla—. Puedes perdonar a Tyler.

—Gracias por tu aprobación —dice Tiffani con sarcasmo—. Ahora, ¿podemos entrar en el centro comercial, por favor? ¡Me muero por un helado de Johnny Rockets!

A estas alturas estoy bastante impresionada con mi capacidad para morderme la lengua, por aguantarme y actuar como si estuviera bebiendo el mejor café con leche que jamás hubiese bebido en mi vida. Mientras volvemos por Broadway y pasamos Nordstrom y Nike, tiro el vaso mordisqueado en una papelera.

—Date prisa, Eden —grita Meghan por encima del hombro cuando giramos para entrar en el centro comercial, y se detiene un momento para que yo las alcance, lo que hago sin ninguna gana.

Santa Mónica Place fue construido exclusivamente para los ricos. Me he dado cuenta cada vez que he estado aquí, porque no es difícil observar a la gente que se siente feliz de poder presumir de su riqueza. Desde el hombre trajeado que mira el escaparate de Hugo Boss hasta la mujer del vestido sofisticado y los tacones que está contemplando un reloj en el escaparate de Michael Kors, es evidente que tienen el dinero que están deseosos de gastar. Tyler es igual.

Santa Mónica Place es un centro comercial al aire libre, tiene cuatro pasarelas peatonales que conducen a un centro ovalado, rodeado de tiendas glamurosas. Es tan complejo y único y moderno que me hace sentir fuera de lugar, pero sigo a las chicas de todos modos. Subimos por las escaleras mecánicas hasta el tercer y último piso, que tiene una zona al aire libre para comer, y nos vamos directas a Johnny Rockets. Johnny Rockets es otra cadena de comida rápida que no tenemos en Oregón, porque Oregón es un asco y parece estar privado de casi todo, salvo de la lluvia. En Oregón nunca nos falta la lluvia.

Cuando llegamos a la zona de los restaurantes, Tiffani se compra algo llamado Super Sundae, Meghan y Rachael eligen el Perfect Brownie Sundae y yo simplemente pido agua.

—Los chicos ya están de camino —nos dice Tiffani sin apartar la vista de su teléfono. Le envía un mensaje de texto a alguien, probablemente a uno de los chicos, y al mismo tiempo saca una cucharada de helado, sin apartar los ojos del aparato que sostiene en las manos—. Por fin han decidido lo que haremos este sábado.

—¿Qué pasa el sábado? —espeto abruptamente, la curiosidad me pierde otra vez, y después de hablar me doy cuenta de que es lo primero que he dicho desde que decidí que los chicos franceses eran mejores que los británicos.

Los ojos de Tiffani parpadean desde su teléfono mientras traga el helado que se acaba de meter en la boca. Me observa fijamente durante un buen rato antes de mirar a Rachael y a Meghan, que están sentadas al otro lado de la mesa.

—¿Lo dice en serio?

—La fiesta anual de verano —explica Rachael, clavando la mirada en

mí mientras su cuchara planea por encima de su brownie. La mueve haciendo círculos en el aire—. La fiesta más grande y excitante del verano.

—Ah —digo.

De inmediato desenrosco la tapa de mi agua y bebo un largo sorbo.

—Consiguen un permiso y cierran la mitad de la playa —explica, aunque no estoy muy interesada en los detalles exactos, y tampoco sé exactamente quiénes son «ellos»—. Se supone que hay que tener más de veintiún años para entrar, pero, bueno, ya sabes… —Se arregla el pelo de manera juguetona y frunce los labios—. Va todo el mundo. No es que haya exactamente una puerta en la playa donde los guardias de seguridad te puedan pedir el carnet.

—¿Guardias de seguridad?

—Hay muchas peleas —explica Tiffani—. Y por supuesto no puedes beber allí, porque es un espacio público. A no ser que quieras que te arresten, como les pasa a muchos.

—Entonces —interrumpe Rachael, sin vacilar— te emborrachas antes de ir. Lo único es que no hay que ponerse pedo del todo, porque si llamas la atención te echan por ser menor de edad.

Tiffani pone el teléfono sobre la mesa y alcanza su helado, cogiendo una cucharada lentamente. Sonríe al tiempo que me lanza una mirada peculiar y dice:

—No creo que tengamos que preocuparnos de que Eden se ponga pedo.

Frunzo los labios y entrecierro los ojos hacia ella algo ofendida, mientras ella y Rachael reprimen la risa.

—¿Qué se supone que significa eso?

La sonrisa de Tiffani se convierte en una mueca algo sarcástica mientras intercambia una mirada con Rachael. Se lleva la cuchara a los labios.

—Es que no eres exactamente muy…

—No soy muy ¿qué, Tiffani?

Me mordisqueo la parte interior de las mejillas mientras cinco millones de palabras se me pasan por la cabeza al mismo tiempo. ¿Muy guay? ¿Popular? ¿Sociable? ¿Guapa? En otras palabras, ¿no muy parecida a ellas?

—Temeraria —concluye, y se mete la cuchara de helado en la boca.

¿Temeraria? ¿Qué no soy *temeraria*? Casi me río por la nariz como

Meghan, pero de alguna manera logro reprimir la carcajada en la garganta. «Ay, Tiffani —pienso—. Te puedo asegurar que soy la hostia de temeraria.» Si ellas supieran...

Tiffani traga y clava la mirada en mí, percatándose de mi silencio.

—¿Dónde estuviste el martes por la noche?

—¿El martes?

Mi voz suena entre un susurro y un chillido. El martes por la noche estaba en el muelle con Tyler. Desde luego que no estaba con Meghan, y Tiffani lo sabe.

—Sí, el martes.

Pestañea en mi dirección esperando una respuesta. No sé por qué me lo pregunta otra vez. Es como si intentara pillarme por sorpresa, como si estuviera esperando a que yo tuviese un lapsus y soltase la verdad de manera casual delante de todas.

Rachael también me está mirando, e intensifica la presión de la pregunta de Tiffani. Me sudan las palmas de las manos. Meghan se ríe por la nariz otra vez, y me pregunto si Johnny Rockets no le habrá metido un par de gramos de hierba en el brownie. No para de reírse.

Tiffani deja escapar un suspiro.

—¿Adónde fuiste en realidad?

—¡Ay, Dios mío! —casi grita Rachael, se levanta de un salto y se reclina por encima de la mesa—. ¡Estabas montándotelo con Jake!

Tiffani se gira hacia ella.

—Eso es lo que pensé yo.

Mis hombros se relajan aliviados. Gracias a Dios que ese es el secreto que pensó que yo ocultaba. Llevo todo este tiempo preocupada por que Tiffani descubriese que era yo la que estuvo con Tyler el martes, pero eso ni se le pasa por la cabeza.

—Tal vez —digo con una pequeña sonrisa.

Miro hacia otro lado. Prefiero que piensen que andaba a escondidas con Jake que con Tyler.

Cuando digo esto, Rachael casi lanza todo su cuerpo por encima de la mesa. Tiene la boca abierta y sacude la cabeza con rapidez, como si no pudiera creer lo que está escuchando. No la culpo, yo tampoco lo haría.

—¿Triunfaste? ¡Eden, dínoslo!

Meghan explota en un ataque de risa, y las tres nos giramos para mirarla, confundidas. Ella se muerde el labio para reprimirlo, pero al

final cierra los ojos con fuerza y susurra una disculpa. Hasta este momento no me había dado cuenta de que había estado enviando mensajes de texto todo el tiempo.

—Meg, ¿de qué te ríes? —pregunta Tiffani, algo picada.

—Lo siento —Meghan farfulla otra vez mientras hace todo lo que puede por controlarse—. Estoy hablando con Jared. Es divertidísimo.

—¿Quién coño es Jared? —inquiere Rachael.

—¡El tío de Pasadena! El de la playa —responde. Le sonríe a Tiffani y luego le dice—: Él y sus amigos vienen el sábado.

—¡Ay, Dios mío, tú y Eden sois ridículas! —Rachael se cruza de brazos y pone los ojos en blanco—. ¿Ambas andáis hablando con chicos y a ninguna se le ha ocurrido contárnoslo?

—Tú nunca nos contaste nada de Trevor —replica Tiffani con una sonrisa juguetona—. Nos enteramos porque Meghan os descubrió por casualidad en la fiesta de Jason el año pasado.

—Déjalo estar —dice resoplando pero sonriéndose.

Los chicos llegan cinco minutos más tarde. Y lo agradezco, porque hemos estado sentadas escuchando a Meghan enumerar todo lo que encuentra divertido de Jared, y ya está empezando a repetirse.

Están Tyler, Dean y Jake, y noto que Dean se ha colocado entre los dos. Todavía no entiendo cómo Tyler y Jake son amigos si se odian. De algún modo pueden obligarse a actuar de manera civilizada. Los tres se dirigen hacia nosotras y cogen sillas de otras mesas. Veo cómo Tyler se acomoda al lado de Tiffani, pero no demasiado cerca. Sus ojos nunca se encuentran con los míos.

—Así que hemos decidido —comienza Jake, cuando ya nos hemos saludado— que el sábado iremos a casa de Dean antes de la fiesta.

—Una fiesta antes de la fiesta —dice Dean. Sonríe mientras nos echa una mirada rápida a los seis, como si estuviera sopesando si nos apuntamos o no—. Nosotros nos encargaremos del alcohol.

—Vosotras, chicas, solo ocupaos de poneros guapas — apunta Jake.

Hace una mueca y se encoge de hombros, se reclina en la silla y cruza los brazos.

Rachael le tira la cuchara por encima de la mesa, y él la esquiva por un centímetro.

—Capullo —farfulla, y él le devuelve una sonrisa torcida.

—Sabes que estoy de broma, Rachy, cariño —comenta con tono

inocente.

Ladea la cabeza como si la estuviera retando a una batalla de rap o algo parecido.

—¡No me llames así!

Mientras ellos discuten, yo no digo nada. Siento demasiada vergüenza al pensar que las chicas creen que me acosté con Jake hace dos días, y también estoy intentando actuar con la máxima indiferencia posible ante Tyler. Demasiado contacto visual podría levantar sospechas, pero nada de nada también podría plantear preguntas. Después de todo, es mi hermanastro. Sería raro que nos ignoráramos. Así que de vez en cuando le echo un vistazo, esperando cada vez que él mire en el mismo momento, pero por algún motivo, nunca puedo captar su atención. Está demasiado absorto mirando la mesa mientras Tiffani le recorre el brazo de arriba abajo con el dedo, y él tiene pinta de estar congelado. Ella no parece darse cuenta. Sus manos alcanzan la mandíbula de él para acercar sus labios a los de ella, pero él aparta la cabeza de forma brusca y ella acaba plantándole un beso en la mejilla. Después de eso, él clava la mirada en el suelo, y no la vuelve a levantar.

Yo ladeo mi cuerpo para darles la espalda ligeramente y busco apoyo en Meghan, pero ella ha vuelto a su teléfono, resoplando y soltando risitas con los mensajes de texto de Jared. Lanzo una mirada asesina al grupo. Todos me irritan de una u otra manera, salvo Dean. Mis ojos aterrizan sobre él, sentado en el lado opuesto de la mesa y con pinta de sentirse tan excluido como yo.

—Frikis —me dice moviendo los labios sin hablar.

Sonríe y yo pienso en el billete de cinco dólares en el que escribió y le devuelvo la sonrisa, pero entonces la voz de Rachael me distrae:

—Eden, tú y Jake deberíais ir a dar un paseo o algo — sugiere con un tono pícaro en la voz, mirándome con ojos muy abiertos y animosos. Me hace un movimiento seco con la cabeza y luego se dirige a Jake—. Idos, tortolitos.

Jake enarca las cejas, se lo ve perplejo, como si quisiera preguntar «¿Qué demonios?», pero logra reprimirse. Se pone de pie y deja caer su mirada sobre mí antes de indicar hacia las escaleras con la cabeza.

—¿Eden?

Rachael me mira rebosante de alegría, Dean ha desviado los ojos hacia el cielo, y Tyler por fin ha levantado la vista, atento. Ahora Tiffani

está trazando círculos en su cuello con el dedo índice, pero él no parece prestarle atención, solo me mira con furia.

Jake sigue esperando, así que me levanto a toda prisa y murmuro a todos:

—No tardaremos mucho.

Luego rodeo la mesa hasta que lo alcanzo. No me quedo esperando una respuesta de nadie, así que Jake y yo nos vamos solos. Zigzagueamos por la zona de los restaurantes y tiendas de comida.

Jake se mete las manos en los bolsillos, mientras bajamos por las escaleras mecánicas hacia la segunda planta del centro comercial. Se apoya en el pasamanos.

—Y bien, ¿qué hay?

—Poca cosa —respondo. No me apetece demasiado hablar con él, sobre todo después de ignorar sus mensajes durante semanas. Tenía esperanzas de que se diera por vencido. Si hubiera sido así, ahora no estaríamos en la incómoda situación en la que nos encontramos—. Hace tiempo que no hablamos.

—Dímelo a mí.

—He estado ocupada.

—Me lo imagino.

Hay tensión en el ambiente cuando bajamos de las escaleras y caminamos a paso tranquilo hacia la barrera de cristal que rodea toda la planta. Miramos hacia abajo, a toda la gente que se encuentra en el piso de abajo mientras se mueven de tienda en tienda. Jake está inclinado hacia delante, con los brazos cruzados apoyados en la barrera, y yo paso lentamente los dedos por el metal.

—Sabes que tengo que volver a casa el mes que viene, ¿no?

Lo miro de reojo, pero no ladeo la cabeza para hacerlo de frente. Él no me devuelve la mirada. Sé que esto no es lo que Rachael tenía en mente cuando nos animó a irnos solos, pero me ha dado la oportunidad perfecta para aclarar las cosas con él.

—Sí, lo sé —asiente.

—Bueno —digo, aunque mi voz está llena de inquietud, preocupada por que malinterprete mis palabras—. Pues tal vez deberíamos centrarnos en ser tan solo amigos.

Jake sigue sin mirarme, pero se encoge de hombros y observa a un grupo de chicas que pasan por el piso de abajo. Parecen ser de

bachillerato, y me pregunto si Jake las conoce.

—Como quieras, Eden —farfulla—. Jamás iba a ser algo serio. Solo un poco de diversión, ya me entiendes.

Pestañeo y doy un paso hacia atrás.

—Guau.

—¿Qué? —Ahora me mira. Se endereza y entrecierra sus ojos azules, actuando como si no acabara de decir lo que acaba de decir—. Creí que lo sabías.

—Lo sabía —digo con aspereza, dándome cuenta de repente de que Tyler tenía toda la razón cuando me dijo que Jake era un ligón. Solo un poco de diversión, eso es a lo que juega. Nada serio, porque eso no mola —. Pero no me lo había creído hasta ahora.

Ni siquiera sé por qué me estoy enfadando por esto. De hecho, tendría que estar encantada de quitarme a Jake de encima, y contentísima por que no se sienta ofendido. De todas formas, no creo que jamás me haya visto con él. Besaba bien, y esa noche fue divertida, pero Jake y yo no vamos a ir más lejos. Somos simplemente amigos. Sin el roce al que él cree tener derecho.

Suspiro y me froto las sienes.

—Vale, lo que quieras, está guay. Me invitaste al Chick-fil-A, así que gracias.

—Guay —se ríe, pero se le nota un poco agitado.

Jake parece un chico agradable, pero ahora mismo tiene una mirada que me hace preguntarme si es una persona totalmente diferente cuando las cosas no salen como él quiere.

No sé qué responderle, y parece que él ya no tiene nada más que decir, así que me doy la vuelta y me dirijo sigilosamente hacia las escaleras. Él me sigue. Volvemos hacia la zona de comida en la planta de arriba, donde nuestras amistades siguen sentadas. Tiffani, de alguna manera, ha logrado despatarrarse sobre el regazo de Tyler. Desde luego que se toma en serio el dicho de «lo pasado pisado». Pero noto que él no comparte su entusiasmo. Ella está muy cariñosa, pero Tyler tiene cara de póquer y las manos en los bolsillos.

Rachael contornea las cejas hacia mí cuando nos acercamos, pero yo finjo que no me doy cuenta y cojo mi botella de agua de la mesa. Tiffani por fin se separa de Tyler y los siete, para mi sorpresa, tenemos una conversación por primera vez, para hablar de la fiesta del sábado y qué

alcohol comprar y quiénes creen que aparecerán en la playa. Yo solo asiento con la cabeza, mostrando mi acuerdo con todo lo que dice Rachael y esperando que eso sea suficiente para superar el momento.

Esa noche, después de que Rachael y yo por fin regresamos a casa a la avenida Deidre, comí con desgana los macarrones con queso que había preparado Ella para la cena, salí a correr, y luego me desplomé en la cama poco después. Todo un día de que me arrastrasen de tienda en tienda fue demasiado para mí; el agotamiento de tener que socializar de forma intensiva combinado con la carrera fue suficiente para quedarme dormida mucho antes de medianoche.

No sé lo que estaba pensando antes de quedarme frita, pero estoy bastante convencida de que se trataba de Tyler. Sé que él fue todo lo que me ocupó la mente mientras corría. No me podía quitar de la cabeza el día de hoy. Fue la manera como llegó al centro comercial con Tiffani y su nuevo bolso en el que se gastó un pastón, besándola como si la noche anterior no hubiese estado besándome a mí. Fue la manera como me sonrió después, la manera como frunció los ojos, la manera como lleva todo en secreto, como lleva lo nuestro en secreto. Eso es lo que no podía dejar de pensar.

De repente me despierto otra vez, mi habitación oscura, la casa en silencio. Miro fijamente hacia el techo con los ojos entrecerrados y detrás de mí escucho el crujido de la puerta que se abre, y me doy cuenta de que eso es lo que me ha desvelado. Gimo en el edredón.

—¿Estás despierta? —susurra una voz al otro lado de mi habitación.

Es Tyler, y mis ojos se abren de inmediato, mi puerta se queja mientras se vuelve a cerrar.

«Ahora seguro que lo estoy», pienso. No me muevo ni un centímetro. Mis ojos se posan en la sosa pared mientras escucho el sonido ahogado de las pisadas de Tyler cuando arrastra los pies sobre la alfombra.

—Sí —murmuro—. ¿Qué hora es?

—Las tres —responde. Su voz es susurrante, como si no debiéramos atrevernos a hacer ningún ruido. Escucho que exhala detrás de mí justo cuando el colchón se mueve debajo de mi cuerpo, el edredón se desliza mientras él se mete en mi cama—. ¿Puedo dormir contigo?

Todavía estoy medio dormida, y los párpados se me vuelven a cerrar,

pero las comisuras de mis labios dibujan una pequeña y cansada sonrisa. Cuando no contesto enseguida, Tyler se pone a balbucear:

—Quiero decir, no para montármelo contigo, solo para dormir, ya me entiendes, para descansar —se explica con rapidez, su aliento me hace cosquillas en la nuca, su cuerpo ni me roza.

—Entiendo lo que quieres decir —contesto.

Hay un largo silencio. Lo único que puedo oír es nuestra respiración, totalmente desacompasada. Cada vez que yo inhalo, él exhala, y casi comienza a sonar rítmica hasta que la suya se ralentiza. Es entonces cuando siento su piel cálida, desnuda, que se acopla a mi espalda, su pecho duro, aunque agradable, sus largos dedos que se mueven para tocar mi brazo. La sensación hace que me dé un escalofrío.

—Siento lo de Tiffani —susurra al lado de mi oreja, mientras con la otra mano me acaricia el pelo.

—Deberías sentirlo.

—Déjame buscar una solución —casi ruega, su voz tiene un tono que no puedo entender del todo, y, más bajito, añade—: Estoy intentando encontrar la manera de arreglarlo todo.

Yo sigo mirando hacia la pared.

—¿Como qué?

—Eden —dice—. Por si no te has dado cuenta, estoy bastante hecho mierda.

Separa su cuerpo del mío y se gira hacia el otro lado, por fin aparto la vista de la pared y me acuesto de costado mirando en la otra dirección.

Ahora observo fijamente su espalda, la vista posada en el tatuaje, en su omóplato. Levanto la mano y presiono la tinta con un dedo.

—Yo no diría eso. Más bien perdido.

—¿Perdido?

—Sí —afirmo. Mi voz apenas es audible—. Pienso que estás perdido.

—¿Qué te hace pensar eso?

Trazo una línea desde su tatuaje hacia el final de su espina dorsal y luego hacia arriba hasta su otro hombro, acercándome a él, anhelando el calor de su piel. Lo rodeo con el brazo y cierro los ojos; momentos antes de quedarme dormida otra vez susurro:

—Que no tienes ni idea de lo que estás haciendo o hacia dónde vas.

Y cuando son las siete, ya se ha ido.

# 26

—¡Estoy de los nervios! —chilla Rachael desde su armario, la tarde del sábado. Oigo el chirrido de perchas justo antes de que entre girando sobre sí misma en la habitación vestida con un sujetador sin tirantes, y con una colección de tops en las manos—. A ver, ¿cuál?

Me apoyo en los codos encima de su cama y ladeo la cabeza, estudiando las prendas mientras ella levanta cada una de manera individual y las va colgando encima de la puerta.

—El top palabra de honor blanco.

Rachael lo medita un poco antes de decir que está de acuerdo conmigo.

—¡Tienes toda la razón!

Con un movimiento recoge el resto de la ropa y la tira en un montón en una esquina del cuarto y luego se pone la prenda blanca. Le queda bien con la falda larga hasta el tobillo de color cereza que se pasó veinte minutos contemplando.

—¿Estás segura de que esto combina bien?

Frunzo el ceño y luego miro lo que llevo puesto yo, una impecable falda plisada y un body blanco, que hace que mi pecho se vea más impresionante de lo normal. Me he puesto un montón de pulseras en la muñeca, pero todavía creo que voy demasiado informal.

—Es una fiesta en la playa —apunta Rachael despacio, como si yo fuera un niño de dos años que todavía está aprendiendo a comprender las palabras. Se sienta en el suelo para ponerse un par de sandalias doradas, demasiado centrada en lo que lleva en los pies como para mirarme—. Estás muy sexy. Me gusta mucho ese body.

—Solo lo dices porque es tuyo —comento, pero me sonrío.

Tal vez sí estoy sexy por una vez en la vida, y quizá me gusta la sensación de satisfacción que me provoca. Me hace sentir como que

encajo.

Rachael pone los ojos en blanco y luego se levanta, mirándose desde todos los ángulos frente a su espejo de cuerpo entero para asegurarse de que se ve bien. Le digo que está increíble, pero ignora mi comentario mientras las mejillas se le sonrojan, y no volvemos a mencionar la ropa.

—Vamos a ser las últimas en llegar a casa de Dean — advierte unos minutos después, cuando ha acabado de ponerse la tercera capa de brillo en los labios. Hace un puchero delante del espejo—. ¿Estás lista?

—Rachael —digo a la vez que me incorporo de la cama—, hace treinta minutos que estoy lista.

—Eso es verdad —reflexiona.

Con una carcajada, coge el bolso de mano dorado de su tocador y luego da un saltito hacia la cama, extendiendo una mano y agarrándome por la muñeca. De un tirón hace que me levante y luego abre mucho los ojos.

—Recuerda —dice seria—. Bebe todo lo que puedas en casa de Dean, porque en cuanto lleguemos a la playa se acabó. No más alcohol.

Su labio inferior sobresale un poco al pensar que el acceso a la bebida tiene un límite temporal.

—Entendido —confirmo.

Me suelta la muñeca y se va haciendo piruetas hacia la puerta mientras me pongo las deportivas. Cojo mi suéter gris y me lo pongo por encima de los hombros. Ya que la fiesta es en la playa, voy preparada para la brisa del océano. Me echo un vistazo en el espejo al pasar y considero que estoy aceptable.

—Vámonos —sugiero.

Las dos bajamos y nos dirigimos hacia la cocina, donde Dawn está guardando las compras en los armarios. Hace una pausa cuando nos ve y chasquea la lengua.

Rachael pone una voz abrumadoramente dulce mientras se enrosca el pelo en el índice y pregunta:

—Mamá, ¿nos puedes llevar a casa de Dean?

—Rachael, sabes que no quiero que vayas a esa fiesta —le recuerda Dawn, con expresión indecisa mientras mete una lata de rodajas de piña en el armario. Cierra la puerta y se vuelve para estudiarnos, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Ni siquiera tenéis la edad suficiente.

—Pero, mamá —Rachael se queja con un gritito entrecortado—, va

todo el mundo. ¿Quieres que sea una pringada? ¿Es eso lo que soy para ti? ¿Una pringada?

Me dan ganas de reírme por la capacidad de actuación de Rachael, mientras Dawn enarca las cejas mirando a su hija como si estuviera debatiéndose entre ser la mamá guay o la mamá pringada. Al final, debe de optar por mamá guay, porque deja escapar un suspiro resignado.

—No bebas mucho —dice en voz baja, y creo que está a punto de ceder a la petición de Rachael—. Tú tampoco, Eden. ¿Tus padres saben que bebes?

—Mis padres están divorciados —replico con cara de póquer.

Rachael deja escapar una tremenda risotada, pero Dawn solo parece confundida. Por fortuna, no presiona más con el tema, porque si lo hiciera, tendría que decirle que sí, que por supuesto que papá y Ella saben muy bien que voy a ir a una fiesta a consumir todo el alcohol que pueda. En realidad, creen que estoy en el cine.

—Esperadme junto al coche —nos dice Dawn. Se limpia las manos en los pantalones y luego se lleva la palma a la frente, aliviando el dolor de cabeza que según parece le hemos provocado—. Voy a buscar las llaves.

Rachael me dedica una sonrisa triunfante y las dos nos lanzamos hacia el pasillo y hacia la puerta antes de que su madre cambie de opinión. Merodeamos por la entrada para coches al lado del Honda Civic durante unos largos minutos. Rachael aprovecha la espera para comprobar su maquillaje en el espejo del lado derecho, mientras yo miro fijamente hacia la casa del otro lado de la calle. El coche de Tyler sigue estacionado delante de ella. Me pregunto si está dentro, si sigue preparándose para esta noche, bañándose en esa estúpida colonia Bentley que Tiffani adora tanto. La idea me hace rechinar los dientes, así que me doy la vuelta y miro mi reflejo en la ventanilla del coche. Rachael se ha lucido con mi maquillaje, tanto que me pregunto si esa que me mira soy yo.

—Esa frase del divorcio es una manera genial para esquivar preguntas —aprueba Rachael. Su cabeza sobresale por encima del techo del coche cuando se endereza.

—Creo que la usaré más a menudo —afirmo.

Escuchamos el golpe de la puerta que se cierra y vemos a Dawn caminar desganada hasta el coche. Lo abre y las tres nos metemos dentro, yo en el asiento de atrás y Rachael en el del pasajero. Cuando Dawn está dando marcha atrás de repente me pongo nerviosa y siento un poco de

náuseas. No debería. Ya he estado en varias fiestas este verano, porque es el único pasatiempo que esta gente parece tener, pero esta vez me siento más ansiosa. Quizá porque se trata de un evento comunitario, no solo una vulgar fiesta en casa de alguien, o quizá porque sé que somos menores de edad e igual vamos y nos atrevemos a mezclarnos con los adultos. Pero puede que sea esto otro: yo estaré allí, Tyler estará allí y Tiffani estará allí.

El trayecto hasta casa de Dean nada más dura cinco minutos, y solo entonces me doy cuenta, cuando estamos fuera, de que nunca he estado allí antes. Ni siquiera era consciente de que viviera en el mismo barrio que Rachael y yo. Su coche está estacionado delante, y otra vez pienso en el dinero para la gasolina.

Dawn detiene el coche de un frenazo al lado de la acera y se da la vuelta para mirar cara a cara a Rachael. Su expresión es seria, la frente arrugada con preocupación.

—Por favor, no te emborraches —dice bajito—. Recuerda que te faltan cuatro años para llegar a los veintiuno, así que agradece que te deje ir. Sé responsable.

Rachael suelta un dramático suspiro y mira con nostalgia hacia la casa.

—Lo sé, mamá.

Dawn estira el cuello para mirarme de frente, con una pequeña sonrisa en la cara.

—Tú ten cuidado también, Eden.

—Gracias —digo, pero mi tono suena algo sarcástico y por un instante me preocupo de que piense que tengo un grave problema de actitud.

Por fin, Rachael abre la puerta y se baja, así que yo hago lo mismo y me despido de su madre agitando la mano en el aire antes de salir corriendo detrás de mi amiga por la entrada de coches. Gracias a Dios que no llevo tacones; es mucho más fácil hacer cualquier cosa sin ellos.

—Mi madre da muchísima vergüenza ajena —se disculpa Rachael, y de verdad se la ve avergonzada. Si soy sincera, no me ha parecido que Dawn fuese tan pesada. Mi madre se comportaría igual—. Me dice lo mismo cada vez que salgo. Es como si intentara hacerme sentir culpable.

Me río cuando se estremece, por lo que me fulmina con la mirada y luego me saca la lengua. Dándole un empujón hacia el lado, corro hasta el porche, con las manos temblando un poco por los nervios. Puedo oír la

música que retumba dentro, y risas.

Le lanzo una mirada precavida a Rachael cuando esta llega dando saltitos a mi lado.

—¿Debería llamar?

—¿Si deberías llamar? —repite incrédula—. Ay, Dios mío, Eden, no. Entra sin más.

Sin esperar a que yo haga más preguntas aparentemente obvias y estúpidas, pasa por mi lado y abre la puerta de un tirón, con una sonrisa deslumbrante en la cara mientras cruza el umbral.

La sigo hacia el interior de la casa e inmediatamente estamos en el salón; la cocina se encuentra delante de nosotras, pasando unos arcos. La música me taladra los oídos mientras cierro la puerta tras de mí, escaneo el lugar intentando averiguar quién está aquí ya. Según parece, todos. Rachael tiene razón: somos las últimas en llegar, y todos nuestros amigos hacen una pausa para mirarnos desde el pasillo de la cocina. Parece que están a mitad de una ronda de chupitos.

—¡Ya era hora! —grita Jake mientras Dean arrastra los pies y los rodea para llegar a nosotras.

Meghan está de pie con dos vasos de alcohol, uno en cada mano, alternando entre ellos. De alguna manera logra sonreírnos entre tragos. Jake está al lado de dos chicos con los que nunca he hablado y me pregunto por qué están aquí.

Dean se nos acerca, una cerveza en la mano y una sonrisa en la cara.

—¡Venga, chicas, tenéis que alcanzarnos!

—No te preocupes por eso —replica Rachael, sonriéndose al mismo tiempo que me da un codazo en las costillas—. Podemos beber muy rápido.

Casi quiero decir algo. Si Rachael debería haber descubierto algo de mí en lo que va de verano, eso debería ser que soy muy mala bebedora. El alcohol sabe a aguas residuales, y engullirlo a toda prisa me resulta casi imposible, es el equivalente a la autotortura. La mitad del tiempo el sabor es tan amargo y tan fuerte que apenas puedo tragarlo sin tener arcadas. Pero me lo callo y digo:

—Sí, podemos beber superrápido.

Dean enarca una ceja, como si supiera que le estoy tomando el pelo.

—Estamos a punto de jugar a la ruleta de chupitos.

Señala hacia la cocina, donde todos parecen estar inmersos en

conversaciones profundas, y lo seguimos hasta donde han colocado la ruleta. Todos los vasos se ven asquerosos, cada uno contiene un mejunje diferente, y no puedo descubrir la cantidad de tipos de alcohol que han usado para llenarlos.

—Eden, creo que todavía no has conocido a los chicos, ¿no es así? —pregunta Dean mientras abre una botella de Twisted Tea y me la pasa, y agradezco que no me haya dado algo más fuerte. Señala con la cabeza a los dos desconocidos que están con Jake.

Ambos levantan la vista interrumpiendo su conversación, sus palabras se pierden en el silencio mientras me sonríen. Uno es extremadamente alto, más que Tyler, y el otro es más bien bajo. El alto tiene una mirada dura, como si estuviera cabreado con el mundo y pudiera darnos una paliza a todos juntos de una tacada, y el más bajo lleva una gorra con visera encima de un montón de pelo castaño.

—Ese es Jackson —presenta Dean, mientras apunta con su cerveza al tipo de la gorra, y luego señala con la cabeza al otro—. Y TJ.

—*Sip* —dice TJ, pero entonces se gira hacia Jake y continúa la conversación que hemos interrumpido.

—Están en el equipo —continúa explicando Dean—. Jackson es receptor y TJ, *cornerback*. ¿Sabías que juego al fútbol? Yo soy *linebacker*. Un *linebacker* medio. ¿Te gusta el fútbol?

Creo que es la primera vez que oigo a Dean cotorrear así: un montón de frases balbuceadas y conectadas de cualquier manera.

—Dean —digo despacio. No es la respuesta que espera—. ¿Hace cuánto que estás bebiendo?

Pone los ojos en blanco de tímidamente y levanta tres dedos.

—¿Tres horas? —pregunto, y él asiente con la cabeza—. Desde luego que vosotros sí que os tomáis esta fiesta en la playa en serio.

Con una pequeña sonrisa, le doy una palmadita en el hombro y me muevo por el pasillo para buscar una pajita, la meto en mi botella y bebo un largo trago. La música todavía está fuerte y las voces aún más, a pesar de que somos solo nueve personas.

En ese momento es cuando me doy cuenta de que aún no he visto a dos personas. Todavía me falta por ver a Tyler y a Tiffani. Busco con atención en la cocina una vez más para asegurarme de que no los he pasado por alto, pero definitivamente no están aquí. Durante un segundo pienso que después de todo Rachael y yo no somos las últimas en llegar,

pero entonces algo me llama la atención.

Hay dos figuras al otro lado de la ventana de la cocina, y, por supuesto, son ellos. Me quedo observándolos a través del cristal, los dos ajenos a mi mirada, y pronto en mi cara se dibuja una mueca de asco. Tyler está fumando mientras Tiffani está abrazada a su torso como si estuviera aferrándose a la vida. En cierto sentido lo está.

Bebo un largo trago, dejo la botella en la encimera y me dirijo afuera. Nadie me ve escabullirme por la puerta de la cocina hasta el patio, pero Tyler y Tiffani sí. Ambos se quedan callados cuando cierro la puerta con un clic y me giro para mirarlos de frente. Tiffani tiene los labios fruncidos, irritada por que haya interrumpido su hermoso romance. Me encantaría que Meghan estuviera aquí para que se riera por la nariz.

—¿Te importa volver dentro? —me pide, y ni siquiera intenta decirlo de buenas maneras. Su tono es agrio, su actitud, amarga—. ¿Y, a ver cómo te lo digo, darnos algo de intimidad?

—Deja de molestarla —balbucea Tyler, y creo que Tiffani está tan sorprendida como yo de que me esté defendiendo. Le lanza una mirada asesina a él y luego a mí.

Ignorando su cara torcida, casi tan amarga como mi bebida, dirijo los ojos al porro que Tyler sostiene en la mano.

—¿Qué estás haciendo?

—Tranquila —dice, y se lo lleva a los labios, se lo pone entre los dientes y murmura—: es un cigarrillo.

—Eso es lo único que vas a fumar esta noche, ¿verdad? —Le lanzo una mirada severa—. ¿Solo cigarrillos?

En los pocos segundos que le lleva dar una calada, aspirar el humo hacia los pulmones y espirarlo hacia la atmósfera, se limita a mirarme con actitud despreocupada.

—Vuelve dentro si lo único que vas a hacer es interrogarme, hermanita.

Tiffani se ríe, pero yo apenas le presto atención, tengo la mirada fija en Tyler, el resto está todo borroso por el humo. No me había hablado con un tono tan condescendiente desde hace semanas. Nada le daba el derecho para hacerlo entonces, y tampoco ahora. Casi tengo ganas de propinarle una bofetada, pero entonces veo cómo sus ojos se endurecen justo antes de mirar hacia otro lado y dar otra calada. Entonces caigo en la cuenta de que está actuando, porque eso es lo que hace siempre. Su fachada ha vuelto, la

estúpida imagen de cabrón que le hace sentir que tiene el control de sí mismo y le confiere una sensación de poder sobre los demás. «Claro —pienso—, es porque Tiffani está con él.» No puede permitir que ella sepa la verdad acerca de cómo está, perdido. Está total y completamente perdido.

—Estamos a punto de jugar a la ruleta de chupitos — digo con rigidez, actuando como si no hubiera oído lo que me acaba de decir—. Así que si queréis uniros, más vale que entréis.

—¡Yo me apunto! —anuncia Tiffani.

Se aparta de Tyler y da saltitos hasta mi lado, su equilibrio es precario, tiene los ojos abiertos por la excitación. Le echo un rápido vistazo con el rabillo del ojo, preguntándome cuáles son sus prioridades en esta vida. Por el momento pienso que los bolsos Louis Vuitton, los chupitos de tequila y mi hermanastro.

Mis ojos se desplazan hacia Tyler, que ahora está bebiendo un trago de cerveza entre cada calada. Ladeo la cabeza y le pregunto:

—¿Vienes con nosotras?

—Por supuesto —responde con el mismo tono arrogante, y entonces muevo la cabeza y me dirijo hacia dentro para unirme al resto de la gente en la prefiesta.

Todo el mundo está apiñado en la cocina, alrededor de la ruleta, como buitres. Jake tiene las bolas en la mano, las lanza hacia arriba y las agarra de nuevo, lo que me parece bastante impresionante considerando que está algo piripi. Deja de hacer malabares y nos señala con el dedo a Tiffani y a mí, y gesticula para que nos acerquemos.

Me hago un hueco entre Rachael y Dean, cogiendo mi Twisted Tea de la encimera de paso. Dean pone una mano sobre mi hombro y con la otra bebe un trago de su cerveza. Tira de mí con bastante brusquedad, hasta el punto de que me duele el cuello, y entonces Jake da el pistoletazo de salida y lanza las bolas en la ruleta. TJ y Jackson dan puñetazos en la encimera y, lo juro, los chupitos casi salen volando, pero Jake agarra su vaso y se lo vierte en la garganta.

—¿Qué coño era eso? —farfulla asqueado unos segundos después, mientras la cara se le arruga por el sabor repugnante del líquido marrón.

TJ se muere de la risa y da palmas con sus enormes manazas.

—¡Agua con barro del patio!

Jake aprieta los labios hasta dibujar una firme línea y le dispara a TJ

una mirada furiosa, y luego lo empuja hacia un lado y se dirige a empellones hasta el fregadero, donde lo escupe todo. Mientras Jake está a punto de vomitar, Tyler entra a paso tranquilo, las manos en los bolsillos, la cara inexpresiva. Se une al juego: el horrible juego, el juego de lo desconocido. Me siento incluso más preocupada que hace un minuto. ¿Quién sabe qué otras bromas crueles han metido los chicos en la ruleta?

—No veo la hora de llegar a la playa —me grita Dean al oído, y habla tan alto que de inmediato me aparto de él—. ¡En serio, en serio, no veo la hora!

—Tenemos que emborracharnos mucho —me susurra Rachael en el otro oído. Me doy cuenta entonces de que me he situado en medio del borracho y de la aspirante a borracha—. ¡Hasta Meghan nos está ganando!

Es verdad. No sé cuánto tiempo llevan aquí, pero todos están cruzando la frontera de la borrachera. O llevan horas bebiendo o lo han hecho con mucha rapidez. Probablemente una combinación de ambas cosas. Como ha dicho Dean, Rachael y yo tenemos que ponernos a su altura, y rápido. Miro alrededor del círculo de mis amistades —mis amigos más TJ y Jackson—, y están todos sonriendo y gritando a la ruleta, y parece que estuvieran pasando el mejor momento de sus vidas. Menos Tyler. Entonces me doy cuenta de que está detrás de Tiffani, a unos pasos de ella, como si estuviera aterrado de tocarla. Y me está mirando fijamente a mí. Solo a mí.

Toda la situación me está estresando. Tyler todavía está confundido sobre la mejor manera de manejar nuestras circunstancias, y Tiffani está sonriendo, tiene una enorme mueca que transmite un sentido de autoridad mientras mira a la gente a su alrededor, uno por uno. Quiero olvidarme de los dos durante un rato. No me apetece pensar demasiado en mi situación con Tyler, porque terminaré arruinando la noche, y no quiero intentar descifrar lo que Tiffani estará pensando, porque lo único que me ronda por la cabeza es que ella piensa que no soy temeraria.

Aprieto con más fuerza la botella que sostengo en mi mano y me obligo a poner la sonrisa más grande que puedo en mi cara. Me giro hacia Rachael. Ya le demostraré a Tiffani lo que significa ser temeraria.

—Vale, emborrachémonos.

—Yo sé dónde esconden lo bueno los padres de Dean —me susurra.

Me coge por la muñeca, me aparta de Dean de un tirón, y nos alejamos a hurtadillas del juego. Vagamos por el arco del salón durante un

segundo, y cuando todo el mundo se distrae por el chupito de agua con barro que Meghan se acaba de beber, Rachael me hace una señal de que todo está bien con el pulgar y cruzamos la estancia para llegar a un pasillo pequeño, donde la música suena amortiguada y el aire está frío.

—¿Están en casa? —inquiero.

—¿Quién?

—Sus padres.

Rachael sonríe y apunta hacia el techo.

—Arriba.

Hay otra puerta, y la abre de un tirón, descubriendo un cuarto oscuro y frío. Cuando me empuja hacia un escalón y mi mano golpea un coche, me doy cuenta de que estamos en el garaje.

—¿Dónde está la luz? —pregunta Rachael entre dientes, mientras toca con torpeza la pared, buscando un interruptor, y cuando por fin lo encuentra lo acciona.

Estoy al lado de un BMW negro y enseguida doy un paso hacia atrás, con cuidado de no volver a tocarlo, y luego echo una mirada a lo que me rodea. Hay montones de cajas de cartón en cada rincón, pero las paredes están completamente cubiertas de artículos de fútbol, en rojo y blanco. Hay camisetas en vitrinas de cristal, enormes banderas y pancartas que se extienden desde el techo hasta el suelo, una pequeña estantería con cascos dorados en cajas y un par de balones de fútbol, y también una colección de fotografías enmarcadas.

—Su padre es superfán de los 49ers —explica Rachael mientras baila hasta la estantería situada en la pared más lejana, cuyas baldas están llenas de botellas de alcohol. La observo mientras coge algunas y las examina, asintiendo con la cabeza con aprobación—. ¡Te dije que sabía dónde estaba lo bueno!

Rachael todavía sigue estudiando la colección de botellas, así que me muevo por alrededor del coche y miro las fotos de la pared. Me sonrío cuando reconozco a Dean, envuelto en una camiseta de los 49ers de San Francisco y con una gorra roja en la cabeza, algunos años más joven que ahora. Un hombre está de pie a su lado, vestido igual que él para el partido, tiene una mano en su hombro y en la otra un perrito caliente. Debe de ser su padre, y están delante del estadio Levi. Hay muchas fotos como esa, de Dean y su padre. Es como si cada vez que fueran a un partido de los 49ers, inmortalizasen el momento.

Hay una foto que destaca. En vez de haber solo dos personas en ella, hay cuatro. Padre e hijo adoptan la postura habitual, pero a un lado de Dean hay un niño; los dos tendrán unos doce años. Su amigo tiene el pelo oscuro y los ojos verdes.

—Nos vamos a beber este tequila y lo vamos a beber solo, como tías duras, sin sal y sin lima —anuncia Rachael de manera solemne, con el mentón hacia arriba y una botella de Cazadores en la mano mientras se gira hacia mí.

Miro la botella con escepticismo antes de tragar y señalar la foto.

—¿Ese es Tyler?

Durante un segundo abre mucho los ojos y luego los entrecierra mientras se inclina hacia la foto para verla mejor.

—¡Santo Dios, parece un feto!

Miro fijamente al Tyler de la foto. La camiseta que lleva puesta es igual que la de Dean, pero su expresión no. La sonrisa de Dean es amplia, Tyler tiene el ceño fruncido. De hecho, ni siquiera está mirando a la cámara. Mira hacia el lado, sus ojos se ven cansados y su actitud no es la que se esperaría de un crío que asiste a un partido de los 49ers. Incluso su cuerpo está un poco de lado, a pesar de que el brazo de Dean rodea sus hombros. Quizá Tyler simplemente deteste a los 49ers. Tal vez sea fan de los Chargers.

Al otro lado de la foto, hay otro hombre junto al padre de Dean. Su pelo es negro, está dando la espalda a la cámara y señalando con el dedo el nombre escrito en la parte de atrás de la camiseta roja que lleva puesta. Es personalizada. Dice «Grayson».

Algo revolotea en mi estómago. Me alejo un poco de la foto, las cejas se me juntan y los labios se me abren: el padre de Tyler. Es la primera vez que lo veo, o por lo menos algo de él. Siento una necesidad imperiosa de conocer su cara.

Me giro hacia Rachael.

—¿Ese es su padre?

—¿De Dean? —Mira por debajo de las pestañas mientras abre la tapa del tequila—. Sí.

—No —digo—. El padre de Tyler. ¿Es ese?

Ahora Rachael levanta la vista. Me mira fijamente y luego observa la foto otra vez.

—Sí —dice de nuevo, encogiéndose de hombros—. Cuanto más

mayor se hace Tyler, más idénticos se vuelven. Por lo menos como lo recuerdo. Probablemente su padre ahora está superviejo y barbudo. ¿Permiten que la gente se afeite en la cárcel?

—No lo sé —respondo, pero tengo la atención puesta en la foto.

Hay algo inquietante en ella. Dean y su padre se ven felices, emocionados de estar en un partido de los 49ers, sonriendo orgullosos el uno al lado del otro. Sin embargo, con las otras dos personas que están a su lado sucede justo lo contrario. Tyler y su padre están en ambos extremos de la fotografía, y a Tyler se lo ve sin vida, con los ojos cansados y los hombros caídos. Me hace pensar en las circunstancias y en por qué no estaba tan feliz y emocionado como Dean.

—¿Qué pasa con Tyler y su padre? Sé que hay algo.

Rachael sacude la cabeza y se lleva un dedo a los labios como para hacerse callar.

—No lo sé. Tenemos una regla tácita en el grupo. No hablamos del padre de Tyler a no ser que tengamos un impulso suicida, y no mencionamos las enfermedades de transmisión sexual delante de Meghan, porque su principal miedo es despertarse con clamidia.

Ignoro esa regla tácita y continúo con el tema:

—¿Y si es adoptado?

—¿Adoptado? —Rachael considera esta posibilidad durante un momento mientras vuelve a mirar la foto. Niega con la cabeza—. *Nop*, definitivamente es hijo de su padre. Se parecen demasiado para no serlo. Y ahora, vamos —dice—. ¡Tenemos que darnos prisa! Nos vamos a quedar rezagadas.

Frunzo el ceño y aparto la vista de la foto. Rachael está agitando la botella que tiene en la mano.

—Vale, vale, estoy lista.

Se le dibuja una enorme sonrisa en la cara a la vez que respira hondo.

—Te va a saber como si estuvieras en llamas, pero nos emborrachará enseguida, así que échale un par de huevos de señorita y aguanta.

—Dios —digo, pero aprieto los puños y los ojos, preparándome mentalmente. La última vez que bebí tequila me fui directa al fregadero. Y eso con la sal y la lima—. Estoy lista.

Rachael asiente con la cabeza antes de llevarse la botella a los labios y beber un trago rápido. De inmediato se dobla y se lleva la mano a la boca, extendiendo el brazo y ofreciéndome la botella.

—Ay, Dios mío —jadea, arruga la cara y mueve la cabeza, como para librarse del sabor.

Casi me echo atrás en ese momento. ¿Cuál es el propósito de torturarme con tequila? Dudosa, miro la botella mientras Rachael tiene arcadas al lado del coche, agita las manos delante de la boca de forma errática y hace que me cuestione el plan. Pero entonces recuerdo lo que dijo Tiffani el jueves en el centro comercial, que no había que preocuparse por que yo me emborrachara, que yo no era temeraria.

Aprieto la botella de Cazadores con fuerza y me la llevo a los labios, echando hacia atrás la cabeza y vertiendo todo el tequila que puedo en la boca. Y de repente parece que he tragado llamas, quema el sabor amargo. El tequila parece orina y sabe a gasóleo.

Casi se me cae la botella cuando a continuación tomo un sorbo de Twisted Tea, y de repente este sabe a agua en comparación con el tequila, así que sigo bebiendo. Y bebiendo y bebiendo, hasta que ingiero la última gota de la botella. Me desplomo contra la pared, agotada y sin aliento, y me quedo allí resoplando varios largos segundos.

—Otra vez —propone Rachael.

Alcanza la botella de tequila y me la quita de la mano de un tirón, repitiendo el patrón de echar la cabeza hacia atrás, beber, morir una vez más.

Logro seguir el ciclo, nos pasamos la botella de una a otra hasta que llegamos al cuarto asalto, y yo ya no puedo más. El segundo en que el tequila entra en contacto con mi lengua, lo escupo hacia todos lados, incapaz de obligarme a tragarlo. Salpico todo el costado del BMW, el tequila se desliza por la puerta del conductor. Le lanzo una mirada estupefacta a Rachael.

—¡Eden! —grita, pero inmediatamente se pone a reír y no para durante los tres minutos siguientes.

Yo estoy aterrada. Dean me va a odiar, sus padres me van a demandar, y yo acabaré en el reformatorio por daños a la propiedad ajena.

—¿Por qué hay un coche aquí? —grito con exasperación, y noto cómo las mejillas se me ponen rojas.

—¡Es un garaje!

—¡Pensé que era el sótano! —le respondo a voces entre un ataque de risa, y noto cómo me falla el equilibrio y mi cuerpo da tumbos contra la pared, y lo único que puedo pensar es: «Este tequila es una zorra».

Sé que Rachael es un peso ligero, pero no me había dado cuenta de que yo tenía tan poca tolerancia al alcohol como ella. Saltarme la cena probablemente no fue una gran idea, y ahora esa estúpida cancioncita del tequila cobra sentido. Un tequila, dos tequilas, tres tequilas, al suelo.

Cuando miro hacia abajo, el suelo es exactamente donde está Rachael. Está despatarrada en el cemento, riéndose, y ni siquiera se toma la molestia de levantarse. Está feliz tirada allí como una foca muerta.

—¡Tenemos que ponernos en marcha! —digo mientras me agacho para asirla del brazo e intentar levantarla de un tirón con todas mis ganas, pero solo logro perder el equilibrio y caerme encima de ella, probablemente aplastando su espina dorsal.

—¡Sí, sí! ¡Vamos! —grita Rachael mientras se ríe como una loca cuando yo me aparto hacia un lado.

—¿Qué más tenemos en la agenda, Rachy, cariño? — digo resoplando.

Todo parece tan divertido, tan libre, tan *temerario*... No lo puedo evitar. Ahora estoy acostada bocarriba, Rachael a mi lado, mirando el techo blanco del garaje, y ahora me doy cuenta de que las paredes están pintadas.

—Este garaje es precioso.

Rachael sigue riéndose, tanto que ya ni siquiera hace ruido. Tiene los labios abiertos y los ojos cerrados con fuerza, y lo único que puedo oír es cómo se atraganta con el aire.

—¿Qué nos pasa? —pregunta.

Me incorporo, me apoyo en las rodillas y la miro fijamente, intentando ponerme seria. Quince minutos de chupitos de tequila y las dos estamos totalmente pedo. Extraordinario.

—¡Tenemos que ponernos en marcha! Beber todo lo que podamos, ¿recuerdas?

Rachael asiente con entusiasmo y se esfuerza por ponerse de pie, agarrándose al retrovisor del BMW. Si estuviera sobria me preocuparía hacerle daño al coche, pero no lo estoy, así que me importa un pimiento.

—¡Jägermeister! —vitorea Rachael. Coge la botella oscura de la colección de la estantería y se vuelve hacia mí. Sonriendo, alza la botella y brinda—: ¡Por el coma etílico!

Otros quince minutos y dos chupitos mortales más tarde, me pregunto por qué cometí la estupidez de beber tanto en tan poco tiempo. Es

el tipo de cosas sobre las que tus padres y profesores te advierten, el tipo de cosas que te dicen que acabarán con tu vida. Pero nada de eso importa. A nadie le importan las consecuencias, porque en el intervalo entre que bebes algo y los efectos te golpean, todo siempre parece ser la mejor idea del mundo. Esto explica por qué Rachael está encaramada en el capó del coche, usando la botella de Cazadores como un micrófono mientras va alternando entre el himno nacional y un striptease en el techo.

—Eden, es divertidísimo emborracharse contigo — anuncia, haciendo una venia después de su interpretación algo retorcida de *La bandera tachonada de estrellas*. Está de pie, con su falda maxilarga y en sujetador, pues ha tirado su top al suelo.

De repente el sonido amortiguado de la música sube de volumen, y cuando aparto la vista de la actuación de Rachael durante un segundo, me doy cuenta de que es porque han abierto la puerta del garaje. Dean está de pie, con los brazos cruzados delante del pecho. Rachael y yo dejamos de reír, nos quedamos paralizadas, con sendas sonrisas bobas en las caras.

—Rachael —dice Dean despacio—. Por favor, bájate del coche.

Rachael se muerde el labio para aguantar la risa mientras se sienta e intenta deslizarse desde el techo del vehículo hasta el capó, pero se cae de inmediato por el lado y se da un batacazo contra el suelo. La botella de Cazadores se rompe en un millón de pedazos. Yo le hago los honores y me río por ella mientras gime y deja escapar unas risitas.

—Maldita sea, Rachael —farfulla Dean—. Cuidado con los cristales. —Comparado con nosotras se lo ve totalmente espabilado. Entra en el garaje y se agacha para levantar a Rachael, haciendo una mueca de asco al ver el estado en que se encuentra, y cuando ha logrado que esta se mantenga en pie, busca su top por el suelo—. Estamos listos para irnos — anuncia, pero puedo ver que está molesto con nosotras. Mientras yo sigo riéndome en el rincón, le pone el top a Rachael por la cabeza y la mira con severidad—. ¿Cuánto has bebido?

Rachael no contesta su pregunta, solo echa un vistazo por encima del hombro y me hace un gesto para que me acerque. Dejo la botella de Jägermeister en el suelo con torpeza y arrastro los pies alrededor del coche, no miro a Dean a los ojos. Suspira hondo y nos conduce de vuelta al pasillo y a través del salón, hasta donde Jake mantiene la puerta de la casa abierta.

—¿Qué demonios habéis estado haciendo? —pregunta Jake.

Rachael y yo intercambiamos miradas y nos echamos a reír de nuevo, porque por alguna razón no parece que podamos parar.

Dean apaga la música y grita hacia arriba para avisar a sus padres de que nos vamos mientras yo sigo a Rachael hasta la monovolumen. Escucho vagamente que Meghan me dice que al primo mayor de Dean no le importa hacer de chófer a pesar de que no hay suficientes asientos para todos. A continuación, nos apiñamos dentro (literalmente: Rachael acaba teniendo que sentarse en mi regazo), y Dean y Jake nos siguen, y pronto somos nueve apretujados en el vehículo. Estoy demasiado pedo para que me importe que Tyler y Tiffani estén en el asiento de atrás, su cuerpo pegado al de él y sus manos alrededor de su cuello. Ella se está riendo de la ruidosa música que suena en la furgoneta, pero Tyler no le está prestando atención. Tiene el rostro vuelto hacia el lado mientras mira por la ventanilla y, por alguna razón, cuando le echo un vistazo por encima de mi hombro, parece ser el más sobrio de todos. Inmediatamente, siente mi mirada y enseguida fija sus ojos en los míos.

Yo me siento estupendamente, así que lo único que soy capaz de hacer es sonreírle con cara de atolondrada. Mi cabeza no está muy estable sobre mis hombros, y él se da cuenta, porque entrecierra los ojos de manera o desaprobatoria o preocupada. No puedo discernir cuál de las dos, y tampoco me da mucho tiempo para averiguarlo, porque vuelve a mirar por la ventanilla.

Así que el resto de nosotros pasamos el viaje contando chistes mientras reímos y reímos y reímos, y saber que todo el mundo está tan piripi como Rachael y yo hace que me sienta mejor. Aunque en realidad, no es que estemos piripi. Estamos borrachas, y es una sensación agradable.

# 27

La fiesta de la playa, según parece, es un gran evento. La mitad del arenal, al lado derecho del muelle, está reservada para el evento, con los accesos cerrados y agentes de seguridad patrullando la zona. Cuando todos bajamos dando tumbos de la monovolumen en el aparcamiento del muelle, me recibe el ruido de la música y de las voces, y el ambiente es electrizante. Entorno los ojos hacia la playa que se extiende delante de nosotros y me percato de la presencia de un escenario situado en medio de la arena, con enormes altavoces negros, y sobre él, un disc-jockey que entretiene a la multitud.

—Si cualquiera de vosotros, idiotas, hace que nos echen, personalmente os daré una paliza —amenaza Jake. Nos mira a todos, clavándonos una mirada de advertencia—. A no ser que sea una chica. Si se trata de una chica, le haré el vacío.

Y con eso, todos nos dirigimos hacia la arena, bajando un poco la cabeza cuando pasamos al lado de algunos guardias de seguridad. Me pregunto si me veo tan borracha como me siento. Sinceramente espero que no. Me echarían en cinco minutos si se me notase, pero por suerte nos tambaleamos hacia la arena y nos mezclamos con la multitud que baila a nuestro alrededor. Yo espero que los nueve nos mantengamos unidos como un grupo, pero no es así. Los chicos se despiden con un movimiento de la cabeza y se alejan en la misma dirección, y me sorprende ver que Tyler se marcha sin Tiffani.

—¡Deberíamos bañarnos en el mar desnudas! —sugiere Rachael, su voz alta se oye sobre la música.

Atrae la atención de unos hombres que están cerca y asienten con la cabeza rápidamente animándola a hacerlo.

—No, no deberíamos hacerlo —dice Tiffani.

Fulmina a los tíos con una mirada y nos empuja entre la multitud; yo

estoy tan borracha que casi me tuerzo el tobillo solo intentando caminar.

La arena se me mete en las Converse y es la sensación más incómoda del mundo, así que decido quitármelas y me agacho para recogerlas, y las llevo colgando de las manos por los cordones. Muevo la cabeza al ritmo de la música, y la gente que nos rodea me empuja de lado a lado. Es evidente que todos son adultos y tienen la edad requerida, pero no me importa.

—¡Jared y sus amigos están aquí! —Meghan nos grita por encima de la música, girándose hacia nosotras con cara de pánico. Se toca el pelo—. ¿Cómo me veo?

—¡Como si estuvieras buscando líos! —grita Rachael, lo cual es cierto.

—Me vale —acepta Meg, y entonces nos lanza un beso y se va serpenteando entre la multitud. Dudo que vuelva a reunirse con nosotras en breve.

Ahora estoy agitando mis deportivas en el aire y recibiendo miradas asesinas de la gente que me rodea, sobre todo porque casi de continuo les doy en la cara con ellas, pero me siento demasiado libre, como si estuviera en la cima del mundo, como para disculparme. Como si de un milagro se tratara, me descubro bailando: un baile salvaje y alocado, pero un baile de todas formas, lo cual es raro en mí. El disc-jockey está poniendo música *house*, y todo el mundo mueve las manos en el aire, y yo noto la cabeza confusa, y hasta el océano se está empezando a deslizar hacia un lado.

Me estoy divirtiendo, saltando en la arena y agitando las deportivas en el aire, cuando Tiffani agarra mi brazo y el de Rachael y nos acerca a ella. No parece estar divirtiéndose tanto como nosotras, y no puedo descifrar si es porque no ha bebido tanto como nosotras o porque piensa que la fiesta es un asco.

—Me voy a buscar a Tyler —anuncia en voz alta, y cuando da un paso atrás puedo notar que está cabreada.

—¡Nooo! —protesta Rachael—. ¡Quédate con nosotras!

—Necesito echarle un ojo después de lo que sucedió el año pasado —dice, sacudiendo la cabeza.

Entrecierro los ojos al mirarla, todavía tengo los cordones enredados en los dedos, y me soplo el pelo para despejarme la cara. El sol del atardecer es abrasador.

—¿Qué sucedió el año pasado?

Tiffani se limita a mirarme con el rabillo del ojo, me lanza una mirada molesta y desaprobatoria.

—Eden, por favor, deja de agitar esas cosas en el aire. —Alcanza mis deportivas y me las arrebata, haciendo una mueca cuando ve las letras escritas en el lado, antes de devolvérmelas—. Pareces idiota, intenta actuar con algo de normalidad. Bueno, pasadlo bien las dos.

Rachael me dirige un encogimiento de hombros borracho mientras Tiffani sale de la multitud a codazos. Está sin aliento, y yo también.

—¿Qué pasó el año pasado? —pregunto otra vez, cuando ya he recuperado el aliento.

Veo el contorno de Rachael ligeramente borroso, así que entrecierro los ojos para distinguirla mejor, pero no sirve de nada. Siento como si mi cuerpo se estuviera meciendo de aquí para allá, como el océano.

—Tyler se metió algo extraño —me dice bajito en la oreja tras inclinarse hacia mí, con cuidado de que nadie nos oiga, aunque todo el mundo está demasiado ocupado en divertirse— y perdió el conocimiento; todos pensamos que se había muerto, pero entonces tuvo un ataque y todos nos quedamos en plan de: «¡Hostia puta, no está muerto!». Entre todos lo arrastramos de vuelta a casa de Tiffani, y ella se pasó la noche llorando porque la había hecho quedar como una imbécil delante de todos. Se encerró en el cuarto de baño y no quería salir, así que los demás pasamos la noche allí para asegurarnos de que Tyler estuviera bien, y al final no le pasó nada. Cuando sucedió nos dio muchísimo miedo, y ahora Tiffani está paranoica con la idea de que vuelva a hacer algo parecido.

Se queda sin aliento otra vez cuando deja de hablar, así que inhala una dramática bocanada de aire y luego exhala.

Sé con certeza que si estuviera sobria estaría preocupada y probablemente iría yo misma a buscar a Tyler, pero estoy demasiado borracha para hacer nada de eso ahora. También puede que esté enfadada con Tiffani porque le importe más su reputación que la vida de Tyler, pero me limito a hacer una mueca y vuelvo a tambalearme, y al poco rato, Rachael hace lo mismo.

La cuestión es que cuando estás borracho parece que no solo pierdes los sentidos, sino también la noción del tiempo. Parece que solo nos llevara diez minutos a Rachael y a mí abrirnos camino a la fuerza entre la gente y llegar al frente del escenario, pero cuando miro hacia arriba y veo

que el cielo se está oscureciendo me doy cuenta de que tiene que haber pasado mucho más tiempo. A estas alturas estoy sudando y cuando miro hacia mi derecha me percato de que de repente estoy sola. Rachael ha desaparecido.

—Ay —digo.

Se me escapa una carcajada de los labios, me doy la vuelta y me pongo a bailar mientras voy buscando la salida por entre la multitud, sintiendo algo de claustrofobia. La gente me mira con expresiones raras. Es evidente que me falta media década para tener la edad suficiente para estar aquí.

Lejos del escenario, hay gente merodeando por la arena, algunos socializan y otros hacen todo lo posible por ligar con las chicas. Aquí la concentración de gente es menor, así que me detengo y me tomo un momento para respirar. Ya no tengo tanta energía, y el subidón de alcohol que parece que tenía se está disipando conforme avanza la noche, pero todavía estoy un poco más que piripi y aún sigo disfrutando cada minuto. Se produce una pelea cerca de mí, y los guardias de seguridad llegan a montones, ladrando órdenes e interrumpiendo el altercado; finalmente se llevan a rastras a dos de los folloneros.

Creo que es entonces cuando me doy cuenta de que estoy sola. Sola y todavía algo borracha. En esa fracción de segundo, una ola de pánico inunda mi cuerpo e instantáneamente meto la mano en el bolsillo de mi suéter para coger mi teléfono. Solo hay un problema. No está ahí.

Reviso el otro bolsillo, y luego mi sujetador, y por último mis deportivas. Ni teléfono, ni dinero. Todo ha desaparecido. No sé si se ha caído de mis bolsillos y ahora está enterrado a dos metros bajo la arena o si me han robado. Sea como sea, no tengo ninguna forma de llamar a nadie. Ahora, como todo lo demás, si estuviera sobria sería lo suficientemente lista para percatarme de que no es el fin del mundo, que mi casa está a unos cuarenta y cinco minutos caminando. Pero estoy borracha, así que es el fin del mundo.

Se me llenan los ojos de lágrimas e intento hacer que se vayan pestañeando, pero me empiezan a temblar los labios y muy pronto las lágrimas corren por mis mejillas. Me pongo el suéter y miro fijamente la arena. Tengo miedo de que la gente me vea llorando como la imbécil de dieciséis años que soy. Soy demasiado joven para estar aquí sola y borracha y para que me hayan robado.

—Maldita sea, Eden —farfulla una voz, y la calidez y familiaridad hacen que deje de sollozar.

Miro hacia arriba con los ojos borrosos por las lágrimas, para ver que Tyler se acerca.

—Tiffani te está buscando —digo resollando. Estiro las mangas del suéter sobre mis manos y me seco los ojos, con cuidado de que el rímel no se corra más de lo que ya está—. Tu novia.

—¿Por qué demonios estás llorando?

Ignora mis palabras, se pone directamente delante de mí e inclina la cabeza, mirándome a través de sus largas pestañas. El color esmeralda de sus ojos me recuerda a las algas.

—Todo el mundo ha desaparecido —le explico. Los ojos están empezando a escocerme y a hincharse. Me balanceo hacia la derecha—. Tiffani, Meghan, Rachael... Y mi teléfono ha desaparecido.

Tyler me coge del brazo y me ayuda a recuperar el equilibrio, pero también me mira de arriba abajo.

—¿Cómo de borracha estás?

—¿Estás *tú* borracho?

—Ya no. —Aprieta los labios mientras piensa durante un momento. Inclinándose, desenreda los cordones de las deportivas de mis dedos y luego tira las Converse en la arena—. Póntelas. Hay basura por todas partes.

Cuando arranco mis ojos de él y miro hacia abajo, veo que tiene razón. La playa está llena de porquería, envoltorios de comida y latas de bebida aplastadas y mecheros. «He estado bailando sobre toda esta inmundicia», pienso. De inmediato, me pongo las Converse, y la arena dentro de ellas me incomoda de nuevo. Pero ahora que Tyler está aquí me siento a salvo, así que le sonrío a pesar de mi desastroso maquillaje.

—Tu padre te va a matar —murmura, pero no exactamente a mí.

Deja escapar un suspiro mientras se rasca la cabeza, intentando decidir qué hacer.

No es que me proponga intencionadamente ponerle las cosas más difíciles, pero siento que he recargado las pilas y estoy lista para divertirme otra vez, así que me alejo haciendo piruetas. Me paro a unos tres metros y me vuelvo para mirarlo con una sonrisa juguetona en los labios. Entrecierra los ojos con preocupación mientras me observa, espera. La gente sigue pasando por el espacio entre nosotros, pero en

cuanto no pasa nadie me tiro sobre la arena y doy una voltereta hacia él. No lo hago muy bien. Termino de lado, con las piernas enredadas y el hombro probablemente dislocado. Escucho a la gente alrededor que se ríe.

—Levántate del suelo —ordena Tyler. Noto que me agarra el cuerpo y me pone de pie de un tirón—. ¿Qué te acabo de decir sobre la basura?

—Esta playa me encaaanta —arrastro las palabras con lentitud. Siento la cabeza pesada y me caigo hacia la derecha, pero Tyler enseguida me coge y me endereza por los hombros—. ¡El verano que viene voy a volver solo a esta fiesta!

—¿Vas a volver el próximo verano?

Me mira con una expresión solemne y habla con urgencia en la voz, y en esa fracción de segundo es como si todo el alcohol que hay en mi corriente sanguínea se evaporara de repente.

—No lo sé —respondo—. Depende de si papá quiere que vuelva o no.

—Espero que sí —murmura Tyler, con su mano todavía sobre mi cuerpo, sosteniéndome—. Yo al menos sí quiero.

Mi breve momento de sobriedad no dura mucho y me vuelvo a balancear en su abrazo, sin hacerlo a propósito. Apenas registro sus palabras en mi cabeza. Mi balanceo se transforma en un intento de baile, pero soy vagamente consciente de que parezco una idiota.

—Estás llamando la atención —bufa Tyler en mi oído mientras sus manos me aprietan más, me oprimen tanto que restringen mi movimiento, que es exactamente lo que está intentando hacer—. Vas a hacer que nos echen a patadas.

—Pero ¡si tengo veintiuno! —le grito entre carcajadas. Me contoneo para escapar de su agarre y eso solo hace que me ría aún más.

—Ay, Dios mío —gime Tyler entre dientes. Ladea la cara hacia un lado y mira la arena, la mandíbula apretada, los ojos cerrados. Respira hondo, suelta mi cuerpo, camina alrededor de mí y, con un movimiento rápido, se agacha, me levanta y me carga sobre su espalda—. Tienes que espabilarte, coño —farfulla mientras se pone en marcha.

Tengo los brazos alrededor de su cuello y es posible que lo esté asfixiando al aferrarme a él. Sus manos firmes están alrededor de mis muslos, mis piernas rodean su cintura, y camina sin hacer ningún esfuerzo, lo que me hace pensar que no peso mucho y eso me proporciona un momento de satisfacción. Apoyo la cabeza en su hombro y le soplo en el cuello mientras él me lleva a cuestas por toda la playa.

—Troy-James —dice Tyler en voz alta, y el nombre desconocido me hace levantar la cabeza con curiosidad cuando se detiene.

Hay un pequeño grupo de gente, tres personas, delante de nosotros y todos se giran al oír la voz de Tyler. Hay dos chicas y... TJ. El tío de la casa de Dean, el *cornerback*. Troy-James. Le doy sentido a lo obvio y me siento excepcionalmente lista al hacerlo.

—¿Qué pasa? —pregunta Troy-James, o TJ.

La expresión dura de antes ha desaparecido del todo y parece que lo estuviera pasando bien. Esto es comprensible, dado el hecho de que hay dos chicas evidentemente mayores a su lado. Las dos me ofrecen sonrisas compasivas.

—Necesito tu apartamento —dice Tyler enseguida—. Sigues viviendo en la avenida Ocean, ¿no?

—Hermano —pestañea TJ por un instante, y luego intercambia una rápida mirada con las chicas a las que parece haber seducido. Vuelve a mirar a Tyler—. ¿Cuáles son tus planes, tío?

Tyler se encoge de hombros y me echa un vistazo por encima del hombro, el movimiento hace que me sacuda contra su cuerpo, y entonces contesta:

—Espabilarla. Su padre la matará si llega a casa así.

—Tío, me estás fastidiando un poco los planes —farfulla TJ forzando la voz. Hace una mueca y nos guiña un ojo.

—Mi apartamento está libre —anuncia una de las chicas, y entonces, TJ mete la mano en el bolsillo de su pantalón corto y le tira a Tyler las llaves. En un abrir y cerrar de ojos.

—Déjalas debajo del felpudo —pide.

Tyler logra darle las gracias antes de que TJ y las chicas se pongan en marcha. Noto que suspira otra vez mientras me agarra las piernas y se pone a caminar, camina y camina hasta que me doy cuenta de que nos estamos alejando de la fiesta.

—¿Por qué vamos a su apartamento? —balbuceo en su camisa, porque ahora ya me es casi imposible mantener la cabeza erguida—. Y ¿cómo es que tiene uno?

—Porque aquí solo estás haciendo el ridículo —responde sofocando la risa, y me hace desear ver su cara en ese mismo instante, para poder mirarlo a los ojos y descifrar qué es lo que está pensando. Pero todavía estoy demasiado piripi para eso—. Y sus padres son, cómo decirte,

millonarios. Le compraron un apartamento aquí cuando cumplió dieciséis años. ¿Quién demonios hace eso?

—Los millonarios —repito.

Él se vuelve a reír.

No me importa marcharme de la fiesta. Ya he perdido el teléfono y el dinero y a mis amigas allí, y ahora que los efectos del alcohol están empezando a desaparecer y el sol está comenzando a ponerse, solo quiero irme a casa. Por supuesto que esa ahora no es una opción. Papá cree que estoy en el cine, viendo alguna historia de amor mediocre, pero en realidad me están sacando a cuestas de una fiesta porque he bebido demasiados chupitos antes. Solo agradezco que haya sido Tyler quien haya acabado viniendo a rescatarme. Si Jake o Dean o incluso Meghan hubieran intentado escoltarme, les habría dado guerra.

—Me puedes bajar, ¿sabes? —murmuro después de llevar unos diez minutos a la espalda de Tyler. Me preocupa estar haciéndole daño.

—¿Qué, para que te atropelle un coche? De ninguna manera —replica seco mientras hace una pausa en el bordillo de la acera.

Echa un vistazo en ambas direcciones y luego cruza la avenida. Todavía puedo escuchar la música del escenario.

—Te estás perdiendo el resto de la fiesta —digo, pero no me contesta.

Me lleva hacia una hilera de apartamentos y condominios y hoteles en la avenida Ocean, edificios por delante de los que he pasado corriendo en muchas de mis sesiones de *footing*, que tienen vistas a la playa. Aminoramos el paso al llegar a un edificio de cuatro plantas y Tyler me sube por las escaleras con cuidado y se detiene en la entrada. Me baja de su espalda despacio. Mis piernas parecen de gelatina cuando intento ponerme de pie.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta, sin mirar hacia arriba, ocupado dándole vueltas a la llave en la cerradura.

—Avergonzada —admito.

Poco a poco se me va pasando la borrachera, pues tomé el último trago hace casi tres horas, y estoy empezando a ser más consciente de lo ridícula que he sido. Recuerdo vagamente haber escupido por todo el lateral del coche de los padres de Dean.

Tyler por fin abre la puerta y estira el brazo para coger el mío y ayudarme a pasar por el umbral y conducirme hacia el vestíbulo del edificio de apartamentos, que es luminoso y tiene el suelo encerado.

—Todos hemos estado así alguna vez —dice, intentando hacerme sentir mejor.

—¿Como tú el año pasado?

Mi tono suena casi desdeñoso, pero no es mi intención. Solo siento curiosidad. Siempre curiosidad.

Tyler deja de caminar, se detiene de sopetón en medio del vestíbulo. Estira el cuello para clavarme la mirada, su expresión se va endureciendo mientras entrecierra los ojos. Me muerdo el labio inferior y espero a que estalle, que la agresividad se apodere de él, pero no sucede nada. Solo mueve la cabeza y me introduce en el ascensor de un tirón.

—206 —dice en voz baja mientras aprieta el botón del segundo piso, y apenas me mira durante los segundos que tardamos en subir. Sus dedos siguen alrededor de mi muñeca.

El apartamento 206 da a la calle. Miro fijamente el felpudo que hay debajo de mis pies y, encontrándolo más interesante de lo que en realidad es, estudio el dibujo. Normalmente no le haría caso, pero parece que el tequila es creativo y disfruta del arte de los felpudos. Solo paro cuando él me hace entrar de un tirón al apartamento.

Y, Dios, es una pasada.

El salón está inundado por el resplandor de la puesta de sol que brilla por los ventanales del piso, que van del suelo al techo. Todo tiene un tono anaranjado y es muy hermoso. Es el tipo de puesta de sol que solo ves en fotos, y la mayoría de las veces las han retocado con Photoshop. Pero aquí arriba, en este piso con enormes ventanales con vistas a la playa, se captura la esencia de la belleza. Lo miro fijamente durante un rato.

—Ten —ofrece Tyler con delicadeza a mis espaldas, captando mi atención. Por fin aparto los ojos de los ventanales y lo miro a él. Tiene un vaso de agua en la mano, que me ofrece—. Bébetelo. Ahora.

Una sonrisa ronda mis labios mientras levanto el vaso y le doy un largo trago, ahora me doy cuenta de lo deshidratada que estaba. Noto el agua refrescante y fría en mi garganta, así que acabo bebiéndomela toda en cuestión de segundos.

—Siéntate —ordena Tyler.

Coge el vaso vacío de mi mano y señala con la cabeza el sofá que se encuentra detrás de mí. Al no moverme al instante, me pone la mano en el hombro y me guía hasta él.

—Qué bonito es —digo cuando ya estoy sentada y a salvo en el sofá.

Me estiro y me pongo cómoda, mi cuerpo se desploma sobre los cojines, mis ojos centrados en los ventanales. Si escucho con mucha atención, apenas puedo oír el leve latido de la música—. ¿No crees?

—Desde luego —responde Tyler desde un par de metros de distancia.

Me giro para verlo, cruzo las piernas y lo observo en silencio mientras él me vuelve a llenar el vaso en el grifo. Me lo trae, sus manos mojadas, y luego se las seca en los vaqueros cuando me ha pasado el agua.

La tranquilidad de la habitación contrasta con el ruido de la fiesta al otro lado de la calle, pero tiene algo relajante, la debilidad de la música y el resplandor del sol mientras se hunde en el horizonte. Tyler se sienta en el borde del sofá, a varios centímetros de mí, y se limita a mirarme mientras bebo mi segundo vaso de agua.

—Tienes que dormir la mona —me aconseja. Todavía me mira con desaprobación, y es raro que nuestros papeles se hayan invertido. Normalmente yo soy la que tengo que lidiar con él—. Venga.

Coge el vaso de mi mano y lo posa en la mesita de centro. Coloca su mano sobre la mía. Yo me retraigo, pero él no parece notarlo. Con delicadeza, me levanta del sofá mientras él se pone de pie, con la otra mano sujeta mi cintura para que no pierda el equilibrio.

—¿Estás bien?

—Sí —confirmo.

Entonces se da la vuelta, pero no suelta mi mano, solo aprieta sus dedos entre los míos mientras me guía a través de la cocina hasta un pasillo. Nos detenemos delante de la última puerta, y Tyler la abre para revelar un pequeño dormitorio. Me lleva hacia el interior.

Me quito las deportivas y las aparto hacia un lado con el pie, casi inconscientemente, y hago un movimiento hacia la enorme cama que ocupa casi todo el suelo, pero Tyler introduce sus manos debajo de mis piernas y me levanta del suelo entre sus brazos.

Su cara está a tan solo unos centímetros de mí, así que lo único que puedo hacer es mirarlo. No puedo hacer nada más. Sus ojos son tan hermosos, tan fascinantes, que es imposible no sentirse atraída por ellos. Ni siquiera me está mirando, pero noto los latidos de su corazón y la manera en que se van acelerando. Y luego, casi tan rápido como me levantó, me acuesta en la cama con delicadeza y retira las sábanas.

—Te voy a buscar más agua —murmura, casi con timidez, y se muerde el labio a la vez que se gira y sale de la habitación.

Mientras no está miro a mi alrededor. A mi derecha hay un espejo en la pared, y justo cuando veo mi reflejo borroso me quedo sin respiración. Estoy espantosa. Mi pelo, que pasé más de una hora planchando, ha vuelto a sus ondas naturales y se ve enredado y asqueroso. Lo mismo pasa con mi maquillaje, en el que Rachael se esmeró tanto. Me falta una de las pestañas postizas que me puso. Al instante me quito las otras y las pego en la mesilla de noche.

—Aquí tienes —dice Tyler, y salto, un poco sorprendida. Otra vez ha llenado el vaso hasta el borde y lo pone sobre la mesilla, justo al lado de las pestañas que me acabo de quitar—. Agua y dormir: la única manera para volver a estar sobria y para minimizar tu resaca lo máximo posible.

Se ríe un poco mientras se mueve alrededor de la cama, dirigiéndose hacia la ventana para cerrar las cortinas.

—Deberías seguir tu propio consejo a veces —comento, pero solo estoy bromeando. Todavía me siento un poco pedo—. La próxima vez que estés borracho, voy a cantar «agua y dormir, agua y dormir».

Cuando se vuelve desde la ventana, está intentando reprimir una sonrisa que le quiere emerger de los labios. Se limita a mover la cabeza y luego la inclina hacia mí.

—Duerme un poco, Eden.

Suelto una carcajada y después me doy por vencida. Al fin y al cabo, tiene razón. Necesito dormir un rato. Cogiendo las sábanas, me deslizo sobre mi espalda y me pongo cómoda, hundo la cabeza en la almohada mientras la ahueco un poco. Estoy a punto de cerrar los ojos cuando noto que Tyler está de pie en la puerta, un poco inseguro de sí mismo, como si no supiera si irse o quedarse.

Levanto la cabeza unos centímetros para poder mirarlo como es debido. Ya no me estoy riendo.

—¿Vas a volver a la fiesta?

—No lo sé —confiesa en voz baja. Sus ojos se centran en la alfombra mientras se encoge de hombros, y no vuelve a levantar la vista—. Quiero decir, probablemente Tiffani me estará buscando por todas partes.

—Ya.

—Te dejo dormir —dice, mirándome a los ojos.

Y luego sonríe otra vez, y es otra de esas sonrisas suyas que adoro. Una sonrisa genuina. Sincera. Amable y reconfortante.

Vuelvo a posar la cabeza en la almohada y me pongo de lado,

apretando los ojos cuando sale de la habitación. Cuando me quedo en silencio, todo mi ser tiene ganas de que vuelva y se quede. Quiero que esté acostado a mi lado, igual que cuando se metió en mi cama en mitad de la noche. Solo quiero saber que está aquí conmigo. Quiero sentir su calidez y su tacto. Eso es todo lo que necesito. Lo único que me falta.

Creo que ese es el momento en que me doy cuenta de que estoy enamorada de él.

Unas horas después, ya estoy despierta. De repente, el calor en la habitación es insoportable y me despierto casi sudando, con la cara sonrojada. De inmediato cojo el agua de la mesilla de noche en la oscuridad y me siento. A estas alturas ya está caliente, pero me la bebo de un trago de todas formas.

—¿Cómo te encuentras?

Dejo de beber de golpe, casi me salpico entera con el agua, y lanzo mi mirada hacia el rincón de la habitación al lado de la ventana. Está oscuro, pero puedo distinguir el contorno del cuerpo de Tyler, y sobre todo la viveza de sus ojos. Cuando logro enfocar la vista, más claro lo veo. Pronto casi puedo distinguir toda su cara.

—Mejor —digo. Y es cierto. La habitación ya no me da vueltas y mis pensamientos son lógicos otra vez. Ahora mi único problema es que tengo demasiado calor y sed—. ¿Qué hora es?

—Las tres —dice Tyler.

Lanza los ojos hacia la ventana y se ríe tan bajito que es casi inaudible. Me doy cuenta de que las cortinas están abiertas otra vez, y desde la cama todo lo que puedo ver es el cielo oscuro y la Luna. Todavía se escucha un rumor débil de la música de la playa.

—La fiesta todavía sigue a tope.

Lo vuelvo a mirar y, confundida, frunzo el ceño.

—¿No regresaste?

—No —murmura. Su voz se vuelve incluso más baja de lo que ya es, casi al borde de convertirse en un susurro—. Me preocupaba que vomitaras o algo. Además, probablemente era mejor que me mantuviera alejado de todo eso.

Se mordisquea el labio inferior y de repente parece triste, incómodo. No es que se lo viera superfeliz antes ni nada parecido, pero hay cierto

cambio en su expresión que lo hace parecer vulnerable en ese momento. Se lo ve agotado, desmoralizado incluso.

—¿Qué te pasa? —pregunto, apretando el vaso firmemente en mi mano. Lo noto caliente contra mi piel.

—Nada —contesta.

Inclinándose hacia delante, apoya los codos en las rodillas y entrelaza las manos, mirando fijamente a nada en particular.

—Sé que te pasa algo.

Bebo otro trago de agua, pero mi mirada no se aparta de su cara. Tengo miedo de perderme algo, como un destello de emoción en sus ojos o una sensación de exasperación, pero hasta ahora está logrando mantenerse bastante distante.

—¿Qué te pasa, Tyler? —pregunto otra vez.

Levanta la cabeza y me mira de soslayo. Con un enorme suspiro, deja caer los hombros.

—Es solo que…

—Solo que ¿qué?

—En esta época el año pasado… —comienza a hablar despacio, pero luego sus palabras se desvanecen y otra vez mira hacia otro lado.

—Perdiste el conocimiento —termino por él. Sus ojos me miran rápidamente, se lo ve confuso—. Me lo ha dicho Rachael. Te desmayaste por culpa de las drogas.

—Bebe el agua —farfulla entre dientes, y se levanta.

Tiene el rostro oscuro, una sombra lo cubre.

Hago lo que me dice, acabo el resto del agua y luego pongo el vaso en la mesilla. Aparto las sábanas y muevo mi cuerpo para levantarme de la cama, y me acerco lentamente hacia él. Siento las piernas entumecidas.

—¿Por qué lo haces?

De la nada, levanta las manos con exasperación y yo de inmediato doy un paso hacia atrás, con miedo de terminar haciéndole enfadar.

—¿Por qué me preguntas eso otra vez?

—Porque quiero la verdad.

—Ya te he dicho la maldita verdad —suelta enfadado. Tiene las mejillas teñidas de un tono rojo mientras la furia crece dentro de él. Tyler odia la verdad; Tyler esconde la verdad—. Hago lo que hago para distraerme.

—¿De qué? —casi le grito, porque solo quiero descubrir la verdad,

porque estoy harta de no saber absolutamente nada sobre él—. Eso es lo que quiero saber, Tyler. Quiero saber por qué necesitas todas esas distracciones de mierda.

La gente como Tyler tiene razones. Nadie actúa como él sencillamente para distraerse. Nadie. Necesito saber qué es lo que lo hace actuar así y qué lo lleva a decir las cosas que dice.

—Las distracciones lo hacen todo más fácil —balbucea por fin.

Tiene una mirada intensa, el ceño tan fruncido que le salen arrugas en la frente.

—Hacen ¿qué más fácil?

Aprieta los dientes y cierra los puños a ambos lados de su cuerpo, las venas bajo su piel se tensan por la presión. Casi puedo ver los cambios de marcha en su mente mientras se queda callado durante un largo rato. Su voz es calmada pero amenazante cuando vuelve a hablar.

—Eden, déjalo.

—Que deje ¿qué?

Doy un paso hacia él e intento mirarlo a los ojos sin apartar la vista. Me obligo a no retroceder como antes. Esta vez estoy decidida a sacarle la verdad, y por mucho que me fulmine con la mirada no pienso permitir que me descoloque.

—Deja de intentar descifrarme.

Pronuncia las palabras tan despacio, con tanta determinación, que puedo escuchar cada sílaba cuando sale de su lengua. Dado que es más alto que yo, me está mirando hacia abajo con ojos amenazadores, con algo de pesadumbre, y de repente me recuerda la foto que vi en el garaje de Dean. La foto tomada antes del partido de los 49ers, en la que sale con su padre al otro extremo.

—Tyler —digo. Lo veo como un rompecabezas de un millón de piezas que tienen que unirse gradualmente para lograr ver la imagen completa. Una pieza de verdad a cada momento es todo lo que se necesita —. ¿49ers o Chargers?

—¿Qué clase de pregunta estúpida es esa? —contesta, evidentemente agitado. Arruga la cara como si no pudiera creer que haya cambiado de tema con tanta facilidad. Es casi como si estuviera pensando «¿Realmente acaba de pasar de ser un grano en el culo a una fanática del fútbol?»—. 49ers —responde.

Se me apartan los labios mientras lo miro fijamente, mi cara sin

expresión. Por dentro, mi mente está dando vueltas mientras intento comprender su respuesta. Es inconsecuente con la fotografía del garaje.

—Vi una foto en casa de Dean —le explico mientras me acerco al tema con cuidado—. Salíais tú, él y vuestros padres antes de un partido de los 49ers. ¿Si eres fan cómo es que parecía que no quisieras estar allí?

Se limita a clavarme la mirada y pestañea un par de veces.

—Dean tenía que quitar esa foto.

—Responde la pregunta —le exijo. Me estoy impacientando, y de repente todo parece muy raro. Me siento abrumada por los nervios a medida que voy descifrándolo todo poco a poco—. ¿Qué pasaba ese día?

Entonces Tyler se aleja de mí. Estira la mano, coge el vaso de la mesilla de noche y lo aprieta con la mano, los nudillos se le ponen blancos de tanta presión. Pienso que el cristal puede romperse, pero no lo hace. Se acerca a la ventana y se queda allí de pie, el único sonido es el murmullo distante de la música y su respiración pesada.

Las luces del muelle ahora están encendidas y brillan detrás de las palmeras que se extienden por la avenida, la noria Pacific gira y gira y gira. No sé por qué, es noche cerrada. Tyler agacha la cabeza.

—¿Qué pasa contigo, Eden? —pregunta en voz baja, de espaldas a mí, mientras mira por la ventana hacia el suelo de afuera—. No tienes que descifrarme. Nadie puede.

El ambiente ha cambiado y puedo notar su estado anímico en la quietud del momento. Tiene los hombros caídos mientras toca el borde del vaso con su dedo corazón. No quiero seguir hablando. Quiero silencio para poder observarlo con todos sus rasgos y sus taras. Quiero mirarlo a la cara de nuevo y atrapar su mirada, y quiero sonreírle y que él me devuelva el gesto como un espejo. Quiero ver cómo aprieta la mandíbula mientras piensa; quiero que confíe en mí lo suficiente como para contarme qué le pasa por la cabeza. Quiero ver su interior, para comprenderlo, para aceptarlo.

Lo quiero a él.

—Tyler —susurro. Intento que su mirada vuelva a mí por la pura fuerza de su nombre, pero no se gira del todo. Solo me mira de soslayo por encima del hombro—. Confía en mí. Por favor.

Todavía tiene la vista clavada en la alfombra, pero ahora mueve la cabeza, lentamente, como si le doliera darse por vencido. Con los ojos fuertemente cerrados, exhala.

—No me obligues a contártelo.

Acerco mi cuerpo al suyo con mucho cuidado, poniéndome entre él y la ventana. Tampoco es que importe; ya no está mirando hacia la noche que continúa su avance sin nosotros. Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta y pongo mi mano sobre su pecho con delicadeza.

—Por favor —susurro.

Abre los ojos dolorosamente despacio, y yo espero a que me golpee el color esmeralda que lleva dentro, y cuando por fin se encuentran con los míos, se me corta la respiración. Tiene las pupilas dilatadas y suaves, y contienen mucho dolor; nunca he visto que lo embargue tanta emoción. He visto la furia y he visto el sadismo y he visto la vulnerabilidad, pero esto va más allá de todo eso. Veo desamparo.

—Mi padre es un capullo —susurra, apenas moviendo los labios—. Les he dicho a todos que está en la cárcel por haber robado un coche. Eso no es verdad.

La mandíbula se le tensa y vuelve la cabeza hacia un lado. Noto cómo físicamente se arma de valor para seguir, sus fosas nasales se dilatan, y no se da la vuelta. Y entonces se atreve a balbucear las palabras que jamás habían cruzado mi mente:

—Está en la cárcel por maltrato infantil.

Esas dos palabras hacen que se me hiele la sangre, y un escalofrío me recorre la espalda. Duele oírlas. Son dos palabras que nunca deberían mencionarse juntas, porque el maltrato infantil no debería existir, no debería ser nada, no debería ser real. Se me acumula la bilis en la garganta y se me separan los labios, la boca se me abre con incredulidad mientras Tyler cierra los ojos de nuevo. Solo entonces me voy dando cuenta de lo difícil que ha sido para él decir lo que acaba de decir.

—¿A ti? —susurro.

Asiente con la cabeza.

Todos los detalles que he ido captando hasta ahora de repente encajan de una vez, y es tan sobrecogedor que me siento paralizada, incapaz de moverme. Solo puedo pensar. Ahora entiendo por qué se lo veía triste en la foto del garaje de Dean. Por supuesto que estaba triste. Ahora entiendo por qué tantas muñecas rotas. Por supuesto que se enfadó cuando mencioné el tema. Ahora entiendo por qué faltaban tantas fotos de su álbum. Por supuesto que se deshizo de ellas. Ahora entiendo por qué necesita distracciones. Por supuesto.

Por supuesto, por supuesto, por supuesto.

Ahora es tan evidente…

Exhalo y me obligo a preguntarle:

—¿Jamie y Chase?

—Solo yo —responde.

—Tyler, yo…

Algo dentro de mí se está rompiendo al pensar que Tyler ha pasado por algo tan terrible y cruel. Se me quiebra la voz y tengo que parar un segundo para recuperar la compostura. Todavía tengo la mano sobre su pecho y puedo sentir los latidos de su corazón, lentos y fuertes.

—Lo siento tanto…

—Me esfuerzo para llevarlo en secreto —farfulla mientras da un paso para apartarse de mí, y ahora la devastación de sus ojos se ha desvanecido. Ha sido remplazada por una rabia efervescente que es alimentada por el dolor que lleva dentro—. Nadie lo sabe. Ni Tiffani, ni Dean, ni nadie.

—¿Por qué no se lo has contado?

—Porque no quiero dar lástima —me dispara con brusquedad, pero puedo notar el estrés en su voz. Encogiéndose de hombros, me da la espalda y camina hacia el otro lado de la habitación, y se apoya en la mesilla de noche—. La lástima es para nenazas. No quiero parecer débil. Estoy harto de ser débil. —Se produce un estruendo cuando lanza un puñetazo a la mesilla y se da la vuelta, lívido—. Eso es lo que siempre he sido. Un puto pusilánime.

Ahora todo cobra sentido. Aparto la vista de él y observo a través de la ventana el profundo cielo azul oscuro. La noria sigue dando vueltas, la gente sigue de fiesta en la arena. Vuelvo a mirarlo.

—No eras débil. Eras un niño.

Sacude la cabeza vigorosamente a la vez que camina hacia el otro lado de la pequeña habitación, de nuevo con los puños cerrados mientras apoya la espalda contra la pared y se desliza hasta el suelo. Se lo ve totalmente vencido. Otra vez ha cambiado de la rabia a la vulnerabilidad. Fija los ojos en un punto de la pared y su voz se vuelve a suavizar.

—¿Sabes?, en realidad no lo entendí durante un tiempo —dice en voz bajita—. Nunca entendí qué era lo que hacía mal.

Yo sé que él quiere que escuche, que me limite a callarme y que lo deje hablar, así que me aguanto las preguntas y me siento frente a él. Me

cruzo de piernas sobre la alfombra y escucho sus palabras, todas, mientras miro sus labios cuando habla.

—Mi madre y mi padre… —comienza, pero habla muy despacio, como si estuviera pensando en cómo poner todo en palabras sobre la marcha— eran adolescentes cuando me tuvieron, así que probablemente no tenían ni idea de lo que estaban haciendo. Los dos se obsesionaron con sus carreras profesionales. Papá tenía esa estúpida compañía, la que te comenté.

—Grayson's.

—Grayson's —repite. Aclarándose la garganta, se inclina hacia delante y rodea sus rodillas con sus brazos—. Al principio era genial. El negocio despegó bien durante algunos años, pero cuando yo tenía algo así como ocho años, una transacción salió mal. Papá tenía un genio de mierda. Una noche llegó a casa y mamá estaba en la oficina trabajando hasta tarde, y él estaba supercabreado y se desquitó conmigo. Esa vez lo dejé pasar. Pensé que sería la única vez. Pero entonces sus empleados empezaron a dejarlo y eso lo estresaba, y volvió a tomarla conmigo. Cada vez sucedía más a menudo. Pasó de ser una vez por semana a todas las noches. Solía decirme que yo no podía hacer nada de lo que quisiera, porque tenía que centrarme en la escuela. Dijo que quería meterme en la Liga Ivy para que no terminara jodiendo mi carrera igual que él. Pero la verdad era que yo no quería tener una gran carrera ni entrar en una universidad de la Liga Ivy, y, sin embargo, pasaba todas las noches encerrado en mi cuarto estudiando para que no se enfadara conmigo. Pensé: «Lo estoy intentando, ¿no? Eso es suficiente, ¿no?». Pero no lo era. Cada noche subía a mi habitación y me daba una paliza. —Hace una larga pausa, su voz se ha reducido a un mero susurro—. Cada noche. Durante cuatro años.

—Lo siento —murmuro una vez más.

Realmente lo siento. Nadie se merece que lo traten así, sobre todo por parte de un padre, la persona que se supone que debe quererte y protegerte. Me dan náuseas.

Tyler solo se encoge de hombros.

—Mamá estaba muy ocupada, no tenía ni idea. Ahora se culpa a sí misma. Intenta castigarme, pero no funciona porque nunca lo mantiene. Creo que la aterra intentar ser estricta, ¿entiendes? Pero no es culpa suya. A veces sí se daba cuenta. Me decía cosas como «Tyler, ¿qué te has hecho

en la cara?». Y yo sencillamente me inventaba cualquier excusa tonta. Le decía que me había hecho daño jugando al fútbol en clase de gimnasia o que me había roto la muñeca al caerme por las escaleras. Cuando en realidad la muñeca se me fracturó tres veces en un año porque a papá le encantaba ver hasta dónde me la podía doblar hacia atrás.

—¿Por qué no se lo dijiste a nadie? —ahora estoy susurrando. El silencio es tan frágil que me aterra romperlo—. ¿Lo sabe mi padre?

—Porque le tenía un miedo de cojones —admite Tyler, su tono es duro; su voz, fría. Cuando levanta las manos y se las pasa por el pelo, veo cómo sus ojos se oscurecen mientras su rabia crece—. No había manera de que lo pudiese confesar. La única persona de la familia que no lo sabe es Chase. Era demasiado pequeño. Mamá no quiso darle miedo. Ahora el resto de la familia odia a papá.

—¿Cuándo terminó?

—Cuando tenía doce años —dice, y apoya las manos en el suelo para levantarse. Todavía sigue apretando la mandíbula cuando habla—. Una noche Jamie subió a mi habitación y vio que papá me estaba pegando. Llamó a la policía, incluso a su edad. Esa noche lo arrestaron. No llegó a ir a juicio, porque él se declaró culpable, así que no recibió nada de publicidad. Yo lo tengo que llevar en secreto. Y tengo que fingir que estoy bien. —Un profundo suspiro se le escapa por entre los labios mientras se aparta de mí otra vez y se pone a caminar de arriba abajo por la habitación —. Realmente lo odio a muerte. De verdad, de verdad que lo odio. Después de un año y pico empecé a creer que tenía que haber una razón para que lo hiciera. Pensé que me lo merecía por ser un mierda inútil. Todavía lo pienso. Ni siquiera puedo dejarlo atrás, porque es difícil olvidarlo; suena muy patético, pero es verdad. Se supone que debo tomar antidepresivos, pero paso porque en vez de eso prefiero beber y colocarme, y no puedes hacer las dos cosas. Y ¿sabes qué, Eden? Tienes razón. Estoy perdido. Estoy completa y jodidamente perdido en toda esta mierda.

Desde donde estoy sentada en el suelo, apoyo las manos en la alfombra y me empujo hacia arriba. Cuando estoy de pie, intento analizar las emociones que se reflejan en sus ojos. Hay de todo a la vez, pasa de una emoción a otra con tanta rapidez que apenas puedo seguirle el ritmo.

Lo escucho inhalar con fuerza antes de gritar:

—¡Dependo de las distracciones! ¡Hacen que sea más fácil

sobrellevar las cosas, porque en las horas en que estoy borracho o colocado o ambas cosas, olvido que mi padre me odia!

Y luego, casi tan rápido como le sobrevino la ola de rabia, lo invade la adrenalina. Deja de dar vueltas y coge el vaso de la mesilla, lo agarra con rapidez y luego lo lanza al otro lado de la habitación.

Doy un salto hacia atrás, sorprendida cuando el cristal se hace añicos contra la pared. Emite un ruido horrible que me atraviesa el cuerpo durante un segundo. Los trozos de vidrio caen al suelo y forman un montoncito irregular, y Tyler se queda quieto de pie, mirando fijamente, respirando. Satisfecho, se desploma en la cama.

—Lo odio —dice con rabia.

Mira fijamente por la ventana otra vez, me acerco para poder consolarlo. Puede que sus rasgos se vean duros y su expresión esté torcida, pero sé que está mal. Lo puedo oír en su voz, y lo puedo ver en sus ojos.

Ahora está oscuro, y la música que llega desde la playa está comenzando a desvanecerse hasta la nada mientras la fiesta concluye. La Luna está flotando encima del océano y un suave brillo alumbra el apartamento. El rostro de Tyler está iluminado, y me acerco despacio hasta la cama, donde se ha desplomado. Sus ojos se mueven hacia arriba para mirar los míos cuando me coloco delante de él.

Estoy temblando. No porque haga frío, sino por los nervios que agitan cada centímetro de mi cuerpo. Tyler todavía sigue mirándome a los ojos y se lo ve ansioso, y me pregunto si está esperando a que lo bombardee con más preguntas, pero esa no es mi intención. Mis intenciones son mejores.

Con muchos nervios, busco su cara y pongo mis manos alrededor de su mandíbula, obligándolo a seguir mirándome a los ojos mientras me siento en su regazo. Él no se mueve, se queda quieto, no respira. Creo que yo tampoco estoy respirando. Acerco mis labios a los suyos, pero me demoro antes de llegar hasta ellos, y nos quedamos así, solos él y yo, durante un rato. Es reconfortante y, sin embargo, absolutamente aterrador a la vez, y sé que él está esperando a que me incline, y yo sé que quiero hacerlo, pero espero. Espero hasta que siento su aliento en mi mejilla.

—Gracias por confiar en mí —le susurro con muchísimo cuidado al lado de su mandíbula, y luego por fin lo beso.

A través de la oscuridad y del silencio, algo se enciende. No sé lo que

es, no puedo dar en el clavo, pero lo siento. Noto la forma en que mi pulso se desboca y el corazón me duele dentro del pecho, y noto cómo se me pone la piel de gallina por todo el cuerpo, el vello de mis brazos se eriza, y siento los labios de Tyler sobre los míos. Esponjosos y húmedos y deseosos, como siempre. Puedo percibir cómo canaliza su dolor, su rabia... Puedo sentir cómo lo transforma en deseo. Es ese deseo por lo que ambos queremos pero que no podemos tener.

Sabe a cerveza y a tabaco, pero hay algo fascinante en ello. Es muy familiar, porque es muy él, su sabor permanente. Me besa despacio e introduce las manos debajo de mi falda, apretándome el culo mientras se incorpora hasta sentarse. Sigo sobre su regazo y aprieto mi pecho con fuerza contra el suyo, mientras froto su piel con mis pulgares, mis manos aún alrededor de su mandíbula. Siento que los músculos de sus brazos se tensan cuando me levanta de su regazo y me acuesta en la cama a su lado. Todo mi cuerpo está frío como el hielo, congelada mientras él se cierne sobre mí, deslizando una mano por mi muslo, bajo la falda. Durante un segundo me preocupa estar paralizada, pero mis labios aún se mueven, todavía siguen besando, así que no lo estoy. Es solo la ansiedad y el miedo a lo desconocido.

Pero no importa lo nerviosa que estoy ni las náuseas que comienzo a sentir, me niego a separar mis labios de los de Tyler. De repente intensifica el beso, acelerando el ritmo, y mientras mis labios siguen enganchados a los suyos, suelto su cara y me quito el suéter. Lo tiro hacia un lado. Cuando mis manos vuelven a Tyler, buscan su camiseta blanca. Siento los brazos adormecidos mientras toco el dobladillo de su camiseta con torpeza, intentando averiguar la mejor manera de quitársela sin interrumpir el beso. Se da cuenta de mi batalla y se ríe junto a mis labios. Es una risa sana, el tipo de carcajada que te obliga a devolverla, una risa que te hace sentir cómoda. Apartándose un poco y arrodillándose, se quita la camiseta con un movimiento y la tira hacia atrás por encima del hombro. Las mejillas se me llenan de color mientras mis ojos se demoran en su pecho, en sus abdominales y en sus oblicuos, y me pregunto si estoy soñando, porque Tyler debería estar en un catálogo de Abercrombie & Fitch, y no aquí en la cama conmigo.

Vuelve a situar su cuerpo sobre mí y presiona sus labios sobre mi clavícula, con una mano me coge la cintura, y la otra merodea hacia arriba debajo de mi falda. Besa mi piel con lentitud mientras enredo mis manos

en su pelo, enroscando su cabello entre mis dedos. Mis ojos están cerrados mientras descanso mi mentón en su frente e intento regular mi respiración, porque nunca he estado tan excitada y nerviosa en toda mi vida. El calor de su pecho contrasta con mis temblores cuando las puntas de sus dedos trazan el encaje que adorna la parte superior de mi ropa interior. Mi estómago se agita por la anticipación y durante un instante siento que podría vomitar.

Tiene mucha experiencia y sabe lo que hay que hacer con exactitud, mientras que yo no: soy novata y todavía tengo que descubrir por qué a los chicos les resultan tan atractivos los pechos. Un montón de pensamientos pasajeros van y vienen, como ¿cuándo debo mover las manos? ¿Dónde las pongo? ¿Espero a que él avance o doy yo el primer paso? ¿Espera que gima? ¿Gimo? No soy capaz de imaginarme a mí misma gimiendo. ¿Se supone que debería estar haciendo algo ahora mismo, como desabrocharle los vaqueros o besarle el cuello? Y ¿quién fue la primera persona en hacer el amor? John F. Kennedy era un ligón total, y si el venerado expresidente de nuestra nación era capaz de seducir a jóvenes cuando se le antojaba, entonces estoy bastante segura de que el sexo no puede ser malo. Esas chicas no se habrían arrojado a la cama del presidente si el sexo fuese terrible. Durante un segundo me pregunto por qué estoy pensando en el presidente asesinado. Apuesto a que si Lee Harvey Oswald siguiera vivo, ni siquiera él pensaría en JFK mientras se lo monta con su esposa. Y el cabrón fue quien lo mató.

«Déjalo, Eden.»

Los labios de Tyler trazan un sendero de besos desde mi clavícula hasta mi mentón mientras sus manos exploran mi cuerpo, una va desde mi cintura hasta mi cara. Me acaricia la mejilla con el pulgar, y puedo sentir su cariño a través de sus dedos y por la forma en que dejan una huella cálida en mi piel. No quiero que se acabe nunca, incluso cuando estoy perdiendo el aliento y apretando con más fuerza su cabello. No es mi intención, pero termino tirándole de las puntas mientras arqueo la espalda.

Por suerte, Tyler me guía todo el rato, sin decir nada durante el resto de la noche. Incluso cuando titubeo en un momento dado y me entra la preocupación de lo que va a pensar cuando vea mi cuerpo, hace una pausa y espera hasta que se me pasen los nervios para continuar. E incluso cuando me está desabrochando el sujetador, e incluso cuando se levanta para quitarse los vaqueros, e incluso cuando hurga en su cartera, jamás

pronuncia una palabra, pero me gusta que calle. Me gusta el silencio ensordecedor de toda la experiencia mientras la recorro con torpeza con la persona de la que me he enamorado con locura.

Eso es lo que hace que sea mucho mejor.

Es porque estoy con Tyler.

No con Jake ni con Scott el Mocoso, el chico de mi clase de álgebra, sino con Tyler. El chico de los secretos y las debilidades, quien confió en mí lo suficiente como para confesarlo todo. Lo respeto por ello. Requirió mucho esfuerzo por su parte contarme la verdad, y ahora lo deseo aún más. No quiero que pare. Tyler y yo… No deberíamos estar juntos y no deberíamos estar haciendo esto, porque a fin de cuentas somos hermanastros, a pesar de lo mucho que deseamos que no sea así. Me siento muy atraída por él y no debería pensar que estoy haciendo algo malo. No lo es. ¿Dónde está la relación sanguínea? No la hay.

Solo sé que si alguien descubriera la verdad sobre nuestra relación, no nos verían con buenos ojos. No puedo ni imaginarme cómo se lo diríamos a nuestros padres. ¿Cómo le das la noticia a una pareja de casados de que sus hijos están saliendo juntos? ¿Cómo funciona todo esto?

No hay vuelta atrás a partir de este momento. No se puede cambiar la manera en que Tyler está gimiendo en mi oído, no se puede borrar el hecho de que estoy hundiendo mis uñas en su espalda, sin olvidar la forma en que nuestras caderas están ondulando juntas.

Porque puede que Tyler me haya contado sus secretos, pero ahora tiene uno nuevo.

# 28

Cuando despierto tarde la mañana siguiente y miro a mi alrededor en la habitación, no me siento particularmente diferente. Se supone que debes sentirte como una persona distinta, se supone que tienes que ver todo desde una nueva perspectiva. Pero me noto exactamente igual que anoche, salvo que ahora me duele la cabeza. Mi cuerpo no siente una agonía mortal y no tengo ganas de llorar, pero tampoco estoy dando saltos de alegría. Solo estoy igual que cualquier mañana, otro día más.

Noto la garganta seca, como si hubiera estado vagando por el desierto durante una semana y todavía no hubiese encontrado una fuente de agua, y noto la voz rasposa cuando me siento y llamo a Tyler. Esa es otra cosa que pensé que sería diferente después de perder la virginidad: creí que una despertaría junto a la persona de la que está colgada.

Un momento de pánico invade mi cuerpo. A lo mejor Tyler se ha marchado. A lo mejor me ha abandonado aquí, se ha ido antes de que yo despertara, porque se arrepiente de lo que sucedió y ha salido corriendo. El apartamento está demasiado tranquilo. No es buena señal. Tyler debería estar a mi lado como en las películas, en las que te despiertas y tu media naranja te besa en la frente o juguetea con tu pelo o te susurra que te quiere, o *algo.*

Miro por la habitación y veo que la pequeña ventana tiene las cortinas cerradas otra vez. No puedo descifrar si es por la mañana o si aún es de noche o si han pasado dos días, porque la habitación está oscura y privada de luz.

Arrugando la cara, recojo las sábanas que están esparcida a mi alrededor y echo un vistazo al espejo que hay a mi derecha. Estoy completamente desnuda. Con la respiración entrecortada, tiro de las sábanas hacia arriba para cubrirme el pecho y me miro en el espejo, horrorizada.

¿Dónde está Tyler?

Entonces se abre la puerta de la habitación, se desliza con dificultad sobre la mullida moqueta. Tyler la empuja con el codo para abrirla del todo y da un paso hacia el interior de la habitación; tiene la cara un poco pálida. Yo me siento aliviada de que siga aquí. Está totalmente vestido y tiene una pequeña sonrisa en la cara cuando me mira a los ojos.

—Estaba a punto de despertarte —dice, su voz es suave.

El tono esmeralda de sus ojos es claro, y sé que es porque está sereno. Eso es lo que más he notado en las semanas que llevo aquí: los ojos de Tyler y cómo reflejan sus estados de ánimo. Opacos y ligeros: vulnerable. Normal: cabrón arrogante. Oscuro y vibrante: furioso hasta el punto de poder matar a alguien.

—Pensé que te habías ido —admito, y me doy cuenta de que estaba exagerando.

Sé que Tyler no me dejaría, porque sé que no me trataría de esa forma. Espero que no me trate nunca así.

Me lanza una mirada dura, en *shock*.

—No soy tan cabrón. —Vuelve a sonreír y mira hacia otro lado, casi con timidez, como si hubiese herido su ego y se le hubiera esfumado toda la seguridad en sí mismo—. No tienes que preocuparte por nada.

Noto el color resplandeciente de mi falda en sus manos, y cuando él me ve mirando mi ropa es como si recordara de repente por qué ha entrado en la habitación.

—Ten —dice, depositando con cuidado la ropa al pie de la cama.

Se queda de pie algo incómodo. No puede sostenerme la mirada, mira de aquí para allá entre mi ropa y yo y la ventana y el suelo y cualquier otra cosa sobre la que pueda posar los ojos. El color asoma en sus mejillas.

—¿Estás bien?

Por fin me mira de frente y se sonroja. Se masajea la nuca y estira el cuello hacia un lado.

—Perdona —murmura, pero puedo notar el nerviosismo en su voz —. Yo no... en realidad no estoy acostumbrado a... esto. —Hace una pausa de un momento—. Probablemente deberíamos hablar de, ehhh, lo de anoche.

Yo sigo abrazando las sábanas contra mi pecho, pero ahora tengo una sonrisa en los labios. Creo que es la primera vez que he visto a Tyler

ansioso y fuera de su salsa. Normalmente tiene la situación controlada y se muestra muy seguro, y ahora helo aquí, balbuceando y sin poder mirarme directamente a los ojos. Pero entonces pienso en sus palabras y borro la sonrisa de mis labios de inmediato.

—¿Lo hice mal? —me atrevo a preguntar.

—No, no —responde al instante. Se relaja un poco, al menos lo suficiente para reírse—. Quería decir más bien con respecto a..., ya sabes, en qué punto nos encontramos ahora.

Intercambiamos una larga mirada. Él se muerde el labio, aguanta la respiración y espera a que yo responda. Pero ¿en realidad? No tengo ni idea. Lo único que sé es que ha hecho que nuestra complicada situación sea aún más real y aún más intensa.

—No estoy segura —admito—. ¿En qué punto quieres que nos encontremos?

—No estoy seguro. —Suspira hondo y se mete las manos en los bolsillos, pero es evidente que está pensando mucho en algo, su cara es la pura imagen de la concentración—. Dime: ¿te arrepientes?

—No —respondo de inmediato. ¿Cómo me voy a arrepentir de algo que deseaba desesperadamente?—. ¿Y tú?

—Tú sabes que no —murmura, y luego se sonríe con uno de esos gestos genuinos, de esos que no creo que pueda olvidar jamás. Coge mi ropa otra vez y camina al lado de la cama, se detiene junto a mí y la posa sobre mi regazo por encima de las sábanas. Todavía sonríe—. Ya encontraremos la forma de solucionar todo esto. Con el tiempo. Pero por ahora, vístete, porque tenemos que irnos. Troy-James acaba de llamar y viene de camino.

Lo miro y frunzo los labios, un poco tímida mientras abrazo el edredón, sin moverme un centímetro.

—¿Me puedes, eh, dar un segundito?

—Te comportas como si no te hubiera visto desnuda —dice, pero de manera juguetona, y asiente con la cabeza—. Date prisa —aconseja por encima del hombro mientras sale de la habitación.

Cuando se ha ido recojo mi falda y me la pongo debajo de las sábanas, todavía siento demasiada vergüenza para levantarme desnuda. Me pongo el sujetador y el top y por fin pongo los pies en la alfombra, siento como si la habitación diera vueltas. Mientras me pongo el jersey me llevo una mano a la frente y respiro durante unos segundos. Me encontraba bien

hasta que me he puesto de pie; ahora siento como si mi sangre fuera veneno y me estuviera matando desde dentro.

Cuando llego a la cocina, Tyler está al lado del cubo de basura, vaciando los cristales de un recogedor. Echo un vistazo sobre la encimera hacia el salón, donde el sol está entrando a chorros por los ventanales y esparciendo su luz por todas partes, y me doy cuenta de que todo ha sido ordenado hasta el punto de que el sitio se ve inmaculado, como si nunca hubiésemos estado aquí. Tiene que haber limpiado todas las esquirlas del vaso que estrelló anoche mientras yo todavía dormía.

Con un suspiro, mete el recogedor en un armario y se vuelve hacia mí, frotándose las manos.

—He llamado a un taxi —me comunica. Le echa un vistazo a su reloj y señala la puerta con la cabeza—. Sé que es raro, pero no puedo pedirle a alguien que nos lleve sin que se pregunten qué demonios hemos estado haciendo. No podemos levantar sospechas, ¿recuerdas? El taxista no nos conocerá. Debería llegar de un momento a otro.

Asiento con un movimiento leve de la cabeza.

—¿Dónde están mis zapatos?

La alfombra me mantiene los pies calientes, pero me doy cuenta de que no sé dónde terminaron mis Converse. Doy un rápido vistazo por el salón en su búsqueda.

—No lo sé —responde Tyler, y sus ojos se unen a la búsqueda—. Pero tenemos que irnos de aquí.

—Pero necesito mis zapatos —protesto, molesta por haberlos perdido.

Mi par de deportivas preferido: las que tienen la letra de mi canción favorita escrita en los laterales. Las que me pongo para ir al instituto, a hacer las compras con mamá, las que llevo a las fiestas en la playa cuando me emborracho y quiero besar a mi hermanastro.

—Te compraré unas nuevas, pero vamos —me urge Tyler, poniéndose un poco impaciente.

Frunce el ceño mientras se dirige hacia la puerta, la abre y se queda esperando a que me una a él en el vestíbulo. Cuando lo hago, cierra con la llave y la coloca debajo del felpudo.

Noto el frío de los azulejos pulidos bajo mis pies y cruzo corriendo el vestíbulo y me meto en el ascensor antes de que Tyler tenga la oportunidad de darse la vuelta, pero cuando lo hace se sonríe al entrar,

justo antes de que se cierren las puertas.

Me mira con intensidad cuando el ascensor se pone en marcha, su expresión es seria, pero se está aguantando las ganas de sonreír.

—No creo que debamos mencionar lo de anoche a nuestros padres.

—No creo que debamos mencionar lo de anoche a nadie —corrijo, pero aunque solo estemos bromeando, me pongo tensa.

Quiero suspirar sin parar. Eso es lo que es esto, un enorme suspiro, porque no tenemos ni idea de lo que estamos haciendo.

Tyler debe de notar la preocupación en mis ojos, porque estira la mano y toma la mía con suavidad, de la misma manera como lo hizo anoche cuando me estaba cuidando. Miro hacia nuestras manos durante un momento, asimilando cómo se ven cuando están entrelazadas. Me gusta. Cuando levanto la vista él se limita a sonreírme y aprieta sus dedos entre los míos.

Hay un pensamiento que sigue rondándome por la cabeza: que tal vez nunca se lo podamos contar a nadie, y que estaremos constantemente susurrándonos el uno al otro: «Chis, es un secreto». Mantener esto en privado es difícil, pero decirlo lo es más todavía. No podemos ganar de ninguna forma.

Cuando las puertas del ascensor se abren, Tyler me guía por el vestíbulo hasta la entrada principal, y a través de las puertas de cristal podemos ver un taxi estacionado al lado de la acera. Me siento algo indecisa de caminar descalza en la intemperie, pero enseguida lo supero y bajo detrás de Tyler por las gradas hasta meternos en el vehículo. Una mujer de mediana edad nos saluda, con una sonrisa resacosa en los labios.

Nos lleva veinte minutos volver a casa, lo cual es sorprendente, teniendo en cuenta que es un domingo por la mañana y el tráfico es mínimo. Creo que la taxista se está aprovechando de que somos jóvenes, dando por supuesto que debemos de ser ingenuos y totalmente ciegos. Se equivoca por lo menos en cinco calles, murmurando cada vez que lo hace:

—¡Ay, no era esta!

Yo le dedico una mirada asesina desde el asiento de atrás mientras conduce, pues me doy cuenta de que está alargando la carrera a propósito y prolongando el tiempo que debo seguir sentada en silencio repensando todo lo de anoche. Me está dando náuseas, pero Tyler se limita a encogerse de hombros cuando le señalo el taxímetro con el entrecejo fruncido. No se molesta en discutirlo, sencillamente le da veinte dólares a

la conductora y me saca de un tirón del coche, que sale zumbando justo cuando cierro la puerta.

—¿Adónde les dijiste que ibas anoche? —pregunta Tyler mientras nos demoramos un rato delante de la casa, sin estar muy seguros de cómo vamos a manejar a nuestros padres. Yo estoy hecha una porquería y no llevo zapatos, y casi seguro que huelo a alcohol.

—Al cine —respondo.

Tyler respira y mueve la cabeza.

—¿Al cine? Menuda originalidad.

—¿Cuál era tu excusa? —le disparo.

—No les di ninguna. Me largué antes de que pudieran darse cuenta.

—Bueno —digo—. Eso no me sorprende.

Se ríe, pero todavía se lo ve algo ansioso cuando mira hacia la casa. No tenemos otra opción que entrar; no nos queda más remedio. Me gustaría poder apartarme de ella, lejos de papá y lejos de Ella, esconderme en algún sitio con Tyler mientras él me cuenta más sobre su vida. Eso sería perfecto.

Ella está en el salón cuando entramos. Está estudiando algunos folios con un dedo en los labios. Jamie está sentado en el sillón reclinable con la muñeca fracturada apoyada en una almohada. Nos mira a los dos con una expresión cabreada, y creo que es la primera vez que lo veo molesto.

—Dave, ya están en casa —anuncia Ella en voz alta sin molestarse en levantar la vista.

Yo esperaba que no se diera cuenta de nuestra presencia incómoda en el umbral de la puerta, pero es verdad lo que dicen de los padres: tienen ojos en la nuca y cuatro oídos.

Tyler me mira de reojo, su cara está tensa. Él está más acostumbrado a lidiar con nuestros padres que yo, y, si soy franca, espero que sea él quien hable por los dos. Si yo intento dar explicaciones, solo conseguiré tartamudear y soltar algo que luego desearé no haber dicho, como cuando Tiffani me escuchó decirle a Ella que yo había estado con Meghan y me salió el tiro por la culata.

Papá entra como una tromba en el salón un poco después, en pantalón de chándal y camiseta. No estoy acostumbrada a verlo sin camisa y sin corbata. Así parece menos intimidatorio, como si fuera mi abuelo.

—¿Qué tenéis que decirnos? —ladra, e inmediatamente queda claro que está cabreado a un nivel desconocido por mí hasta ahora.

—¿Que la película estuvo bien? —intento, pero incluso Tyler me echa una mirada como diciendo «ni te molestes».

Debería haber sabido que papá se volvería loco cuando no llegara a casa. Las películas no duran hasta las diez de la mañana.

—Vosotros dos habéis ido a la fiesta de la playa, ¿no es eso?

Ella ha levantado la vista de sus papeles y los ha dejado sobre su regazo mientras Jamie continúa observándonos a Tyler y a mí, viendo cómo luchamos para salir de la piscina de los tiburones. Tiene una chispa divertida en los ojos, como si esto fuera entretenido. Desde mi perspectiva, no lo es.

Ni Tyler ni yo logramos responder. Esto les dice a nuestros padres exactamente lo que necesitan saber: sí, mentimos, y sí, fuimos a la fiesta de la playa aunque somos menores. En mi defensa, no hay nada parecido en Portland. ¿Cómo iba a dejar pasar la oportunidad? Con la esperanza de salvar nuestro destino, intento apelar al lado más compasivo de papá. Así que lloro.

—Mis amigas me llevaron allí después del cine —digo atragantándome entre mis exagerados sollozos. Mi voz es rasposa, pero no suena falsa. Sigo muerta de sed—. ¡Ni siquiera sabía lo que era!

Tyler me está mirando fijamente, su cara no muestra expresión alguna. Solo me estoy defendiendo a mí misma, y según parece no piensa que esté haciéndolo muy bien. Con un suspiro dirige su mirada hacia papá.

—Yo fui porque quise —afirma, de manera casualmente sincera—. ¿Qué vas a hacer? ¿Castigarme los próximos cinco años?

Papá mira de Tyler a mí, los ojos entrecerrados, como si no pudiera decidir qué problema abordar primero: mis lágrimas de cocodrilo o la actitud de Tyler. No elige ninguno.

—¿Dónde habéis estado toda la noche? —interroga mientras Ella observa, y su mirada solo me hace pensar en lo que me dijo Tyler anoche, de que es precavida en cuanto a las habilidades paternales y a tener que castigarlo. Papá no parece tener ningún problema a la hora de discutir.

—Todos pasamos la noche en casa de Dean —Tyler se tira un farol, aunque en cierta forma solo es una ligera distorsión de la realidad. Es verdad que dormimos en casa de alguien, solo que era la de TJ, y Tyler y yo no estuvimos exactamente durmiendo—. Relájate. Es verano.

—Ah —exclama papá con un tono sarcástico—. Fallo mío. Se me había olvidado que era verano, así que eso significa que podéis hacer lo

que os salga de las narices. Mis más sinceras disculpas.

Puedo escuchar cómo Jamie se está aguantando la risa y tengo ganas de decirle que cierre el pico, pero sé que eso no le sentaría muy bien a papá. Además, Jamie me cae bien. Quiero decir en el sentido de que está bastante bien para ser un hermanastro.

—Esta no es la primera vez que no has vuelto a casa, Eden —farfulla papá asqueado.

Mis ojos vuelven a él de inmediato y me esfuerzo para que me salgan más lágrimas. Se le ve el pelo más canoso que cuando me recogió en el aeropuerto, y mientras más refunfuña y frunce el ceño, más mayor parece. En comparación, mamá tiene el aspecto de una chica de veintiún años.

—Solo he pasado la noche en casa de un amigo —digo resollando, de forma mucho más dramática de lo que pretendía.

La primera vez que no volví a casa fue cuando me quedé dormida en la cama de Jake después de besarlo durante *El Rey León*. La segunda vez fue anoche, cuando estaba tan cautivada por el tacto de Tyler, tan hechizada por su voz, tan enamorada de su ser…

—¡Esa no es la cuestión!

—Entonces, ¿cuál es?

Papá me fulmina con la mirada mientras lucha por hacer acopio de fuerzas y darme una respuesta decente. No se le ocurre nada y vuelve a centrar su atención en Tyler.

—Eres insufrible, así que ni siquiera voy a decir nada. Vete a tu cuarto. Sal de mi vista.

Echa un vistazo por encima del hombro hacia Jamie con los labios fruncidos, y este capta el mensaje y se levanta para irse.

—Por mi bien —dice Tyler con una sonrisa irónica que desaparece de inmediato cuando lo miro.

Sus labios reflejan una sonrisa sincera, llena de fuerza, como si estuviera intentando decirme que no me preocupe porque todo va a salir bien. Cuando Jamie se le acerca, Tyler lo rodea con cuidado por el hombro con su brazo y suavemente lo guía fuera del salón, murmurando:

—¿Cómo va esa muñeca, chaval?

En ese instante, me gustaría ser como Tyler. Me gustaría ser capaz de esconderme detrás de una fachada y actuar como si todo fuese una broma. Me encantaría meterme en problemas tanto que el que me gritaran formara parte de mi rutina cotidiana. Me gustaría no seguir de pie delante

de papá, sujeta a preguntas y expresiones de decepción mientras las estúpidas lágrimas se deslizan por mi maquillaje corrido.

Me he dado cuenta de que papá no tiene ni la más mínima fibra compasiva en su ser. Debería haberlo sabido. Cada vez que mamá estaba triste, no le importaba. Cada vez que ella lloraba por él, le importaba menos. Nunca le importó nada.

Abandono la actuación del llanto y lo miro con dureza.

—¿Y bien?

Ella sigue en la habitación. Se mordisquea los labios mientras continúa observando, sin moverse del sofá, manteniéndose callada. No sé si debería alegrarme o no, porque todavía no he descubierto si es de las que se unen a los gritos o de las que te defienden.

—Eden —comienza papá despacio mientras se masajea las sienes—. No te traje aquí para que pudieras escaparte a hurtadillas y mentirme.

—Entonces, ¿para qué demonios me trajiste? —exploto, levantando las manos con exasperación—. ¿Acaso querías acompañarme a comprar sujetadores? ¿Querías que nos sentáramos alrededor de una hoguera y comiéramos galletas con chocolate y malvavisco? ¿Qué, papá? ¿Qué esperabas?

No puedo ni empezar a asimilar mi odio. Durante las seis semanas que he estado aquí no ha hecho el más mínimo esfuerzo para arreglar las cosas conmigo, para disculparse por habernos abandonado a mamá y a mí sin ninguna explicación, por haberse largado y haber esperado tres años para verme de nuevo. ¿Y ahora quiere ser parte de mi vida? ¿Ahora quiere intentar actuar como mi padre?

—Creo que todos necesitamos calmarnos. Lo importante es que ya está aquí —media Ella con un ligero retintín en la voz.

Ahora he llegado a la conclusión de que no solo es el tipo de madre a la que no le importa si desapareces, también es de las que te defiende si lo haces.

—Exactamente —acoto, intentando que mi voz sea más suave—. Estoy en casa y estoy viva, al igual que Tyler, pero si ayuda, lo siento. Siento que no volviéramos a casa anoche.

Papá no acepta mi disculpa. Se limita a mirarme fijamente de una manera en la que jamás esperaría que un padre mirase a su hija, como si no pudiera soportarme. En ese momento exacto, lo odio.

—¿Por qué me miras de así? —pregunto—. ¿Qué problema tienes

conmigo, papá?

—No tengo ningún problema —responde.

Mira de reojo a Ella, como si necesitara refuerzos para discutir con una chica de dieciséis años, pero ella solo lo observa con los ojos muy abiertos.

—¿Por eso pasaste tres años sin hablarme? ¿Porque no tienes ningún problema conmigo?

No sé de dónde me vienen las palabras. En algún rincón de mi mente, estos pensamientos se han ido acumulando desde que se marchó. Ahora que estoy furiosa con él están saliendo todos a la vez, y no puedo detenerlos. Puedo ver cómo el color va inundando las mejillas de papá mientras asimila mis palabras.

—¿Por eso te marchaste? ¿Porque no tienes ningún problema?

—¡Ya está bien! —ladra, porque no puede soportar la verdad.

No puede con el hecho de que es un padre patético, porque nunca piensa que se equivoca. Esa es la razón por la cual él y mamá discutían todo el tiempo. Nunca nada era su culpa. Siempre era culpa de ella.

—Ni siquiera has intentado hacer un esfuerzo conmigo. —Incluso doy unos pasos hacia él. Alzo la barbilla, porque estoy decidida a hacerle saber cómo me siento—. Ni siquiera me has dicho que lo sientes. Eso debería haber sido lo primero que deberías haberme dicho cuando me bajé del avión.

Papá levanta las manos dándose por vencido.

—Vale, Eden, lo siento. Siento no haber estado contigo —balbucea, pero dista mucho de ser sincero—. Ahí lo tienes. ¿Ya estás contenta?

—¿De qué sirve eso ahora, papá? —Me encojo de hombros—. Llega tres años tarde.

Quiero herirlo. Me gustaría que mis palabras le afectasen, y que se ahogara en la culpabilidad. Pero no se lo ve nada dolido. Se lo ve cabreado mientras entrecierra sus duros ojos y me mira con desprecio.

—Eres exactamente igual que tu madre, ¿lo sabías?

Ella está estupefacta.

—Gracias a Dios —respondo—. Detestaría ser como tú.

Ahora que he dejado claros mis argumentos, decido que es momento de salir hecha una furia antes de que él intente seguir discutiendo. Sabe que estoy furiosa con él y van a ser necesarias muchas disculpas por su parte para que yo pueda perdonarlo algún día.

Sus ojos fríos, papá se vuelve hacia Ella, yo me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta.

Escucho a Ella decir:

—¿Qué demonios haces, Dave? ¡Ve con ella! Ya sé que ha estado fuera toda la noche, pero ¿crees que vas a recuperar el tiempo perdido con tu hija dándote ínfulas y actuando como un engreído?

—Oye, no me eches la culpa a mí por esto. Fue idea tuya la de traerla aquí. Dios, los adolescentes son una pesadilla... Tal vez cuando Eden regrese a casa y Tyler se vaya a Nueva York podamos volver a la normalidad.

Me detengo en la puerta y trago con dolor. ¿Acabo de oír bien? ¿Papá me invitó solo porque Ella se lo sugirió? No debería sorprenderme, no debería dolerme, pero lo hace. Me doy la vuelta y los miro a los dos.

—¿No me quieres aquí?

Los dos me miran, estupefactos. Ella se levanta.

—Eden, no tenías que haber oído eso; por supuesto que tu padre...

No puedo soportar escuchar sus excusas.

—Y ¿por qué Tyler se va a Nueva York?

Ella le dispara a papá una mirada asesina, pero vuelve la vista hacia mí y me sonríe de manera tensa.

—No es nada.

Sé que desde luego no se trata de nada, pero estoy cansada de hacer preguntas y nunca recibir respuestas directas. Estoy furiosa y creo que me va a explotar el corazón de la tensión. Mamá siempre ha tenido razón sobre papá. Es un capullo.

Me meto las manos en los bolsillos del jersey —lo que solo sirve para recordarme que me han robado— y me voy echando chispas a mi habitación.

Mi cabeza todavía sigue dando vueltas, ahora incluso más, y lo único que deseo es agua, una ducha y a Tyler. Puedo tener dos de esas cosas.

Uf.

Necesito aclararme la cabeza, salir de casa y tomar algo de aire fresco. Necesito correr. Me daré una ducha cuando regrese, hablaré con Tyler entonces. Primero necesito poner en orden mi cabeza.

Lucho contra la imperante necesidad de vomitar mientras me quito la falda de anoche y me pongo la ropa de deporte, cojo una botella de agua de la cocina y salgo por las puertas del patio para evitar a papá.

Y entonces corro, cogiendo un ritmo constante mientras me dirijo hacia el norte en vez de hacia el oeste. No quiero volver a la playa. Prefiero hacer una nueva ruta; quiero terminar en algún sitio diferente y nuevo. Así que enseguida me encuentro corriendo por Pacific Palisades, el sol me da de lleno, mis pies hacen un ruido sordo sobre el cemento y mi dolor de cabeza va desapareciendo poco a poco.

Creo que lo de anoche ha complicado las cosas aún más. Ahora Tyler y yo caminamos sobre arenas movedizas, controlando nuestras palabras y asegurándonos de que ni un alma nos pille intercambiando una sonrisa cómplice. Si nos cazan, estamos jodidos.

Mi cabeza es un desastre total. En un mundo perfecto, Tyler y yo no estaríamos relacionados por un certificado de matrimonio. En un mundo perfecto, Tyler y yo no tendríamos que andar a hurtadillas y hacer daño a la gente al enamorarnos. En un mundo perfecto, yo podría presumir de él con Amelia. Pero este mundo no es perfecto. Nada más lejos.

Cuando regreso a casa, cuarenta minutos más tarde, todavía con algo de resaca y sin aliento, me paro en seco en el césped.

El coche de Tiffani está estacionado delante de la casa. No debería estar ahí. Es domingo por la mañana, y nunca se ven los domingos.

Me obligo a caminar hasta la puerta de casa, pero noto una rigidez en mis huesos y no puedo descifrar si es por la carrera o porque sé que algo no va bien. Casi quiero darme la vuelta y correr otros ochocientos mil kilómetros en la dirección contraria, pero me arrastro dentro de casa y subo las escaleras a hurtadillas. Noto que papá y Ella están hablando en el salón cuando paso, seguramente discutiendo sobre cómo deshacerse de sus dos chicos insensatos.

Apenas he llegado al descansillo cuando Tiffani sale de mi habitación, abriendo la puerta con fuerza y con Tyler pisándole los talones. Él alcanza su brazo e intenta retenerla, pero ella se quita su mano de encima.

—Vaya, aquí la tenemos —dice con veneno en su voz mordaz—. Llegas justo a tiempo.

Los ojos de Tyler están muy abiertos y me mira fijamente desde detrás de Tiffani, y con un levísimo movimiento de la cabeza se pasa la mano por el pelo.

—A tiempo ¿para qué? —me atrevo a preguntar, aunque a juzgar por la expresión furiosa de su cara no creo que quiera saberlo.

Tyler parece preocupado, y no puedo culparlo. Yo me estoy empezando a sentir igual.

Los ojos de Tiffani son como hielos y nunca la he visto tan... desagradable. Ahora mismo, si esto fuese una escena de una película, ella sería la villana sin duda.

—Necesito hablar con vosotros dos, porque por si acaso no os dais cuenta, estoy muy cabreada. —Aprieta los puños—. Estoy a esto de darte un puñetazo en la cara, Tyler.

—¿Qué he hecho ahora?

La está mirando con una expresión perpleja, pero eso no le impide dar unos pasos hacia atrás, por si las moscas.

—¿Qué has hecho? ¿En serio me preguntas eso? —Está boquiabierta, y entonces respira hondo—. Al patio. Ahora.

Pasa por mi lado y me empuja contra la pared. Yo arrugo la cara y le lanzo una mirada asesina mientras ella baja por las escaleras. ¿Qué problema tiene? Miro de nuevo a Tyler. Se lleva las manos a la cara y gesticula con los labios sin emitir ningún sonido:

—Joder.

Tiffani se detiene al pie de las escaleras y nos mira echando chispas por los ojos. Lanza una mirada intencionada hacia el salón, donde están nuestros padres.

—Puedo hablar con vosotros dos fuera o aquí dentro —expone despacio, en voz baja—, y, creedme, preferiréis que sea fuera.

«Lo sabe —pienso—. Vaya si lo sabe.»

Tyler debe de pensar exactamente lo mismo, porque me lanza una mirada llena de pánico y traga. No puedo pensar en ningún momento peor para que me lancen esto a la cara. Tengo resaca, estoy sudorosa, cansada, y parece que acabase de escaparme de un centro de rehabilitación. Estoy hecha una porquería.

No hay forma en absoluto de escapar de esto. Me pregunto si es demasiado tarde para correr esos ochocientos mil kilómetros. Tyler me va empujando con suavidad mientras descendemos por la escalera y puedo sentir las pocas ganas que tiene de bajar a través de su tacto. Tiene los brazos rígidos y los puños apretados. De alguna manera, los dos logramos cruzar las puertas que dan al patio.

—Pueees —dice Tiffani.

Tyler frunce el entrecejo.

—Pues...

—Pues esta mañana me desperté con un mensaje de texto de TJ —anuncia. Nos está mirando a los dos, así que yo intento parecer indiferente. Trato de aparentar que no me he acostado con su novio—. Y ¿sabéis? —continúa—. Estoy empezando a cansarme de verdad de que la gente hable de cuándo follamos, Tyler, porque la mitad de las veces ni siquiera es conmigo.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Tyler, y las dos, Tiffani y yo, lo miramos.

Él sabe de qué está hablando. Lo sabe muy bien.

—No empieces, Tyler. Ni se te ocurra —amenaza malhumorada, su voz va subiendo de volumen. Su ira aumenta por momentos, y sé que las probabilidades de que sigamos siendo amigas después de esto son bastante pequeñas—. Hizo un chiste de que anoche habíamos follado, porque su habitación estaba desordenada, y los dos sabemos perfectamente bien que no fui yo.

—Mira —empieza a decir Tyler, dando un paso hacia ella—, cielo, no follé con nadie, solo se me olvidó ordenar la habitación...

—¡Cállate! —grita, y él obedece. Creo que ya ha colmado el límite de mentiras que es capaz de aguantar. Aprieta los ojos durante un momento, inspira y espira, y luego se gira hacia mí, con una sonrisa en los labios—. Eden, ¿no querías tus zapatos?

El tiempo se detiene. Mi corazón se salta un par de latidos, se me entumecen las extremidades, se me enfría la sangre. Podría intentar balbucear algo, pero las palabras suben por mi garganta y desaparecen. Mi voz se vuelve un susurro áspero.

—¿Cómo...?

—Porque TJ me preguntó si lo había pasado bien anoche y luego dijo que me había dejado mis Converse — resopla—. Me preguntó qué significaban las palabras escritas en ellas. —Ahora mi corazón deja de latir del todo—. Recuerdo que anduviste agitándolas en el aire toda la noche. Las que tienen la letra de la canción, ¿no? Por cierto, no las vas a recuperar. Le dije que no las quería y que las tirara a la basura.

—Pero Tyler es mi...

—¿Hermanastro? Sí, lo sé. —Se está poniendo tan furiosa que está a

punto de llorar. Limpiándose los ojos rápidamente con el dorso de la mano, se endereza y se ajusta los pantalones—. Acabo de pasar la última media hora debatiendo conmigo misma. Me decía «de ninguna manera, son familia». Pero he visto la película *Fuera de onda*, ¿vale? Ya sabéis, en la que Cher se enamora de su hermanastro. No soy estúpida.

Ya está. Así es ser pillada.

Y es horrible.

Tanto Tyler como yo nos quedamos sin palabras. No creo que ninguno de los dos estuviésemos preparados para lo que sucedería si pasaba esto, si se descubría la verdad. Es como si fuera el día del juicio final. Me siento tan pequeña, tan diminuta, aquí de pie delante de Tiffani. Ni siquiera puedo mirar a Tyler. Solo me siento enferma, como si fuera a vomitar en cualquier momento, así que hago todo lo posible por aguantar las ganas, cuando la barbacoa que hay al lado de la piscina me llama la atención.

Me encantaría poder rebobinar el verano, volver a la primera noche en esta ciudad con los vecinos apiñados en el patio y con la barbacoa chisporroteando y papá contando chistes aburridos. Quiero hacerlo todo de nuevo, pero esta vez no quiero enamorarme de mi hermanastro. No quiero verme en el lío en que me he metido.

—En realidad no follaste con Jake, ¿no es cierto, Eden?

Ahora Tiffani está llorando de verdad. Lágrimas de rabia: las peores.

—No —susurro.

—Eras tú la de esa noche en el muelle —dice, y yo me siento morir por dentro. Todo es demoledor y la culpabilidad me consume. Me negaba a ser cómplice de una infidelidad, pero es exactamente en lo que me he convertido—. Eres una mentirosa.

—Lo sé —admito con la voz entrecortada.

Yo también estoy casi llorando. No quiero estar aquí. Quiero estar en Portland con mamá y con Amelia. Quiero dormir hasta la tarde y ver reposiciones de mis programas de televisión favoritos. No quiero esto. Soy una mentirosa. Soy una zorra. Soy una amiga terrible.

Como salido de la nada, Tyler se pone delante de mí y se aclara la garganta. Ha estado en silencio durante un rato y me pregunto qué es lo que está preparado para decir.

—¿Sabes qué, Tiffani? —comienza, y ella lo mira con los ojos muy abiertos y dolidos—. Ni siquiera quiero estar contigo. He perdido tres

años porque me hiciste chantaje para que no te abandonase. Haz lo que quieras. Dile a todo el mundo lo que sabes de mí porque no vale la pena el esfuerzo que tengo que hacer para aguantarte para que tú guardes el secreto. —Su voz va subiendo de volumen con cada palabra. Puedo ver cómo el ego de Tiffani recibe el golpe—. Hemos terminado. Demándame. Denúnciame a la poli. No me importa. Se acabó.

Desde luego que no esperaba esto. La semana pasada Tyler mantenía que era casi imposible romper con ella. Ella podía arruinarle la vida si lo hacía. Pero ahora... es como si no le importase, como si lo único que quisiera hacer fuese alejarse de ella. Tal vez estar en una relación con ella es peor que ver cómo le echan a perder la vida.

—¡Esto es todo culpa tuya! —me grita Tiffani. Su voz es tan tensa que de forma inconsciente doy un paso para acercarme a Tyler, lo cual seguramente no ayuda en lo más mínimo—. Ni siquiera me importa el hecho de que seáis básicamente hermanos, aunque debería, porque es asqueroso, pero no, lo único que me importa es que lo has arruinado todo.

Me siento todavía peor que antes. Le he robado a su novio. Sin pretenderlo, pero aun así lo he hecho. Sacudiendo la cabeza doy un paso hacia ella otra vez. No importa cuántos comentarios hirientes me haya lanzado, sigo empapada de culpabilidad.

—Tiffani, yo no quise...

Tyler levanta una mano para callarme.

—Se ha terminado, *cielo* —la informa.

Con un cruel encogimiento de hombros, le indica la verja. Está siendo muy duro, yo me siento fatal, tanto por mis acciones como por Tiffani. Si no quisiera matarme, la abrazaría ahora mismo, como la amiga que se supone que debo ser. No quería hacerle daño a nadie.

Frustrada y llorando incluso más fuerte, se lleva las manos al pelo y grita:

—Pero ¡no puedes romper conmigo!

Él se ríe. Literalmente se ríe de ella. No creo que haya procesado el hecho de que sabe nuestro secreto y tiene todas las razones del mundo para contárselo a todos.

—¿Porque ya no estaré allí para hacerte parecer guay? ¿Porque ya no podrás controlar mi vida?

—¡Porque estoy embarazada, Tyler!

En cuanto las palabras salen de sus labios, el ambiente se pone tan

tenso que es casi asfixiante. Todo el cuerpo de Tyler se desinfla y el color abandona su cara. Miro de nuevo a Tiffani. Ahora está sollozando, y es el tipo de llanto que parece doler, el que te hace perder la respiración. Ahora creo que voy a vomitar de verdad.

Tyler parece perder la voz, el único sonido que puede emitir es un diminuto susurro.

—¿Qué?

Tiffani empieza a alejarse de nosotros, sus mejillas manchadas de lágrimas y su corazón roto. No lo puedo asimilar. Me siento como si alguien acabara de golpearme y me hubiese dejado noqueada, porque todo se ve borroso y apagado, igual que la habitación cuando acabas de despertar.

Escucho que abren las puertas correderas del patio, pero estoy demasiado paralizada para mirar. Distingo la voz de Ella que pregunta:

—¿De qué van todos estos gritos?

Tyler no dice ni una palabra. Creo que está en estado de *shock*. Se limita a mirar a Tiffani, con los labios abiertos, sus ojos un océano de diferentes emociones. Por fin vuelvo la vista hacia las puertas del patio, Ella y papá nos están mirando fijamente. Sé lo que están pensando. Se están preguntando por qué parece que a Tyler le estuviera dando un infarto y por qué Tiffani se ve hecha un lío y está llorando mientras camina hacia la verja.

Cuando llega a ella y la abre, se detiene y se da la vuelta, sorbiendo y clavando la mirada en Ella.

—¡Deberías saber que es adicto a la coca! —grita—. ¡Y también ha empezado a trapichear!

—¡Zorra! —ruge Tyler, recuperándose de su estado de parálisis mientras Tiffani desaparece por la puerta de la verja, que se cierra con un golpe tras de ella.

Sus palabras se repiten en mi mente tan fuerte que duele. Esta es la información que ha tenido sobre él todo el verano. Es lo que quería decir Tyler cuando estuvimos encerrados en el cuarto de baño. Es lo que debe de haber descubierto al comienzo del verano, cuando se enfrentó a él por ello y lo hizo enfadar y provocó que llegara hecho una furia a la barbacoa y con un humor de perros. Por eso se cuida de la policía.

Porque podría ir a la cárcel.

Si el día de hoy podía empeorar más, es así. Hay demasiadas cosas

con las que lidiar a la vez cuando sale la verdad: la verdad sobre las drogas, la verdad sobre Tiffani, y, lo peor de todo, la verdad sobre nosotros.

—Tyler —dice Ella en voz alta pero pausada—. Por favor, dime que no he oído bien. —Tiene las manos en el pecho mientras da un paso hacia el patio; papá está a su lado—. Por favor, por favor, dime que no es verdad.

Aguanto la respiración mientras miro a Tyler, esperando a ver si lo negará. Se limita a seguir allí inmóvil, como si estuviera tan abrumado por todo que hubiera quedado paralizado. Probablemente tenga un millón y medio de pensamientos dándole vueltas en la cabeza ahora mismo.

Agacha la cabeza, mira hacia el césped y murmura:

—Me gustaría poder decirlo.

Ella se lleva las manos a la boca, sofocando un grito ahogado de terror, los ojos se le llenan de lágrimas. Hoy todo está saliendo mal. Se gira hacia papá y esconde la cabeza en su pecho, y para mi sorpresa, él la rodea con sus brazos y no dice ni una palabra. A estas alturas esperaría que ya estuviera discutiendo. Puede estar callado mientras la abraza, pero eso no le impide echar chispas por los ojos.

Cuando Tyler levanta la vista, de nuevo puedo ver esa expresión de dolor en su mirada, la misma de anoche. La culpabilidad casi destila de su cuerpo.

—Mamá —dice, con voz emocionada—, no llores. No soy, esto..., adicto ni nada parecido. Es solo que..., bueno, me ayuda.

A través de sus lágrimas y a través de la camisa de papá, Ella balbucea algo, pero el sonido está tan amortiguado que no lo puedo entender. Tyler tampoco.

—Mamá, respira un segundo —pide, y comienza a caminar hacia ella con cuidado.

Aunque papá la tiene envuelta en sus brazos, Tyler estira el suyo para ponerle una mano en el hombro, pero ella se sacude para que no la toque y levanta la cabeza.

—He dicho —susurra— que te vayas.

Tyler frunce el ceño

—¿Qué?

—Vete de esta casa.

Creo que en ese instante todos quedamos congelados. Estamos

estupefactos. Las cejas de papá suben incluso más, como si no pudiera creer que Ella estuviese echando de casa a su hijo, y Tyler se queda mudo, sus labios se mueven, pero no habla. De verdad, de verdad que ahora quiero llorar. No pueden echarlo. Es lo último que necesita, sobre todo después de la bomba que ha dejado caer Tiffani.

—¿Lo dices en serio? —Su voz es tan suave, tan débil...

Ella no dice nada, solo da un paso detrás de papá y se seca los ojos, resollando. Se la ve desolada.

—Tyler, por favor —implora con suavidad, y entonces inmediatamente se pone a llorar otra vez—. Vete. Ya no puedo más con esto.

Tyler y yo intercambiamos miradas pasmadas, mientras papá abraza y atrae a Ella hacia su pecho. Ninguno de los dos esperábamos que esto sucediera. Es domingo. Se supone que los domingos deben ser aburridos. Yo no tendría que estar viendo cómo echan a mi hermanastro de casa.

Inclinando la cabeza hacia el suelo, mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros y pasa al lado de nuestros padres. Parece derrotado, con los hombros caídos y los pasos lentos. Como si ya fuera una reacción automática, me muevo del sitio donde estaba clavada en el césped y salgo detrás de él. Ignoro los ojos de papá mientras me sigue con la mirada, porque ya no me importa lo que tenga que decir.

Tyler ya ha subido las escaleras corriendo cuando lo alcanzo, y Jamie y Chase están en el rellano, sus ojos muy abiertos y llenos de curiosidad. Me pregunto si lo han oído todo, desde que Tyler está enganchado a la coca hasta que lo han echado. Rápidamente se apartan cuando Tyler y yo pasamos y entramos en su habitación. Cierra la puerta de un portazo detrás de nosotros.

Me quedo de pie al lado de la cama y miro cómo hurga en su armario y saca una bolsa de lona azul marino de la balda. La chaqueta del equipo de Dean sale con ella, cae al suelo y Tyler la aparta de un puntapié. Durante unos minutos rebusca por la habitación, sacando camisas y vaqueros, y amontonándolos en la bolsa sin decir ni una palabra. Se le nota el estrés en la cara.

—¿Adónde vas a ir? —pregunto, rompiendo el silencio.

No puedo imaginar no tenerlo en casa ni escucharlo discutir sobre el beicon cada mañana. No puedo imaginarme la habitación de al lado vacía. No puedo imaginar no verlo sonreírme cuando nos cruzamos en las

escaleras.

Levanta la vista para mirarme mientras se pone la correa del bolso sobre el hombro, pero no tarda mucho en apartar la mirada de nuevo.

—No tengo ni idea —dice bajito, dándome la espalda y dirigiéndose hacia el cuarto de baño. Lo sigo—. A casa de Dean. Quizá. No lo sé. Tengo la cabeza hecha un lío.

Me detengo en la puerta del baño. Siento los ojos pesados, pero eso no me impide mantener la vista puesta en Tyler. Respiro hondo.

—¿Has empezado a trapichear?

De inmediato deja de moverse y se queda quieto, el único sonido es cuando exhala despacio. Agacha la cabeza y mira hacia el suelo de azulejos.

—Hace poco.

La decepción me inunda. Pensé que antes era grave, pero ahora estoy incluso más preocupada, al enterarme de lo metido que está en el submundo criminal.

—¿Por qué?

Sacude la cabeza como si no supiera la respuesta, y sigue dándome la espalda. Me gustaría poder ver su cara, sobre todo sus ojos, para saber si se arrepiente de lo que está haciendo.

—Es fácil... verte metido en ello. Tiffani está furiosa. Probablemente intentará denunciarme, lo sé.

—No puedo creer que ella...

Ni siquiera soy capaz de decirlo, porque me está costando mucho darle sentido a todo. Lo único que puedo pensar es que es mucho mejor que Ella no lo sepa todavía, porque estoy bastante segura de que tendría una crisis nerviosa.

—Yo tampoco —murmura, y justo cuando está abriendo la puerta del armario del baño, se vuelve rápidamente y se dobla encima del inodoro. Apoya una mano en la pared para no perder el equilibrio y vomita. Debe de ser la conmoción. Yo me he sentido igual—. Joder.

—No sé qué decir, Tyler.

Sinceramente no lo sé. ¿Cómo puedo decirle que todo va a ir bien cuando parece que no será así? Le froto la espalda en un intento de consolarlo, pero solo me hace sentir estúpida. Su exnovia está embarazada, y aquí estoy yo, masajeándole la espalda mientras él intenta vomitar solo de pensarlo.

—¿Dónde nos deja esto a nosotros? —pregunto.

—¿Qué?

—Nosotros —repito—. ¿Qué va a pasar con nosotros? ¿Y con Tiffani?

Tiene arcadas otra vez, pero no le sale nada, así que resopla y se pone de pie. Girándose para ponerse frente a mí, por fin me mira directamente a los ojos. No se lo ve arrepentido.

—No lo sé. Antes necesito resolver todo esto.

—Yo tampoco lo sé —digo, pero el corazón se me cae del pecho justo cuando las palabras dejan mis labios.

¿Qué demonios va a pasar ahora? Tyler y Tiffani vuelven a estar atados. ¿Dónde me deja eso a mí? ¿Apartada hacia un lado hasta que resuelvan cómo manejar la situación en la que han descubierto que se encuentran?

Tyler pasa por mi lado y estira la mano hacia el interior del armario para sacar sus artículos de aseo personal, los tira en la bolsa y comienza a cerrar la cremallera. Noto que quedan algunos frascos en la balda superior, y sé exactamente lo que contienen.

Señalo los antidepresivos con la cabeza.

—Por favor, tómalos. No te sentirás tan bajo todo el tiempo.

Tyler sigue mi mirada, y por un momento considera mi consejo. Sé entre lo que se debate: antidepresivos o alcohol y drogas. Me vuelve a mirar, ve mi expresión suplicante y coge los tres frascos y los guarda. No puedo hacer nada más que esperar que las use como es debido. Tal vez se sienta mejor.

Nos miramos fijamente antes de que se marche. Todavía se lo ve extremadamente pálido, como si hubiera estado vomitando durante semanas y aún no se hubiese recuperado. Con sus ojos apagados como los míos se inclina hacia delante y me rodea con sus brazos, atrayéndome hacia él. Es la primera vez que me abraza. Por supuesto que lo he besado un montón —incluso nos hemos acostado— pero nunca nos habíamos abrazado estando de pie. Nunca habíamos compartido un momento como este, donde mi cara está enterrada en su pecho y su barbilla descansa sobre mi cabeza, y solo puedo desear que esta sea una de muchas veces, porque me gusta la manera como mi cuerpo encaja perfectamente con el suyo.

Y aunque tengo resaca y estoy sudorosa después de la carrera, pone los labios en mi frente y me susurra:

—Lo resolveré.

Se aparta y en ese momento se lo ve aterrado. No tiene ni idea de lo que está haciendo, y no importa lo mucho que esté intentando mantener una fachada fuerte, es patente que está luchando por no perder los papeles. No lo culpo, pues la verdad es que yo no puedo.

Con un movimiento de la cabeza, pasa rozándome y se dirige hacia la puerta. Yo me quedo mirándolo. Todavía me siento entumecida, como si estuviese sufriendo un infinito hormigueo en el cuerpo, así que me limito a mirar cómo sale al rellano sin volver la vista atrás.

Las últimas palabras que digo antes de que se marche son:

—Sinceramente espero que lo hagas.

# 29

Pasan dos días.

Dos días en que no he visto ni he hablado con Tyler, dos días en los que Ella ha pasado cada hora dando vueltas por la casa deprimida, dos días en que todo parece fuera de lugar. A veces la escucho preguntarle a papá dónde cree que está Tyler en ese momento. Papá siempre dice que no está seguro. A veces incluso le recrimina que echarlo de casa fue lo peor que podría haber hecho, porque ahora no puede vigilarlo. Ahora tiene más razones para colocarse, cree. Me gustaría pensar que se equivoca. Confío lo suficiente en Tyler para esperar que él vea todo esto como el toque de atención que necesitaba. Una oportunidad de arreglar su vida tal vez. Jamie y Chase, sin embargo, no son tan comprensivos. Anoche, Jamie discutió con su madre. Le gritó por haber echado a Tyler, la llamó injusta y la acusó de ser demasiado estricta. Esta mañana, Chase confesó que no le gustaba la casa tan aburrida. Dijo que quería que Tyler lo sacara a pasear en su Audi, algo que hacen de vez en cuando. A Chase le molan los coches. Pero hoy su hermano no está aquí para darle una vuelta por el barrio mientras sobreacelera el motor.

Pensando en el coche de Tyler, resulta extraño no verlo estacionado en diagonal junto a la acera. Lo imagino aparcado delante de la casa de Dean, de esa misma manera que indica que se le da fatal aparcar, y me hace considerar, en esa fracción de segundo, acercarme hasta allí para hacerle una visita. Que hayan echado a Tyler de casa no significa que yo no pueda verlo. Está a tan solo cinco minutos. Tal vez le pida a Rachael que me lleve en su coche.

Moviendo la cabeza mientras corro por el césped y cruzo la calle, me acerco al Escarabajo rojo que me está esperando en la entrada para coches de Rachael, el motor ronronea. Ella se está retocando el pelo cuando me deslizo en el asiento del pasajero.

—Eres oficialmente la que peor administra el tiempo —me suelta, pero está sonriendo.

Cierra el espejo en su parasol y se pone el cinturón.

—Lo siento —me disculpo, mientras presiono mi mano en el pecho fingiendo horror—. Lo siento, lo siento. No debería llegar tres minutos tarde. Siéntase libre para quemarme en la hoguera, oh, santa Rachael.

Se ríe y me da un manotazo en el brazo, poniendo los ojos en blanco hasta casi mirar hacia atrás de su cabeza como hace Amelia muy a menudo. Durante un segundo siento nostalgia de mi casa.

—Y bien —dice—. ¿Cuál es el cotilleo del sábado?

Mientras conduce la observo. La preocupación consume cada centímetro de mi ser, combinada con el temor de que probablemente Tiffani ya haya comenzado a difundir nuestro secreto a los cuatro vientos. «Rachael lo sabe — pienso—. Y Meghan, y Jake y Dean. Lo saben todos.»

Me mira con el rabillo del ojo, con una sonrisa juguetona en los labios.

—Venga —dice—, ¡me lo tienes que contar! ¿Te fuiste a casa con Jake?

Tal vez no lo sepa, o tal vez sí y está intentando pillarme, para poder parar el coche y gritar «¡Mentirosa!».

Es la primera vez que he visto a Rachael desde el sábado. Después de que su resaca de tres días remitiese, me llamó a casa y exigió que fuéramos a tomarnos un café para ponernos al día, porque no me había visto en «dos años». Ahora desearía haber fingido alguna enfermedad.

Al final contesto su pregunta con un rápido «no» y luego miro hacia otro lado. Apoyo el codo en la ventanilla y hago como que encuentro el barrio interesante y hermoso, pero después de vivir aquí un tiempo, ahora solo me parece familiar, normal y aburrido.

—¿Y tú qué hiciste?

Le echo una mirada rápida desde debajo de mis pestañas. Se pone nerviosa y se inclina hacia delante, asiendo el volante y devolviéndome la sonrisa.

—Me quedé a dormir en casa de Trevor.

—¿Solo a dormir? —Enarco las cejas.

—Bueno, eso y otros eventos innombrables. —Se le escapa una carcajada de los labios, pero de inmediato suspira. Se encoge de hombros —. Ya tengo ganas de que me invite a una cita de verdad.

Me da lástima. Todo el verano no ha hecho más que hablar de Trevor, y aunque sea solo su «ligue de las fiestas», según Tiffani, es evidente que Rachael quiere algo más.

—Los tíos son unos capullos —le digo, porque estoy empezando a creerlo.

Tomemos a Trevor, por ejemplo. Por supuesto que puede ser dulce cuando está borracho, pero en el fondo, probablemente no sea nada más que un salido. Ejemplo dos: Jake. El Ligón. Admito que caí en la trampa al comienzo del verano, cuando pensé que de verdad quería conocerme, pero al final lo que buscaba era un nuevo nombre para añadir a su lista. Ejemplo final: Tyler. Es un capullo por el modo en que trata a la gente y por dejar a Tiffani embarazada.

Este hecho me ha ido enfureciendo más y más estos últimos días. No lo tenía por alguien tan descuidado, capaz de cometer un error tan grande. Estoy empezando a ver la realidad, y duele. Tyler va a ser padre. Es demasiado joven e irresponsable, y sé que de ninguna manera será capaz de manejarlo.

Rachael se va quejando de Trevor durante todo el camino hasta el bulevar de Santa Mónica. Está bueno, pero es un capullo. Puede ser muy amoroso, pero es un capullo. Ella les cae bien a sus padres, pero es un capullo. Cuando aparcamos el coche y llegamos a la Refinería, siento que ya sé lo suficiente sobre él como para robarle la identidad.

—Estoy muy cabreada —resopla Rachael, dando su despotrique por terminado. Pero se anima cuando pide un capuchino, y yo un café con leche, y entonces nos sentamos a la mesa de madera cerca de las ventanas con vistas al bulevar—. ¡Ah, se me había olvidado por completo! — Pone su bolso encima de la mesa y revuelve en su interior antes de sacar no solo veinte dólares, sino también mi teléfono—. Debes de haberlo dejado en mi casa antes de ir a la fiesta de Dean. Lo encontré debajo de mi cama justo cuando salía a buscarte.

Me la quedo mirando.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Creí que me habían robado en la playa! ¡Lloré!

Se echa a reír a carcajadas y pone el billete y el teléfono delante de mí, pero cuando intento encenderlo, me doy cuenta de que está sin batería. Suspiro cuando la camarera nos sirve los cafés y me alegra el día de inmediato.

—A ver, llevo toda la mañana esperando para hablarte de esto. ¡Vamos al grano con las grandes novedades! ¿Te puedes creer que Tyler y Tiffani hayan roto? —Rachael explota después de tomar un sorbo de café, y me mira con los ojos muy abiertos—. O sea, le llevo diciendo mucho tiempo que es un cabrón. Lo siento, sé que es tu hermanastro y que se supone que yo soy su amiga, pero, en serio, la trató como la mierda.

Agita las manos mientras habla, de manera frenética y con rapidez, como si fuera una reportera anunciando una noticia de última hora. En cierta manera, lo es.

—¿Te ha dicho algo?

La miro, preguntándome si Tiffani le ha contado la historia completa: la versión que me incluye a mí. Intento ignorar que Rachael apoya a Tiffani. A ver, Tyler no trataba a Tiffani muy bien, pero ¿puede alguien echarle la culpa a él? Ella lo controlaba y él no quería seguir con ella.

—Vino anoche —dice Rachael, y yo escucho mientras sostengo el tazón delante de mis labios, bebiendo lentamente mi café—. Él la dejó. ¿Qué locura es esa? Creo que dijo que sucedió el domingo por la mañana.

—Sí. Yo estaba presente.

Desvío la mirada hacia la ventana, observando la constante marea de gente y coches que pasan.

Rachael vuelve a abrir mucho los ojos, totalmente concentrada en el drama.

—¿Te puedes creer que volvió a ponerle los cuernos?

De inmediato mis ojos se dirigen hacia ella y bajo el tazón lentamente. Lo rodeo con las manos con fuerza. El corazón me late acelerado en el pecho.

—¿Te dijo quién era la chica?

—No —responde, y una enorme ola de alivio recorre mi cuerpo—. ¿Tú lo sabes?

—No —miento. Aparto la vista otra vez, con la esperanza de que no vea la culpabilidad en mis ojos ni note el temblor de mi voz—. Otra chica, de fuera, creo.

—No puedo creer que de repente él rompiera con ella cuando debería haber sido al revés. —Frunce los labios y hace un leve gesto de negación con la cabeza—. Tiffani estaba tan cabreada que le contó a su madre lo de la coca.

Frunzo el ceño. Eso no es lo único que le dijo.

—Sí, lo echaron de casa.

—Lo sé —dice Rachael—, por eso no puedo creer que le permita quedarse en su casa.

Llevándose el café a los labios toma un largo trago.

—Espera. ¿Qué has dicho?

Me mira.

—¿Qué?

—¿Se está quedando en casa de Tiffani? Me dijo que se iba a la de Dean.

Esta nueva información es un golpe duro. Entiendo que la situación en la que se encuentra Tyler ahora es complicada, pero no esperaba que fuera corriendo a refugiarse en sus brazos con tanta facilidad. Mi corazón late aún más rápido.

—Bueno, seguro que no está en casa de Dean —afirma Rachael, con una ceja enarcada. Se encoge de hombros—. No sé. Yo también lo vi raro. Pero ya sabes cómo es Tiffani. Es muy posesiva, no me sorprende que lo haya perdonado. No puede soportar la idea de que otra chica esté con él. Dice que sin duda volverán, lo cual es una estupidez, porque él no es más que un mentiroso, así que ¿por qué demonios querría volver con él? —Infla las mejillas cuando deja de parlotear—. Es algo lunática, no puede olvidarlo.

—Está embarazada, Rachael —digo en un susurro, y sale de mi boca tan rápido que siento pánico.

No me corresponde dar la primicia. Tal vez Tiffani quería decírselo a Rachael y a Meghan ella misma.

La mandíbula de Rachael se desploma y juro que casi se cae de la silla; el café se derrama de su tazón cuando lo pone de un golpe en la mesa. Inmediatamente se agacha sobre la mesa acercándose a mí, parpadeando con rapidez por la sorpresa.

—¿Qué?

—Se lo contó el domingo —susurro, sintiendo náuseas otra vez al recordarlo—. Justo después de que él rompiera con ella. —Cuanto más lo pienso, más sentido tiene. Por supuesto que está en su casa. Eso es lo que sucede cuando una pareja tiene un crío—. Ella tiene que perdonarlo y él debe volver con ella.

—¡Esto es una locura! —grita Rachael en mi oído antes de apartarse. Intenta procesar la noticia, sus ojos siguen parpadeando como locos

mientras mira por las ventanas. Una expresión perpleja se le dibuja en la cara. Me vuelve a mirar—. Espera —dice—. Bebió el sábado en casa de Dean.

No contesto. Solo medito sus palabras durante un segundo, intentando recordar todo lo que pasó en la fiesta de Dean antes de emborracharme en el garaje. Rachael tiene razón. Tiffani se mostró más que entusiasta con el juego de la ruleta de chupitos, lo cual no debería haber hecho si estaba embarazada. Estaba piripi cuando hablé con ella en el patio.

—Espera —repite Rachael, levantando un dedo y enarcando una ceja —. ¿Dices que se lo contó justo después de que él rompiera con ella?

—Sí. Como cinco segundos después.

Rachael exhala un largo suspiro antes de decir:

—¿No crees que...?

Mis pensamientos sintonizan con los de ella de repente, y la constatación de lo que está sugiriendo me golpea con tanta fuerza que me siento como si me hubieran dado un puñetazo en el vientre.

Tiffani está fingiendo.

—Ay, Dios mío.

—No es raro —comenta Rachael, llevándose un dedo, con la manicura recién hecha, a los labios. Es como si acabara de resolver un caso de asesinato—. Le dices al tío que estás embarazada para que no tenga ninguna opción salvo la de quedarse contigo.

—¿En serio crees que Tiffani haría eso?

—Me gustaría creer que no —reconoce en voz baja mientras coge su café—, pero sé que haría cualquier cosa para estar con Tyler. Él aporta mucho a su reputación. Como he dicho, es una lunática.

O, en palabras de Tyler, una psicópata. Pero no creo que tenga un trastorno mental de verdad, solo algunos problemas importantes. Tiene que tenerlos si está dispuesta a intentar algo así.

No puedo imaginar que Tiffani pueda caer tan bajo, pero Rachael tiene razón. Durante el verano he aprendido que la relación de Tyler y Tiffani está hecha un auténtico desastre. No importa lo que él haga, ella no puede soportar estar sin él, porque no puede tolerar no tener el control. Por supuesto que quiere recuperarlo todo. Y ¿cómo obligas a un tío a que vuelva contigo? Fingiendo un embarazo.

—¡Sé cómo descubrir si está mintiendo o no! —exclama Rachael entusiasmada, y yo muevo mis piernas para verla mejor. La frente se me

arruga por la preocupación. No sé lo que le está pasando por la cabeza, pero probablemente sea algo ridículo—. ¿Sabes que todos vamos a ir a su casa este viernes?

—Yo no estoy invitada —comento, y de inmediato me giro y clavo mi mirada en la tienda situada al otro lado de la calle.

Ni siquiera sabía que Tiffani había invitado a todos a su casa, es evidente que yo estoy excluida. Y no la puedo culpar.

—Sí que lo estás —afirma Rachael, y luego señala con la cabeza hacia mi teléfono, que sigue sobre la mesa—. No lo has tenido contigo desde hace unos días. Probablemente te haya enviado un mensaje de texto. De todas formas, es para ver películas.

Aprieto los dientes para impedirme decir algo por accidente. Rachael no lo entiende. Yo sé que no estoy invitada. Tiffani me odia. Pero no se lo puedo decir, por supuesto, si lo hago querrá saber por qué, y esa es una pregunta que no estoy dispuesta a contestar. ¿Qué le diría? «Tiffani me odia porque me acosté con Tyler, quien, solo para aclarar las cosas, por si acaso lo has olvidado, es mi hermanastro. ¡Dos secretos en uno! Así que, Rachael, soy una mierda de amiga y una mierda de persona. ¡Claro que sí!»

—Entonces este viernes —continúa, poniéndose de pie— tenemos que descubrir si está mintiendo o no. Y yo sé exactamente cómo hacerlo.

Cuando ya estoy en casa y he cargado la batería de mi teléfono, encuentro veintinueve llamadas perdidas de papá del sábado por la noche y tres de mamá en los últimos días. También hay algunos mensajes de texto de Amelia, diciendo que Landon Silverman no ha dejado de enviarle mensajes desde que tuvieron aquel encuentro sexual en la parte de atrás de su camión hace unas semanas, y que ella sigue dándole largas porque «ya no es su tipo». Hace dos meses andaba babeando por él por los pasillos.

Pero no hay ningún mensaje de Tiffani.

Como era de esperar.

Tampoco hay noticias de Tyler.

Sorprendente.

Yo no le he hecho nada, así que no puede estar enfadado conmigo. Sé que probablemente tenga la cabeza hecha un lío, pero eso no le da derecho a ignorarme, tirarme hacia un lado mientras intenta resolverlo todo.

Todavía me importa. Todavía quiero saber cómo está. Pero sobre todo, intento que su silencio no me afecte. Tal vez solo necesite espacio.

Con papá, Ella y los chicos fuera —han ido a visitar a unos amigos al otro lado de la ciudad—, tengo la casa para mí sola. Así que mientras ando rebuscando por la cocina, decido devolverle la llamada a mamá para ver cómo le va. En mis dieciséis años de vida, jamás había pasado más de veinticuatro horas sin verme. De alguna manera ha logrado sobrevivir todo un verano.

Tamborileo en la encimera mientras escucho el tono monótono, pero no hay respuesta, así que pruebo a llamarla al móvil. Lo coge al tercer tono.

—¡Vaya, mira, mi hija favorita sigue viva!

Su voz me llena de una calidez que jamás podrá ser remplazada, esa que te hace sonreír aunque hayas tenido un mal día. Lo aprecio cada vez más.

—Mamá —digo, sonriendo, por supuesto—, soy tu única hija.

—Por eso es una elección tan fácil —dispara enseguida—. ¿Cómo te están yendo las cosas?

«Fatal —quiero decir—. Horrible. Espantoso. Fuera de control.»

—Bien.

—¿Y cómo te va con el cabrón que te proporcionó la mitad de tus genes?

Pongo los ojos en blanco y abro la puerta de la nevera de un tirón. Mamá nunca se ha cortado a la hora de expresar su tremenda antipatía por papá.

—No muy bien —admito.

Papá ha estado demasiado callado desde el domingo y no puedo descifrar si es porque está enfadado conmigo o si por una vez está intentando ser guay y dejarme en paz para hacer mis cosas sin andar acechando cada movimiento que hago. Probablemente sea lo primero.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mamá, y su voz de repente destila algo de preocupación.

Me encojo de hombros aunque no me puede ver, y luego sujeto el teléfono con el hombro mientras rebusco dentro de la nevera, moviendo paquetes de carne hasta que encuentro las manzanas guardadas en el fondo. Cojo una y doy un paso atrás.

—Nada —respondo—. Solo que discutimos mucho.

—¿Sobre qué? —Ahora solo parece preocupada, y se oyen silbidos a través de la conexión. Debe de estar fuera.

—Porque no he vuelto a casa —confieso. Siempre es fácil hacerle confidencias a mamá, siempre ha estado ahí cuando la he necesitado, siempre ha sido mi mejor amiga. Nunca siento ansiedad cuando soy sincera con ella—. Me he quedado fuera toda la noche un par de veces.

—Haciendo ¿qué? —A la mierda la preocupación, ahora suena severa —. Eden, ¿tengo que proponerte un método anticonceptivo?

Durante un segundo me quedo en silencio, demasiado avergonzada para tener el valor de darle una respuesta. Esa es otra cualidad de mamá: es muy muy directa.

—Eso es todo —digo—, ahora voy a colgar, adiós, mamá, por favor no vuelvas a hablarme nunca más, ya no te puedo mirar a la cara, ha sido un placer conocerte, te quiero, adiós.

—¡Eden!

—¿Sí?

La puedo escuchar riéndose al otro lado de la línea. Una risa suave y dulce.

—Lo siento. Es que tienes dieciséis años y te estás haciendo mayor, y a tu edad yo...

—¿Podemos cambiar de tema, por favor?

Con las mejillas sonrojadas, me acerco al grifo, lavo la manzana y luego, con un impulso, me siento en la encimera y le doy un mordisco a la fruta.

—Ehhh —balbucea mamá después de un minuto largo escuchándome masticar a través del teléfono—. Estás disfrutando del verano, ¿verdad?

Doy otro mordisco y balanceo las piernas por el borde del mueble, ladeando la cabeza mientras medito bien mi respuesta. Sé con certeza que si me hubiera quedado en Portland, lo habría pasado intentando hacer cosas con Amelia sin Alyssa y sin Holly. Me ha sentado bien alejarme de sus constantes bromas sobre mi peso durante un tiempo. También es probable que me hubiera inscrito en un gimnasio, incluso habría estudiado, y seguro que no me habría enamorado de alguien que no debiera. El verano en Santa Mónica ha sido una experiencia totalmente nueva.

—Ha sido diferente —contesto por fin.

—¿Y has hecho muchos amigos allí?

Pienso en ello durante un momento. Tiffani me ha borrado de su lista de amistades, así que no entra en la clasificación, y Jake es un cero a la izquierda cuando ves más allá de sus frases para ligar, así que tampoco lo consideraría un amigo, más bien un idiota que intentó montárselo conmigo. Así que me queda Rachael, que ha llenado el espacio de Amelia este verano; Meghan, que ha sido siempre dulce; y Dean, que siempre ha estado ahí o bien para rescatarme de una fiesta o para alegrarme el día. Y Tyler, por supuesto. Aunque creo que nos salimos un poco de los límites de la amistad. Cruzamos esa línea hace mucho tiempo.

Exhalo.

—Suficientes.

—¿Y de verdad te gusta la ciudad? —presiona, con un tono de urgencia en la voz.

Me la imagino apretando el teléfono con fuerza mientras lo sostiene contra su oreja, de la manera en que siempre lo hace cuando está ansiosa por escuchar un chisme o riñe a los vendedores cuando la llaman a primera hora de la mañana.

—Supongo.

—Eden —dice despacio, y luego hace una pausa—. ¿Qué opinas sobre la posibilidad de mudarte allí?

Aparto el teléfono de mi oreja y arrugo la cara ante la pantalla, preguntándome si la habré oído mal. ¿Mudarme? O sea, ¿vivir aquí?

—¿Qué demonios dices? —Sujeto el teléfono con el hombro otra vez, mientras me bajo de la encimera, mirando a las puertas que dan al patio—. ¿Quieres decir de manera permanente? ¿Yo?

—Nosotras —me corrige.

Ahora está callada, pero todavía puedo oír cómo pasan coches zumbando por su lado.

—¿Nosotras?

—He estado pensándolo —explica, y su voz sube una octava mientras adopta su modalidad de desahogo—. ¿Por qué tu padre puede irse sin problemas y empezar una nueva vida en otro sitio? ¿Por qué no puedo hacerlo yo también? ¿Por qué estoy atrapada en Portland cuando yo nunca quise mudarme aquí? ¡Yo estaba feliz en Roseburg, pero nooo, tu padre prefería la gran vida urbana de Portland!

—Santa Mónica es una ciudad.

—Sí, pero en ella viven medio millón de personas menos que en

Portland, Eden —me informa con su voz de no darle mucha importancia a las cosas, la misma que usa para hablarle a sus pacientes—. Lo he estado considerando.

—Pero ¿por qué? —casi grito con exasperación.

Para alguien que odia tanto a papá, no tiene sentido que quiera mudarse más cerca de él.

—Si quieres probar algo nuevo, múdate a Chicago conmigo dentro de dos años. O a Canadá. ¿Por qué tiene que ser a Santa Mónica?

Durante un momento hay silencio, yo entierro las uñas en la manzana con impaciencia mientras espero su respuesta. Respira hondo.

—Bueno... —comienza, algo vacilante—, mientras estabas allí, he hablado con algunas personas. Me he inscrito en una web de citas.

Esto sí que me coge por sorpresa. Mamá... saliendo con hombres. Es algo que jamás pensé que vería, sencillamente porque durante tres años me ha dado la tabarra con el hecho de que son todos unos engendros de Satanás.

—¿Estás de broma?

—No. —Se ríe un poco, pero noto que está algo nerviosa y probablemente también avergonzada—. Este verano me he dado cuenta de que no quiero vivir sola cuando te vayas a la universidad y que necesito muy mucho mover este culo divorciado y ponerlo de nuevo en el mercado. He estado hablando con un tío majísimo durante más de un mes. —Espera un segundo, supongo que para ver si tengo algo que decir, y luego continúa al notarme callada—. Su nombre es Jack y adivina donde vive. En Culver City. A quince minutos de donde estás.

Sé dónde está Culver City: es donde se dio la casualidad de que Tyler y yo termináramos en comisaría.

—Así que te quieres mudar aquí porque has estado hablando con un tío durante un mes. Podría ser un pervertido, mamá.

—Dios, Eden, no. —Suspira y puedo oír el tintineo de las llaves, y me hace pensar en qué estará haciendo y en dónde estará—. Es más probable que vaya a tomarme un café con él para conocerlo, y a partir de ahí ya veremos. ¿Quién sabe? Podría ir muy bien, y tú ya has hecho amigos allí, y haría el empezar en una nueva escuela menos intimidatorio. Es un buen sitio para comenzar de nuevo para las dos.

¿Menos intimidatorio? ¿Ir al instituto con Tiffani y con Jake y con Tyler? No me puedo imaginar nada peor para crearme ansiedad que eso.

—No sé —murmuro mientras me mordisqueo los labios y tiro la manzana en el cubo de la basura, casi sin empezar, y luego me paso la mano por el pelo—. Es algo inmenso.

—Creo que podría ser bueno para ti —añade—. Ya no tendrías que lidiar más con esas chicas. Las de los padres pijos.

—Alyssa y Holly —le digo, pero mis palabras salen como un susurro.

Intento ignorar la agitación de mi estómago y el martilleo de mi corazón, centrándome, en cambio, en la calidez que mamá irradia a través de la línea.

—Pasé por su lado en Walmart el otro día —anuncia de manera brusca— y te puedes imaginar las ganas que me dieron de tirarles una bolsa de cebollas a la cabeza.

Se me escapa una carcajada, es muy agradable poder reírse gracias a su humor y habilidad para aligerar incluso el peor de los ánimos, y me encanta saber que está al otro lado de la línea.

—Seguro que sí.

—Mira —dice, y luego hace una pausa de un momento mientras se abre una puerta. Reconozco el chirrido familiar, los molestos goznes faltos de aceite de nuestra entrada principal que ofrecen un saludo irritante cada vez que la abrimos—. Es solo una idea. Lo hablaremos cuando vuelvas a casa. ¿Trato hecho?

Estoy a punto de decir «trato hecho», pero antes de que las palabras puedan salir de mi boca, la puerta se cierra de golpe, produciendo un fuerte eco por la línea. A continuación, escucho unos ladridos chillones.

Mis cejas se disparan hacia arriba. ¿Era un perro?

—Maldita sea —farfulla mamá—. Se suponía que tenía que ser una sorpresa.

# 30

Cuando llega el viernes, ya estaba bastante cansada de andar lloriqueando y de esperar a que volviera Tyler. Solo quería verlo, aunque fuera unos segundos mientras recogiera más ropa de casa. Pero no apareció en una semana, y nunca contestó mis mensajes de texto, y no lo vi.

Me cabreó mucho más de lo que pensé. Sabía que echaría de menos verlo todas las mañanas, pero nunca creí que me frustraría y me enfadaría con él. No tenía sentido que pasara de mí. Cuando le propuse quedar en la Refinería para tomar un café (como hermanastros, por supuesto), no tuve noticias de él. Cuando me interesé por si estaba bien, no obtuve respuesta. Cuando le pregunté si se acordaba de lo que había sucedido el fin de semana anterior, mi teléfono nunca había estado tan silencioso. Probablemente Tiffani lo tiene comiendo de la palma de la mano.

Tiffani, quien me odia.

Tiffani, en cuya casa me voy a presentar sin que me haya invitado.

Tiffani, quien muy probablemente explotará en llamas cuando me vea.

—¿Vas a salir? —pregunta una voz por encima de mi hombro.

Me giro dándole la espalda a la ventana del salón para encontrarme con la mirada curiosa de Ella. Estudia la ropa que llevo puesta, que no es exactamente un atuendo para andar por casa.

—¿Estoy castigada?

Tengo la sensación de que puedo estarlo, pero papá nunca lo mencionó, así que estoy rogando para que pase por alto el último fin de semana. Aunque me haya impuesto un castigo, él no está aquí para confirmarlo.

—No —responde Ella—. ¿Adónde vas?

Desvío la mirada hacia la ventana de nuevo, miro a través de la

persiana fijando los ojos en el coche de Rachael, que está estacionado delante de su casa. Debería llegar en cualquier momento. Está lloviendo a mares, el cielo oscuro proyecta una sombra permanente sobre la ciudad, y tengo que entrecerrar los ojos para ver a través de las gotas de la ventana.

—Noche de cine con mis amigas —digo sin volverme para mirarla.

Se produce un silencio, y luego la escucho moverse por el salón para irse, pero entonces deja de caminar y respira hondo.

—¿Sabes si...? —murmura bajito—. ¿Sabes si Tyler estará allí?

—Sí —contesto de inmediato.

Esa es otra razón por la que acepté ir esta noche: Tyler. Si la única manera de verlo es presentándome en casa de su exnovia chiflada, entonces estoy dispuesta a pasar por toda la ansiedad que me produce la situación. Solo quiero ver si está bien. Me giro rápidamente y miro los ojos tristes de Ella.

—¿Lo echas de menos?

No creo que sepa muy bien qué responder, porque tiene que pensarlo durante un segundo. Después de que Tyler se marchara el domingo, pasó toda la noche rompiendo a llorar cada media hora, y parte de mí se preguntaba si estaba triste por algo más que las drogas.

—Sí —contesta, al fin, y camina de vuelta al centro del salón para sentarse en el sofá. Levanta un cojín y se lo pone en el regazo, asiéndolo con fuerza—. La casa está vacía sin él, y sé que eso suena raro, porque de todos modos la mitad del tiempo ni siquiera estaba aquí, pero hay algo raro.

Sé de lo que está hablando. De la manera en que la casa está tranquila y de que la comida vegetariana de la nevera no ha sido tocada, está hablando de que hay una silla vacía en la mesa cada mañana, y de que su hijo ya no llega tambaleándose en medio de la noche, incluso más perdido que la noche anterior.

—Sí —asiento—. Lo entiendo.

—Solo estoy preocupada por él —admite, y me gusta la forma en que está siendo sincera conmigo, igual que durante todo el verano.

Ella no está nada mal como madrastra, a pesar de mi primera impresión cuando me exhibió en el patio la noche de la barbacoa, presentándome a todos y cada uno de los vecinos. Me pareció demasiado odiosa, demasiado chillona. Ahora se me ocurre que tal vez fuera falso, nada más que una fachada valiente, al igual que su hijo se ha creado una

para aparentar que está bien... Pero ninguno de los dos está bien.

Siento como si hubiera pasado el verano ciega. Ahora todo es muy obvio, y desearía haber sido capaz de encajar todas las piezas varias semanas atrás. Tendría que haberle pillado el tranquillo a Tyler hace mucho tiempo; debería haber tratado de entender mejor su agresividad hacia su padre. Siento lo mismo con Ella. Estaba tan segura de que me caería mal que desde el comienzo no entendí nada sobre ella. Pero ahora estoy empezando a apreciarla por su vulnerabilidad. Ahora la comprendo.

Siento que las lágrimas amenazan con salir de mis ojos, así que me giro hacia la ventana y pestañeo antes de que Ella se dé cuenta, pero creo que ya es tarde. Rachael todavía no ha salido de su casa, así que me miro los pies y trago el nudo que se ha formado en mi garganta.

—Tyler me habló de su padre —digo en voz baja.

Oigo que Ella respira hondo y casi tengo miedo de darme la vuelta en caso de que esté furiosa conmigo por sacar el tema, pero estoy sola en casa con ella y siento que es el momento adecuado para hablar sobre ello. Papá ha llevado a Jamie para que le miren la muñeca rota, y Chase ha ido con ellos por dar un paseo. Y Tyler..., bueno, se ha ido.

—¿Te lo dijo él?

Estiro el cuello para mirarla, contemplo sus ojos muy abiertos y el entrecejo fruncido y los labios separados, y luego me dirijo al sofá y me siento a su lado. Se me queda mirando sorprendida.

—El fin de semana pasado —le contesto, pero hablo despacio para asegurarme de que no se me escapa nada, como el hecho de que terminé acostándome con él—. Me lo contó todo.

—¿En serio? —Ella se limita a pestañear mientras me mira, y cuando yo asiento con la cabeza, abraza el cojín contra su pecho y aparta la vista —. No puedo creer que te lo haya contado. No le gusta hablar de ello. Estoy... —Su voz disminuye, y mueve la cabeza, todavía un poco conmocionada—. Yo solo quiero que esté bien. Eso es todo lo que quiero. —Su voz suena delicada y susurrante. Sus ojos parpadean mirándome a mí y luego a la pared—. No quiero que tenga una nota media de sobresaliente ni la habitación ordenada ni que lave los platos, solo que esté bien, y ni siquiera tiene eso.

Al escucharla hablar de esta manera, mis ojos se vuelven a llenar de lágrimas, así que no puedo contestarle. Si abro la boca, mi voz sonará rota, y si mi voz suena rota, comenzaré a sollozar. Así que me limito a

quedarme sentada, aguantando la respiración y mordiéndome con fuerza el labio inferior, porque de verdad no quiero que ella me vea llorar.

—He estado hablando con algunas personas... —dice lentamente, lo que por suerte me salva de tener que hablar, y espero a que me diga lo que está a punto de contarme—. Organizan eventos por toda la Costa Oeste. Eventos de concienciación para... —Respira hondo y empieza de nuevo—. Llaman la atención sobre diferentes tipos de abuso. —Volviendo la cabeza hacia el otro lado, aprieta los labios hacia dentro y se recompone antes de mirarme de nuevo—. Los organizadores quieren que Tyler sea uno de los ponentes.

—¿Un ponente?

Asiente con la cabeza.

—Les gustaría que hablase del abuso físico. Tienen a otros adolescentes que expondrán sobre el doméstico, el psicológico... Quieren que cuente su historia, una y otra vez, durante un año. No creo que pueda con ello, porque detesta hablar sobre el tema. Por eso estoy tan sorprendida de que te lo haya contado.

Me tomo un minuto para procesar la información mientras la lluvia golpea la ventana. La semana pasada me resultó muy difícil que Tyler me contara la verdad, y no puedo ni imaginarme lo duro que sería para él tener que contar su historia a desconocidos. Pero al mismo tiempo, conocería a otras personas que han pasado por lo mismo que él, y eso podría ayudarlo.

—Podría ser bueno para él... Ya sabes, hablarlo.

—Realmente es una gran oportunidad —añade Ella, pero tiene la mirada clavada en la alfombra, como si estuviera sopesando los pros y los contras en su cabeza—. Pero tendría que cambiar de actitud primero. —Eso es un pro. Esto podría ser el incentivo que necesita para que renuncie a las distracciones, para que se convierta en una persona que no depende del alcohol y de las drogas—. Y tendría que mudarse a Nueva York durante un año, comenzando el próximo verano. —Eso es un contra. Un enorme contra.

Intento mirarla a los ojos, pero sigue con los ojos clavados en el suelo.

—¿Es eso lo que quería decir papá el sábado pasado? ¿Cuando mencionó Nueva York?

Asiente con la cabeza.

—No se lo he dicho a Tyler todavía. Ahora no es el mejor momento.

Me mira de reojo con una pequeña sonrisa en los labios, pero no se refleja en sus ojos. Eso es algo que siempre he encontrado raro, que la gente sonría cuando está triste. No existe una sonrisa triste. Solo una valiente.

—Eres muy buena madre —declaro, porque son las únicas palabras que rondan por mi cabeza mientras la veo rumiar la situación de Tyler, y se me escapan de repente de manera espontánea.

Solo quiere lo mejor para él, y a veces eso no es suficiente. Pero lo intenta.

Abre los labios con sorpresa. Parece que está a punto de decir algo, pero la interrumpe el sonido del claxon de un coche. Suena tres veces.

—Esa debe de ser Rachael —digo mientras me levanto. Me aliso las arrugas de los vaqueros y le sonrío, porque de alguna manera siento que en los últimos diez minutos me he acercado más a ella. Por primera vez, la veo como mi madrastra—. Nos vemos cuando vuelva a casa.

Sus labios forman una pequeña sonrisa semejante a la mía, y esta vez no es valiente. Es sincera.

Afuera, Rachael ha dado marcha atrás al coche para salir de su entrada y está acelerando el motor con furia delante de mi casa. Baja la ventana cuando me acerco y grita:

—¡Se supone que tenías que estar mirando por la ventana! ¡Estamos perdiendo un tiempo muy valioso!

Abro la puerta y me subo, apenas alcanzo a ponerme el cinturón cuando el coche acelera por la avenida. El asiento está mojado por la lluvia.

—Estaba hablando con Ella —me excuso, pero no quiero que me pregunte sobre qué, así que de inmediato añado—: ¿Cuál es el plan para hoy?

—Deja de ser tan curiosa —ordena Rachael, levantando una mano del volante y agitando un dedo en mi dirección. Yo me burlo. Curiosa es lo único que seré siempre—. No tienes que hacer nada. La liarás, así que déjame a mí.

Pongo los ojos en blanco y ajusto el asiento, empujándolo hacia atrás para tener más espacio para las piernas, y luego me desplomo y suspiro hondo.

—¿De dónde ha salido esta lluvia? Parece Portland — murmuro,

dando golpecitos con los nudillos en la ventanilla mientras intento distraerme, porque los nervios me tienen inquieta.

Pero no puedo permitir que Rachael se dé cuenta, porque se preguntará por qué estoy nerviosa, y no hay manera de explicar que estoy sintiendo un pánico horrible por el hecho de que Tiffani va a flipar en colores cuando me presente en su casa.

Así que durante los cinco minutos que dura el trayecto actúo de la forma más normal posible. Le envío un mensaje de texto a Amelia, rebusco entre los CD amontonados en la guantera, ajusto la calefacción y, por supuesto, escucho a Rachael. Otra vez me habla de Trevor, y se está muriendo de la risa porque él ha comenzado a poner corazoncitos al final de sus mensajes, y se sonroja cuando me dice lo dulce que se ha vuelto.

Cuando ya estamos llegando a casa de Tiffani, mis nervios casi han desaparecido del todo gracias a la imperiosa necesidad de escaparme del drama de Rachael con su ligue. Prefiero lanzarme a los brazos de Tiffani que seguir escuchando lo lindos que son los hombros de Trevor.

Pero justo cuando estacionamos, vuelvo a mi estado original. El coche de Tyler está aparcado en la entrada, al lado del de Tiffani, y de repente me siento aterrada de nuevo. Tengo que lidiar con ambos a la vez, y estoy segura de que Tiffani me arrancará la cabellera, y no tengo ni idea de lo que me dirá Tyler. Eso si decide hablar en primer lugar.

Me relajo un poco cuando veo los coches de Dean y de Jake. Cuantos más seamos, mejor. Si soy capaz de cruzar el umbral, por lo menos estarán allí para hacer que la situación sea menos abrumadora. Incluso Jake me parece adecuado para pasar el rato ahora mismo.

—Recuerda, déjame hablar a mí —dice Rachael mientras coge su bolso del asiento de atrás.

Francamente, yo no tengo ganas de hablar, así que no tiene nada de que preocuparse.

Cerramos y corremos por el césped hacia la puerta, la cual Rachael abre enseguida de un empujón, y entramos. Nunca llama, y eso es algo a lo que todavía me estoy acostumbrando. Por esa razón, no solo siento que no soy bienvenida, también me siento extremadamente grosera. De todas formas, sigo a Rachael por la casa y el olor a palomitas recién hechas me supera.

Inmediatamente, a la izquierda de la estancia abierta, veo a Jake y a Dean tumbados en los sofás que forman una L y que rodean la habitación.

Meghan no viene esta noche, porque está castigada por lo del fin de semana pasado, pero Dean se incorpora cuando nos ve y nos saluda con un movimiento de la cabeza y una sonrisa. Aparte de eso, los dos parecen aburridos y fuera de lugar. Jake está jugueteando con el mando a distancia, cambiando los canales y suspirando entre cada uno. Normalmente los viernes vamos a fiestas. No nos solemos juntar para ver películas.

Escucho una carcajada desde algún sitio a mi derecha y mis ojos se dirigen hacia allí de inmediato. Lo primero que ven es a Tiffani. Está sacando un bol de palomitas del microondas y lo suelta descuidadamente en la encimera, ya que le quema las manos, riéndose todo el tiempo, y se la ve totalmente normal. Normal, no con el corazón roto. Pero tiene sentido, porque Tyler está a su lado, suspirando ante su ridícula intentona de cocinar. Intenta reírse, pero solo consigue sacar una de sus sonrisas falsas. Como siempre, no se refleja en sus ojos.

Me pregunto qué estará pensando y qué planea hacer. Ahora mismo está obligado a vivir en casa de Tiffani, convencido de algo que puede que no sea verdad, algo que Rachael insiste en demostrar que es falso. ¿Cuáles son sus pensamientos? ¿Se van a reconciliar? Sería horrible si lo hicieran. Tyler había logrado zafarse del control que ella ejercía sobre él y odio verlo atrapado en ese lío otra vez.

Los dos están tan distraídos en la cocina que ni siquiera se han dado cuenta de que Rachael y yo hemos entrado en la casa, así que yo junto las manos y entrelazo los dedos con ansiedad mientras me dirijo hacia el salón. Intento forzar una sonrisa, pero solo consigo fruncir aún más el ceño.

Dean debe de darse cuenta de mi entrecejo fruncido. Se sienta, su camiseta azul contrasta con sus ojos castaños, y entonces susurra:

—Esto es muy incómodo. —Señala con la cabeza hacia la pareja de la cocina. Tiffani le está pasando la mano por el pelo a Tyler, agitando las pestañas—. Han roto, pero...

«Dímelo a mí», pienso. Estamos todos confundidos. ¿Han roto? ¿Ahora son solamente amigos? ¿Ya se han vuelto a juntar? ¿Qué demonios son, aparte de incompatibles?

Rachael sigue de pie al lado de la puerta, observándolos fijamente con incredulidad. Estira el cuello para dedicarnos una mirada a Dean y a mí, señalando con el pulgar hacia Tiffani, mientras mueve los labios para decir:

—¿Qué demonios hacen?

A estas alturas me he dado cuenta de que Rachael es muy anti-Tyler y anti-Tiffani.

Dean y yo nos encogemos de hombros, pero, en serio, tengo ganas de arrancar el yeso de las paredes o de romper la tele o de prenderle fuego a los sofás. Quiero hacer algo que libere la rabia que siento burbujear en mi interior, y ni siquiera puedo discernir con quién estoy furiosa. Parte de mí está enfadada conmigo misma por encontrarme en esta situación, en la que estoy metida en medio de mi hermanastro y su exnovia, o su novia. Ya no lo sé.

—¡Rachael! —Tiffani grita desde el otro lado de la habitación, y Rachael y yo nos damos la vuelta rápidamente para verla.

Aprieta el bol de palomitas contra su pecho y está sonriendo. Pero su alegre mueca no dura mucho. Sus ojos se dirigen a los míos, y en cuanto encuentra mi mirada, la sonrisa desaparece.

—¿Eden?

—¡Te has tomado tu tiempo en vernos! —se queja Rachael bromeando mientras camina por la alfombra en dirección a las escaleras.

Tiffani me sigue mirando, con expresión fulminante.

—Lo siento —le dice a Rachael, pero sus ojos no se apartan de los míos.

Siento que su mirada está taladrando agujeros en mi piel e intento desviar la vista hacia el suelo, pero no puedo, porque tengo los ojos clavados en la persona que está a unos centímetros de ella.

Y él me está mirando directamente.

Tyler tiene los labios abiertos y se está mordisqueando el interior de la mejilla, su cabeza un poco ladeada. Se lo ve más pálido de lo normal, y tiene los ojos más hundidos en las cuencas, lo que hace que parezca sin vida, como si no hubiese dormido desde hace días y estuviese a punto de desmayarse en cualquier momento.

Rachael se aclara la garganta desde el pie de las escaleras.

—Tiff, ¿podemos hablar contigo un segundo?

—Claro —dice con rencor, apartándose un mechón de pelo, se gira y deja el bol de palomitas en la encimera con un golpe.

Puedo sentir cómo Dean nos observa desde detrás de mí mientras Tiffani se dirige hacia Rachael, y oigo que Jake ve el fútbol en la tele, y veo a Tyler que se acerca al salón despacio, con pantalón de chándal y una

camiseta gris desteñida. Parece como si estuviera en su casa, y eso me hace sentir incómoda. Tiffani sube echando chispas hacia el piso de arriba y Rachael me hace una señal para que las siga. Así que lo hago, porque aunque Tiffani me causa terror ahora mismo, necesito saber si está mintiendo o no. Pero justo cuando me dirijo hacia las escaleras para alcanzarlas, Tyler me coge del codo.

Tira de mí hacia atrás de forma brusca, acerca sus labios a mi oreja y bufa:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Podría preguntarte lo mismo —farfullo.

Me quito su mano de encima y lo fulmino con la mirada, y de inmediato frunzo el ceño. Algo en sus ojos cambia, de la misma manera en que sucedía el fin de semana pasado, pero antes de que pueda procesar el cambio en su expresión, ya se está volviendo y dirigiéndose hacia Dean y Jake.

Dudo un momento. Contemplo la idea de devolverle el tirón y decirle que Ella lo echa de menos y que una oportunidad perfecta lo espera en Nueva York y que no necesita quedarse aquí perdiendo el tiempo con Tiffani. Pero Rachael me reclama a gritos desde el piso de arriba, así que no me queda otra opción que seguir el sonido de su voz, dejando a Tyler atrás.

En lo más profundo de mi mente solo sé una cosa: que jamás podremos estar juntos.

Arriba, Tiffani se encuentra al lado de la puerta de su habitación, tiene los brazos cruzados delante del pecho. Al principio parece que estuviera bloqueándonos el paso, pero luego me doy cuenta de que está esperando a que nos demos prisa y entremos, así que Rachael se adelanta primero.

De inmediato compruebo que la habitación no está igual que la última vez. Hay ropa desperdigada por toda la alfombra, y descubro que es de Tyler.

Rachael también se percata, y, cómo no, tiene algo que decir al respecto.

—¿En serio tu madre permite que se quede aquí?

Aparta con el pie unos vaqueros.

—Sí —responde Tiffani cortante. A estas alturas es evidente que está cabreada, porque yo esté en su habitación, sin mencionar que acabamos de

separarla de Tyler—. Y bien, ¿de qué se trata?

Nos mira a las dos, esperando una respuesta, mientras yo observo a Rachael y Rachael a ella. Yo no tengo intención de decir nada. Si lo hago, como bien ha dicho Rachael, solo meteré la pata. Así que espero a que ejecute su brillante plan, poniéndome cada vez más ansiosa por saber la verdad.

—Ni siquiera voy a mostrar sutileza; me limitaré a preguntártelo directamente —expone Rachael, y el ambiente en la habitación se vuelve denso mientras esperamos la pregunta que sé que está a punto de formular. Con el bolso colgando de su brazo, da golpecitos impacientes con el pie en la alfombra y clava su mirada en la de Tiffani—. ¿Estás embarazada?

Miro fijamente a Rachael. ¿Eso es todo? ¿Este es su brillante plan? Sin embargo, sí que logra sobresaltar a Tiffani y cogerla por sorpresa. Está tan aturdida por la pregunta tan repentina que se queda mirando a Rachael con sus ojos azules como platos y la boca abierta. Y entonces dispara su mirada hacia mí.

Es como el hielo mientras aprieta los dientes, rechinándolos a medida que la furia se apodera de ella. Sabe que se lo he contado a Rachael. Soy la única persona que podría haberlo hecho. Tarda un poco en responder mientras la lluvia aporrea la ventana, el cielo de un feo color gris.

—S... sí —logra contestar tartamudeando.

Enarco las cejas e intercambio una mirada con Rachael, que asiente con la cabeza, y luego vuelve a mirar a Tiffani.

—Vale —dice, cogiendo su bolso y hurgando en su interior—. Entonces no tendrías ningún problema en hacerte un par de estas, ¿no?

Al mismo tiempo que las palabras salen de su boca, Rachael extrae dos pruebas de embarazo. Su expresión es firme mientras las agita en el aire.

Y solo hacen falta estos dos artilugios para que Tiffani se muera de miedo. Los está mirando, con los ojos muy abiertos y pestañeando furiosa, y le tiemblan las comisuras de los labios como si estuviera luchando para que las palabras brotaran de su garganta. Puedo ver cómo se clava las uñas en las palmas de las manos.

—Ningún problema —acepta con un chillido, por fin, pero su voz es tan temblorosa que es evidente que sí le plantea un problema.

—Te esperamos aquí sentadas —la informa Rachael con una sonrisa tensa a la vez que deposita las dos cajitas en las manos temblorosas de

Tiffani.

Esta estudia las pruebas, asiente en dirección a Rachael con un movimiento algo tembloroso de la cabeza, y se obliga a entrar en el cuarto de baño. Sus pasos son lentos y reticentes; su respiración, acelerada e irregular. Cuando llega a la puerta, pone una mano encima y se detiene. De inmediato se vuelve y las lágrimas le corren por la cara, que está completamente roja.

—¡Vale! ¡No lo estoy! —grita hacia el otro lado de la habitación y rompe en sollozos.

Rachael me dirige una sonrisa triunfante, pero no estoy de humor para devolvérsela. Me siento bloqueada. Tiffani mintió. Me pone enferma que tuviera que recurrir a un acto tan patético y me preocupa aún más que estuviera planificando engañar a Tyler. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Qué pensaba hacer? ¿Fingir un aborto espontáneo y esperar que los dos vivieran felices como perdices después de eso?

—¿Qué demonios te pasa, Tiffani? —pregunta Rachael malhumorada, y yo estoy pensando exactamente lo mismo.

Hay que ser una persona bastante terrible y desesperada para hacer algo así.

Los sollozos de Tiffani, la lluvia que está apedreando la ventana y que ahoga el sonido de sus resuellos, de repente todo suena muy fuerte, y en lo único que puedo pensar es en Tyler.

Está abajo, del todo ajeno a la verdad, y todavía cree que muy probablemente haya cometido el mayor error de su vida. Nada de esto es justo para él. Acaso esté muy estresado por toda la situación y se pregunte cómo darle la noticia a Ella e intente decidir qué va a pasar con Tiffani. Pero ahora no tiene razones para quedarse con ella, porque no los une ningún vínculo.

—Se lo voy a contar a Tyler —suelto de repente.

El corazón me late en el pecho de manera frenética, y sé que necesito decírselo cuanto antes, y ahora mismo no me fío lo suficiente de Tiffani para dejar que ella misma reconozca su error, así que abro de un tirón la puerta de su habitación.

—Tyler tiene que saberlo.

—¡No! —grita Tiffani, pero salgo echando humo por las orejas hacia el pasillo antes de que pueda detenerme, demasiado furiosa para preocuparme de lo que hará ella.

Todavía sabe nuestro secreto, pero ahora mismo estoy tan centrada en que Tyler sepa la verdad sobre ella que ni siquiera me importa si lo cuenta o no.

Cuando bajo corriendo por las escaleras, Tyler está acostado en el sofá mirando la pantalla del televisor con Jake y Dean, viendo algún partido de fútbol al que no le hago ni caso.

—Tyler —lo llamo seca y en voz alta para llamar su atención—. Tengo que hablar contigo. Ahora mismo. En la cocina —pronuncio esas palabras lo más rápido posible y, aunque salen cortantes, Tyler nota el estrés en mi voz, e inmediatamente sabe que pasa algo.

Se pone de pie mientras Dean enarca una ceja con curiosidad, pero yo me aparto de su vista y me coloco en el extremo más alejado de la cocina para que ni él ni Jake puedan oírnos. Tyler camina sin hacer ruido sobre la alfombra, con su pantalón de chándal y una mirada confusa. Se detiene directamente delante de mí, y yo echo un vistazo por encima de su hombro para asegurarme de que Dean no nos está observando. No lo hace.

—Tiffani no está embarazada —digo, mi tono es bajo pero frenético —. Está fingiendo para que vuelvas con ella.

De inmediato da un paso hacia atrás, boquiabierto, mientras me mira pestañeando.

—¿Qué?

—¡Nos lo acaba de admitir!

Durante un largo minuto, se limita a mirar hacia la pared mientras la expresión de sus ojos cambia, respira con lentitud. Aguardo. Espero a ver con qué expresión acabará. Sigo esperando. Aprieta la mandíbula y los puños, sus facciones se endurecen, y pronto se pone lívido. Parece como si a duras penas estuviese aguantando las ganas de golpear la pared, así que coloco mi mano en su brazo en un esfuerzo por calmarlo, pero entonces la aparto de inmediato cuando oigo pasos en las escaleras.

Tiffani baja corriendo, las lágrimas se deslizan por su cara, escruta el salón con la mirada. Jake y Dean la observan boquiabiertos, porque verla llorando es suficiente para desviar su atención del partido. Se gira dándoles la espalda y en dirección a la cocina, y es entonces cuando la mirada de Tyler encuentra la suya.

Y ella tiene que darse cuenta por su expresión de que él está furioso con ella, porque llora incluso más fuerte y cruza la habitación y se acerca corriendo a nosotros, con los ojos hinchados.

—Cariño, por favor, lo siento —lo intenta, pero su voz suena rota e incomprensible—. ¡Lo siento…, lo siento mucho!

Prueba a estirar la mano para tocarlo, pero él ágilmente mueve su cuerpo y lo aparta de su mano extendida y chilla:

—¡Eres una psicópata! —lo grita tan fuerte que todos nos quedamos en silencio.

Rachael está al pie de las escaleras, con la mirada fija en la escena, y Dean y Jake han puesto la tele en pausa y se han sentado para mirar.

—¡Te odio! —grita Tiffani, pero cuando la miro, no está dirigiéndose a Tyler.

Me está mirando a mí. Sus ojos son feroces, y puedo apostar a que sé lo que se le está pasando por la cabeza en este instante. Así que pienso: «Aquí va. Les va a decir a todos nuestro secreto, porque ahora tiene todos los motivos del mundo».

Aprieto los ojos y aguardo, espero a que su voz grite la verdad y que a ellos se les corte la respiración, pero nadie dice nada. Cuando echo un vistazo a través de mis párpados entreabiertos, tiene los labios apretados formando una línea firme, y solo continúa mirándome fijamente. Y luego, durante el más breve de los instantes, juraría que casi se sonríe.

Y en ese momento me doy cuenta de que no se lo va a decir. Por lo menos ahora no. Es evidente que piensa mantener nuestro secreto durante un tiempo.

Y eso me aterra.

Vuelve a romper a llorar y se tapa la cara con las manos; dándonos la espalda, se dirige hacia las escaleras y aparta a Rachael de su camino de un empujón.

Tyler sigue furioso, y golpea la encimera con la palma de la mano antes de apretarse el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Exhala despacio, sus ojos cerrados.

—Me voy —farfulla, cuando abre los ojos otra vez—. No pienso quedarme aquí. Está loca.

Escucho un portazo en la planta de arriba, y los cinco intercambiamos miradas, inseguros de lo que se supone que debemos hacer. Tyler, sin embargo, sabe perfectamente bien lo que está haciendo. Cruza la cocina para coger las llaves de su coche de la encimera, los músculos se hinchan mientras lo hace, y sin mediar palabra se dirige hecho una furia hacia la puerta y la abre con fuerza. La lluvia entra en la

casa, dejando gotitas en la alfombra, justo antes de que Tyler desaparezca, cerrando de un portazo tras de él.

Silencio. Tyler se acaba de marchar hecho un energúmeno, y Tiffani está arriba sufriendo una crisis nerviosa, y nosotros nos limitamos a quedarnos quietos en su casa, intentando procesar lo que acaba de suceder.

—Entonces supongo que no están juntos —dice Jake con una breve carcajada.

Desde el otro lado de la habitación, Rachael me está mirando con los ojos muy abiertos y las cejas enarcadas. No creo que esperara que las cosas salieran así; dudo que anticipase que yo me metería por medio. Parece como si estuviera intentando decidir si debería subir y ver cómo está Tiffani, porque no para de moverse cambiando el peso de un pie al otro, subiendo y bajando por las escaleras mientras considera qué hacer.

Desde algún lugar en medio del repiqueteo de la lluvia, oigo el sonido del coche de Tyler, acaba de encender el motor y luego lo acelera. La conversación con Ella invade mi mente, y de inmediato intento recordar lo que dijo sobre Nueva York. Puede que no sepa adónde va Tyler ahora mismo, pero sí sé adónde debería ir. A casa.

Me ajusto la sudadera y me preparo para correr, colocándome la capucha sobre el pelo y dirigiéndome hacia la puerta, rogando encontrarlo antes de que se vaya. Sin mediar una palabra, abro la puerta y el viento y la lluvia me golpean en la cara, congelándome la nariz. Escucho que Rachael me llama desde atrás, preguntando adónde demonios voy, pero estoy demasiado concentrada en el coche de Tyler para prestarle atención.

Agarrando la capucha, corro por el sendero de piedra y me detengo al lado de la puerta del conductor, y las ventanillas son tan ahumadas y la lluvia es tan fuerte que apenas puedo verlo. Golpeo con los nudillos en el cristal, entrecerrando los ojos mientras las gotas de lluvia me corren por la cara. Es como cualquier mañana de octubre en Portland, pero más fuerte.

Tyler baja su ventanilla unos centímetros y me grita:

—¡Sube al coche!

Corro por delante del vehículo y me meto en el asiento del pasajero a toda velocidad, suspirando cuando cierro de un portazo tras de mí. Solo he estado fuera unos veinte segundos, pero estoy totalmente empapada. Me quito la capucha y me despejo la cara de mechones de pelo húmedo, y

entonces me giro para mirar a Tyler.

Tiene el pelo mojado y revuelto, y aprieta los labios para formar una línea rígida cuando mete la directa.

—¿Estás lista?

—No, Tyler. —Niego con la cabeza. Aquí la lluvia suena más fuerte cuando golpea la estructura del coche y el tamborileo empieza a retumbar en mis oídos—. Voy a volver dentro.

Hace una mueca como para decir que he perdido la cabeza.

—¿Para qué demonios has salido entonces?

—Porque —comienzo, pero sale como un jadeo, mientras me limpio el dorso de la mano contra la cara— primero tengo que hablar contigo, así que escucha. Lo primero es lo primero: por favor, jamás vuelvas con Tiffani.

Se ríe por la nariz, asiendo el volante con más fuerza.

—Que le den a Tiffani. Es increíble.

Miro hacia el parabrisas, viendo cómo el agua cae por el cristal, y durante un momento la noto relajante. Vuelvo a centrarme en Tyler, pero él tiene la vista clavada en el volante.

—Tyler —digo bajito, intentando que me mire a los ojos, y lentamente lo hace. Tiene las mejillas un poco coloradas, lo cual contrasta con la palidez de sus labios—. Por favor, ve a casa y habla con tu madre. Esta allí sola y, confía en mí, te dejará volver. Necesita decirte algo realmente importante.

Aprieta la mandíbula y luego mueve la cabeza en la otra dirección, mira a través de su ventanilla hacia el césped, pero se ve borroso a través de la lluvia.

—Allí no soy bienvenido —dice con rigidez.

—Lo digo en serio. —Me pongo de lado para mirarlo de frente, para poder ver sus ojos. Se ven vibrantes pero serenos, y casi puedo distinguir cómo maneja los cambios en su cerebro mientras considera lo que le estoy diciendo—. Solo escúchala, Tyler. Ve a casa y pregúntale sobre Nueva York.

Se le juntan las cejas mientras me mira de reojo.

—¿Nueva York?

Exhalo antes decirle bajito:

—Habla con tu madre, Tyler.

—Vale —suelta con un suspiro, mientras se pasa la mano por el pelo

húmedo, y en ese preciso momento siento ganas de besarlo otra vez.

Quiero girarme y ponerme encima de su regazo igual que hace unas semanas en el muelle, quiero chocar mis labios contra los suyos como la primera vez, en su habitación, antes de ir al cumpleaños de Meghan, y quiero sentir su tacto exactamente de la misma manera que el sábado.

Quiero hacer todas esas cosas, pero no tengo valor.

Hay algo en el fondo de mi mente que me dice que no vale la pena. Que esté claro que Tyler y Tiffani no se vayan a juntar otra vez no significa que nosotros empezaremos automáticamente una relación. No podemos. No hay ninguna manera en que sea posible que estemos juntos, y eso me duele más que nada. Me duele más que el abandono de papá. Más que los comentarios crueles de Alyssa y Holly.

No es que sea doloroso.

Es un dolor insoportable.

Es lo único en lo que he estado pensando los últimos días. He pensado en que regreso a casa el mes que viene. He pensado en que nuestros padres nos matarían si alguna vez descubrieran lo que hemos hecho. He pensado en que esto está mal, y me resulta imposible convencerme de que no es así.

Quiero estar con Tyler. Lo quiero. Más que cualquier cosa. Quiero estar con él más de lo que quiero ser admitida en la Universidad de Chicago. Quiero estar con él más de lo que quiero ser delgada. Haría cualquier cosa para que sucediera. Pero nunca será posible, así que no existe absolutamente ninguna razón para que perdamos el tiempo.

Tyler se da cuenta de mi mirada fija.

—¿Qué?

—Mataría por poder besarte cada día —admito en voz baja.

Me obligo a no desmoronarme. Sé que poner punto final a lo nuestro es lo mejor para los dos. Será muy difícil seguir adelante. Demasiado complicado. Demasiado equivocado.

—Puedes —me dice, y casi está susurrando cuando se gira para mirarme de frente, sus ojos me estudian con delicadeza, como si fuese a romper mi cuerpo en dos si los entrecerrara—. Cada día. No me importaría.

—A mí tampoco —susurro. Siento la sequedad de mi garganta mientras me armo de valor para terminar con todo esto, soltarlo de sopetón con la esperanza de que duela menos—. Pero ese es el problema,

Tyler. *A nosotros* no nos importaría. ¿Y a los demás?

Se toma un momento para procesar mis palabras y la mirada de dolor de mis ojos, para entender lo que le estoy intentando decir. Y cuando lo comprende, puedo ver cómo el dolor le cruza la cara. Debe apartar la vista mientras traga, y cuando me vuelve a mirar, tiene el ceño fruncido, sus párpados arrugados en las comisuras.

—Podemos sortear a los demás —sugiere, pero su voz es débil y tiene que hacer una pausa de un momento mientras busca un tono más grave—. Podemos resolverlo. Lo comprenderán. Quizá no al comienzo, pero acabarán por entenderlo. En serio. Seremos capaces de sobrellevarlo. Lo… lo conseguiremos.

Mueve las manos mientras balbucea una lista interminable de palabras para hacerme sentir segura, pero ninguna ayuda.

—Tyler —digo, y él deja de respirar hondo durante un momento mientras me escucha. Y es entonces cuando mis lágrimas amenazan con salir de mis ojos porque sé exactamente lo que voy a decirle a continuación. Temo que si me escucho pronunciar las palabras en alto, las sentiré incluso más certeras—. No podemos estar juntos.

Y ahora parecen reales. Es la verdad.

Tyler aprieta los dientes para impedir que le tiemblen los labios. Sacude la cabeza despacio, apretando los ojos con fuerza mientras exhala por la nariz. Solo se limita a quedarse allí sentado, sin hacer nada, manteniendo el tipo lo mejor que puede. Mientras hace eso, las lágrimas corren por mi cara y tengo que secarlas rápidamente de mis mejillas. El llanto siempre hace que las cosas parezcan peor de lo que son.

Pero creo que esta es la peor de las situaciones posibles. Así que tengo permiso para llorar. Tengo permiso para mirar los labios trémulos de Tyler a través de mis ojos borrosos y para sentirme como si me estuviera muriendo por dentro. Tengo permiso, porque lo estoy. Todo mi cuerpo se va entumeciendo. Se me encoge el pecho. Mi corazón se contrae.

Tyler por fin abre los ojos de nuevo. El esmeralda se ha desvanecido, sus pupilas están dilatadas por el dolor, y está inspirando con fuerza y espirando lentamente. Se lleva una mano al pelo y se tira de las puntas.

—No acabas de decir eso —niega, su voz es un débil susurro.

Su reacción solo me hace llorar más. Las lágrimas infinitas se acumulan en mis ojos y caen con tanta rapidez que ni siquiera puedo

mantener el ritmo intentando atraparlas.

—Sencillamente no podemos hacerlo —sentencio con la voz cascada. Me está empezando a doler hablar.

—No me hagas esto. Te lo ruego. Por favor, Eden —suplica de repente, su voz es rápida y áspera. Se le rompe al final y mueve la cabeza con rapidez hacia la ventana, respirando contra el cristal, que se empaña —. Ya hemos llegado hasta aquí. No te puedes rendir ahora.

—Tenemos que hacerlo.

Ahora ya ni me importa ser un desastre balbuceante. Las palabras se escapan de mi garganta de manera irregular e incoherente, y soy incapaz de sobreponerme. Quiero ser lo suficientemente fuerte para hacer lo correcto, pero no lo soy. Soy débil.

De repente se gira a toda prisa, con urgencia tanto en sus acciones como en sus palabras.

—Dime qué quieres que haga y lo haré. Haré que funcione.

Una mano se aferra al volante; la otra se extiende para tocarme la rodilla.

Miro hacia sus dedos, que rozan mis vaqueros. Me limito a mirar su mano mientras me obligo a tragar la bilis acumulada en mi garganta. No vuelvo a levantar la vista.

—No me lo pongas más difícil.

—Necesito estar contigo —susurra.

Sus dedos se mueven de mi rodilla a mi mano, la toma en la suya y presiona su pulgar con fuerza sobre ella para que no pueda apartarla. Entrelaza nuestros dedos. No tengo otra opción que levantar la vista y contemplar sus ojos mientras se llenan de lágrimas, y nunca lo he visto tan... tan destrozado.

—¿No lo entiendes? Tú no eres mi distracción. Este soy yo, Eden. Este. Ahora. Me estás haciendo convertirme en un puto desastre, pero no me importa, porque es lo que soy. Soy un desastre. Y lo que me encanta de ti es que tengo permiso para ser un desastre a tu lado, porque confío en ti. Eres la única persona a la que le he importado lo suficiente para descifrarme. Quiero ser tu desastre.

—Me seguirás importando —logro decir, aunque a estas alturas tengo tantas lágrimas rodándome por las mejillas que casi no puedo ver —. Pero como tu hermanastra.

—Eden —suplica una vez más, apretando mi mano aún más fuerte,

como si lo aterrara dejarme ir—. ¿Qué hay del fin de semana pasado? Nosotros... ¿No significó nada? ¿Todo el puto verano no ha significado nada?

—No es que no haya significado nada —digo, pero estoy mirando nuestras manos, la manera en que encajan perfectamente. Tengo un nudo en el estómago—. Hemos aprendido mucho.

—¡No es justo! —grita, al mismo tiempo que golpea el volante con la otra mano. Lo aprieta tan fuerte que los nudillos se le ponen blancos—. Te lo he contado todo sobre mí. Te he confesado la verdad. He roto con Tiffani, y ahora probablemente ya esté planificando cómo arruinarme la vida incluso más de lo que ya está, pero no me importa, porque pensé que valdría la pena. Creí que merecería la pena, porque pensaba en ti. Te ponía a ti primero. ¿Sabes qué era lo único que rondaba en mi cabeza cuando salí de esa casa hace un momento? «Por fin puedo estar con Eden.» —Se queda en silencio, tomándose un momento para frotarse los ojos mientras exhala. Su pecho sube y baja con rapidez mientras suelta mi mano y pone sus dos manos sobre el volante, los ojos fijos en la lluvia que se desliza por el parabrisas—. Y ahora vienes aquí fuera y me dices que no quieres.

—¿Crees que yo quiero hacer esto? Porque desde luego que no, pero lo estoy haciendo porque es lo mejor para los dos. —Intento que me mire a los ojos de nuevo, pero no lo hace. Sigue contemplando fijamente la entrada para coches de la casa de Tiffani, la lluvia, porque ahora mismo el tiempo afuera supera a la tormenta que está teniendo lugar aquí dentro—. No quiero descubrir que te pones peor si esto sale mal. ¿Qué piensas hacer si nuestros padres nos descubren y nos odian? Este no es el momento oportuno. No podemos con esto. Debes recomponer tu vida, porque tienes que ir a Nueva York, y no necesitas esto encima de todo lo demás.

—¿Qué demonios hay en Nueva York? —chilla, exasperado, sus ojos feroces se vuelven a fijar en los míos—. ¿Por qué no me lo puedes decir?

—Porque tu madre quiere hacerlo —le digo, pero sueno como una catástrofe llorona. Resuello unos minutos mientras intento recuperar el aliento, ralentizando la respiración e intentando recomponerme. No funciona muy bien—. Sea lo que sea que hay entre nosotros, tenemos que ignorarlo a partir de ahora. Tenemos que parar ahora antes de que nos veamos metidos hasta el cuello.

Sacude la cabeza, los ojos muy apretados. La lluvia sigue martilleando en las ventanas, con fuerza e implacablemente.

—Si eso es lo que de verdad quieres... —murmura al fin en voz baja, pero sé que detesta esta situación tanto como yo—. Si de verdad, de verdad quieres que ignoremos lo que sentimos... entonces supongo que tengo que hacerlo.

Dejo escapar un tremendo suspiro. Quiero que se trate de una pesadilla. Quiero despertarme en Portland y que mamá me diga que jamás he pisado Santa Mónica y que no tengo un hermanastro llamado Tyler. No quiero que nada de esto sea real. Duele demasiado para ser real.

Cuando abre los ojos y se vuelve hacia mí, solo me contempla. No soporto su mirada, llena de emoción y dolor, pero no puedo apartar los ojos. Su respiración suena más fuerte que la lluvia y se acelera cuando se inclina hacia mí, y sé exactamente lo que está pensando, y yo también lo quiero besar. Así que lo hago, porque es la última vez.

Me impulso hacia arriba para ponerme de rodillas y me subo encima de él, estirando las manos para rodear su cuello con suavidad. Es muy repentino, pero no puedo parar. Me recuerda a cuando me llevó al muelle, cuando me besó en su coche, en esta misma postura. Y de la misma forma que hace semanas, presiono mis labios contra los de él una vez más.

Pero ahora es muy lento, muy doloroso. Tyler pone sus manos sobre mi cintura y me abraza con fuerza contra su pecho, y todo el tiempo sus labios capturan los míos durante largos e interminables segundos. Una y otra vez, sigue besándome. Casi lo siento suspirar. Duele unir nuestros labios, a sabiendas de que no volveré a hacerlo nunca más, pero también calma en cierto sentido. Es como el cierre.

El sonido de la lluvia nos perfora los tímpanos, nuestros cuerpos están húmedos, y yo tengo el pelo por todos lados, y Tyler casi acaba de sufrir una crisis nerviosa, y yo he llorado suficientes lágrimas para llenar la piscina de mi casa, y todo es demasiado complicado.

Resume nuestra situación completamente.

Y por esa razón, es perfecto.

Tyler gime mientras se aparta. Cuando sus labios por fin logran arrancarse de los míos, siento un vacío en el estómago y me niego a dejarlo ir. En vez de eso, lo abrazo, su cara junto a la mía, y exhalo en su mejilla. Mis ojos todavía están cerrados. No sé si los suyos también.

—Hermanastros —susurro, pronunciando la palabra con suavidad pero con firmeza—. Nada más.

—Nada más —confirma, pero entonces agacha la cabeza y se aparta

de mí, así que al fin tengo que dejarlo ir.

Gira la cabeza hacia la ventanilla y vuelve a poner las manos en el volante. Creo que por fin se ha dado por vencido.

Estiro la mano para coger mi capucha y me la vuelvo a colocar sobre la cabeza, me meto los mechones de pelo mojado detrás de las orejas y encaro la puerta. Estiro la mano para asir la manija, haciendo una pausa de un momento para ver si va a decir algo, pero no lo hace, así que salgo del coche.

Así de simple, camino alejándome de él. De nosotros.

Con un movimiento rápido cierro la puerta detrás de mí para que no se cuele la lluvia, y luego corro por el césped. Echo un vistazo por encima del hombro, y el viento trae la lluvia a mi cara de nuevo, pero no me impide ver cómo el coche de Tyler arranca y se dirige en dirección oeste. Con suerte va camino a casa. Me quedo allí, de pie en el césped mientras llueve a cántaros, esperando hasta que su coche desaparece en la distancia.

Lo que más me gusta de la lluvia es que nadie puede saber si estás llorando. Y ahora mismo las lágrimas me están corriendo sin parar por las mejillas y empapando mi sudadera. El viento me azota, me doy la vuelta y corro hacia la puerta de la casa. Por suerte, cuando llego allí Dean me la abre. Me detengo justo al entrar, dejando que el agua resbale de mi cara, con el moño torcido hacia un lado.

—¿Estás loca? —me pregunta, pero se está riendo—. Espera, voy a coger una toalla.

Sale corriendo hacia otra habitación, probablemente hacia el cuarto de baño, mientras yo lo espero del todo empapada al lado del salón. Me doy cuenta de que Rachael y Jake han desaparecido. La casa todavía huele a palomitas y puedo oír el volumen bajo del comentarista de fútbol que transmite el partido, y entonces Dean regresa con una enorme toalla blanca en sus brazos. La abre y la estira por encima de mi hombro, y yo la cojo de inmediato y me seco la cara. Siento que me estoy ahogando.

Dean todavía tiene una sonrisa divertida en los labios, pero cuanto más estudia mi expresión, esta va desapareciendo. Pronto frunce el ceño.

—¿Estás bien?

—Estaré bien —respondo, pero es mentira.

Me duele todo y siento como si estuviera rota. No sé si voy a volver a estar bien, pero no puedo dejar que Dean lo sepa. Así que resuello y señalo con la cabeza las escaleras.

—¿Están con Tiffani?

—¿Jake y Rachael? Sí. —Se muerde el labio mientras se ríe—. Parezco un amigo de mierda quedándome aquí abajo en vez de ofrecerle apoyo moral, pero en realidad estaba a punto de irme.

—¿Irte? —repito—. ¿Adónde vas?

—La Breve Vita da otro concierto en la ciudad —contesta en voz baja, y me gusta la manera en que balbucea, con timidez ante el hecho de que está totalmente obsesionado con este grupo. Me ayuda a distraerme—. Iba a ver el último set después de la película, pero en vez de eso voy a irme ahora. ¡Ey, puedes venir! Si quieres, por supuesto. Quiero decir, seguramente tienes mejores cosas que hacer con tu tiempo y pareces algo triste, pero estoy bastante seguro de que te ayudarán a levantar el ánimo.

—Voy contigo —digo bajito, y no puedo reprimir una sonrisa mientras me suelto el pelo e intento secármelo con la toalla. De repente, la obsesión de Tyler con las distracciones empieza a cobrar sentido. Ahora mismo, estoy intentando distraerme con Dean, porque cuanto menos piensas en las cosas que te están desgarrando, mejor te sientes—. Me gustan mucho.

—¿Estás segura?

Ladea la cabeza y me estudia, observando lo empapada que estoy.

—Es solo agua —digo encogiéndome de hombros, y luego dejo caer la toalla al suelo, mientras me recojo el pelo mojado en una coleta. Ahora mismo, me importa un bledo la pinta que tenga. Los ojos y las mejillas me arden. Me escuecen—. Me secaré por el camino.

Dean parece estar a punto de protestar, pero entonces se limita a sonreír y saca sus llaves.

—Tienes que volver a salir.

Así que robo la toalla. Me la coloco por encima de la cabeza a modo de paraguas improvisado y corro hacia el coche con Dean pisándome los talones, y los dos nos metemos en el vehículo lo más rápido posible. Pone la calefacción a tope y el tercer álbum de La Breve Vita comienza a oírse en el reproductor de CD, y Dean hace un par de bromas sobre la toalla; ni siquiera son divertidas, pero yo me río de todos modos.

—Tenía razón sobre la tormenta, ¿no? —Se inclina hacia delante por encima del volante mientras vamos de camino al concierto y mira hacia el cielo a través del parabrisas durante un momento. Resopla y luego se apoya en su asiento otra vez—. Siempre es una locura.

—¿Cuánto tiempo dura? —pregunto.

Mis ojos están fijos en los limpiaparabrisas, que luchan por seguir el ritmo de la cantidad de lluvia que cubre el cristal, a pesar de haber alcanzado ya su velocidad máxima. Ha estado lloviendo así de fuerte desde la mañana.

—Todo el día —responde Dean, pero su tono es un poco distraído mientras aprieta el volante y se centra en el camino—. La verdad, es difícil saberlo.

El concierto es en el mismo sitio de la otra vez, con los mismos vasos aplastados desperdigados por el suelo y el mismo olor a colonia en el aire. A través de la oscuridad, Dean me guía hacia el fondo de nuevo, donde nos quedamos cerca de la pared. Nadie te empuja para hacerse sitio aquí. Me encojo de hombros, dándome por vencida en mi afán por secarme. Justo lo estaba empezando a lograr en el coche cuando, por supuesto, tuve que volver a salir y regresar a la lluvia otra vez. Pero ahora también Dean está empapado, y todo el mundo, así que no parece importarle a nadie.

—Están trabajando en un nuevo álbum —me informa por encima del ruido. La banda está en el escenario, pero han hecho una pausa de unos minutos para beber agua y afinar las guitarras—. Lo lanzarán en enero. Estoy entusiasmado. ¡Va a ser impresionante!

Sonrío al ver su excitación, porque es adorable verlo tan entusiasmado. Los ojos le brillan, pero luego parece pensar que está haciendo el ridículo, porque mira para otro lado y se frota la nuca.

Hemos llegado justo a tiempo para escuchar el comienzo de la próxima canción, y el cantante da un paso hacia el micrófono. Se aclara la garganta y luego mira hacia la pequeña multitud con los ojos entrecerrados.

—Es genial ver a tantos de vosotros a pesar de la mierda de tiempo —dice con una carcajada—. E incluso más genial es que estéis aquí para vernos a nosotros. Vamos a tocar una de mis canciones favoritas del segundo álbum. —La multitud aclama en anticipación de la canción que creen que cantará, y puedo ver que Dean se muerde el labio, sus ojos pegados al escenario—. Escribimos esta canción hace algunos años, y en realidad la historia de cómo surgió es bastante guay. —Se seca el sudor de la frente con la palma de la mano y luego comienza a caminar de un lado a otro por el escenario, con la cabeza agachada y los ojos mirando hacia el

suelo—. Yo tenía un amigo… Llamémoslo Bobby. Entonces tenía un amigo, Bobby, y Bobby era un tío genial. Fui a la universidad con él y vivimos en la misma residencia estudiantil, y Bobby estudiaba derecho. ¿Y sabéis qué? Bobby odiaba el derecho. Bobby quería estudiar teatro musical, pero siguió con derecho, ¿sabéis por qué? Porque la sociedad es una mierda. —Mueve la cabeza y hace una pausa de un momento antes de continuar—. Bobby sufrió muchísimo para terminar esa carrera. Desperdició cuatro años haciendo algo que no quería, porque durante toda la secundaria la gente lo menospreció por lo que le interesaba. ¿Sabéis cómo se siente Bobby ahora? Está cabreado por tener una titulación de mierda en derecho. Así que a la mierda lo que los demás piensen de ti o de tus decisiones. ¡Si eres gay, a la mierda, acéptalo! Si quieres montar tu propia tienda de pinturas, pues monta tu maldita tienda de pinturas. Nunca frenes tu verdadero yo. —Se aclara la garganta otra vez y vuelve a su sitio en medio del escenario, abre los ojos para mirarnos de nuevo—. Así que si todavía no lo habéis adivinado, aquí va *Holding back*. Que la disfrutéis. *Tanto amore*. Mucho amor.

No sé qué tiene este grupo, pero de repente los adoro incluso más que antes. Ya me encantaba la canción, y ya comprendía el mensaje que intentaba transmitir, pero al escuchar al cantante hablar de forma tan directa y sin rodeos solo ha hecho que aprecie la letra todavía más. Me identifico muchísimo con sus temas. En especial con esta canción, porque me hace preguntarme si he hecho lo correcto, si tal vez debería irme corriendo a casa y decirle a Tyler que he cometido un gran error, que en realidad quiero que estemos juntos. Pero en mi corazón, sé que tenemos que frenarnos. No tenemos otra opción. Las lágrimas vuelven a anegar mis ojos mientras escucho la canción. Es agridulce.

Siento una enorme punzada en el corazón, pero me muerdo el labio y mantengo la mirada fija en el escenario. El guitarrista comienza a rasguear, y luego se le une el bajista, y a continuación el batería, y por fin el cantante, y pronto la canción está a todo volumen, ensordecedoramente fuerte pero excitante. Puedo sentir cómo la música vibra dentro de mí y se me pone la piel de gallina en los brazos, y el vello se me eriza.

Y es en ese momento cuando siento que la mano de Dean toma la mía.

Me pilla por sorpresa, pero su piel es cálida, y aprieta mi mano con fuerza antes de trazar suaves círculos en mi piel con el pulgar. No la suelto. En parte porque es tan repentino e inesperado que no estoy muy

segura de qué pensar, y en parte porque es casi... reconfortante. Dean siempre me ha hecho sentir bien. Y ahora mismo, justo ahora, necesito algo que me reconforte.

Cuando miro de reojo en su dirección, tiene la vista clavada en el escenario y está moviendo la cabeza al compás de la batería. Pero, lo más importante, está sonriendo.

# Epílogo

*Diez meses más tarde*

Si alguien me hubiera dicho el año pasado que acabaría terminando mis estudios de secundaria en Santa Mónica y no en Portland, jamás lo hubiera creído. Me habría reído. Sin embargo, aquí estoy, amontonando mis libros de biología marina en la taquilla y buscando las llaves de mi coche. Cuando las encuentro doy un paso hacia atrás, Rachael viene hacia mí desde el otro lado del pasillo girando como un trompo.

—¡Un día menos! —vitorea, con una enorme sonrisa en los labios. Levanta la mano y agita dos dedos en el aire delante de mi cara. Ayer eran tres; anteayer eran cuatro—. ¡Faltan dos días para la graduación!

—Sí, para ti —balbuceo, simulando estar cabreada, pero luego pongo los ojos en blanco y me río. Rachael lleva contando los días desde Navidad, y ya ha perfeccionado la técnica de lanzar al aire el birrete, así que le doy un respiro, a pesar de lo mucho que detesto la idea de que se gradúe—. Cuando estés en la universidad, recuerda dedicarle un pensamiento a tu mejor amiga que sigue aquí metida.

—Eres nuestra pequeñita —dice con voz de arrullo mientras extiende el brazo para darme una palmadita en la cabeza, pero me agacho y me aparto, lanzándole una mirada asesina. De un vistazo escruto el pasillo para asegurarme de que nadie lo ha visto, pero Rachael se ríe y frunce los labios con cara de inocente—. Tienes que asegurarte de que nuestro legado perdura para siempre — afirma—. Quiero que escribas mi nombre en cada uno de los cubículos del baño para asegurarte de que me convierto en una leyenda en este edificio. Dentro de cinco años, quiero que la gente sepa que anduve por estos pasillos.

—Para tu desgracia, a nadie le importa en realidad.

Me pega en el brazo justo cuando cierro mi taquilla de golpe, pero

entonces su risa se desvanece y sus labios dibujan una media sonrisa incómoda. Conozco esa expresión como la palma de mi mano, así que dejo escapar un suspiro y le hago la pregunta diaria:

—Viene Tiffani, ¿no?

Ya sé la respuesta.

Rachael asiente con la cabeza rápidamente, y cuando me doy la vuelta veo lo mismo de todos los días. Tiffani y Jake, de la mano, caminando por el pasillo despacio. No me perturba. Sinceramente, hacen una buena pareja. El resto del instituto parece estar de acuerdo, las chicas le están diciendo a Tiffani todo el tiempo lo celosas que están, y ella les suele responder con una gran sonrisa. Ya llevan saliendo un tiempo. Ya ha borrado a Tyler de su lista de imprescindibles hace mucho tiempo.

—Hola, chicas —saluda con suavidad al pasar a nuestro lado, y Jake nos dedica un movimiento breve de la cabeza.

Pero no se detienen, nunca se lo hacen, porque Tiffani y yo seguimos sin hablarnos. Podemos ser civilizadas, igual que Tyler y Jake (aunque ahora la tensión ha empeorado), pero no nos consideramos amigas. Rachael y Meghan intentan salir con nosotros aparte. Por suerte, Tiffani va a ir a la Universidad de California en Santa Bárbara, así que está haciendo las maletas y se muda en otoño. Jake irá a la Universidad Estatal de Ohio, a mitad de camino de la Costa Este, así que me pregunto cuánto tiempo podrán soportar la distancia. Les doy un mes.

Flotan por el pasillo y desaparecen por la salida, y Rachael se da la vuelta hacia mí, soltando el aire que ha estado aguantando.

—El lado bueno —dice— es que ya no tendrás que verla todos los días.

Este es el lado difícil de tener un grupo de amistades de un curso superior. Cuando Rachael, Meghan, Tiffani, Jake, Dean y Tyler se gradúen el jueves, yo me quedaré atrás. Todavía me falta abrirme paso durante un año antes de experimentar la vida universitaria. Por ahora, tendré que compartir el tiempo con las amistades de mi propio curso, las que he ido haciendo de manera gradual durante este último año, que aunque no sean mis mejores amigos, forman un grupo de gente genial.

Giro las llaves de mi coche en el dedo índice mientras me dirijo hacia la salida. Rachael me sigue a toda velocidad, así que le echo un vistazo con el rabillo de ojo. Gracias a Dios que ella va a la Universidad de California en Los Ángeles. Ella y Dean son los únicos que no se mudan.

—¿Vas a ver a Trevor esta noche?

—Creo que sí. —Se le ilumina la cara con la mera mención de su nombre. Puede que tengan una relación seria, pero Rachael sigue viéndolo como un cuelgue, como si todavía tuviera que luchar por atraer su atención. Se sonroja siempre que está cerca de él y sonríe todo el rato—. Y creo que he oído a Meghan mencionar que Jared viene a la ciudad a verla.

—¿Dónde está Meg? —pregunto, mientras nos escabullimos por la salida hacia el aparcamiento de estudiantes, que no para de crecer. Cae un sol de justicia sobre nosotras mientras caminamos hacia nuestros coches, el solar se va vaciando, nadie se queda demasiado tiempo cuando las clases han terminado—. No la he visto hoy.

—Ha tenido que marcharse después del almuerzo — me informa Rachael cuando ya llegamos a nuestros coches, estacionados uno al lado del otro, por supuesto. Rachael abre la puerta de su Escarabajo y tira el bolso dentro, pero se queda quieta un momento, mirándome fijamente por encima de los techos—. ¿Nos vemos mañana, a primera hora?

Cuando asiento con la cabeza, me lanza un beso y yo finjo cogerlo con gracia.

—¡Disfruta de la noche con Trevor! —digo, justo antes de meterme en mi coche y poner el motor en marcha.

El volante me quema las manos cuando lo toco por primera vez, así que termino conduciendo con la punta de los dedos mientras salgo del aparcamiento y me dirijo hacia el bulevar.

Por suerte, la casa de mamá está al norte, en la región de Montana, como la de papá, y es práctico que vivan cerca el uno del otro, así no tengo la necesidad de ir y venir de un extremo opuesto de la ciudad al otro. Tomo la carretera que pasa por la avenida Deidre, paso por delante de la casa de papá para ver quién está y cuando miro por el espejo retrovisor veo el coche de Rachael que gira y aparca en su entrada. Solíamos bromear con que deberíamos compartir coche, porque nuestra ruta es exactamente la misma, solo que la mía lleva unos minutos más, pero nunca llegamos a hacerlo. Ahora es demasiado tarde para empezar.

Bajo la ventanilla para que entre algo de aire mientras me pongo las gafas de sol, moviendo la cabeza al ritmo del nuevo single de La Breve Vita, una canción alegre con un coro que es una pasada y que tengo metido en la cabeza desde hace días. Me niego a sacarlo del modo de repetición.

Cuando llego a casa de mamá, no me sorprende que no haya ningún

vehículo. Ambos, ella y Jack, están en el trabajo, como la mayoría de los días entre semana cuando regreso del instituto. Giro hacia la entrada, apago el motor y me apeo del coche, y otra vez quedo bajo un sol abrasador. Hoy hace calor de verdad. Secándome unas gotitas de sudor, saco mis llaves y me dirijo hacia la puerta.

Siempre he encontrado la casa de mamá mucho más acogedora que la de papá. Desde que la encontró en el mercado inmobiliario el año pasado, me enamoré de ella. Me gusta que sea pequeña y que tenga solo dos dormitorios. Me encanta que tenga un bonito porche y una linda chimenea. Tiene un aire acogedor y hogareño, y es el sitio perfecto para mamá y para mí. Y ahora para Jack también, por supuesto. Se mudó hace un mes, y que esté por aquí todo el tiempo ya empieza a percibirse como algo normal.

Justo cuando pongo el pie en el umbral me saluda *Gucci*. Viene corriendo hacia mí con la lengua fuera, las patitas se le resbalan en el suelo de madera. Me rodea las piernas, oliéndome la ropa mientras me agacho a rascarle la parte de atrás de las orejas, como a ella le gusta. Es una pastora alemana preciosa. Resultó que mamá hablaba en serio el pasado verano cuando sugirió tener un perro, y llegar a casa en Portland y encontrar un cachorro rondando por la casa fue la mejor bienvenida, sin duda. Mamá eligió el nombre. Una vez me dijo que le gusta pensar que a *Gucci* le resultaría más fácil encajar en Los Ángeles llamándose así. Me costó un tiempo entenderlo.

Justo en la época en que mamá estaba barajando la idea de mudarse, apareció un puesto vacante en el Centro de Salud Saint John’s, un hospital en pleno centro de la ciudad. Y si eso no fue tener suerte, desde luego que lo fue conseguir el trabajo de verdad. El salario es mejor, y los turnos más adecuados, y mamá ya no parece estar tan cansada siempre. Sonríe a todas horas, y yo sé que es por una combinación de varias cosas: Jack, el trabajo nuevo y *Gucci*. Mudarse ha sido muy positivo para ella.

—Espero que tengas ganas de espaguetis y albóndigas, porque eso es todo lo que me siento capaz de preparar para esta noche —dice jadeando mientras entra al salón.

Se ha quitado la bata, pero todavía tiene el pelo sujeto en un moño pulcro, la sonrisa se refleja en sus ojos cuando *Gucci* la saluda saltando encima de ella.

—Hoy está como una moto —comento, señalando con la cabeza

hacia el animal enloquecido que intenta cubrir a mamá de babosos lametones, pero ella la sostiene a una distancia prudencial—. ¿La sacaste a pasear antes del trabajo?

—No, iba tarde —admite mamá, mientras se limpia los pelos de la perra de los pantalones. Se sube las mangas y señala la correa de perro que cuelga al lado de la puerta—. ¿Puedes sacarla ahora? Solo un rato mientras preparo la cena.

Digo que sí. Afuera hace un tiempo perfecto, estoy aburrida y me podría venir bien visitar a algunas personas. Dejo a mamá preparando la cena, le pongo la correa a *Gucci* y nos vamos de paseo por el barrio. *Gucci* da tirones, su cuerpo es mucho más fuerte que el mío, y siento como me arrastra hacia delante como siempre. Una vez intenté llevarla conmigo a correr, pero acabé sin aliento y jadeando después de diez minutos, completamente incapaz de mantener su ritmo, así que tuve que darme la vuelta y volver a casa antes de caer muerta.

Solo nos lleva diez minutos llegar a la primera parada obligada: la casa de Dean. En vez de dirigirme hacia dentro como normalmente, intento ser creativa, así que saco el móvil y lo llamo. Observo la ventana de su habitación mientras escucho el tono monótono.

—Eden —contesta.

Sonrío al oír su voz.

—Sal. *Gucci* quiere verte.

Cuando la perra me escucha decir su nombre, levanta las orejas y me mira con unos ojos enormes y brillantes.

Dean se ríe con dulzura a través de la línea, y aunque oí esa misma risa anoche cuando estábamos en el cine, parece que no la hubiera oído desde hace días. Creo que nunca tendré suficiente.

—Voy —dice, y cuelga.

Me meto el teléfono en el bolsillo y le doy unas palmaditas a *Gucci* en la cabeza.

—Bien hecho, chica.

Se sienta a mi lado en el césped de Dean, moviendo la cola mientras esperamos a que él salga. Gotitas de sudor me hacen cosquillas en la frente.

La puerta principal se abre de golpe, Dean sale y se da palmadas en los muslos gritando a todo pulmón:

—¡*Gucci*!

Sabe que odio que haga eso, porque la perra siempre se abalanza sobre él, y su peso casi me arranca el brazo del hombro antes de que tenga oportunidad de soltar la correa. Cuando la dejo ir, corre por el césped y salta encima de él, empujándolo hacia atrás uno o dos pasos.

—¿Con quién estás saliendo? —pregunto en voz alta, y cuando me oye, me dispara una sonrisa torcida y se quita a *Gucci* de encima. Coge su correa y viene hacia donde estoy—. ¿Conmigo o con la perra?

—Definitivamente contigo —responde Dean.

Con su mano libre, me agarra por la cintura y me atrae hacia él, presionando sus labios sobre los míos. Dean siempre ha besado de una manera suave y profunda, y siempre se sonríe entre beso y beso, que es exactamente lo que está haciendo ahora. Puedo sentir cómo sus labios dibujan una sonrisa encima de los míos.

—Besas mejor que la perra, eso tenlo por seguro.

Suelto una carcajada mientras él da un paso hacia atrás y me pasa la correa.

—Me preocuparía si dijeras lo contrario.

Por detrás de él, su padre, Hugh, ha asomado la cabeza por el umbral de la puerta y me saluda agitando la mano. Lleva un mono de trabajo azul marino cubierto de grasa, lo cual significa que debe de haber terminado de trabajar hace unos quince minutos. Hugh es dueño de un taller mecánico, y Dean va a empezar a trabajar para él después de la graduación. Se refiere a ello como un año sabático antes de hacer las maletas y marcharse a la universidad, y yo me alegro de que se quede en Santa Mónica mientras yo termino el instituto.

—¿Todavía quieres que me pase más tarde? —me pregunta.

—Por supuesto.

Las noches de los martes son cuando mamá y Jack se largan para darnos algo de intimidad. Mamá incluso ha comenzado a llamarlo el Día de Dean.

—Genial —metiéndose la mano en el bolsillo, saca su cartera y hojea sus billetes—. Ten —dice, y me pasa el mismo billete de cinco dólares que nos hemos estado intercambiando durante un año. Encontramos cualquier excusa para usarlo—. Cinco pavos por dejarme ver a la perra.

Pongo los ojos en blanco y me meto el ajado billete en el bolsillo, apretando la correa de *Gucci* con la mano y mirando hacia la avenida.

—Voy a dejarme caer por casa de papá. Te veo esta noche.

Le digo adiós plantándole un beso rápido en la comisura de los labios. *Gucci* se lo queda mirando mientras desaparece por la puerta, así que lucho por tirar de ella para ponernos en marcha, pero luego cede y pronto nos encaminamos hacia casa de papá.

Queda a solo cinco minutos si camino rápido, lo cual no es un problema teniendo en cuenta que *Gucci* va tirando de mí hacia delante, acelerando mi paso. Cuando nos acercamos, me doy cuenta de que están los tres coches: el Lexus, el Range Rover y el Audi. Eso me da a entender que están todos en casa, incluso Tyler. Siento mariposas en el estómago.

Mientras me acerco a la puerta delantera, escucho voces y carcajadas que provienen del patio, así que cambio de ruta y me dirijo hacia la verja. Chase está en la piscina, papá está intentando encender la barbacoa, y Jamie está jugando con un balón de fútbol. *Gucci* ladra cuando lo ve e intenta salir corriendo por el patio, pero yo agarro con más fuerza la correa y la sujeto.

—¡Eden!

Papá levanta la cabeza de la barbacoa y me saluda con la cabeza, se lo ve feliz de verme. En realidad nunca nos hemos sentado a hablar de lo que sucedió el pasado verano, y sigo enfadada con él, pero desde hace poco se ha esforzado mucho más en llevarse bien conmigo. Tal vez nuestra relación jamás vuelva a ser lo que fue. O tal vez solo necesite tiempo. Pero por lo menos ahora lo estamos intentando.

—¿Tienes hambre? Estamos a punto de preparar un festín.

Me recuerda el verano pasado, mi primer día en Santa Mónica y la primera vez que conocí a Tyler. Parece haber pasado una década.

—Mamá ya tiene la cena en marcha —le digo a papá con rapidez, porque todavía estoy centrada en mantener a *Gucci* en su sitio. Le disparo una mirada suplicante a Jamie—. Jamie, por favor, esconde el balón un segundo.

Pone los ojos en blanco y le da un puntapié a la pelota hacia arriba y la coge, antes de volverse y tirarla con suavidad hacia la cocina por las puertas correderas. Ahora que *Gucci* ya no puede pincharla, suelto la correa y la dejo libre. Sale zumbando por el patio como una loca.

—¿Está Tyler en casa? —pregunto.

Sobre todo porque hoy no he tenido la oportunidad de hablar con él en el instituto, y todavía no puedo pasar ni un día sin verlo, pero también pregunto porque parte de mí quiere saber lo que está haciendo ahora

mismo, y lo que está pensando, y si todavía le encanta el algodón de azúcar tanto como las atracciones de los parques temáticos.

Papá no levanta la mirada de la barbacoa, pero indica con el pulgar hacia la casa.

—Arriba.

Dejo a *Gucci* en el patio bajo la supervisión de Jamie y me dirijo hacia la que también es mi segunda casa. He pasado mucho tiempo aquí durante el último año, y ahora de verdad siento que Jamie y Chase son mis hermanitos. Ella jamás podrá ocupar el sitio de mamá, pero sé que puedo confiar en ella. Papá... Bueno, papá es papá. Voy alternando entre esta casa y la de mamá cada semana, así tengo la oportunidad de vivir con las dos mitades de mi familia, porque, si soy sincera, las quiero a las dos.

—¡Eden! ¿Has venido a la barbacoa?

Ella está de pie en la cocina, distribuyendo zumo en jarras, pero hace una pausa para sonreírme. Lleva puesto un traje, la chaqueta está colocada con cuidado en el respaldo de la silla que se encuentra detrás de ella, y supongo que no ha llegado a casa hace mucho. Ya lleva seis meses de vuelta en el trabajo.

—Esta noche no —digo—. He sacado a pasear a la perra y he decidido pasarme un rato. Tyler está arriba, ¿no?

—Sí, está preparando las maletas —suspira, pero está sonriendo.

A pesar de que me duele el pecho al pensar que se muda, cruzo la cocina y me dirijo hacia el vestíbulo, subo las escaleras de dos en dos. Arriba reina el silencio, y el sol deslumbrante ilumina cada habitación. La puerta de Tyler está entornada, un chorro de luz brilla por el hueco. La empujo y la abro del todo.

Hay dos maletas abiertas sobre la cama, medio llenas con su ropa, y el resto de la habitación está vacía. Todo lo demás ya ha sido enviado al otro lado del país y lo espera en su apartamento, en pleno corazón de Manhattan. Tyler sale del cuarto de baño y me dedica una pequeña sonrisa.

—Hola —digo.

—Hola.

Se produce un silencio, igual que todos los días que hablamos. No es incómodo. Se ha convertido en algo familiar. Es como si necesitáramos un momento para recomponernos en caso de que hagamos o digamos algo que no deberíamos. Un instante para ponernos las caretas, para hacernos los valientes, para convencernos de que ya no estamos

enamorados de la persona que tenemos enfrente.

Haciendo caso omiso de las palmas de mis manos, que se ponen sudorosas, y de los latidos de mi corazón, que se aceleran, miro las maletas fijamente durante un rato antes de por fin devolver mi mirada a sus ojos.

—¿Te puedes creer que te estás mudando a Nueva York de verdad?

Fue necesario convencer mucho a Tyler para que aceptase, pero aquí está. El lunes vuela a Nueva York y se quedará allí todo un año, viajando por la Costa Este, compartiendo su historia y posiblemente ayudando a otros. Pero ha tenido que trabajar duro para lograr esta oportunidad. Este jueves se gradúa con una nota media de 9. Lleva sobrio ocho meses. La última vez que nos levantó la voz fue el año pasado. Es como si le hubieran quitado un peso de encima ahora que todos saben la verdad y todos lo entienden. Era inevitable que saliera en algún momento cuando se le escapó que se iba a mudar al otro lado del país. Rachael ahora es un poco más amable con él.

—Es un poco descabellado —contesta Tyler encogiéndose de hombros, y camina hacia mí cargado con más ropa, que mete en su maleta —. El coche se lo llevan mañana, y con eso ya estará todo.

—Va a ser muy raro no verte durante todo un año.

Me siento muy orgullosa de él, por todo lo que ha hecho y por lo que está a punto de hacer, pero al mismo tiempo duele saber que no estará aquí. No importa lo mucho que intente convencerme de lo contrario, es mucho mucho más que solo mi hermanastro. ¿Cómo se supone que debo hacer frente a las cosas sin ver a quien amo cada día? En algún lugar dentro de mí, sé que nos puede ayudar. Tal vez estar separados durante un año nos hará bien. Nos dará tiempo para sobreponernos el uno al otro.

—Esa es la peor parte —murmura. Estirando la mano, cierra una de las maletas y desliza la cremallera, y luego se da la vuelta hacia mí. Sus ojos siguen siendo tan preciosos como siempre, pero intento ignorarlo—. ¿Has pensado más en el verano que viene?

La semana pasada, Tyler me invitó a Nueva York el próximo verano. Los eventos finalizan en junio, pero no regresará a casa hasta agosto, así que va a pasar las vacaciones en la ciudad y quiere que yo lo acompañe. Pero es una idea peligrosa.

—Los dos solos —me recuerda, sus ojos arden mientras intenta reprimir una sonrisa.

Da un paso hacia mí, y eso hace que se me acelere el pulso y que mi corazón palpite de la misma manera en que siempre lo hace cuando él se acerca demasiado. Todo el aire de mis pulmones sale volando. Extiende un brazo y cierra la puerta.

Durante el año hemos logrado ignorar la atracción entre los dos, y también nos hemos asegurado de que nadie descubriera que la hubo. Además, ahora estoy con Dean. Debería centrarme en él. Pero a veces, solo a veces, Tyler y yo nos olvidamos de fingir. Como en este instante.

Da otro paso hacia mí y me atrae con sus brazos, me abraza fuerte y me aprieta contra su cuerpo mientras yo inspiro su colonia. La Bentley, su favorita. Ya lo echo de menos y ni siquiera se ha ido, y mientras apoyo mi barbilla en su hombro baja sus manos hasta mi cintura. Así que yo lo estoy abrazando a él y él me está abrazando a mí, y no debería haber nada malo en ello, porque todavía tengo permiso para abrazar a mi hermanastro, pero algo no es correcto. Hay tensión sexual, y no debería.

Siento su respiración caliente en mi cuello cuando exhala, su mejilla roza la mía. Aprieta mi cintura un poco más mientras mueve sus labios lentamente por mi mentón, y me planta un beso en la comisura de los labios. Siento que se sonríe junto a mi boca, y se atreve a decirme:

—Te veo el próximo verano, Eden.

# Agradecimientos

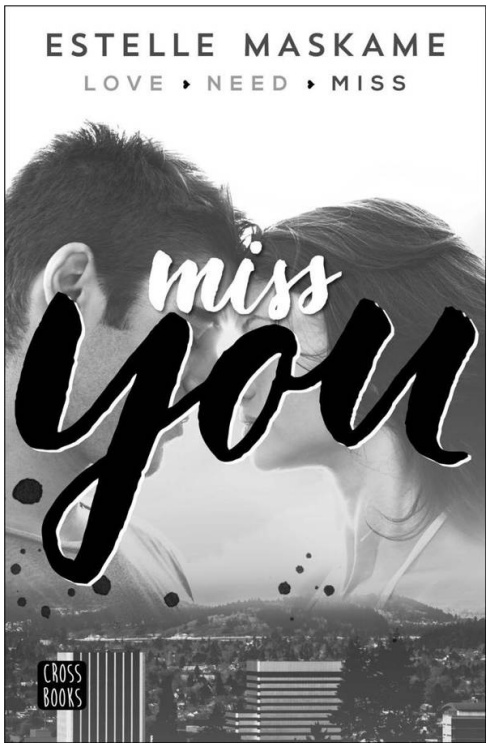
Gracias a los lectores que habéis estado conmigo desde el comienzo y habéis visto este libro crecer. Gracias por hacer que el proceso de escritura haya sido tan placentero, y gracias por manteneros fieles a mí durante tanto tiempo. Gracias a todas las personas de la editorial Black & White Publishing por creer en esta novela tanto como yo. Estoy eternamente agradecida a Janne, por desear tomar el control del mundo; a Karyn, por todos sus comentarios y por su experiencia, y a Laura, por cuidarme siempre. Gracias a mi familia por su infinito apoyo y estímulo, especialmente a mi madre, Fenella, por llevarme siempre a la biblioteca cuando era pequeña para que pudiera enamorarme de los libros; a mi padre, Stuart, por animarme siempre a ser escritora, y finalmente a mi abuelo, George West, por creer en mí desde el primer día. Gracias a Heather Allen y a Shannon Kinnear por prestar atención a mis ideas y permitirme hablar durante horas sobre este libro, sin pedirme que me callara, a pesar de que mi entusiasmo seguramente las volvía locas a las dos. Gracias a Neil Drysdale por ayudarme a llegar a donde he llegado. Gracias, gracias, gracias. Y por último, gracias a Danica Proe, mi profesora de cuando tenía once años, por ser la primera persona en decirme que yo escribía como una escritora de verdad, y por hacer que me diera cuenta de que escritora era exactamente lo que quería ser.

# Nota

[1] En español en el original. *(N. de la t.)*

La historia de Eden y Tyler continúa en:

*Trescientos cincuenta y nueve días.*
*Ese es el tiempo que he estado esperando esto.*
*Esa es la cantidad de días que he ido contando.*
*Han pasado trescientos cincuenta y nueve días*
*desde la última vez que lo vi.*




www.serieyou.com

*You 1. Love You*
Estelle Maskame

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Did I Mention I Love You*

Diseño original de la cubierta © Sourcebooks, Inc./Colin Mercer, 2015.
Imágenes de la cubierta: PeopleImages.com / Gettyimages, Matt Henry Gunther / Gettyimages

© del texto: Estelle Maskame, 2015
© de la traducción, Silvia Cuevas Morales, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Destino Infantil &Juvenil
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2016

ISBN: 978-84-08-15068-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S.L.
www.victorigual.com

# Table of Contents

Índice
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo

Agradecimientos
Nota
La historia de Eden y Tyler continúa en
Créditos